

Juan Eslava Galán

Señorita



Premio de Novela Fernando Lara 1998

PLANETA

Annotation

La guerra civil española permitió a otros países experimentar con sus planes de conquista y probar la eficacia de sus artefactos militares. El tirano austro-alemán Adolf Hitler, que ya tenía trazada su estrategia para el sometimiento de Europa, envió a España su arma secreta más preciada: el Stuka, un avión de bombardeo en picado. El Servicio Secreto Soviético, interesado en la capacidad mortífera del famoso aparato, instruye a una muchacha española para que seduzca al capitán Rudolf von Balke, jefe de la operación y miembro de la aristocracia prusiana. Al mismo tiempo, envía a España al piloto Yuri Antonov, antiguo amigo de Von Balke, que recibirá el apoyo de un pintoresco comando de milicianos españoles. Años después, curtida por los innumerables riesgos de las batallas, Carmen, la audaz joven española, busca entre las ruinas del Berlín de la posguerra el rastro del hombre al que, pese a todo, amó. Comienza entonces el inesperado y fascinante desenlace de una historia increíble, cuyo misterio nos hará participar de las emociones y los desvelos de sus protagonistas.

-
-
- [PRIMERA PARTE](#)
 - [1](#)
 - [2](#)
 - [3](#)
 - [4](#)
 - [5](#)
 - [6](#)

- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [30](#)
- [31](#)
- [32](#)
- [33](#)

- [SEGUNDA PARTE](#)

- [34](#)
- [35](#)
- [36](#)

- [37](#)
- [38](#)
- [39](#)
- [40](#)
- [41](#)
- [42](#)
- [43](#)
- [44](#)
- [45](#)
- [46](#)
- [47](#)
- [48](#)
- [49](#)
- [50](#)
- [51](#)
- [52](#)

- [TERCERA PARTE](#)

- [53](#)
- [54](#)
- [55](#)
- [56](#)
- [57](#)
- [58](#)
- [59](#)
- [60](#)
- [61](#)
- [62](#)
- [63](#)
- [64](#)
- [65](#)
- [66](#)

- [67](#)
- [68](#)
- [69](#)
- [70](#)
- [71](#)
- [72](#)
- [73](#)
- [74](#)
- [75](#)
- [76](#)
- [77](#)
- [78](#)
- [79](#)
- [80](#)

- [CUARTAPARTE](#)

- [81](#)
- [82](#)
- [83](#)
- [84](#)
- [85](#)
- [86](#)
- [87](#)
- [88](#)
- [89](#)
- [90](#)
- [91](#)
- [92](#)
- [93](#)
- [94](#)
- [95](#)
- [96](#)

- [97](#)
 - [98](#)
 - [99](#)
 - [100](#)
 - [101](#)
 - [102](#)
 - [103](#)
 - [104](#)
 - [105](#)
 - [106](#)
-

JUAN ESLAVA GALÁN

SEÑORITA

— oOo —

Premio de Novela Fernando Lara 1998

Esta novela obtuvo el III Premio de Novela Fernando Lara, concedido por el siguiente jurado: José Manuel Lara Hernández, Terenci Moix, Luis María Ansón, Carlos Pujol, José Enrique Rosendo y Manuel Lombardero.

© Juan Eslava Galán, 1998

© Editorial Planeta, S.A., 1998

ISBN:84-08-02823-5

Para María Eslava, primera lectora, con amor.

PRIMERA PARTE

Sevilla

La víspera del horror, Carmen va al cine con dos compañeras de taller para ver a Jean Harlow en *La indómita*. Como a toda joven de su edad, especialmente si vive con estrecheces en un corral de vecinos de Triana, a Carmen le gustan las películas de amor que transcurren en escenarios lujosos y cuyas protagonistas son mujeres fatales de rubias melenas, lánguidas pestañas, largos muslos y lencería de satén.

La víspera del horror, Carmen es una muchacha sencilla, una obrera que trabaja en un taller de costura y vive en dos modestas habitaciones con su padre y su hermano. Como toda joven de su edad, Carmen alberga sueños románticos, quiere encontrar un hombre guapo y bueno, de ojos azules y manos fuertes, tierno y atento. En los ratos libres, Carmen cose y borda su ajuar.

La víspera del horror, el 17 de julio de 1936, Carmen se abanica en la galería a la luz de la luna, entregada a sus pensamientos. Del corral ascienden el perfume de la dama de noche y un vaho sonoro de distantes conversaciones.

Se siente casi satisfecha.

No sospecha los acontecimientos que se aparejan para el nuevo día.

La víspera del horror, Sevilla está revuelta: partidos y sindicatos, mítines y asambleas, pero nadie piensa que haya motivos para preocuparse. Manuel, el hermano de Carmen, de dieciocho años, lleva una semana sin cenar en casa debido a los compromisos con la Asociación de Amigos de Rusia, con el Comité de Lucha contra el Fascismo, con el Socorro Rojo Internacional y hasta con la Unión de Estudiantes Comunistas («Pero tú ¿desde cuándo eres estudiante, so desgraciao?», le ha dicho Carmen).

El padre de Carmen, José Albaida Pérez, ha compartido cárcel, en diversas ocasiones, con Saturnino Barbeto, con Pepe Díaz y con otros izquierdistas notorios. Es un buen carpintero, pero debido a sus antecedentes políticos nadie le da trabajo. El mantenimiento de la familia descansa cada vez más sobre los hombros de Carmen.

El día 18 de julio amanece claro y azul. Una vecina profetiza:
—Hoy va a hervir el termómetro.

Los periódicos han salido a la calle con más espacios censurados que otros días, pero, por lo demás, la ciudad parece dispuesta a vivir su rutina diaria: rentistas que desayunan un cafelito y una torta de aceite en el café Royal o en el Central; pasantes de notaría que se lustran el calzado en la betunería de Lázaro Bandera; ludópatas madrugadores que aguardan a que Velasco del Pozo, cachazudo, termine de descorrer los cierres de su despacho de lotería; tratantes y corredores de comercio formando corrillos frente al Círculo Mercantil y examinando las muestras de habichuelas, garbanzos, lentejas y trigo que los vendedores llevan en bolsitas. En el restaurante Las Delicias, están preparando un banquete de bodas; en la cervecería de Serna, una convidada del gremio de fabricantes de aceitunas de mesa; en la Casa de la Viuda, el cocinero se esmera guisando tres grandes ollas de calamares en su tinta, la especialidad de la casa. El día del horror parece un día como otro cualquiera.

Starken. Prusia Oriental

Pasaban las dos de la madrugada y la tormenta descargaba su furioso aguacero sobre los bosques, los prados y los pantanos de Prusia Oriental. Un deportivo Delahaye rojo, modelo 1934, circulaba a gran velocidad en dirección a Königsberg por la flamante autopista del Reich. Su conductor vestía el uniforme gris plata del arma aérea alemana con la gorra adornada por una doble águila sobre guirnalda de roble, correspondiente al grado de teniente de vuelo. Ambas prendas habían

sido confeccionadas por Stechbarth, el mejor sastre de Berlín, el que diseñaba los uniformes de Goering.

En el cruce de la carretera regional de Wehlau, el conductor tomó el carril secundario y luego la pista privada que conducía al castillo de Starken. Los potentes haces de luz de los faros iluminaban un denso bosque de hayas centenarias entre las que serpeneaba la angosta carretera.

Rudolf von Balke regresaba al castillo familiar para celebrar su vigésimo séptimo cumpleaños. «Como si hubiera algo que celebrar», se dijo con amargura. A su misma edad, en 1237, el fundador de la estirpe, Hermann Balke el Viejo había arrebatado a los eslavos la provincia de Livonia, una hazaña que le valió ser proclamado maestro de la Orden Teutónica. Antes de cumplir los veintisiete, Hermann Balke el Joven, hijo del anterior, realizó una audaz espionaje hasta el Vístula. Su propio padre, el comandante Gustav-Emil von Balke, vigésimo cuarto barón, había derribado catorce aviones aliados en la Gran Guerra y obtenido la codiciada Croix pour le Mérite, antes de cumplir veintisiete años.

Rudolf von Balke le reprochaba al destino no haberle ofrecido ninguna ocasión de realizar nada notable. Llevaba diez años en el Ejército y sólo había alcanzado el grado de teniente. Su hoja de servicios era tan irrelevante como las de sus restantes compañeros de promoción. Con una fundamental diferencia: ellos podían conformarse con ascender rutinariamente cada pocos años y retirarse, llegada la jubilación, con la turbia satisfacción de haber profesado las armas sin arriesgar la piel. Él, no. Von Balke, como los buenos perros de presa, había nacido con una pasión en la sangre. Era un pura raza descendiente de guerreros y debía demostrar que era tan bueno como sus antecesores o incluso mejor que ellos. Pesaba en el joven ese compromiso de honor: acrecentar la herencia de heroísmo que los Balke habían transmitido de padres a hijos desde hacía nueve siglos.

Los faros del deportivo iluminaron los vetustos muros revestidos de yedra y las altas y emplomadas ventanas de la fortaleza. La puerta de la

mansión se abrió y apareció Schulz, el fiel mayordomo de la familia, la librea azul correctamente abotonada hasta la sotabarba, portando un enorme paraguas negro en una mano y una linterna de petróleo en la otra. Lo seguía un mozo que se hizo cargo del equipaje.

—¡Gracias a Dios que ha llegado, barón! —saludó el anciano—. La tormenta nos tenía muy preocupados. La Höhe Frau Ursula y Fräulein Maika se han retirado ya. La Höhe Frau le ha preparado personalmente una cena fría.

—¿Jamón hervido, pepinillos y crema de pato? —inquirió el teniente.

El viejo Schulz reprimió una sonrisa.

—Eso creo, señor.

Sevilla

El ex oficial del Ejército y rico heredero en expectativa, Lorenzo Torres Cabrera, ataviado con un arrugado traje de lino crudo, emerge de la sombra del portal y se interpone en el camino de Carmen.

—¿Adonde vas con tanta prisa, Carmelilla?

Ella, al reconocerlo, desvía la mirada y hace por continuar su camino, pero él la agarra del brazo.

—Hazme el favor, que yo te estoy hablando con educación.

Ella, irritada, intenta desasirse, pero la presa es firme.

—Si me quiere tratar con educación —replica seria, mirándolo a los ojos—, déjeme usted que siga, que usted y yo no tenemos nada que hablar.

Sonríe el hombre exhibiendo su dentadura lobuna en la que brilla un incisivo de oro.

—Tú sabes que sí tenemos de qué hablar, Carmelilla. Vamos a sentarnos tranquilamente en La Espiga de Oro, nos tomamos un refresco y después te vas, y en paz. De verdad que te interesa hablar conmigo. Ya me he enterado de que pueden cerrar el taller de Chao, y si algo sobra en Sevilla son modistas. Yo vengo a proponerte trabajo.

La muchacha parece considerar la oferta. El antiguo oficial afloja la presión del brazo.

—Bueno —dice Carmen—, pero sólo será tomar un refresco, ¿eh?

—Nada más, mujer, que yo sólo quiero tu bien.

Al cruzar la calle para entrar en La Espiga de Oro, Torres Cabrera se retrasa para contemplar las caderas y el trasero de la muchacha. Es un hombre de apetitos elementales. Desde que se propuso gozar a esta mujer, años atrás, cuando ella era casi una niña, no la ha podido apartar

de su pensamiento. Cuando va de putas escoge a la que más se parece a Carmen, cierra los ojos y se imagina que la posee a ella. Ni siquiera pudo olvidarla cuando lo destinaron dos años en la Comandancia de Melilla. Cada vez que echaba de menos Sevilla pensaba primero en su madre, doña Angustias, y después en Carmela. La muchacha entró de criada en su casa cuando todavía era una niña, y en cuanto le despuntaron las tetas, su padre y él se encapricharon de ella, casi al mismo tiempo.

—Si no fuera por esos rojazos de su familia, ella comía en mi mano —se queja Torres Cabrera a sus íntimos en las borracheras melancólicas—. Comiendo en mi mano estaba si no fuera por el padre. Pero el padre es gente soberbia, un obrero resabiado y un rojo, y la puso en la escuela con la puta republicana esa, Herminia o como-se-llame, y entre los dos me han maleado a la muchacha metiéndole en la cabeza cuatro quimeras.

El café es amplio e higiénico. Una docena de veladores de mármol, sillas de tijera, barra de caoba y azulejos en la pared del fondo. Toman asiento la costurera y el antiguo oficial. Acude solícito un camarero delgado con largas patillas y mandil ceñido al torso como una venda.

—Buenos días, don Lorenzo y la compañía, ¿qué va a ser?

Carmen adivina, por la sonrisa cínica del camarero, que no es la primera vez que don Lorenzo luce a una mujer en aquel establecimiento.

—La señorita, lo que pida, y yo una cazalla de la que escondéis debajo de la barra. No me la vayas a dar del garrafón, que te piso la cabeza —bromea.

—Una zarzaparrilla —pide Carmen.

Quedan nuevamente solos. Don Lorenzo ha escogido el velador más apartado.

—Ya me he enterado de que Felisa se va con la hija a Valencia y cierra el taller —informa el antiguo oficial en tono preocupado—. Ahora te quedarás sin trabajo y tu padre y tu hermano tampoco lo tienen, por sus malas cabezas.

—¡Por sus malas cabezas, no! —salta Carmen con la mirada

encendida—. Porque ellos son trabajadores y formales.

—Sí —concede el hombre, y emite un suspiro resignado—. Pero se meten en política y en los sindicatos. El obrero debe estar con el patrón: no se puede morder la mano que te alimenta. ¡A ver ahora de qué vais a comer!

Carmen calla. Le repugna tanto aquel hombre que para evitar mirarlo a la cara finge que juega con una servilleta de papel, retorciéndola entre sus descarnados dedos de modista y de fregona.

—Usted había dicho que a lo mejor tenía trabajo para mí —le recuerda en tono apropiadamente sumiso.

Llega el camarero con las bebidas. Mientras las sirve, Torres Cabrera se retrepa en la silla para contemplar apreciativamente a la muchacha y tasar sus encantos: los brazos hermosos, el cuello largo y apetecible, el pelo espeso y negro, los pechos pugnaces que ella intenta disimular arqueando el busto y adelantando los brazos, los labios gordezuelos que un día —¡cómo olvidarlo!— besó brutalmente en una escalera oscura, a traición.

Se aleja el camarero. Torres Cabrera vuelve a apoyar los codos en el mármol acortando distancias.

—Tú sabes que te quiero bien, Carmelilla —susurra—, y que lo único que intento es solventar tus problemas; que vivas bien; que vivas como una señora. Yo soy generoso, eso tú lo sabes.

La muchacha lo mira directamente a los ojos. Hay ira y decepción en su mirada.

—Usted me ha dicho que tenía trabajo...

—Bueno. —Sonríe el antiguo oficial con suficiencia—. Yo te lo propongo y tú te lo piensas, pero déjame hablar y no me interrumpas antes de que acabe. —Hace una pausa reflexiva, como si le costara revelar algún secreto, y prosigue—. Mira: mi madre está repartiéndonos las fincas a los hijos y ya mismo voy a heredar el cortijo de los Jarales con sus olivos, sus trigales y su ganadería de reses bravas. Dinero no me

va a faltar y el que esté a mi sombra algo cogerá. Yo te pongo un piso en la calle Feria, que ya lo tengo visto, un sitio estupendo, enfrente del mercado, y tú sólo tendrías que hacer allí las cosas de la casa, y darme a mí, de vez en cuando, un poco de compañía. A tu padre y a tu hermano les busco un puesto en la fundición de Artillería, que soy amigo y compadre del coronel jefe. —Levanta un dedo admonitorio y recalca—: Siempre con la condición de que se olviden de los sindicatos y no sean revoltosos.

Se quiebra la servilleta de papel entre los dedos de la muchacha. Los ojos enfurecidos y arrasados en lágrimas parecen todavía más bellos.

—¡Qué tonta soy! —exclama—. ¡Tenía que habérmelo figurado, que usted lo que quería era insultarme, una vez más! Yo no quiero ser la querida de nadie aunque me muera de hambre.

Carmen se levanta arrastrando la silla, rescata su bolso y abandona el establecimiento airadamente sin volver la vista atrás. Afuera el fogonazo deslumbrador del sol acoge sus primeras lágrimas grandes y calientes cuando se deslizan por las mejillas.

Torres Cabrera sigue con la mirada la fuga de la muchacha mientras esboza una sonrisa cínica y un gesto teatral de chulesca suficiencia. Goza en Sevilla de fama de mujeriego y prefiere que los parroquianos que han asistido a la escaramuza piensen que domina la situación.

—¡A ver, Matías, llena este vaso!

—Parece que se resiste la gachí, ¿no, don Lorenzo? —comenta el camarero mientras escancia la bebida.

—Se resiste la potra —declama el antiguo oficial para la audiencia—, pero a ésta la domo yo y me la meriendo. ¡Como a todas!

Se toma la cazalla de un trago, a lo macho, con la amargura del fracaso sólo para él. Nadie tiene por qué saber, ni siquiera él mismo, lo que duele estar enamorado de una criada, un sentimiento tan vergonzoso y contra natura.

Moscú

Dormían las estepas rusas, la tundra infinita, las montañas, los bosques, las aldeas de barro, las ciudades con palacios de mármol e iglesias de doradas cúpulas en forma de cebolla, pero Stalin era hombre de hábitos nocturnos, como el lobo siberiano, y ello obligaba a madrugar a sus colaboradores más directos. Por eso, en cierta modesta colonia militar, a cien kilómetros de Moscú, hacía rato que una ventana del cuarto piso permanecía iluminada. Detrás de aquella ventana el teniente Yuri Petrovich Antonov se afeitaba esmeradamente frente al carcomido espejo del baño.

El teniente no había conseguido conciliar el sueño esa noche. El propio Stalin iba a recibirlo en el Kremlin. Stalin en persona, el zar rojo.

Antes de marchar, entró en el dormitorio y besó levemente la mejilla de su esposa, la terrible Olga Igorovna, que resoplaba fragorosamente durmiendo o fingiendo dormir; besó también a sus hijas, Lena y Tatiana, de cuatro y cinco años de edad, que dormían en una cama plegable instalada en el exiguo saloncito del apartamento. El teniente descolgó la gorra y la guerrera de la percha de la entrada y cerró la puerta tras él sin hacer ruido. Abajo lo esperaba un enorme coche oficial negro.

Starken. Alemania

—Creo que no cenaré, Wilhem —anunció el barón—. Almorcé fuerte en Stettin y no tengo mucho apetito. Puedes irte a la cama. Muchas gracias.

El mayordomo hizo una reverencia y se retiró.

Como el animal que regresa a su madriguera y comprueba por el olor que todo ha seguido en su lugar durante la ausencia, el barón Rudolf

von Balke se detuvo en el umbral del enorme y helado salón principal decorado con estandartes y gallardetes arrebatados al enemigo en remotas batallas, y percibió los aromas familiares. Olía a humo y a cuero, a resina y a cera, los olores que junto al de la tierra mojada y al de la grasa del mono de vuelo de su padre constituían la primordial memoria olfativa del piloto.

En el alfarje del techo, en preciosa letra gótica alemana, las minúsculas en negro y las capitales en rojo, estaban inscritas las famosas palabras de Federico Guillermo I: «Todos los habitantes del país han nacido para las armas.» Todo el castillo de Starken era como un devoto monumento al rey sargento. El castillo, como observó con disgusto la madre de Rudolf cuando llegó a Starken de recién casada, «estaba repleto de chatarra heroica salpicada de sangre seca». Tía Ursula nunca había perdonado aquel frívolo comentario. Fue el comienzo de su antipatía hacia la pizpireta y superficial cuñada que su hermano le traía de Bremen.

Mientras avanzaba por los anchos corredores decorados con panoplias y trofeos militares, mazas y flechas, ballestas y yelmos, croquis de batallas y óleos que las representaban, Rudolf von Balke tornó a rumiar su descontento y se preguntó si había obrado cuerdamente al agenciarse un permiso para celebrar su vigésimo séptimo cumpleaños en el castillo. En aquel edificio cada reliquia parecía pregonar el fracaso vital del último guerrero de la estirpe. Desde el nacimiento del vigésimo quinto barón Balke, incluso desde mucho antes, desde que existía memoria de su linaje, su destino había sido una ininterrumpida preparación para la guerra. Lamentablemente la Alemania débil y postrada de la posguerra ofrecía escasas oportunidades a los héroes.

Ya en su habitación, después del baño tibio, Rudolf von Balke enjugó con la manga del albornoz el vaho que empañaba el espejo y contempló con interés su propia imagen. Era muy alto, aunque la práctica del montañismo, la caza y la natación le habían proporcionado una

elástica musculatura que lo salvaba de parecer desgarrado. Su cabello era tan rubio que casi parecía blanco. La tez clara, aunque ligeramente bronceada por el aire y el sol, los ojos azules grandes y melancólicos, los labios finos y bien dibujados, el mentón firme. El joven teniente hubiera podido figurar sin desventaja en una de las revistas gubernamentales que presentaban atletas arios, tipos raciales perfectos, la clase de ciudadano de casta superior que la Nueva Alemania debía promocionar. En su armoniosa cabeza militar pelada a cepillo, casi al cero, sólo desentonaba la nariz, quizá excesiva. Rudolf von Balke nunca había sentido el menor complejo a causa de su nariz. Es más, se sentía orgulloso de ella. La nariz poderosa era la marca de la familia Balke. Aquel gran apéndice nasal se repetía en los héroes teutónicos y prusianos retratados en los muros del castillo.

De pronto, en la adormecedora placenta del cuarto de baño invadido de vapor, Rudolf se sintió sumamente cansado. Con disciplinado automatismo castrense, tiró del cordón que liberaba el tapón de la bañera, extendió las toallas sobre el secadero y se fue a la cama. Antes de que el sueño lo venciera, repasó mentalmente el minucioso programa que había elaborado para aprovechar sus diez días de permiso: cazar, cabalgar a Rosenkospe, visitar a cierta amiguita de Königsberg, escuchar por enésima vez las hazañas de los antepasados en labios de su anciana tía y discutir, esperaba que no demasiado acaloradamente, con su hermana Maika. Durante unos días disfrutaría de sábanas finas, cama blanda, comida succulenta, aire libre. Esta perspectiva no le entusiasmó. Antes de dormirse se entregó a su pasatiempo favorito: imaginarse actuando heroicamente en futuros combates. El sueño lo venció, como otras veces, arrullado por el rugido de los motores, el matraqueo de las ametralladoras. En la oscuridad de su alcoba, en el castillo rodeado de bosques, el joven oficial olfateaba el acre olor de la cordita quemada.

Sevilla

Cae el sol a plomo sobre el corral de vecinos, la flama asciende de las piedras y asfixia a los gorriones refugiados bajo los aleros. El cobertizo de los lavaderos y los retretes está desierto a la hora canicular. Carmen se congratula de que no haya nadie en las galerías porque no le apetece contestar las preguntas de ninguna vecina. Ya ha dejado de llorar, pero la sensación de rabia y de asco persiste. Asciende la estrecha escalera que conduce a su vivienda sin ni siquiera saludar a sus geranios, plantados en viejas latas de carne de membrillo.

Abre la puerta y sorprende a los hombres de la casa, a su padre y a su hermano, arrodillados delante del modesto aparador. Se quedan pasmados, como cogidos con las manos en la masa.

—A ver, ¿qué estáis haciendo ahí el par de dos? —se encara con ellos.

Los dos hombres ponen cara de niños cogidos en falta.

—No te sulfures, Carmela —explica el padre—, que esto te lo vamos a dejar lo mismo que estaba. Es que estamos guardando aquí unos papeles.

—¡Estáis escondiendo propaganda del sindicato! —acusa ella—, porque como sois los más tontos del sindicato, todo lo que pueda comprometer a alguien os lo endilgan a vosotros y me lo metéis en casa.

—Los demás también se llevan su parte —protesta el hermano adolescente, aunque sin demasiada convicción—; aquí nadie es menos que nadie.

—¡Sois un par de tontos, y por meteros en política vamos a acabar muriéndonos de hambre! Vosotros sin trabajo y a mí que me echan del mío.

—¿Cierran, entonces, el taller?

—Sí. Lo cierran —admite Carmen dejándose caer en una silla, los brazos desmayados sobre el regazo.

Prefiere que achaquen su abatimiento a la perspectiva de perder el empleo. No les va a contar la propuesta de Torres Cabrera. Menudos son.

El padre se acerca a la muchacha y le rodea los hombros con el brazo. Es un hombre enteco y tostado, vestido con el blusón de los de su oficio, aunque lleve tiempo sin darle a la garlopa.

—¡Ea, Carmelilla, no te sofoques, que ya saldremos adelante! —la consuela—. Hoy, Braulio, el de la Hojili, nos ha dicho que a lo mejor nos puede dar algunos días de trabajo recogiendo chatarra.

—¡Sí! —estalla la chica—. ¡Recogiendo chatarra! ¡Mira tú qué trabajo para el mejor ebanista de Sevilla!

—¡A ver, hija, lo que sea mientras esperamos a que mejoren las cosas!

—¿Mejorar las cosas? —se sulfura Carmen nuevamente—. ¿Cuándo van a mejorar las cosas?

Los dos hombres cruzan una mirada.

—En otros sitios han mejorado —opina el muchacho.

—¿En otros sitios? —Carmen da rienda suelta a su mal humor—. ¿Dónde? En Rusia, ¿no? El hermano saca pecho.

—Pues sí, Carmela: en Rusia mismamente. Y eso es lo que estamos intentando los trabajadores aquí, a pesar de las mujeres de unos y de las hermanas de otros. Las mujeres es que habéis nacido para resignaros, pero la lucha obrera nos tiene que liberar de la explotación capitalista.

Ella los contempla desdeñosamente y niega con la cabeza.

—¡Pero qué ciegos estáis!

Moscú

Muchas veces a lo largo de su vida Yuri Antonov pensaría que lo

que marcó su destino fue la coza de un caballo. Yuri Antonov había nacido en Soka, una aldehuela de Tobolsk, un par de docenas de cabañas y de cobertizos en torno a un barrizal, donde no se podían dar tres pasos sin pisar una plasta de vaca. Era hijo de un pobre siervo de la tierra con vocación de esclavo que servía de felpudo al conde propietario de la aldea. Yuri Antonov se ruborizaba cada vez que recordaba a su padre arrodillado para que el conde apoyara una bota en su espalda al subir al caballo. Cuando la revolución abolió los privilegios y entregó la aldea a los estajanovistas, el padre de Yuri transfirió su fidelidad a Vladimir Morosov, el alcalde designado por el Partido. Morosov tenía mayores aspiraciones que pudrirse en Soka, de manera que viajaba frecuentemente a Moscú, donde tenía una querida y visitaba a algunos amigos importantes. En ausencia del alcalde, la administración de Soka quedaba en manos del padre de Yuri. Durante el primer Plan Quinquenal, el alcalde Morosov consiguió que Soka fuese designada Comunidad Soviética Ejemplar, gracias a un amigo del Ministerio de Desarrollo que falseó los datos de producción de leche y remolacha. Cuando faltaban sólo dos días para que el ministro de Desarrollo se personara en Soka para condecorarlo, Morosov sufrió un ataque cardíaco cuando testimoniaba su pasión a su amante, a la que había invitado al evento, sobre la requisada cama del conde, en el palacete convertido en museo y casa comunal. El padre de Yuri, que en aquel momento se encontraba en el piso bajo del palacete, amañando las cuentas del municipio con ayuda del secretario para ajustarlas a la nueva contabilidad, escuchó los aullidos histéricos de la mujer. Acudieron prestamente al dormitorio conde, pero ya el alcalde había finado y lo único que pudieron hacer fue calmar a la señora. Para ocultar las delicadas circunstancias en que el laureado Vladimir Alexéievich Morosov había pasado a mejor vida, al secretario se le ocurrió trasladar el cadáver a las caballerizas para que pareciera que un caballo lo había coceado produciéndole la muerte. Llegaron el juez y el médico, ambos miembros del Partido, y el secretario los tomó aparte y

les explicó lo ocurrido. Se hicieron cargo de la situación y no hubo más que hablar. Después de diversas idas y venidas al teléfono más próximo, distante cinco kilómetros de Soka, y de diversas consultas a Moscú, se acordó que la versión de la coza equina merecía todas las bendiciones del Soviet Supremo. Vladimir Alexéievich Morosov fue condecorado postumamente con la Medalla del Honor como udnarnik o «campeón del trabajo», muerto en el cumplimiento de su deber, y se le consagraron unas solemnes exequias.

El día del funeral de Morosov los tres altos cargos del ministerio asistentes al emotivo acto celebraron una breve conferencia en la sala de juntas del ayuntamiento y acordaron que, puesto que la prensa había anunciado ya la concesión del premio a la productividad estajanovista, era preferible mantener las cosas como estaban. Esto implicaba nombrar nuevo alcalde al padre de Yuri y condecorarlo como udnarnik. Dos días después, un camión cargado de guirnaldas, de retratos gigantes de Lenin y de banderas amaneció en la plaza de Soka. Los treinta y dos habitantes del pueblo se pusieron a las órdenes del realizador del Noticiero Soviético y decoraron profusamente los rincones del municipio que aparecerían en la película. A media mañana llegaron las jerarquías soviéticas, el ministro de Trabajo y el secretario general, así como una compañía de honores que desfiló frente al ayuntamiento. En la sala de juntas, el padre de Yuri, lavado, vestido y peinado como el día de su boda, recibió con lágrimas en los ojos la medalla destinada al alcalde difunto. En el montaje aparecía leyendo unas palabras de agradecimiento, pero en realidad esa escena se rodó después, en un primer plano que no requería acompañamiento alguno. El viejo Lev no sabía leer.

Delante de la cámara, el ministro de Desarrollo pellizcó cariñosamente la mejilla de Yuri, que entonces tenía doce años, y le preguntó qué quería ser de mayor. El niño había sido aleccionado por el maestro de ceremonias para que contestara «Quiero ser soldado soviético». El ministro, al escuchar la respuesta del rapaz, se volvió hacia

la cámara y pronunció: «El hijo del camarada Lev Konstantinovich Antonov irá a la Academia y será soldado soviético.»

Antes del mediodía terminó la filmación y las jerarquías regresaron apresuradamente a sus automóviles porque tenían un almuerzo en Kíev y ya iban justos de tiempo. El maestro de ceremonias y sus ayudantes guardaron en su camión cámaras, focos, banderas, retratos y guirnaldas.

Cuando los forasteros se marcharon, la aldea se quedó tan triste y desolada como siempre. Parecía que todo había sido un sueño, pero a las dos semanas se recibió un oficio citando al cadete Yuri Petrovich Antonov en la Academia de Kíev. Acompañaban al oficio el salvoconducto y los vales pertinentes para el desplazamiento y las comidas del futuro cadete y el miembro que el Comité designara para acompañarlo. Su madre y sus hermanas lo despidieron con lágrimas, pero el viejo Lev, enorgullecido, consiguió reprimir virilmente las suyas.

Sevilla

En los corrales de vecinos se vive con la luz del día. Sus modestos inquilinos ahorran electricidad o petróleo, se acuestan temprano y se levantan al amanecer. Hay que aprovechar las horas del fresquito en los quehaceres más pesados, antes de que el calor sea demasiado agobiante. Carmen dispone de dos horas para dejar la casa arreglada porque no entra en el taller hasta las nueve. Antes de marcharse baja a la fuente, a llenar el cántaro y el botijo.

El Corral de la Higuera es de los más antiguos de Sevilla, en el corazón de Triana. Es un gran edificio rectangular, construido en torno a un espacioso patio empedrado en cuyo centro se levanta la fuente, el cobertizo del lavadero y una fila de retretes públicos. El empedrado del Corral de la Higuera, cuando está recién regado, se muestra oscuro y brillante en contraste con la cal azulada de los muros y el verde y el rojo de los geranios, de las gitanillas, de los jazmines, de las damas de noche.

Las puertas de las viviendas, todas modestos pisos de dos habitaciones, tres a lo sumo, se abren a dos galerías sostenidas por pilastrillas de madera pintadas de azulete que recorren todo el contorno del patio. La gente cocina en hornillos portátiles de chapa y yeso que sacan a la galería para evitar que la vivienda se impregne de los olores del guiso. Los niños corretean por todas partes; los ancianos se reúnen en el patio, cada cual arrastrando su silla, y allí hacen corros y tertulias. Al Corral de la Higuera no le faltan ni sus salamanquesas sobre la pared encalada, cerca de la farola.

Aquel día diecisiete, que nadie va a olvidar, los hombres más jóvenes no se reúnen junto al pozo, como suelen. Casi todos andan en los mítines o en los sindicatos, recibiendo consignas. Son días de muchas reuniones, días asamblearios y comunales, días viriles de tomar decisiones, días de soñar en la revolución, en la libertad, en la igualdad, en el país utópico de las enormes fábricas y de los obreros sonrientes que prometen los carteles y los noticiarios soviéticos.

Carmela, desde la ventana, contempla con preocupación el apresurado ir y venir de los hombres. Advierte cuan quebradizo y provisional es el mundo masculino, cómo la locura idealista o el mezquino interés de unos pocos pueden alterar la vida de todos. Sabe que su padre y su hermano tienen razón; está convencida de que las injusticias del mundo deben suprimirse, o por lo menos atemperarse, de que el obrero debe sacudirse el yugo patronal, pero al propio tiempo no puede dejar de pensar que todo aquello es una utopía. Gentes como ella, o como los pobres vecinos del Corral de la Higuera, ¿cómo van a arrebatárles sus privilegios a los Torres Cabrera? Su padre y su hermano y otros como ellos siempre están esgrimiendo el ejemplo de Rusia, pero ¿dónde está Rusia? ¿Quién sabe cómo son las cosas allí? Creen que Rusia los ilumina como un faro, pero a lo mejor los deslumbra también. Quizá allí hayan ejecutado al zar y a la nobleza, pero en Sevilla las cosas son distintas. Sevilla está cerca, está encima y aquí la realidad es densa, pesa

y abulta más que los sueños. En Sevilla los señoritos como don Lorenzo Torres Cabrera tienen pistolas y cañones, calabozos y aeroplanos. Pueden mirar al obrero con sorna y desprecio. Gentes como su padre y como su hermano, ¿qué van a poder contra tanta fuerza y tanta maldad?

Starken. Alemania

—Hace un día espléndido, barón —anunció rutinariamente el mayordomo Schulz al tiempo que descorría la cortina que cubría la ventana—. Frau Ursula lo espera para desayunar en el comedor a las nueve y cuarto.

Era un espléndido día de lluvia, con el cielo gris oscuro y el aire tan cargado de humedad que casi se respiraba agua. Rudolf abrió los ojos a la turbia luz que se filtraba por la ventana. En el marco de piedra gótica, tras los cristales emplomados, entre el celaje del aguacero, se distinguían apenas las copas de los árboles más cercanos y el confuso bosque que rodeaba el castillo. Reparó en la fotografía del escritorio. La había contemplado tantas veces que conocía de memoria cada detalle: su padre y otros tres jóvenes aviadores de la escuadrilla de Von Richtoffen, el «circo» Richtoffen, en un aeródromo de la campiña francesa, a principios de 1917. Cuatro jóvenes caballeros del aire que cuando terminó la guerra totalizaron ciento cincuenta aviones enemigos derribados: ciento cincuenta torneos victoriosos contra otros tantos caballeros en veloces máquinas armadas de ametralladoras. Gustav, en su infancia de huérfano de reverenciado héroe, gustaba de imaginarse a su padre como un caballero teutónico, uno de aquellos primeros Von Balke de los que hablaba tía Ursula, los que ensancharon el territorio alemán por el este arrebatando Prusia a los eslavos, polacos, magiares y rusos. En segundo plano, detrás del grupo, un aparcamiento de biplanos Albatros D. II, el avión de su padre. Junto a la enorme cruz negra que constituía el distintivo alemán lucía una gran inicial, la B de Balke. En aquel mismo aeroplano, meses después de ser tomada la fotografía, el barón Von Balke fue abatido sobre el frente belga. Los cuatro pilotos sonreían embutidos

en sus entalladas chaquetas de vuelo y tocados por sus gorros de aviador, las gafas sobre la frente y los fulars de vivos colores anudados con coqueta negligencia. Cada uno había firmado debajo. Las tintas, como los recuerdos, palidecían con los años, pero aún podía leerse: Manfred von Richthoffen (el Barón Rojo, comandante de la escuadrilla), Ernst Udet, Gustav von Balke y Hermann Goering.

Después de vestir un uniforme de calle, limpio y cuidadosamente planchado, con el que era casi obligado comparecer ante tía Ursula, Rudolf se encaminó al comedor.

Frau Ursula era una anciana huesuda que recogía su cabello gris en un severo moño al estilo de treinta años atrás. En su rostro surcado por las arrugas quedaban suficientes vestigios de una pasada belleza, y su boca, cuyo habitual gesto adusto había cincelado una mueca trágica, estaba dibujada por unos labios que un día fueron apetecibles y sensuales.

Aquella mañana la anciana se había ataviado especialmente para recibir a su sobrino con un severo vestido de hilo que remataba en una pequeña gola de encaje. Sentada muy derecha, sin apoyarse jamás en el respaldo o en los brazos, en un sillón más alto que ella, en la cabecera de la mesa larga y rectangular, lo esperaba con disimulada impaciencia. Aunque la habían educado en la vieja norma prusiana que consistía en reprimir toda manifestación de sentimientos y aceptar la alegría con la misma indiferencia que la tristeza, cuando vio aparecer a su sobrino, tan apuesto y viril en su uniforme, no pudo reprimir el deleite y exhibió una ancha sonrisa. Se dejó besar ambas mejillas y retuvo firmemente las manos de Rudolf entre las suyas mientras le contemplaba el rostro casi con arrobamiento de enamorada.

—Estás algo más delgado, Lufty. ¿Te alimentas bien?

—Muy bien, tía. Hermann nos alimenta divinamente.

Hermann era el ministro de Aviación, Hermann Goering, un antiguo habitual del castillo cuando era camarada de armas del padre de Rudolf en el «circo volante» de Richthoffen.

—Pues en ese caso debes dormir más porque te encuentro escuálido.

—Aumentó la presión de sus manos y preguntó en tono confidencial, casi en un susurro—: ¿Vas con mujeres?

—En mi vida no hay más mujer que tú, tía —bromeó el piloto.

Ella aceptó el cumplido con indisimulado placer, pero después comentó melancólicamente:

—¡A saber en qué compañías andarás por esos mundos...!

Rudolf sonrió y desasiéndose de las manos de la anciana tomó asiento junto a ella. A una mirada de la señora, la doncella de delantal y cofia bordados acudió a servir el café.

El comedor era una pieza espaciosa con dos grandes ventanales que daban al jardín posterior donde tía Ursula cultivaba rosas y petunias. A aquella hora de la mañana, con la caldera de la calefacción recién encendida, era la única estancia de la casa donde no hacía frío. Dos gruesos troncos de abeto se consumían en la amplia chimenea sobre la que se reproducía en mármol el estandarte de los caballeros teutónicos, una cruz negra sobre fondo blanco.

—¿Cómo van las cosas por aquí, tía? —preguntó Rudolf mientras se untaba una tostada de mantequilla.

—La casa da mucho trabajo y cada vez luce menos —se quejó la anciana—. Hay goteras en la sala de música, la claraboya del estudio tiene dos cristales rotos, el estanque del jardín cría algas y ovas, el huerto está cada vez más descuidado, y no digamos el invernadero, ¡qué lástima, con la ilusión con que lo trajo tu padre de París, cuando la Exposición de 1900!... Trabajo no falta y hay tantas cosas que reclaman atención: cuadros, porcelana, plata, ropa, que muchos días me voy a la cama muerta de cansancio sin haber podido leer una línea.

—Debes tomarte las cosas con más calma.

Rudolf iba a preguntar por su hermana Maika cuando ésta apareció.

—Hola, ¿estás aquí?

Se besaron. Ella no manifestó mucho entusiasmo. Era pelirroja,

pecosa, feúcha y además algo depresiva.

—Siento llegar tarde —se excusó la joven con una sonrisa helada que subrayaba la falsedad de las palabras, mientras tomaba asiento al otro lado de la mesa, frente a su hermano—. ¿Me he perdido algo? Anoche me dieron las tantas de la madrugada leyendo literatura subversiva. No te oí llegar, Rudolf.

Tía Ursula enarcó una ceja.

—¿Literatura subversiva?

—Estoy de broma, tía. Solamente leía a Voltaire. ¿Sabes quién es Voltaire, hermano?

El teniente ignoró la impertinencia y continuó extendiendo mantequilla sobre su tostada. Quizá no tuviera tantas lecturas como Maika, pero tampoco era un patán.

—He descubierto que Voltaire no sólo aborrecía a los curas —prosiguió la joven—: tampoco le gustaban los militares. Se burlaba de lo que él llamaba «el estruendo de los héroes».

Maika tomó una galleta de la fuente de plata y le propinó una sonora dentellada con gesto desafiante.

En otro tiempo aquella actitud le hubiese acarreado una severa reprimenda, pero ya Frau Ursula había cumplido los ochenta y había desistido de meter en vereda a la rebelde. Por otra parte la inestabilidad emocional de la muchacha, con dos intentos de suicidio y algunos episodios demostrativos de una conducta errática, habían convencido a la familia de que era mejor seguirle la corriente y no contrariarla demasiado.

La anciana bajó la mirada a su taza y carraspeó ligeramente. El aviador casi podía leerle los pensamientos. No sé qué vamos a hacer con esta chica, que no ha sacado nada de nuestra familia.

«Nuestra familia», una expresión que la anciana repetía mucho cuando hablaba de los Balke, la estirpe militar de su rama paterna.

Sevilla

A través de la ventana abierta el rumor del patio ha crecido de pronto. Carmen se asoma a ver. Un mozalbete acaba de llegar con noticias sorprendentes. —¿Qué pasa?

La vecina está acodada en la galería de madera. Se vuelve.

—Que los militares se han sublevado en Melilla. Se escucha una voz desde el patío: —¡Esto es la revolución! Y otra que dice:

—¡Los que sean hombres y tengan cojones que se vengan a la CNT!

Cunde el revuelo por el corral. Los que tienen radio la sacan a la galería e invitan a los vecinos. Hoy no se trabaja. Hoy hay que ponerse a las órdenes de la revolución.

—¡Lo primero que tenemos que hacer es quemar las iglesias! — propone una voz.

—¡Eso, eso, abajo el clero y la opresión!

—¡Y lo segundo ir a por los señoritos!

—¡Viva la libertad!

Sevilla

Unas horas más tarde, desde la azotea de la casa contigua, Carmen y algunas mujeres contemplan las señales de la revolución y se angustian por la suerte de sus hombres cada vez que suena un disparo. De vez en cuando llega alguien con noticias. Los obreros sindicalistas están invadiendo el centro de la ciudad donde se hallan los edificios oficiales y las viviendas de los propietarios. Los acompaña una entusiasta muchedumbre de mujeres y mozalbetes que al grito de libertad y revolución saquean las viviendas y las tiendas de los ricos. Los revolucionarios han asaltado el palacio de la condesa de Santa Teresa, y el de la condesa de Mesada, el de la de los Rubios, y las residencias de las familias Candau y Marañón; también han robado en la Escuela Social Obrera de los salesianos y en la casa de don Luis Mensaque. Lo que no pueden aprovechar, lo destruyen: el caso es acabar con la propiedad. En el patio del palacete de los Luca de Tena había cinco automóviles: los han sacado a la calle y les han prendido fuego.

Casi todos los propietarios han huido abandonando sus riquezas. Los burgueses explotadores del obrero desamparan sus propiedades para ponerse a salvo. Muchos se acogen en los hoteles y en los casinos del centro de la ciudad; otros se sienten más seguros en sus fincas y cortijos, lejos de Sevilla.

Se van conociendo noticias particulares. A don Luis Mensaque el tribunal popular lo ha fusilado contra los muros del colegio del Campo, en Pagés del Corro. Muchos curas se han vestido de seglar para disimular su condición y escapar del linchamiento, pero a otros los delata la tonsura. Al cura José Vigil Cabrerizo, de veintinueve años, lo sacan a empujones de su casa y lo tirotean en presencia de sus padres y de sus

dos hermanas, que han salido a suplicar clemencia. Cuando lo arrastran, agonizante, para arrojarlo a las llamas de su iglesia incendiada, la madre se arrodilla ante los milicianos y con los brazos en cruz suplica que no hagan tal cosa, que se lo maten allí mismo. El párroco de San Bernardo, ya anciano, ha muerto de la impresión, al ver arder su iglesia.

En las zonas ocupadas, los sindicatos establecen controles armados. En el Altozano, en el arranque del puente que enlaza Triana con Sevilla, las milicias han levantado una barricada para defender el barrio de posibles ataques fascistas.

Starken. Alemania

Maika había tenido, años atrás, una especie de idilio con los bolcheviques, el sarampión propio de la edad juvenil o, como tía Ursula prefería denominarlo, «la desgraciada consecuencia del único error que he cometido en mi vida: consentir que esta muchacha atolondrada fuera a estudiar a Inglaterra, simplemente porque era la moda entre las familias linajudas de Koenigsberg».

A principios de los años treinta, en las universidades inglesas más prestigiosas, Oxford y Cambridge, frecuentadas por estudiantes procedentes de las mejores familias, muchos alumnos se hicieron comunistas. Quizá se trataba solamente de una manifestación de juvenil rebeldía contra las clases acomodadas y muy conservadoras de las que provenían. El fenómeno afectó solamente a dos o tres promociones, pero fue muy intenso. Todavía durante la huelga general de 1926, los jóvenes universitarios de Oxford y Cambridge eran tan conservadores que se ofrecieron voluntarios como carteros, conductores de autobús y descargadores para cubrir los puestos que los obreros huelguistas desamparaban. Tres años después, cuando el crac de la economía capitalista dejó en la calle a millones de obreros, a muchos jóvenes idealistas de Oxford y Cambridge les pareció que las democracias

capitalistas habían fracasado y que era necesario barrer aquella podredumbre y sustituirla por un orden nuevo. Unos se hicieron fascistas o nazis; otros volvieron sus ojos al comunismo. En Oxford y Cambridge el comunismo llegado de la ignota Asia parecía menos doméstico que los fascismos europeos, era mayor novedad. Las noticias de Rusia eran halagüeñas. En el utópico paraíso comunista no había desempleados, la gente trabajaba en las nuevas fábricas, el ciudadano era feliz, la Rodina, la Madre Patria, cuidaba de todos como una madre providente y sabia: la economía bien planeada, la producción calculada para cubrir las necesidades del ciudadano y no para el medro de unos privilegiados. En Rusia todos los niños recibían la misma educación, en escuelas mixtas y públicas. A los alumnos de Oxford y Cambridge las duchas frías de sus vetustos colegios, el uso de la corbata desde los seis años, las vacaciones anuales en una mansión campestre con la familia, las excursiones culturales a Italia o Grecia, los buenos modales en la mesa, todo aquel conglomerado de trasnochadas normas y costumbres victorianas les parecían una camisa de fuerza intolerable. Lo que ellos ansiaban era la libertad del comunismo, la abolición de clases, sentirse libres como los obreros, marchar codo a codo con ellos sin modales que observar ni tradiciones que respetar. El sueño comunista era tan bello que muchos sucumbieron. Maika, como tantos estudiantes de Oxford, se entregó al comunismo, al amor libre y a la divulgación de ideas igualitarias. Como sus otros amigos comunistas, dio en vestirse de manera estrafalaria, en frecuentar tabernas menestrales y en exhibirse por los lugares de moda con algún sobado tomo de las obras de Marx o Lenin bajo el brazo. Incluso fue un poco más lejos que la mayoría de sus compañeros conversos puesto que modificó su apellido, suprimiendo el aristocrático von y adoptando el nombre de guerra Nadia, tan ruso, para las citaciones a reuniones clandestinas.

Durante un par de años, la joven Maika vivió inmersa en la embriaguez de las discusiones políticas en clubes comunistas y

socialistas. Después comenzó a pensar que el materialismo dialéctico genuino consiste en dejarse de palabrería y pasar a la acción, y comenzó a acostarse con obreros a los que en los descansos intercoitales intentaba catequizar sobre la necesidad de la revolución comunista. Tras intentarlo con muchos tuvo que admitir que el obrero inglés, aunque pasable en la cama, era bastante elemental e impermeable a las ideas. Entonces concibió la idea de trasladarse al paraíso comunista, a la Gran Rusia, y acostarse con verdaderos obreros rusos, aquellos superhombres que aparecían en los carteles de propaganda soviética.

Sevilla

Arde la cal bajo el sol despiadado del mediodía. La revolución avanza como una lenta serpiente que cerca la ciudad entre sus anillos. Crecen y progresan las negras humaredas de iglesias y conventos incendiados: a media mañana han sido Omnia Santorum y Montesión, en la calle de la Feria; luego Santa Ana y la O, en Triana. En las azoteas y los miradores, comadres de moño y mandil discuten sobre la procedencia de cada columna de humo negro. Después de las iglesias de San Román, San Marcos y San Gil, en la Macarena, y de las de San Roque y San Bernardo, extramuros, arden las de Santa Marina y el convento de las Mercedarias: primero humo blanco a través de las ventanas emplomadas que el calor hace estallar, luego, cuando se desploman los artesonados arrastrando la techumbre, una única y espesa humareda negra. Las llamas y las nubes de pavesas se distinguen perfectamente a dos kilómetros de distancia.

Algunos vecinos regresan al Corral de la Higuera cargados con el producto del saqueo. Dejan los bultos en sus viviendas, imparten rápidas instrucciones a sus mujeres y regresan apresuradamente a la tarea. Un miliciano de mono azul y gorra cenetista llega cargado con dos maletas de cuero. Mientras bebe largamente de un botijo, las comadres se agolpan alrededor preguntando por los suyos.

—¡Y yo, qué coño sé! —responde desabrido—. ¡Es la revolución! Cada cual coge lo que puede. ¡Un hacha!

¿Quién tiene un hacha grande? ¡Que me preste alguien un hacha!

—¿Para qué?

—Porque hay muchas puertas y alacenas cerradas, y los que llevan hacha se quedan con lo mejor.

En seguida aparecen algunas vecinas con hachas. El miliciano se apodera de la más idónea.

—A ver si luego te acuerdas de devolvérmela. Y si además me traes algún regalo, mejor.

El miliciano se ha desentendido. Con la herramienta en la mano, se precipita escaleras abajo en pos de la revolución.

Al rato llega otro miliciano cargado con un fardo inmenso al que tiene que empujar a patadas para que entre por la puerta de su vivienda. Se zafa del abrazo de su mujer y le advierte mirando con dureza al grupo de vecinas que la acompañan:

—Tú te quedas aquí y no me andes corraleando. Y vigila bien la puerta, no vaya a colársete alguna de éstas. —Señala a las fisgonas agolpadas en la entrada—. Ustedes no tenéis que ver na hasta que yo esté de vuelta, ¿entendido?

—Pierde cuidado, hombre, que no te vamos a robar —replica una con sorna.

—Y después de todo, quien roba a un ladrón... —salta otra.

—¡De eso, nada! —se revuelve el aludido desde la escalera—. ¡Esto es una revolución y tomar lo del rico explotador no es robar!

Al cruzar el patio, los niños que juegan a fusilar fascistas con sus fusiles de caña, le gritan:

—¡Viva el comunismo!

Pero él ya va a lo suyo, corriendo.

Moscú

Al tercer año, cuando ya se acercaban los exámenes, en los que previsiblemente el cadete Yuri Petrovich Antonov obtendría uno de los últimos puestos de su promoción, la revista Revolución Roja publicó un artículo sobre la aldea estajanovista de Soka en su número monográfico dedicado a los logros del Segundo Quinquenio. El redactor del artículo, un joven periodista sobrino del secretario general del Ministerio de Desarrollo, no se preocupó de contrastar sus fuentes y supuso que el joven Yuri Antonov habría hecho una carrera brillantísima en la Academia de Infantería y figuraría entre los suboficiales distinguidos que cada año pasaban automáticamente a la Academia de Aviación.

El general director de la Academia de Aviación era un sujeto timorato y servil que había ascendido en el escalafón halagando al Partido. Cuando leyó el artículo y vio que lo firmaba un apellido de lo más alto de la nomenclatura, supuso que complacería al Soviet Supremo si seleccionaba a Yuri Antonov para su ingreso en la Academia del Aire. La lista ya estaba confeccionada, pero aún no la había recogido el oficial encargado del correo. Descolgó el teléfono, convocó al sargento mecanógrafo y le ordenó que añadiera el nombre de Yuri Antonov al final.

—No queda espacio, camarada general.

—Pues entonces póngalo al principio, sargento, y no me sea asno.

—¡A sus órdenes, camarada general!

De esta manera fortuita, el futuro de Yuri Petrovich Antonov, cultivador vocacional de patatas y zanahorias, quedó decidido. A los diecisiete años ingresó en la Academia del Aire.

Su ascenso dentro de la Academia fue también obra de esa serie de

casualidades que los creyentes atribuyen a la Providencia y los incrédulos al Destino. Como aviador, Yuri Antonov resultó torpe en los mandos y duro de maniobra hasta el punto de que los instructores, cuando les tocaba volar en su compañía, se despedían de sus seres queridos porque no estaban seguros de salir vivos del lance. El cadete Yuri Antonov ostentaba la puntuación más baja de la promoción, cercana al nivel que obligaba a repetir la instrucción. Pero una vez más, la casualidad vino a promocionarlo incluso por delante de muchos de sus camaradas más brillantes. En la prueba decisiva, consistente en un examen de ametrallamiento sobre blancos terrestres, tres cadetes se confundieron por causa de la niebla y dispararon sobre el blanco de Yuri. El resultado fue que su blanco exhibía un treinta y dos por ciento de impactos, mientras que los del resto de la promoción oscilaban entre un doce y un dieciocho por ciento. Yuri Petrovich Antonov fue proclamado campeón de tiro y agasajado por el mando.

Una segunda circunstancia fortuita insistió en promocionar a Yuri Antonov al margen de sus merecimientos. Como piloto destacado, lo destinaron a la base aérea de Lipetsk, donde, en virtud de un acuerdo secreto entre el soviét y Alemania, instructores alemanes preparaban a pilotos germanos y soviéticos. De este modo Alemania burlaba la cláusula del Tratado de Versalles que le prohibía disponer de aviación militar. Los soviéticos, por su parte, conseguían instructores de alto nivel de los que la Unión Soviética carecía.

En Lipetsk la rivalidad entre los cadetes alemanes y los soviéticos se manifestaba en la osadía de los rizos, los picados, los tambores y las demás maniobras del repertorio aviador, así como en el tiro a tierra. Durante una exhibición en presencia de una comisión inspectora germanosoviética, Yuri Antonov se acercó demasiado a tierra y, cuando advirtió que le era imposible enderezar el avión sin chocar contra un puente, cerró los ojos y lo mantuvo a nivel, sólo tres metros por encima del río, para salvar el obstáculo por debajo. El puente tenía una luz

solamente un metro superior a la envergadura del avión y fue un verdadero milagro que el inexperto piloto no se estrellase. Cuando después de unos segundos angustiosos, Yuri Antonov abrió los ojos y advirtió que había pasado bajo el puente, tiró de la palanca y ascendió al cielo con tal ímpetu que el aparato volvió sobre sí mismo e hizo el más cerrado looping que nadie había visto hasta entonces, lo que los espectadores interpretaron como vistoso remate de la hazaña.

Uno de los mejores cadetes alemanes presenció desde el aire la acrobacia y naturalmente quiso emular al ruso. Con tan mala fortuna que un ala de su aparato rozó el puente y se estrelló.

El episodio le costó un mes de arresto a Yuri Antonov. Sólo por cubrir las apariencias. Sus superiores lo felicitaron efusivamente y el ministro del Aire le envió vino y caviar al calabozo.

—La Rodina se siente orgullosa de usted —le comunicó el oficial de enlace—. Les ha bajado bien los humos a esos fatuos alemanes. Es usted la honra y la esperanza de la nueva aviación soviética.

Cuando Yuri Antonov recobró la libertad, sus camaradas le ofrecieron una ruidosa fiesta en el dormitorio de la compañía, presidido por un gran cartel alusivo a su hazaña.

Desde entonces, Yuri Antonov fue el héroe de Lipetsk y todos sus errores en el aire se interpretaban como originalidades o variaciones que introducía en la rutina de vuelo en su afán de explorar nuevas maniobras o de indagar sobre las posibilidades del Fokker como avión de caza. Un día tomó tierra tan desastrosamente que rompió el tren de aterrizaje y no se mató de milagro, pero los instructores prefirieron pensar que lo había hecho a posta, para probar el aparato en pista corta.

Solamente Rudolf von Balke, uno de los pilotos alemanes llegados a Lipetsk en la última remesa, comprendió que el piloto ruso del que tanto se hablaba era, en realidad, un principiante afortunado que vivía de milagro. Von Balke sonrió con suficiencia germánica, pero se guardó de comunicar su deducción a sus compañeros.

El era un *junker* prusiano. Estaba por encima de aquellas plebeyas rivalidades.

Sevilla

Pésimos presagios. Negras columnas de humo como los dedos de unas manos monstruosas ensombrecen el cielo. Al mediodía, el humo es tanto y tan denso que tamiza el sol enlutándolo como una gasa negra que se extendiera sobre la ciudad.

Al Corral de la Higuera regresan muchos hombres para almorzar y sestear. Se divulgan preocupantes noticias. Mientras el pueblo quema las iglesias y saquea las casas de los ricos, la reacción ha tomado medidas contrarrevolucionarias de la forma más artera y despreciable. Uno de los generales rebeldes, Queipo de Llano, ha destituido al gobernador militar de Sevilla y lo ha suplantado.

Por la tarde, después de la siesta, numerosos grupos de obreros y sindicalistas se concentran ante el cuartel de los guardias de asalto de la Alameda y gritan pidiendo armas. El comandante del puesto está orinando, prostático, en las macetas de aspidistras de un patinillo interior. Hasta él llegan las voces de la calle. Se encoge de hombros, molesto con lo suyo.

Starken. Alemania

Existía la otra familia, la materna, a la que tía Ursula solía aludir con despectiva indiferencia: los Bauer, descendientes de mercaderes enriquecidos de Bremen. A tía Ursula nunca le gustó la esposa que su hermano Gustav trajo al castillo: una mujer sin linaje, hija de comerciantes, demasiado bella y llamativa y tan veleidosa y derrochadora que sólo usaba lencería de París, como las demimondaines de allá, sospechó en alguna ocasión la anciana para justificar el encandilamiento del barón. En las tardes plomizas y tediosas, cuando tía Ursula invitaba al

té a sus amistades, damas ancianas y nobles como ella, hijas, nietas y viudas de generales, uno de los temas de conversación favoritos era las extravagantes novedades que la esposa de su hermano introdujo en el castillo. La intrusa desterró al desván preciosos recuerdos de familia que le parecían demasiado sangrientos, hizo instalar pecaminosos bidets en los cuartos de baño y si no cambió por completo la faz de la casa fue porque en realidad procuraba pasar en ella el menor tiempo posible: lo suyo eran los viajes a lugares soleados, los grandes hoteles, los automóviles de lujo, los bailes, las fiestas y los casinos. Sólo pensaba en estrenar trajes de lentejuelas, en asistir a la temporada de la ópera en Berlín, en veranear en la Costa Azul. Pasaba el invierno tendida en una chaise longue frente a la chimenea y el verano en una hamaca de la Riviera o en Venecia, siempre leyendo novelas francesas y libros de Heine y otros poetas judíos. Despreciaba como horribles tapices viejos los estandartes y trofeos que decoraban los muros del salón y pretendía sustituir las panoplias de armas por extravagantes pinturas francesas. Incluso se atrevió a redecorar el salón gótico, alegando que le parecía insoportablemente fúnebre, e instaló en él lo que ella denominaba una galería española con muebles y objetos de decoración detestables que le enviaba su hermano Martin Bauer, consignatario de compañías de navegación alemanas en España.

Sevilla

Por la noche brillan los incendios como lejanos braseros. La ciudad se ahoga en humo y lame sus heridas. Se va conociendo lo ocurrido durante el día. El general Queipo de Llano se personó en el gobierno militar con un grupo de oficiales rebeldes, entre ellos el capitán Torres Cabrera, y arrestó al gobernador y a los oficiales fieles al gobierno de la República. Luego, con sólo ciento y pico de soldados procedentes de los acuartelamientos del centro y algunas docenas de voluntarios derechistas

que se le unieron, tomó el ayuntamiento y libró una sangrienta refriega con los guardias y milicianos que se habían hecho fuertes en el frontero edificio de la Telefónica. Con energía y audacia, el general y sus seguidores se han apoderado de los lugares clave de la ciudad.

Después de una noche en vela, de zozobra y cálculos, amanece turbiamente el nuevo día. Todavía humean los templos, los tranvías y los automóviles incendiados el día anterior. Queipo mueve audazmente sus peones. Los rebeldes controlan ya los edificios oficiales y el aeródromo de Tablada. Piquetes de legionarios, regulares y falangistas patrullan el centro de la ciudad y registran los edificios donde pudieran ocultarse francotiradores o pacos. Cachean a los sospechosos; piden la documentación, detienen a los sindicalistas y a los afiliados a movimientos obreros. En el centro de detención, instalado en el cine de verano de la plaza del Duque, no cabe más gente.

Las personas de orden se van animando. Hablan por teléfono, se visitan, transmiten buenas noticias.

Moscú

La Academia de Infantería de Kíev era un enorme edificio de piedra que había sido seminario en tiempo de los zares. Allí recibían enseñanza tres mil cadetes procedentes de todas las razas y repúblicas de la Unión Soviética, con predominio de los rusos. Los parques que rodeaban al antiguo seminario se habían convertido en campos de deporte e instrucción y en polígonos de tiro.

Yuri no fue un alumno destacado. Le faltaba espíritu militar, y aunque las matemáticas no se le daban del todo mal, se mostraba especialmente torpe en el tiro y no acababa de asimilar los rudimentos de instrucción teórica. Por otra parte, su carácter retraído compaginaba mal con la camaradería jovial reinante entre sus compañeros, casi todos hijos de alcaldes y jerarcas del Partido. Se hizo amigo del jardinero y cuando tenía un rato libre solía buscar su compañía y lo ayudaba a cultivar remolachas, zanahorias y patatas.

Cada tres meses Yuri pasaba una semana de permiso en Soka, donde su padre seguía siendo alcalde. En cuanto llegaba a la aldea se despojaba del uniforme, volvía a vestir calzones anchos y camisas de mangas abullonadas como un mujic pobre y madrugaba como el resto de la familia, a pesar de las protestas de la madre, para ayudar al viejo Lev y a sus hermanas a ordeñar vacas, a recoger el heno, a reparar las corralizas y a enlodar con bosta de vaca los viejos muros de la isba, que se desmoronaban cada invierno. También procuraba mantenerse informado de los asuntos relacionados con los cupos de gasolina o de simiente, de racionamiento, de partos de vacas, de enredos de vecinos, de bodas, de defunciones y hasta de las ordenanzas municipales. No obstante, a pesar de sus esfuerzos, no conseguía que lo aceptaran como a uno más. Si lo

invitaban en alguna casa, le servían cerveza en lugar de vodka, como se hacía con los forasteros a los que se quería honrar, y sus amigos lo trataban con deferencia distante y manifestaban deseos de verlo vestido con su bonito uniforme y sus lustrosas botas. No comprendían su afán por vivir como un campesino cuando regresaba a la aldea.

Yuri no hablaba mucho de su vida en la Academia y la familia respetaba su silencio atribuyéndolo a la prudencia y al secreto que requieren los asuntos de la milicia. Sólo la madre veía más allá y sospechaba que su hijo, a pesar de estar bien nutrido y de vestir un uniforme nuevo y limpio, no era feliz. Sin embargo las hermanas y el padre lo reverenciaban como a un héroe, y creían que había llegado a la cima.

Sevilla

Los barrios rojos han capitulado. Nadie se siente seguro. Ala una está prohibido asomarse a la calle; a las dos, circular por la vía pública. El paqueo intermitente y disperso da paso a las descargas cerradas de los piquetes de ejecución. Circulan los rumores más desalentadores. Al otro lado de la ciudad, en las funerarias de la calle de Hernando Colón, los industriales del ramo velan por el negocio, echan números, llaman por teléfono a los proveedores y encargan cincuenta ataúdes, o mejor, que sean cien. De los más baratos.

—Tan pronto no puedo, porque el barniz tarda dos días en secarse.

—¡Pues no los barnices, coño, que los muertos sólo tardan dos horas en pudrirse y ya sabes cómo son los militares, si les tocas los cojones van a querer enterrarlos sin traje de pino!

También hay ataúdes en la plaza de San Lorenzo, especialidad en arcas de madera maciza.

Un viajante de tejidos catalán revisa las existencias del almacén de los Benitos.

—¿Y aquellas telas altas?

—¿Aquéllas? —señala el empleado que lo atiende—. ¡Pues no llevan ahí tiempo!

—¿Son negras o azul marino? que con el polvo no se distingue.

—Negras.

—Pues las vamos a ir bajando porque el luto se va a vender bien esta temporada.

—Algunas sí, pero otras son de paño y estamos en verano.

—Tú bájalas todas, que si esto sigue por donde parece que va a ir, cuando llegue el invierno seguirá habiendo lutos.

—Lo que usted diga.

Starken. Alemania

—¿Qué tal la boda de Ingrid Luitpold? —preguntó Rudolf.

Tía Ursula expresó su desencanto con un gesto.

—Fue una verdadera lástima que no vinieras porque asistieron todos nuestros amigos y te echamos de menos. Estaban los infantes prusianos, los bávaros y hasta los estonios; todos tus amigos: Sasha, Willy, Fritz, el príncipe heredero de Sajonia y María-Emmanuel, Burchard, Georg-Wilhem de Hannover y los Schitzler, Max Fürstenberg, el príncipe Hohenzollern-Sigmaringen y su hermano Francisco José, Burhardt de Prusia y Georgie y Lella Mecklemburgo y no sé cuántos más que me preguntaron por ti.

—¡Caramba! —comentó Rudolf educadamente—. Sí parece que me perdí algo bueno.

—Tenías que haber asistido. Y no me digas que no te hubieran dado permiso porque el castillo estaba lleno de militares de todas las armas, incluida la Luftwaffe.

Rudolf se excusó rutinariamente. No podía explicarle a su tía que cuando se trabaja en un proyecto secreto no siempre es fácil obtener un

permiso.

—El pobre Max ha conseguido por fin casar a su última hija —prosiguió tía Ursula—, y puedo asegurarte que ése fue verdaderamente el día más feliz de su vida porque la chica, tan feúcha, no era fácil de casar, la verdad sea dicha.

Tía Ursula bebió un sorbo de té, se enjugó delicadamente los labios y prosiguió:

—Fue una espléndida velada; las damas luciendo lujosos vestidos y joyas magníficas, los caballeros de frac o de uniforme, con todas sus condecoraciones, galones, entorchados y sables. Y una multitud de sirvientes, verdaderamente excesiva para los tiempos que corren, ellos de librea de seda y ellas con cofias de encaje almidonado y vestidos de raso. No faltaron Luis Fernando de Prusia y su mujer Kira, la rusa, muy atractiva, por cierto, aunque tiene las piernas demasiado delgadas. También asistió la casa reinante de Sajonia au complet, así como Aga Fürstenberg, muy esnob y desenvuelta, y Didi Tolstói y su prima Marie Wassiltchikoff. Por supuesto, hablamos en francés.

—Esa Marie es Missie —interrumpió Maika con una sonrisa taimada—. ¿No vas a preguntar por ella, hermanito?

Rudolf se sonrojó. Dirigió a su hermana una mirada de reproche.

—Si te empeñas... a ver, tía —preguntó—, ¿cómo está Missie?

—Muy hermosa. Estuvo toda la velada rodeada de moscones, pero el anciano duque Luitpold de Baviera la tomó bajo su protección y se los espantaba; Maika perdió una buena ocasión de codearse con hombres solteros de su clase.

La aludida se encogió de hombros.

—Sí, hija —insistió su tía—, ya no tienes edad de llevar la cola de la novia en las bodas. Todas tus amigas se casaron hace años o están seriamente comprometidas. Maika, con un gesto de soberana indiferencia, untaba mantequilla en una galleta. Tía Ursula prosiguió dirigiéndose a Rudolf:

—Había una buena colección de espléndidos partidos con sus estupendas corbatas de seda y sus barbillas recién afeitadas y empolvadas.

—Veo que te fijaste mucho, tía —bromeó Rudolf.

—¿Qué crees, niño? ¿Que no estoy en el mundo? Por supuesto que me fijé. Pues bien, como os venía diciendo, la cena fue discreta y sin alardes: cóctel de cangrejos, volau-vents rellenos de caviar, y vinos del Rin. Después del primer plato, Luis Fernando se levantó y pronunció unas palabras en nombre de su padre, el Kronprinz, un discurso algo farragoso sobre la esperanza que los nobles debemos tener en nuestra perpetuidad a pesar de los tiempos difíciles que vive la aristocracia europea, y especialmente los Hohenzollern. Tuvo la delicadeza de no referirse directamente a los primos rusos allí presentes, que son los que peor lo están pasando, especialmente Kira, la mujer de Luis Fernando de Prusia, que es una Romanov altiva y lleva con paciencia la desgracia de su estirpe. Quizá el señor Hitler les devuelva algún día lo que les arrebataron. El otro día escuché por la radio una conferencia del doctor Büllow, profesor de Historia en la Universidad de Hamburgo. Al parecer, en territorio soviético existen cerca de cien mil alemanes étnicos, auténticos Volksdeutsche (personas de sangre alemana), que habrá que repatriar a Alemania.

Tía Ursula, al mencionar a los bolcheviques lanzó una mirada intencionada a su sobrina. Tía Ursula despreciaba a los nazis por considerarlos advenedizos y piojos resucitados que se daban importancia simplemente porque habían logrado el triunfo sobre otros partidos aún más aborrecibles, pero no obstante apoyaba la política de resurrección alemana y refuerzo de la raza que propugnaba el canciller Hitler, así como la necesidad de arrebatarse el espacio vital que fuera necesario a los infrahumanos eslavos del este. A la postre era la política que, de un modo u otro, había observado la estirpe Balke desde que los caballeros teutónicos barrieron a los paganos de Prusia para repoblarla con alemanes.

de pura cepa traídos del oeste. Cuando expresaba estas opiniones, en un tono dogmático que no admitía réplica, tía Ursula vigilaba a su sobrina por el rabillo del ojo. Aquél era un tema que había acarreado amargos conflictos en el pasado. El mayor desacuerdo de tía Ursula con Hitler radicaba en los gustos musicales del estadista.

—Este Hitler es rematadamente inculto —observó la anciana—, y ahora me dicen que finge interés por la música, pero no encuentra placer alguno en la clásica, ni en la barroca: sólo le cuadran las operetas y las arias de ese hombre terrible... ¿cómo se llama, Maika?

—Wagner, tía.

—Sí, ese Wagner. ¡Menudo mamarracho! Después tía Ursula prosiguió con la boda de Ingrid Luitpold:

—... cuando se hubieron marchado los últimos invitados, el mayordomo, ya sabéis cómo es de puntilloso, ordenó que se contara la plata. Pues bien: habían desaparecido tres cucharillas. ¡Una vergüenza! Yeso no es todo. Al día siguiente echaron de menos una fusta fabricada con el pene de un hipopótamo. Al parecer tan extraño artificio se exhibía en la sala de los trofeos.

—¿Con el pene de un hipopótamo? —inquirió Maika con genuino interés.

—Bueno —admitió tía Ursula, sonrojándose ligeramente—. Eso fue lo que dijo el marqués.

Un criado joven penetró en la estancia y le cuchicheó algo en el oído al mayordomo. El viejo Schulz se acercó a Rudolf.

—Señor, hay una llamada telefónica para usted. Es del coronel Herr Ernst Udet.

—Si me disculpáis —se excusó Rudolf enjugándose la boca y dejando la servilleta junto a su plato.

El teléfono estaba en un ángulo del enorme salón principal, bajo el retrato del Landmeister Hermann Balke el Joven, vestido con cota de malla y tocado con una cofia de acero.

—Von Balke al aparato.

—¿Rudolf?, soy Udet, ¿cómo van las rosas de Frau Ursula?

—A sus órdenes, coronel. Creo que están bien.

Rudolf reprimió el impulso de adoptar la posición de firmes ante un oficial de mayor rango. Seguramente Udet, jefe de la oficina técnica de la Luftwaffe, no llamaba sólo para interesarse por las rosas de tía Ursula. No obstante, su tono jovial sugería que tenía buenas noticias.

—Espero que no lo lamenten demasiado los jabalíes y los corzos de Starken —prosiguió Udet—, pero tengo un asunto importante para ti. He hablado con el comandante Bomberg para que cancele tu permiso.

—Me incorporaré mañana mismo.

—Mañana es demasiado tarde. He reservado una plaza para ti en un avión correo que despegue a las once del aeródromo de Koenigsberg. En Berlín te estará esperando un coche de la Luftwaffe.

—¿En Berlín?

—Sí, se me olvidaba decirte que no regresas a Stettin. Mañana por la mañana vuelas en Rechlin.

—¿En Rechlin? ¿En la base experimental?

—Exacto. En presencia del ministro del Aire y de toda la plana mayor. Incluso es posible que acuda el Führer en persona.

—¿En qué avión?

—En el tuyo. Uno de los muchachos de Stettin lo está llevando a Rechlin en este momento.

Cuando Udet colgó, Rudolf von Balke permaneció unos segundos inmóvil, con el auricular en la mano, pensativo. Al diablo el permiso. ¡Iba a pilotar el prototipo secreto ante el propio Führer!

Sevilla

Cae la noche y muy pocos hombres vuelven al Corral de la Higuera. Los que faltan están levantando barricadas para aislar a los rebeldes que dominan el centro de la ciudad. Intentan infundirse ánimos: la revolución va a triunfar como en Rusia, eso está fuera de toda duda. Pero a nadie se le oculta que lo único que han hecho los aguerridos milicianos en todo el día ha sido quemar iglesias, saquear casas abandonadas y asesinar a unos cuantos fascistas. Mientras tanto el enemigo, más organizado y disciplinado, se ha armado y se ha hecho con la Telefónica, con las emisoras y con algunas calles y plazas del corazón de la ciudad.

—Cuando amanezca habrá muchos tiros —sentencia uno de los milicianos que guardan el puente.

Sus compañeros callan. Fuman en silencio o fingen dormir.

Después de dos días ausente, el padre de Carmen regresa al Corral de la Higuera. Viene sucio, oliendo a sudor, y en su rostro demacrado y sin afeitar se aprecian unas enormes ojeras y un gesto preocupado. Trae el mono hecho trizas de arrastrarse por el suelo y las manos abiertas de arrancar adoquines para construir parapetos.

—Estamos bien —miente—, tu hermano se ha quedado en la barricada. Luego vendrá a lavarse y a comer algo.

Carmen lo acosa con sus preguntas. Las respuestas son optimistas, pero en los ojos se le ha instalado ya la opacidad de la desesperanza y la derrota. Como en un pescado muerto, piensa Carmen.

Por la tarde las tropas de Queipo se concentran frente al puente de Triana y preparan el asalto. Guardias civiles verdinegros, falangistas azules y requetés rojos y ocre confraternizan con los legionarios verdosos y los regulares pardos. La llegada de los artilleros, con un cañoncito

arrastrado por un camión, arranca una salva de aplausos entre los testigos civiles que observan los preparativos desde la acera de enfrente. Emplazan el cañón con ampulosos preparativos a la sombra de la Torre del Oro. El sargento que va a dirigir el fuego asciende penosamente a la azotea de la torre.

—¡La madre que parió a las escaleras! —masculla enjugándose con un pañuelo de hierbas el cogote empapado de sudor.

Moscú

La tenue claridad cárdena del amanecer comenzaba a teñir el horizonte boscoso cuando el automóvil que transportaba al teniente Antonov bordeó los canales del Moscova en la región de Petrovo. El río era invisible, pero los tranquilos meandros de su curso estaban marcados por una negra y espesa arboleda. A esa hora, en Moscú, una de las ventanas del antiguo edificio central de la compañía de seguros Rossia se iluminó. En su helado despacho Guenrij Grigorovich Yagoda, jefe del NKVD, es decir, del servicio de seguridad ruso, extrajo de un archivador una botella de vodka y bebió un buen trago a morro. En la cara triangular del hombrecito destacaban los ojos saltones, la gorda nariz y el ridículo bigote que de lejos semejava dos moscardones que se le hubieran posado sobre el labio superior.

Yagoda no las tenía todas consigo. En Alemania, en Inglaterra, en Checoslovaquia, en Estados Unidos se diseñaban nuevas armas; se desarrollaban nuevas tácticas; se entrenaban nuevos equipos militares, y Stalin exigía información inmediata y directa de todo ello. Yagoda, aunque teóricamente contaba con la mejor red de espionaje del mundo, integrada por decenas de miles de comunistas fanáticos afiliados a la Internacional, sabía que el proceso de captación y entrenamiento de espías era lento. Hasta que pasaran dos o tres años no se obtendrían los primeros resultados.

Base experimental de Rechlin. Alemania

Todavía lloviznaba cuando la caravana de automóviles del ministro Goering y su séquito avistó los dos largos edificios de Rechlin con su doble hilera de ventanas góticas y sus torres rematadas en puntiagudas garitas.

El comandante y los altos oficiales de la base esperaban al ministro en el porche del edificio principal, bajo el águila de bronce de la Luftwaffe que decoraba la fachada, soportando disciplinadamente la lluvia. El enorme Mercedes 770 negro se detuvo al pie de la escalera y el ayudante de campo abrió la portezuela. Con torpe solemnidad, Goering se apeó. Los aliviados amortiguadores elevaron perceptiblemente el vehículo. Goering miró al cielo exponiendo a la llovizna las carnosas mejillas con intrépido desprecio de los elementos.

—¿Podrán volar tus aviones con este tiempo, Von Schoenebeck? —preguntó al comandante del campo con una malévola sonrisa.

Y sin aguardar respuesta, ascendió los tres escalones del porche y penetró en el edificio. Los altos oficiales del séquito ministerial y los del comité de recepción trotaron detrás del voluminoso trasero.

Moscú

En el amanecer gris el Kremlin dormía bajo sus silenciosas cúpulas. Un ujier condujo a Yagoda a la sala de los pasos perdidos donde ya aguardaban el general Jan Bersin, del Servicio de Inteligencia Militar o GRU; el jefe de las Fuerzas Aéreas, general Alksnis; el jefe del Estado Mayor General, mariscal Negorov, y el vicecomisario general Gamarnik, delegado por el Soviet Supremo. Allá estaban los máximos jerarcas de la Unión Soviética con sus flamantes uniformes constelados de insignias y

condecoraciones y su aplomo fingido, pero el astuto Yagoda observó con placer que, a excepción de Gamarnik, todos tenían los ojos hinchados. La convocatoria matutina del amo de Rusia los había desvelado.

Gamarnik carecía de estudios, pero diez años atrás lo habían declarado el mejor tornero de la Unión Soviética y por otra parte era el único obrero que había merecido tres nombramientos sucesivos como udarnik o campeón del trabajo. Ese fue el inicio de una carrera política fulgurante que en pocos años había situado a un hombre elemental, de pobladas cejas y aspecto de capataz agrícola, en las más altas posiciones del Estado soviético.

En estas consideraciones andaba Yagoda cuando se abrió la puerta del antedespacho de Stalin y un ceremonioso ujier hizo pasar al grupo a una sala desprovista de ventanas e iluminada por una enorme lámpara de bronce que pendía del techo. Había una gran mesa rectangular rodeada de incómodos sillones que apenas dejaban espacio junto a la pared. El sillón de la presidencia no hacía juego con los restantes: era más alto y menos severo, con el asiento y el respaldo tapizados de terciopelo rojo.

Al cabo de un minuto apareció Stalin sonriente.

Sevilla

Por la mañana dos cañonazos desbaratan la barricada del Altozano. Un oficial se acerca a Queipo: «Mi general, ¿será prudente atacar antes de que lleguen refuerzos? Me consta que hay por lo menos veinte milicianos por cada legionario.» Queipo lo fulmina con una mirada homicida.

—Los cojones de un legionario pesan más que los de veinte milicianos.

Moros y legionarios invaden el puente y lo cruzan a paso de carga precedidos por los botes de humo y las granadas rompedoras. Triana cede tras dos horas de combates, primero en las barricadas y después casa por

casa. Al tiroteo sucede un silencio de muerte. El Corral de la Higuera está cerrado a cal y canto. Los que se significaron días pasados hablan poco. Algunos rezan disimuladamente. Los saqueadores se deshacen del botín comprometedor. A la arrogancia de la víspera ha sucedido la abyecta mansedumbre. Se saben en manos de los delatores. Miran a sus vecinos con una mezcla de amenaza y súplica.

Algunos milicianos se han encerrado en sus viviendas, como muertos en sus nichos, esperando la llegada de la Legión; otros se creen más a salvo en el patio, ante testigos, esperando pasar desapercibidos entre la masa de los vecinos.

Carmen va y viene de la desesperada soledad de su alcoba, al patio alborotado y quieto. Regresa a los corros de las vecinas que especulan con cada rumor. Pero las novedades son pocas y contradictorias. Algunas mujeres ya hacen abiertamente el duelo por sus maridos y por sus hijos, aullan y lloran por los rincones, se dan puñadas en el pecho, se arañan, gritan: «¡Ay, que me lo han matado; que me da el corazón que me lo han matado!»

Un automóvil con altavoz recorre las calles principales: «Tenéis diez minutos para borrar los letreros subversivos de todas las casas. Responderán de ello los dueños, los vecinos y los vecinos de los vecinos.»

Se desatrancan las puertas y van saliendo tímidamente mujeres y niños, muchachos y muchachas. Provistos de cubos con cal, de brochas, de escobas y cepillos, de latas y rascadores improvisados, se entregan a la tarea de suprimir de las paredes del barrio las pintadas políticas: «UGT. Viva el comunismo. Mueran los fascistas. Viva la CNT. Muerte al capital. Los curas, capados» y otras propuestas no menos sugerentes.

Por la tarde Carmen recibe noticias de los suyos.

—A tu padre lo mataron esta mañana en el Altozano y a tu hermano se lo han llevado preso. Antes conseguimos quemar los carnets y tirar los brazaletes.

Al tercer día la ciudad roja contiene el aliento como un animal acorralado mientras escucha por la radio la voz agria de Queipo. Enfrente está la Legión, multiplicada hasta el pánico infinito porque el general ha paseado por Sevilla una y otra vez a las dos decenas de legionarios disponibles. Taimado y astuto, Queipo abulta cifras, miente, amenaza, promete, advierte, amonesta, hace chascarrillos, ríe sus propios chistes con una risa cruel que transmite su bilis a las ondas en la noche viscosa y caliente, el sudor del tórrido verano acrecentándose con el sudor del miedo. Mientras Queipo afila sus garras, los líderes revolucionarios, que por fin han conseguido hacerse obedecer por sus milicias, no saben cómo plantear la defensa de sus barrios. Unos ponen pies en polvorosa; otros, con fatalismo africano, se resignan a dar la cara y morir.

Suena una trompeta, restalla una ametralladora y tras ella el zambombazo seco de las granadas rompedoras. Entre el humo avanza la Legión por el aduar adoquinado como un oblicuo cañaveral de bayonetas. Los milicianos ceden terreno, primero en Triana, después en la Macarena y los otros barrios que llamaban «el Moscú sevillano». Los legionarios, los moros y los falangistas avanzan demoliendo barricadas, apartando carcasas de coches incendiados, orillando los muebles y enseres que dificultan el paso de la caballería. Por la acera de la sombra discurre la Legión, en fila india, los fusiles apuntando a los balcones cerrados. Resuenan culatazos astillando puertas, los oficiales gritan órdenes y reciben las novedades. Entran y salen piquetes de las casas sospechosas.

El barrio está silencioso, entregado y desierto. En la inclemente luz de la mañana reverbera un aire abrasador emponzoñado con la hedentina de los muertos sin recoger. Sevilla apesta a neumáticos y a gasolina quemada como *si todo ¡o que pudiera arder hubiera sido arrojado* a la pira aniquiladora, que sin embargo no ha purificado la ciudad.

Sevilla

Carmen, de corro en corro, mortalmente sola, mendiga noticias. Dicen que Queipo está habilitando cárceles provisionales en conventos, en cuarteles, en escuelas, en barcos anclados en el río y hasta en cabarets. El más leve indicio de simpatía izquierdista es suficiente para detener a un ciudadano, por ejemplo: callos en las manos, la piel curtida por el sol, unos vales de Socorro Rojo, un tatuaje obrero.

Los moros que guardan el puente de Triana sonríen a Carmen con los labios tostados de sus bocas famélicas, mostrando los dientes amarillos, lobunos. Se mesan las barbas ralas, se pasan las manos por los pómulos salientes pavonados por el sol, se palmean las faltriqueras adornadas con cuentas de colores, donde guardan los dedos con sortija cercenados al enemigo.

Carmen percibe el olor rancio de cuero de oveja que desprenden, nota sus miradas crueles y lujuriosas, oye sus torpes piropos.

La ciudad de la gracia se derrite bajo el sol abrasador. El sol estalla en la cal de las paredes, en los adoquines de las calles, en la tejavana de las techumbres, en los parterres arrasados de los jardines polvorientos. El aire quieto se espesa en las plazas con olor a difunto, a humo, a muerte. Ya han recogido los cadáveres. Desde el paseo de Colón, donde comienza la zona residencial, Carmen va encontrando los testimonios humeantes de la revolución: coches quemados, restos de hogueras delante de las residencias acomodadas, balcones desencajados en las casas saqueadas. El estrago que ve acrecienta su angustia. ¿Cómo nos harán pagar todo esto? Esta explosión de ira, ¿qué castigo frío y despiadado va a merecer? ¿Qué nos harán para considerarse vengados?

Hay en la ciudad un extraño silencio que excluye los habituales rumores de la hora de la siesta, no sólo en la calle desierta, sino en las profundas y frescas gargantas de los interiores. Las pianolas con altavoces del hotel Suizo han enmudecido; nadie canta en los bares flamencos de la Sacristía, el Eureka, Casa Murillo, Parrita... En las calles y plazas solitarias de cal y naranjos ha enmudecido el pregón «Artamuuuses, salaítos y duuurses».

Lloran las criadas en las cocinas, las señoras acechan tras los visillos de los cuartos de recibir, en los miradores; los hombres montan guardia solemne junto a los receptores de radio, conscientes del momento histórico que viven, constatando en el espejo del salón familiar la calma viril con que afrontan las noticias y avisos que cansinamente repiten las emisoras. De la calle llegan vecinos y amigos con rumores y con certezas: han fusilado a la madre de Saturnino Barneto, y a él lo están buscando hasta debajo de las piedras.

Rechlin. Alemania

La reunión preparatoria se celebró en la sala de conferencias, decorada con hélices, trozos de fuselaje, carcassas de bombas y demás ornato característico de la estética castrense.

El objetivo de la reunión era decidir qué opción seguiría el arma aérea y la industria alemana, si fabricar numerosos monomotores de bombardeo en picado Stuka, o un número mucho menor de cuatrimotores de bombardeo convencional. De esa elección dependería el futuro de Alemania.

Goering solicitó silencio y cuando hubo captado la atención de los presentes, fue al grano:

—Señores: el Führer espera esta misma tarde un informe definitivo. De lo que la comisión decida hoy dependerán los planes de la Luftwaffe para los próximos diez años. —Hizo una pausa, recorrió con una mirada

circular a su atento auditorio y prosiguió con una inflexión de voz algo más baja, casi confidencial—: La aceptación de un plan supone la automática descalificación del otro. Alemania no dispone de recursos para fabricar los dos aparatos.

Moscú

—Buenos días, camaradas —saludó Stalin.

Los componentes de la comisión se levantaron respetuosamente.

Stalin vestía un sencillo traje gris de corte militar, abotonado hasta el cuello, sin solapas ni condecoraciones. Hizo un amago de sentarse, las manos ya sobre los torneados brazos del sillón presidencial, y se detuvo a medio camino cuando todos estaban agachados imitándolo. Los mantuvo así durante unos instantes, mientras escrutaba los rostros con una benévola sonrisa, como un maestro rural que comprueba si asisten a clase todos los alumnos. Sonrió ya abiertamente bajo su poblado bigote georgiano y dijo:

—Siéntense, camaradas, por favor.

Entró un ujier uniformado y depositó delante del dictador un abultado mazo de folios cosidos con unas anillas metálicas. Stalin lo abrió, pasó algunas hojas y se enfrascó en la lectura de una de ellas durante un minuto largo. Al cabo cerró el libro y cruzó las manos sobre él. El hombre de acero (eso es lo que significaba su sobrenombre, Stalin, adoptado en los tiempos de la clandestinidad) dirigió una mirada circular a los presentes. Se había puesto serio.

—Esto, camaradas, es un informe estratégico del Alto Estado Mayor. El Ejército alemán está preparando una guerra imperialista. Los alemanes se sienten expoliados por el Tratado de Versalles y aspiran a recuperar los territorios perdidos en la Gran Guerra. Cuando lo hagan, que lo harán, es dudoso que decidan detenerse en sus antiguas fronteras. Lo más seguro es que intenten ampliarlas arrebatándole territorios a la Unión Soviética.

Sevilla

A la altura de la puerta de Jerez hay un puesto de control, formado por dos coches cruzados y una ametralladora. Llega Carmen y el brigada al mando le advierte, después de piroparla, que no puede pasar, que el centro de la ciudad está cerrado hasta que se registren las casas por si quedan pacos ocultos. Carmen insiste:

—Mire usted, es que no sé qué ha sido de mi padre y de mi hermano.

—¿De dónde son?

—De Triana

—Dos obreros, ¿no?

—Sí, señor, obreros, pero gente de orden. —Obreros y gente de orden, lo veo difícil. Estarán presos.

—¿Y cómo puedo saberlo? Es que no sé qué ha sido de ellos.

—Mañana saldrán las listas de los detenidos y de los muertos —informa el brigada—. Hoy no se puede pasar.

—Mire usted, si yo pudiera hablar con alguien... Ellos son gente buena, incapaces de nada.

—Ya veremos si son gente buena. Pero hoy no se pasa. Ordenes son órdenes, y no hay más que joderse, con perdón.

Rechlin. Alemania

Habló en primer lugar Von Richtoffen, decidido detractor del Stuka. Comenzó lamentando que el reciente fallecimiento del general Wever en accidente de aviación hubiera privado a la comisión de su miembro quizá más capacitado y por cierto ferviente partidario del desarrollo del Uralbomber. Miradas furtivas escudriñaron el rostro de Udet, sucesor de Wever. No era un secreto que Udet, al que Wever apodaba «el payaso del aire», estaba suspendiendo casi todos los proyectos de su antecesor. En realidad la idea del Stuka había sido de Udet. Se le ocurrió en Estados Unidos cuando se ganaba la vida haciendo exhibiciones aéreas cuyo

número culminante consistía en recoger del suelo un pañuelo con la punta de un ala. Al regreso de América, Udet expuso la idea a su antiguo camarada Goering y éste lo convenció para que se incorporara a la nascente Luftwaffe y promocionase el bombardero en picado desde el ministerio. El nombre de Stuka se le había ocurrido al propio Adolf Hitler. Era la abreviatura de Sturzkampfflugzeug.

—El proceso va rápido —informó Udet—. Los vuelos de prueba del prototipo segundo comenzaron en marzo pasado, y desde hace dos meses estamos probando el tercero.

La discusión ulterior fue larga y laboriosa, con detalladas explicaciones técnicas y frecuentes consultas de farragosos informes.

Sevilla

Las malas noticias circulan con rapidez. Hay tantos presos que las autoridades tienen que improvisar centros de detención en el cine de verano de la plaza del Duque, en el cabaret Variedades, en el cine Jáuregui, en los sótanos de la plaza de España y en dos barcos fondeados en el río.

—¿Cómo dices que se llama?

—Manuel Albaida Castro, de dieciocho años.

El sargento lo busca en su lista.

—No está. Vete tú a saber dónde andará. Tienes que buscarlo en el Centro de Detención de la Brigada de Investigación Social.

—Yeso, ¿dónde es?

—En la comisaría de la calle Jáuregui.

Moscú

Llevaban dos horas de deliberaciones cuando Stalin decidió hacer una pausa para tomar un refrigerio. Dos robustas camareras comparecieron portando bandejas con servicios de desayuno, todo de plata. Iban ataviadas con el severo y antiestético traje militar entallado, que resaltaba las mallas de la cintura y, al inclinarse, marcaba las costuras de las bragas. Gamarnik, el tornero, admiró el trasero de la más cercana, pero se abstuvo de palmearlo. Las camareras depositaron sus bandejas en el extremo libre de la mesa y aguardaron en posición marcial la señal de aquiescencia de Stalin. Recibida ésta, distribuyeron con destreza profesional platos y tazas y sirvieron café y leche a los asistentes. Un azucarero con forma de navío pasó de mano en mano. El general Jan Bersin, descendiente de distinguida familia moscovita, apreció en el objeto una meritoria obra del joyero Fabergé; Yagoda lo sopesó discretamente: quizá medio kilo de plata y otro tanto de azúcar.

Stalin miró a las chicas y asintió. Las camareras saludaron y abandonaron la sala.

—La Gran Guerra —comentó el dictador mientras removía su café— resultó innecesariamente sangrienta y costosa porque los ejércitos contendientes se atenían a las tácticas del siglo diecinueve pese a usar armas del siglo veinte, ametralladoras, tanques, aviones y gases venenosos. En el futuro, una guerra semejante no podría repetirse porque las economías de los países occidentales y la propia clase proletaria, que suministra el material básico de la guerra, han evolucionado en un sentido que imposibilita ese tipo de confrontación. La guerra futura debe responder a estrategias y tácticas muy distintas. Cuáles sean esas tácticas es una incógnita, pero el país que sepa desarrollarlas ganará la guerra.

Los generales asentían vigorosamente.

—Las tácticas —prosiguió Stalin—, como la experiencia de la Gran Guerra demuestra, dependerán del material. El vertiginoso avance de la aviación permitirá atacar los centros vitales enemigos alejados del frente y dejará obsoleta a la artillería.

—¿Qué es obsoleta? —quiso saber Gamarnik.

—Una cosa es obsoleta cuando deja de servir —explicó Bersin, y como Gamarnik continuara sin enterarse, añadió:— La invención del automóvil dejó obsoletos los tradicionales medios de tracción animal.

Gamarnik estaba intentando digerir las palabras de su colega.

—Habiendo coches de gasolina, no hacen falta caballos —se impacientó Yagoda.

Gamarnik le dirigió una mirada agradecida: «Eso es hablar en cristiano.»

—De lo que se trata —intervino Stalin— es de saber si debemos fabricar más aviones de bombardeo en detrimento de la artillería. Ya sé que es una medida que repugnará a muchos, porque la artillería es el arma rusa por excelencia, pero no podemos permitir que el enemigo desarrolle tácticas más eficaces y nos barra del campo de batalla. Un error semejante nos podría salir muy caro dentro de pocos años.

En este documento se demuestra que la guerra futura pertenece a la aviación en picado.

—Creo que estamos exagerando la cuestión —repuso Bersin—. Después de todo, si el enemigo es Alemania, ¿de qué medios aéreos dispone para amenazarnos?

—A esto quizá pueda responder el camarada Yagoda.

Todas las cabezas se volvieron hacia él.

Sevilla

La calle Jáuregui es un hormiguero humano. Van y vienen

atibuladas mujeres vestidas de negro, desgredadas, muchas de ellas con niños de la mano o en brazos. Una muchedumbre se agolpa en la puerta de la comisaría que está protegida por dos corpulentos guardias de asalto. En el balcón central hay un rótulo que dice: «Jefaturas de la Brigada de Investigación Social de los Servicios de Noche y de Investigación y Vigilancia y de Identificación.»

Entran y salen uniformes, oficiales y soldados de diversas armas, camisas caqui o verdes remangadas, con la galleta de la graduación cosida o fijada con un imperdible. Huele a sudor y a mugre. Lloran niños con llanto destemplado y de vez en cuando una mujer prorrumpe en alaridos histéricos, pero es rápidamente silenciada por las otras.

De tarde en tarde se asoma al balcón un oficial con un mazo de papeles en la mano.

—¡Silencio ahí fuera, que aquí hay que estar como en misa! A ver si vamos a tener que despejar la calle para que no molestéis.

La comisaría no dispone de espacio suficiente para albergar a los centenares de detenidos y a los que continuamente siguen llegando. El mando ha instalado el depósito central de detenidos en un almacén de maderas paredaño que en verano funciona también como cine al aire libre.

Carmen pide la vez y guarda cola durante más de dos horas entre otras madres y hermanas tan angustiadas como ella. Circulan bulos esperanzadores. Parece que el general Queipo ha ordenado suspender las ejecuciones. Parece que no los van a matar porque les serán más útiles cavando trincheras. Dicen que los van a canjear por los fascistas apresados en Madrid y Barcelona. No, lo que pasa es que la Cruz Roja Internacional ha intervenido y ya no pueden seguir matando...

A veces la muchedumbre mujeril calla y les franquea el paso a los militares que entran y salen de la comisaría. Con viril coquetería los vencedores sacan pecho y lucen gorrillos cuarteleros adornados de alegres motas, medallas religiosas, bordados *Detentes*, pistolas,

puñalitos, vergajos... Cuando entra alguno con escolta de legionarios o moros, no falla: a poco vuelve a salir con algún detenido cabizbajo o suplicante y esposado. Ve Carmen hombres hechos y derechos, quebrados por el miedo, llorando como criaturas, sin pudor, delante de la muchedumbre que calla y los mira pasar como si ya estuvieran muertos.

En el zaguán de la comisaría un brigada de Oficinas Militares se parapeta detrás de una diminuta mesa escritorio.

—Buenos días. Yo venía preguntando por Manuel Albaida Castro, que es mi hermano.

El brigada repara en los ojos enrojecidos pero hermosos de Carmen y deslizandole la mirada hacia los pechos la somete a una palpación ocular. Ella se encoge instintivamente y adelanta los brazos para disimular el busto. Sonríe el brigada ufano por la turbación que su mirada viril provoca.

El brigada consulta sus papeles. Tiene delante varias carpetas de gomas en las que guarda sus manoseadas listas, folios y cuartillas cosidos con grapas o con alfileres.

—¿Cómo dices que se llama?

—Manuel Albaida Castro. Sólo tiene diecisiete años.

Regresa el brigada a sus papeles después de un nuevo vistazo al pecho femenino. Al cabo de unos minutos de parsimoniosa búsqueda, da con el nombre.

—Vamos a ver, guapa. Se ve que tu hermano es un pájaro de cuenta porque ya lo han clasificado y lo han llevado a la jefatura de policía. ¿Sabes dónde está?

—No, señor.

—Pues está aquí cerquita. —Sonríe mostrando los dientes menudos y crueles—. En la calle Jesús del Gran Poder, en la casa antigua de los Jesuítas. Condiós y que no sea mucho lo suyo. ¡A ver, la siguiente!

Un soldado joven empuja levemente a Carmen con la culata del fusil indicándole la salida.

La casa de los Jesuítas de la calle Jesús del Gran Poder habilitada como dependencia adjunta de la comisaría es un edificio neorrenacentista

de ladrillo con adornos de grutescos y motivos sagrados en terracota. Aquí la aglomeración de familiares de detenidos no es menor, pero todos parecen conocer el paradero de sus parientes y se limitan a esperar afuera, ovinamente conformes, aguardando a que los suelten o a que se produzca el milagro y no los fusilen. Hay tres patios. El primero es para los interrogatorios. Si el detenido va a vivir, lo trasladan al segundo. Si lo internan en el tercero, mal asunto: a éstos los fusilan esa misma noche.

Carmen se identifica. La hacen pasar al zaguán de la antigua iglesia, donde, a la luz de una lámpara baja, un escribiente cincuentón, con el pelo chorreando brillantina, mecanografía un oficio.

—¿Qué quieres?

—Mire usted: es que me mandan del centro de la calle Jáuregui, que dicen que mi hermano puede estar aquí. Se llama Manuel Albaida Castro.

El hombre la escruta con sorna.

—Puede estar o puede no estar, porque también tenemos depósitos de detención en el Florida y en el Zapico.

Son dos salas de fiesta, las dos alejadas del centro, inaccesibles.

El tipo consulta sus papeles.

—Pues no —sonríe mostrando una dentadura fuerte y blanca—. Has tenido suerte. Tu hermano está todavía pendiente de juicio y lo tenemos ahí dentro.

—¿Puedo verlo?

El semblante del hombre acusa un esfuerzo por dominarse ante la gran imbecilidad que acaba de oír. —No, claro que no lo puedes ver. —Y ¿cuándo lo juzgan?

—Tiene el número ciento veintitrés. Quizá le toque esta tarde y, si no, mañana lo más seguro. Y ahora despeja. —Hace un gesto displicente—. Vete a esperar con las demás, en la calle.

Carmen se dispone a obedecer cuando un oficial interviene. Lo acompaña un tal Lecherito, torero fracasado, al que Carmen conoce de vista porque tiene una vaquería en Triana.

—¿Por quién pregunta ésta?

El escribiente tiende la lista al oficial y señala un nombre.

—¿Quién es? ¿Tu querido?

—No, señor, mi hermano.

—¿Y qué ha hecho tu hermano?

—No ha hecho nada, señor. Llegaron los soldados a mi calle y se trajeron a todos los hombres, pero él no ha hecho nada ni se ha metido nunca en política, se lo juro.

—¡No —exclama el oficial—, si aquí nadie ha hecho nada! ¡Nadie ha quemado iglesias, nadie ha profanado crucifijos, nadie ha capado curas...! ¡Nadie ha regado ancianas con gasolina y les ha metido fuego...!

En las comisuras del Lecherito aparece una salivilla. Es notablemente sanguíneo y en sus ojos brilla el deseo.

—¿Cómo te llamas?

—Carmen.

—Una mujer tan guapa no está bien que ande metida en esto.

Ella ignora el piropo pero tampoco quiere parecer que lo ignora, no sea que el mastuerzo se enfade y sea peor.

—Espérame en la puerta —le indica en tono protector—, que veré qué puedo hacer por tu hermano.

Carmen obedece y sale. La mirada descarada y apreciativa del Lecherito le contempla el trasero en retirada. El antiguo torero hombrea ante los centinelas y escribientes que presencian la escena entre risitas. Después anota en un papel el nombre del detenido y vuelve a penetrar en el edificio. No le será difícil arreglar que lo transfieran a la jurisdicción del Centro de Interrogatorios del Servicio de Información Militar, donde tiene un amigo.

Moscú

Yagoda no tenía la palabra fácil, así que se tomó un tiempo para ordenar las ideas antes de responder:

—Camaradas —sonó su voz lenta y grave—, los alemanes disponen de numerosas promociones de pilotos, lo sabemos mejor que nadie porque el traidor Trotski los invitó a entrenarse en suelo soviético, en Lipetsk.

El vicecomisario Gamarnik saltó en su asiento.

—¿Que los alemanes se entrenan en la Rodiná?

—Ya no se entrenan, camarada vicesecretario: el pacto se rompió hace tres años. Desde entonces están desarrollando tácticas y aparatos para el bombardeo en picado.

—Bueno, ¿y qué? —replicó Gamarnik—. ¿Es que nuestros pilotos no pueden bombardear en picado?

Los militares asistentes intercambiaron miradas de fastidio. El ministro Alksnis se inclinó y murmuró al oído de Yagoda:

—¿Es posible que este asno pertenezca al Politburó simplemente porque hacía bien los tornillos y obligaba a sus compañeros de fábrica a trabajar horas extras?

Yagoda no respondió. Se limitó a efectuar un gesto de impotencia con las manos.

—La cuestión no es ésa —medió Stalin—. Nuestros pilotos pueden hacer cualquier cosa, supongo. La cuestión es si nuestros aviones podrán hacerlo. He solicitado un informe actualizado al camarada ministro.

—Lo traigo conmigo, camarada presidente —dijo Alksnis palmeando ligeramente la abultada carpeta que tenía delante—. No obstante, si me lo permite, antes podríamos ver el documental del que le

hablé. He traído a nuestro mejor piloto de pruebas para que explique las imágenes.

—En ese caso vamos a verlo inmediatamente —decidió Stalin y oprimió el botón del servicio. Apareció un ujier. —¿Tienen preparada la película? —Sí, camarada presidente.

—Pues proyéctenla en seguida. Y haga pasar al oficial aviador que acompañaba al camarada ministro del Aire.

Las dos robustas muchachas que habían oficiado de camareras comparecieron de nuevo para instalar la pantalla.

El ujier introdujo al joven teniente de la Fuerza Aérea. Stalin devolvió con desgana el saludo militar del aviador.

—El teniente Yuri Petrovich Antonov es nuestro mejor piloto de pruebas —informó el ministro Alksnis—. Ha tripulado algunos de los aviones que vamos a ver.

Sevilla

Frente a la cárcel de la residencia de los Jesuítas circulan rumores contradictorios que unas veces acrecientan y otras menguan las esperanzas de angustiados familiares: que van a liberar a los detenidos que sean padres de familia; que a los que no tengan todavía veinte años no los fusilan, que a los que se alisten en el Tercio se les perdona la vida... Carmen deambula de un grupo a otro, habla con quien parece que sabe, hace cabalas, hilvana expectativas, se aferra a nimias posibilidades para rescatar al hermano bobo de aquella pesadilla.

Llega Matías, el camarero de La Espiga Dorada, con el recado chivato. En ese momento don Lorenzo Torres Cabrera está despachando con una señora, una severa dama catequista, vestido largo de luto cerrado hasta la gorja, las mangas largas hasta las muñecas, casi hasta las manos, y sobre el pecho y la espalda un ancho escapulario bordado y adornado con cuentecitas de colores que por delante representa al Sagrado Corazón

de Jesús y por detrás el JHS.

—Don Lorenzo, que la marquesa de Pingüesarcas sabe de buena tinta que se está fusilando a algunos inocentes —le está diciendo la señora—. Al hermano de su cocinera, un hombre cabal y muy de derechas, lo han detenido.

—¿Dónde vivía?

—En San Pedro.

—Allí había muchos rojos.

—Pero él era de derechas, y, aunque obrero, muy servicial, a lo que decía el señor.

—Doña Encarnación, váyase usted en paz y no insista, que a ustedes, los que piden clemencia, lo que les pasa es que se han dejado engañar por los marxistas. Menos mal que nosotros estamos limpiando España de esa hez para que se pueda vivir sin sobresaltos.

—Pero es que la cocinera de la marquesa está que le va a dar un soponcio, que desde que detuvieron al hermano no da pie con bola en el fogón.

—Que se prepare una tila, señora, que para eso es la cocinera. Y si no trabaja debidamente, me la mandan ustedes aquí.

—Por lo menos que lo confiesen al pobre hombre, y que muera comulgado, para que le quede a la pobrecilla hermana esa conformidad.

—Por eso no pierda usted cuidado, señora, que el padre Uriarte los confiesa a todos y cuando se le amontona el trabajo se lleva de ayuda a otro jesuíta.

Rechlin. Alemania

La comisión reunida en Rechlin examinó el informe del Centro Médico de la Luftwaffe sobre el desgaste físico de los pilotos de Stukas.

—La brutal aceleración arrastra hacia la cabeza la sangre de las articulaciones inferiores y riega la cabeza con excesiva presión —

resumió el coronel médico—. Esto enturbia la vista del piloto, creándole una especie de velo rojo en los ojos y, en ocasiones extremas, ocasionándole un desvanecimiento. Por el contrario, a la salida del picado, la brutal desaceleración produce el efecto contrario: la sangre abandona las zonas superiores y riega con mayor presión brazos y piernas. La falta de riego cerebral le enturbia la visión con un «velo negro». El piloto se ve materialmente aplastado contra el asiento en el momento más delicado de la maniobra, cuando tiene que controlar el avión y zafarse de los antiaéreos. Este Centro Médico desaconseja la maniobra del picado por los adversos efectos fisiológicos que provoca en el piloto.

El informe médico era adverso, pero Udet demostró que en la práctica los efectos del picado no resultaban tan terribles. La maniobra se había experimentado decenas de veces desde meses atrás y sólo se habían perdido tres aviones. Por otra parte, los últimos prototipos incorporaban dos novedades: unos frenos de picado que limitaban la velocidad del aparato y un dispositivo de recuperación automática que se disparaba cuando el piloto sufría un desvanecimiento y soltaba la palanca de dirección.

Udet olvidó mencionar que este dispositivo no siempre funcionaba porque el altímetro se desestabilizaba durante el picado y no era fiable.

Pasaron al tercer punto de la orden del día.

—¿Ha habido algún avance en los prototipos de Uralbombe? —preguntó Goering.

—El problema principal lo constituye la escasa potencia de los motores —reconoció el general Kesserling—, pero estará resuelto en tres años como máximo. Estamos investigando sobre aleaciones adecuadas.

—Por otra parte —añadió Udet malévolamente— antes de fabricarlos en serie habría que experimentarlos durante otros dos años. Y lógicamente, después habría que entrenar a las tripulaciones.

Goering hizo un gesto de desaliento.

—Demasiado tiempo —suspiró—. Me temo que Alemania va a necesitar antes una fuerza aérea plenamente desarrollada.

Sevilla

Don Lorenzo Torres Cabrera, flamante delegado de Orden Público del gobierno provisional nacido del Alzamiento, recibe a Matías.

—¡Qué coño se te ofrece! ¡No me pidas favores que hoy me tienen hasta los huevos con las intercesiones y te mando directamente al paredón!

—Señor delegado, ¿qué favores le voy a pedir...? Lo que vengo es a traerle noticias de Carmelilla.

Torres Cabrera levanta la mirada de los papeles y sonrío, mostrando la dentadura lobuno.

—¿Dónde anda la putilla esa?

—Le han matado al padre en el Altozano y el hermano está preso y ella lo está buscando. Hace un momento la he visto abajo. Me parece que el Lecherito le ha echado el ojo y está agenciando que lleven al hermano a la cárcel de la calle Oriente para tenerla a ella más a mano. El hermano se llama Manuel Albaida Castro.

Torres Cabrera abre una carpeta azul y consulta las listas de detenidos. Encuentra entre los primeros el nombre de Albaida Castro, Manuel, y lo subraya con un lápiz rojo. Luego se apoya en el respaldo, serio pero satisfecho, la mano pilosa jugando con la hebilla del correa que tiene sobre la mesa.

—El Lecherito se va a comer una mierda como un pan —concluye.

Y descolgando el teléfono marca dos números.

—¿Lupiáñez? Búscame al Lecherito ahora mismo, que lo quiero ver en seguida. ¡Como las balas!

Mientras le localizan al Lecherito, Torres Cabrera lanza una severa mirada al camarero.

—¿Tienes algún pariente o algún amigo en la trena?

—Bueno, tengo un primo, una buena persona, que con poco esfuerzo se le podía sacar.

—¿Cómo se llama?

—Fulgencio Díaz García.

El delegado gubernativo lo apunta en una esquina del periódico que tiene delante. —Tomo nota. Ya te puedes ir.

Suena el teléfono. El Lecherito está al otro extremo del hilo.

—¡Mira, Lecherito de los cojones, lo que no te hicieron los toros te lo voy a hacer yo...! ¿Cómo que qué me pasa? La próxima vez que te metas por medio, te meto un puro que te vas a acordar de mí todos los días de tu vida. Al detenido Manuel Albaida Castro lo dejas aquí, que es cosa mía. ¿Entendido? Ya su hermana no te acerques a menos de treinta metros. ¿Entendido?

El Lecherito entiende perfectamente.

Torres Cabrera abre un armario y extrae una botella de manzanilla marca Las Medallas, Argüeso, Sanlúcar de Barrameda. Le arranca el corcho y bebe un largo trago, a morro.

—A ver ahora dónde tiene el orgullo esa puta.

Moscú

Nueve años después de aquello, cuando recibiera la visita de Carmen, Yuri Petrovich Antonov permanecería largo rato absorto en sus pensamientos mientras contemplaba flotando sobre la niebla la gris techumbre acanalada de los hangares. Como una vieja película que se ve una y otra vez y nunca acaba de entenderse por completo, Yuri Antonov tornó a recordar aquel episodio de su visita al Kremlin en junio de 1936, que desencadenaría los acontecimientos más decisivos de su vida. Entonces había cumplido veinticinco años y figuraba entre los siete mejores pilotos del Ejército Rojo. Aunque era piloto de caza, seis meses

antes lo habían transferido a la base experimental de Kirovabad para participar en las pruebas de bombardeo en picado. Era una actividad peligrosa en la que ya había visto morir a tres camaradas y él mismo había tenido que saltar en paracaídas no hacía mucho, cuando su avión perdió la cola en una maniobra. Después de las recientes bajas en el escalafón, era el piloto más cualificado de Kirovabad y como tal lo había convocado el ministro Alksnis para que expusiera ante Stalin y la junta de Estado Mayor sus experiencias de bombardeo en picado con los últimos modelos soviéticos.

Después de dos horas de espera, que se le hicieron infinitas, la puerta del fondo se abrió y una auxiliar femenina asomó la cabeza y le preguntó:

—¿Capitán Yuri Petrovich?

—Soy yo.

—Tenga la bondad de acompañarme.

La chica lo precedió taconeando por un lóbrego pasillo de techos altos que conducía a una antesala suntuosa, iluminada por dos gigantescas ventanas desde las que se contemplaba la torre de San Nicolás en todo su esplendor.

—Espere aquí un momento, capitán —le pidió la auxiliar—. Estamos acabando de montar la película.

Medio minuto después sonó un timbre.

—Adelante, camarada. La comisión lo está esperando.

El capitán Yuri Petrovich tragó saliva y se tiró de los faldones de la guerrera antes de entrar. La manija de la puerta le pareció enorme bajo su mano sudada.

Cinco rostros se volvieron hacia él, pero Yuri Antonov sólo reparó en uno. A diez metros de distancia, con la gran mesa de juntas por medio, Stalin, al que sólo había visto en fotografías de revistas, en carteles de propaganda y en noticieros cinematográficos, le pareció todo bigote y más pequeño y pálido de lo que se imaginaba. Se cuadró militarmente

ante el amo de Rusia.

—A sus órdenes, camarada presidente. El capitán Yuri Petrovich Antonov, de la escuela de vuelo de Kirovabad, se presenta ante su excelencia.

Stalin asintió con una sonrisa automática e hizo una discreta señal de asentimiento a las auxiliares que permanecían atentas junto a la entrada.

Ellas salieron, cerraron la puerta y apagaron las luces dejándolos a oscuras. Un chorro de luz brotó de la pared opuesta e iluminó la pantalla. Inmediatamente apareció un recuadro negro en el que bajo la insignia de la aviación soviética se leía: «Escuela de vuelo de Kirovabad. Pruebas de bombardeo en picado. S.O.B. 995 6.36.»

Sevilla

El delegado gubernativo Torres Cabrera no sirve para burócrata. Es un hombre de acción que a los veintiocho años ganó su tercera estrella por méritos de guerra, al frente de una compañía de Regulares, en África. Eso fue antes de que pidiera la baja recelando que iban a expulsarlo del Ejército por ciertas irregularidades. Tiene fama de duro, pero en su corazón de piedra berroqueña también anidan los delicados sentimientos, incluso los culpables sentimientos que un hombre no debe permitirse. Algunas veces se desvela, a altas horas de la noche, y le vuelven los miedos pasados como el vómito acre de un vino malo: el polvo de los aduares en la garganta, los alaridos de las moras en las chozas incendiadas, los borbotones de súbita sangre en los vientres abiertos a bayoneta, los cadáveres con los ojos pasados de alambre de espinos y los testículos y el pene cercenados y metidos en la boca como una burla macabra. Torres Cabrera sólo duerme bien cuando está borracho. Prefiere trasnochar y conjurar los terrores nocturnos. No aparece por el despacho hasta después de la siesta espesa, algunas veces a media tarde pasada, si la resaca lo exige. A Torres Cabrera parece que lo quema el asiento. Es incapaz de permanecer en el despacho más de media hora, pero su trabajo lo deja terminado: tras un vistazo a los expedientes acumulados sobre la mesa, firma las sentencias de muerte, hoy veintiséis; cuando aflojen las cosas, unas doce diarias.

Torres Cabrera no les toma declaración a los detenidos. De sobra sabe que lo que hay que hacer con la mala hierba es quemarla. Como le recuerda su madre doña Angustias, a la que adora. Ya lo dijo Cristo: separar la buena simiente de la cizaña, y la cizaña, al fuego. Doña Angustias se lo repite mucho estos días.

Son las doce de la noche. En el toque de queda sólo se escuchan las distantes descargas de los fusilamientos seguidas del débil petardeo de los tiros de gracia. En la ciudad a oscuras brillan los ojos de los gatos; en la ciudad oscura brillan los faroles de los carros cargados de cadáveres que salen por el arco de la Macarena.

Rechlin. Alemania

El tiempo había mejorado. Entre las nubes algodonosas lucía un tímido sol. Goering y una docena de gerifaltes tocados con altas gorras de plato conversaban animadamente detrás del parapeto de cemento del puesto de observación de Rechlin. Guardaron silencio cuando percibieron el rumor de los motores acercándose, como un lejano redoble de tambor que iba creciendo en la distancia.

—¡Allá llegan! —anunció un asistente señalando tres puntos grises que acababan de brotar de una nube.

Los oficiales enfocaron sus prismáticos. A una señal del coronel Schwarzkopff, un sargento accionó la manivela del teléfono de campaña y ordenó:

—¡Liberen el tren!

En el valle, brotando de una loma que los ocultaba, aparecieron tres destartalados vagones de transporte que una locomotora asmática digna de figurar en un museo arrastraba penosamente.

Los aviones se aproximaron. Eran tres aparatos de angulosas líneas, las alas quebradas en forma de gaviota invertida, larga cabina bipersonal y un voluminoso tren de aterrizaje fijo. Cada uno de ellos lucía un enorme número negro sobre el brillante fuselaje.

—Junkers, tus aviones no pueden ser más feos! ¿Lo has hecho a posta? Son sencillamente horribles —comentó Goering sin apartar los binoculares de sus ojos. Hugo Junkers, el fabricante del Stuka, un atractivo cincuentón de pelo cano, con aspecto de galán de cine, entendió

la puya como un cumplido y sonrió.

Aquella mañana el ministro Goering estaba de buen humor. Acababa de añadir a su colección de pinturas un lienzo de Rubens que representaba a una mujer gorda y celulítica sospechosamente abrazada a un cisne.

Sevilla

El delegado gubernativo Torres Cabrera se levanta tarde y desayuna chocolate con picatostes. Se lo sirven en una bandeja de plata, en la sala de costura, mientras charla con doña Angustias, que está sentada detrás de los visillos y que tiene la habilidad de hablar al mismo tiempo que reza pasando un rosario que León XIII bendijo en Castelgandolfo. Luego, el delegado Torres Cabrera se abrocha el correa, comprueba la pistola y se echa a la calle. Por España. Primero va al café Gayangos, donde hace tertulia matinal y cafetera con unos cuantos amigos: Juan Tomás, jefe de los flechas, los aviadores Treviño y Bergali; el capitán Martínez, de la División; Pardo, jefe de prensa de Falange. A eso de la una pasa un momento por el Centro de Detención, donde le dan el parte, firma lo que haya que firmar y saluda al padre Uñarte, confesor de doña Angustias, que está atareadísimo el hombre estos días confesando a los condenados y preparándolos a bien morir. El aperitivo lo toma Torres Cabrera unas veces en el cafetín Las Siete Puertas y otras en casa de doña Mariquita, cruzando la Alameda. A mediodía almuerza en la mansión familiar, calle de Jesús del Gran Poder, en compañía de su madre, con manteles y modales. Después sube a su cuarto, donde una lámina del Ángel de la Guarda preside su cama de soltero, se queda en calzoncillos, panzoncete, peludo, apestando a pies, y duerme una siesta roncadora y fragorosa. Por la noche cena en el bodegón del pasaje del Duque, un local cuya clientela se compone de cantaores sin fama, bailaoras celulíticas y mujeres tristes en trance de parecer alegres. Allí se le van reuniendo sus incondicionales, un tal Cárdenas, almacenista de jabones con fama de putaño; Flores,

oficial de Intendencia al que degradaron por desfalco; Rebollo, antiguo sargento de la Guardia Civil que rompía vergajos en la espalda de los rateros; Conchita, querida de Pascual Liaño; Guillen, asentador de pescado, algo afeminado; el cantaor Manuel Vallejo; el Gordito, torero retirado. Juntos marchan a los cabarets y a los tugurios, al Siete Puertas unas veces y otras a La Sacristía. Con unas copas de aguardiente La Amistad o de fino CB, se le suelta la lengua. Cuando habla, todos se callan, pendientes de sus palabras por el respeto que infunde el poder.

—Puesto en el tobogán, lo mismo me da ocho que ochenta — advierte la lengua espesa del dueño de las vidas—, lo mismo firmo cien sentencias que trescientas. Lo que me he propuesto es limpiar España de marxistas. Otras veces dice:

—Aquí, en treinta años, no hay quien se mueva. Cuando recela que alguien va a interceder por un detenido:

—¡No quiero visitas! El general Queipo ha dicho que los particulares no tienen que abogar por nadie, que es peligroso.

Pero toda Sevilla sabe que doña Angustias y doña Mariquita están salvando a algunos. Es que en el fondo, y a pesar de la severidad de que alardea, don Lorenzo Torres Cabrera es un sentimental y un hombre sediento de amor.

Moscú

—Vaya explicando lo que vemos, capitán Yuri Petrovich —ordenó el ministro del Aire.

El joven piloto carraspeó. La película, en blanco y negro, transmitía la imagen temblona y rayada de unas nubes luminosas que resaltaban en los cielos casi negros. En la parte superior de la pantalla apareció el ala del biplano que portaba la cámara. Al fondo se distinguía borrosamente una formación de tres rechonchos cazas.

—Vemos tres aeroplanos Polikarpov en vuelo de formación para alcanzar la cota de cuatro mil metros desde la que se iniciará el picado —fue explicando Yuri Antonov—. El primer avión es el guía y los otros lo siguen.

En la pantalla la cámara se esforzaba por no perder a los aviones. Picaba tras ellos en una trayectoria inclinada.

—¿Es un buen avión para el bombardeo en picado? —preguntó la voz de Stalin.

—Señor presidente, el Polikarpov pesa mil quinientos kilos —explicó Yuri Antonov—. Cuando pica, alcanza los setecientos kilómetros por hora, una velocidad tan alta provoca excesiva inercia. No hay más remedio que colocar la palanca en posición neutra y abandonar el picado lateralmente aumentando la potencia del motor y utilizando la superficie del timón como si fuese el de profundidad. De otro modo la velocidad aumenta, el aparato se descontrola y se estrella contra el suelo.

En la pantalla, los tres aviones, después de unos segundos de vuelo agrupados, rompían bruscamente la formación, se dispersaban en distintas direcciones y ganaban lentamente altura después de haber

soltado, sin coordinación alguna, las diminutas bombas que portaban bajo las alas.

—Lanzamiento fallido —sentenció suavemente la voz del piloto.

—¿Quiere eso decir que no sirve para bombardeo en picado?

—No, señor presidente. Hemos realizado más de cincuenta vuelos empleando diversas tácticas y el resultado es que el piloto no puede hacerse con los mandos a partir de cierta velocidad. El mes pasado probamos a utilizar alerones reforzados para aminorar la velocidad y perdimos dos aparatos.

Se hizo un incómodo silencio. En la pantalla, las nubes cambiaban bruscamente de configuración al pasar a una toma distinta, algo más clara que la anterior. Nuevamente tres pequeños aviones de caza aparecían al fondo de la imagen.

—Estos son Polikarpov I-153, el mejor caza de que disponemos, un avión compacto y robusto con estructura de tubos de acero y revestimiento de duraluminio.

En la película los aviones iniciaban el rápido picado y descendían durante unos segundos, a veces escapando de la imagen del cámara, que hacía denodados esfuerzos por seguirlos, ya en tomas de cola.

Los avioncitos habían liberado unas bombas tan diminutas que apenas se distinguían entre los raspones y granulados de la cinta. Una toma distinta, desde tierra, mostraba un rosario de explosiones que levantaban nubes de polvo y humo sobre lo que parecía un polígono de tiro salpicado de obstáculos.

—¿Qué bombas emplean?

—De veinticinco y cincuenta kilos, camarada presidente.

—¿No han probado con bombas más pesadas?

—Sí, camarada presidente, pero los aviones no admiten bombas mayores. Han ocurrido algunos accidentes cuando intentamos utilizar las de ochenta kilos. Las más pesadas los lastran excesivamente en el picado, y los aparatos entran en pérdida y se estrellan.

Se había terminado la filmación. Las auxiliares encendieron la luz y retiraron la pantalla.

—¿Qué hay del Polikarpov R-Z y del Tupolev SB-2? —inquirió Stalin—. Ésos son más pesados que los cazas.

—Pero estructuralmente son mucho más débiles, camarada presidente. No soportan la maniobra del picado. Sólo sirven para el bombardeo horizontal.

Stalin asintió lúgubrementes. Tenía la cabeza hundida entre los hombros y las piernas cruzadas bajo el sillón.

—¿Tienen ustedes alguna pregunta? —propuso mirando a los presentes.

Nadie tenía nada que preguntar. Semblantes preocupados. Cada cual examinaba el sector de la mesa que tenía delante.

—Retírese, capitán —ordenó Stalin.

Sevilla

Carmen visita a doña Mariquita en su piso de la calle Leonor Dávalos. En 1931, cuando se proclamó la República, doña Mariquita ocultó a Torres Cabrera en su casa y despistó a los pistoleros marxistas que lo buscaban. Aquellos energúmenos, contrariados porque no habían encontrado al hijo, lo pagaron con la madre y abofetearon a doña Angustias en plena calle. Todo esto lo vivió Carmen de cerca porque entonces era doncella en la casa de los Torres.

Es de dominio público que cuando Torres Cabrera está triste o furioso, se refugia en brazos de doña Mariquita. Ya no son amantes, porque al antiguo oficial le gustan las carnes jóvenes, pero todavía se mete en su cama y se acurruca contra ella en busca del consuelo carnal que doña Angustias, tan severa, no acierta a darle.

Doña Mariquita vive en un segundo piso. En la puerta hay un Sagrado Corazón de Jesús con la inscripción «Detente, enemigo; el Corazón de Jesús está conmigo».

«Don Lorenzo no sabe negarle nada a doña Mariquita. Ella salvará a mi hermano», piensa Carmen cuando pulsa el timbre.

Doña Mariquita tiene una criada medio boba que conduce a la visita a un recibidor. Carmen reconoce el tresillo de cretona que antes estaba en la casa de los Torres Cabrera. Hay un cuadro de la Virgen del Perpetuo Socorro y una reproducción de Las hilanderas de Velázquez. Carmen se sienta en uno de los sillones y espera. Cuando servía en casa de los Torres Cabrera nunca se atrevió a probarlo. Lo encuentra muy mullido, como todo en la vida de los ricos o de las queridas de los ricos. Al Niño Jesús de la Virgen del Perpetuo Socorro se le está cayendo una sandalia.

—Te prometo una novena y una medalla de plata si salvas a mi

hermano —le dice.

Irrumpe en la salita doña Mariquita toda sonrisa y afecto, pintada como una puerta, rímel en los ojos, rouge de labios, las arrugas y las marcas de la viruela enfoscadas con colorete espeso. Una nube de perfume barato y dulzón, de puta retirada, la rodea como un aura, se desplaza con ella, la precede y la sigue. Está algo gorda debajo de la floreada bata de casa que le llega hasta los pies, con mucho volante fruncido en el escote y en las mangas.

—¡Ay, Carmelilla guapa! —exclama, dramática—. ¿Has visto qué locura? ¿Tú has visto qué dolor de Sevilla?

Carmen se deja envolver por los brazos colgones en un abrazo blando, inconcluso, ritual, en el que lo único concreto es el perfume asfixiante.

Toman asiento. Doña Mariquita en el sillón junto a la ventana, Carmen en un extremo del sofá. Doña Mariquita le toma las manos entre las suyas, que son como garras suaves llenas de sortijas.

—Y dime, ¿cómo están los tuyos?

Carmen se echa a llorar.

—De eso venía a hablarle, doña Mariquita —gime—: a mi padre lo han matado y mi Manuel, que es lo único que tengo en el mundo, está preso en la casa de los Jesuítas. El único que puede salvarlo es don Lorenzo.

Doña Mariquita emite un profundo suspiro, compone un semblante hondamente preocupado, propina unas palmaditas conmiseras en la mano crispada de la muchacha. Al niño del cuadro se le va a caer la sandalia.

—¡Ay, ay, ay, Carmelilla! Mira cómo te ves por tu mala cabeza. Que un obrero no puede ser orgulloso y tú eres muy orgullosa... —Hace una pequeña pausa en su discurso esperando alguna réplica de la muchacha, pero como no se produce continúa—: ¿Cuántas veces has pasado a mi lado sin saludar? Y, mira, ahora tienes que venir a pedirme favores.

Carmen intenta balbucir una protesta amistosa, pero doña Mariquita la acalla con un gesto.

—¡No, no me digas nada, que tengo ojos en la cara! Me has visto muchas veces y has mirado para otro lado. Tú te crees que eres muy decente y que yo soy una tirada. —Nuevamente impide con el gesto una protesta y atrapa las manos espantadas de su presa con las suyas rapiñadoras—. Yo he sido muchos años la querida de don Gonzalo, que en paz descanse, y también fui la querida de don Lorenzo, que ya sabes que se encaprichaba de todas las mujeres que pasaban por la cama del padre, pero mírame ahora. —Abarcó con el gesto la sala, las cornucopias, el piano de pared, los marquitos de plata, los menudos bibelots de la vitrina—. Con don Gonzalo, ¿para qué lo voy a negar?, algunas veces lo pasé mal porque tenía un carácter que era como un trueno y había que vivir como una monja de clausura. Algunas palizas me dio y un par de veces sacó la navaja y me hizo trizas la ropa del armario para que no pudiera ni salir a la calle. Pero luego, con la edad, dejó que su hijo me atendiera y se murió en seguida. Ahora que, ya lo ves, me han dado menos palos que si hubiera estado casada con un obrero, vivo como una señora y puedo esperar tranquilamente la vejez. Y mírame cómo tengo las manos: estas manos no conocen un fregón, ni un estropajo, ni un trapo del polvo. Con criada, tan ricamente. ¿Que algunas señoritingas no me dicen adiós por la calle...? Ya mí ¿qué más me da? Más sufren ellas. Ya quisieran vivir como yo vivo: mi café a las cinco (¡del bueno, ¿eh?, nada de achicoria!), mis novenas en San Lorenzo, mis visitas los viernes al Gran Poder, sin fallar uno, mi aperitivo los sábados en el Zapico, mi coche para el Rocío cada vez que se encarta, mi abono a la Maestranza, a ver los toros, mi balcón en la Campana para las procesiones de Semana Santa, y a disfrutar de la vida. Tú, en cambio, ¿qué has ganado? ¿Esas manos que da pena verlas con los dedos todos pinchados? ¿La vista que ya mismo te va a fallar? ¿La espalda que un día de éstos se te engatilla y te quedas chepa para toda la vida? Ahora eres joven y parece que se

aguantando todo, pero ya mismo te vendrán los achaques. Mira tú cómo están las modistas viejas, todas baldadas y sin poderse enderezar. Cuando se tiene un cuerpo y una cara como los tuyos, es un crimen no sacarle más partido.

Carmen se traga el asco y acierta a suplicar:

—¡Doña Mariquita, por caridad y por lo que usted más quiera, que mi Manuel está preso y me lo pueden matar en cualquier momento! ¡Interceda usted para que don Lorenzo me lo suelte!

Suspira doña Mariquita y se desase de las manos de la muchacha. Mira al suelo y piensa que cuando pasen los calores habrá que encerrarlo otra vez, cabecea con resignación.

—Yo sé lo que me va a decir don Lorenzo, Carmelilla. Yo sé que me va a decir que no te portas bien con él, que no le haces nada más que desplantes.

—¡Doña Mariquita, que yo lo que quiero es casarme con un hombre bueno y cabal, que no quiero otra cosa! —replica la muchacha y añade con desmayo—: Y él ya se sabe lo que busca.

Doña Mariquita la mira severamente a los ojos.

—Que no quieres ser una entretenida. ¡Anda, dilo!

La muchacha desvía la mirada.

—Me tuve que ir de la casa de los Torres porque ni el padre ni el hijo me dejaban en paz. Don Lorenzo no me gusta.

—¿Qué sabes tú si te gusta o no? —se impacienta doña Mariquita—. Para saber si un hombre gusta hay que pasar con él en la cama muchas horas, y don Lorenzo no es lo que parece. Tú no sabes lo tierno y lo atento que es. Tú no sabes cómo se te acurruca en el cuello, como un niño, ni cómo hay que consolarlo, ni lo tierno que puede llegar a ser. Tú no sabes cómo son sus caricias ni las delicadezas que puede tener contigo. ¿Dónde vas a encontrar tú a un obrero que sea tan atento? ¿Tú qué te has creído que son los obreros? En cuanto estés casada tendrás que quitar un montón de mierda y serás la esclava de un hombre que vendrá

todos los días borracho de la taberna, te tirará en la cama, te babeará y te echará un polvo como un animal y luego se acostará a tu lado a roncar el vinazo y a vomitarte la almohada. ¿Vas a cambiar eso por un señorito que huele a colonia y a jabón y que te puede tener como a una reina, que sólo viene a verte durante una hora o dos, y no todos los días, la mitad de las veces con regalos: que si una pastillita de Heno de Pravia, que si un cuarto de langostinos, que si unas lonchitas de jamón serrano, y luego te deja tranquila en tu casa? ¡Tú no sabes de la esclavitud que te librarías, muchacha!

—¡Que no, doña Mariquita, que yo no quiero ser la querida de nadie! ¡Que prefiero lo otro!

Doña Mariquita exhala un suspiro y se encoge de hombros. Mira disimuladamente su reloj de pulsera. Las doce y media. A la una y media toma el aperitivo con otras dos amigas en el Casablanca. Tiene el tiempo justo para arreglarse y vestirse.

—Mira, Carmelilla, tú te lo piensas, que estas cosas importantes hay que pensárselas mucho, pero no veas sólo tu parte, mira también la otra. Tú piensa en lo que te he dicho de don Lorenzo, lo buena gente que es, las fincas que tiene y lo importante que es. Porque ya estás viendo que ahora mismo toda Sevilla come en su mano y cada vez tiene más vara alta con los generales y los mandamases. Yo voy a estar aquí a la tarde. Te lo piensas y vienes después de la siesta, que yo te tengo ley y me considero más amiga tuya que tú mía.

Se levanta doña Mariquita dando por finalizada la audiencia, acompaña a Carmen hasta la puerta y la despide con dos besos y otro vaporoso abrazo. Carmen percibe el roce de dos pechos densos y caídos y absurdamente se imagina a don Lorenzo, carirredondo y velludo, refugiándose en ellos en actitud infantil.

Baja Carmen la angosta escalera en penumbra y sale al estampido del sol.

Rechlin. Alemania

Los aviones se aproximaron en formación triangular, describieron un amplio giro para colocarse en la posición idónea y cuando la locomotora enfiló el tramo más recto se precipitaron sobre el tren. Al estruendo de los tres motores al máximo de potencia se sumó el estridente aullido de las sirenas.

Algunos miembros del séquito del ministro intercambiaron miradas alarmadas. Si aquellos locos continuaban picando iban a estrellarse porque la inercia del avión lanzado a toda velocidad no permitiría un giro brusco para ganar altura. Por otra parte, cada uno de ellos estaba lastrado por una bomba considerable adherida al fuselaje, bajo la cabina del piloto.

—Mil metros, general —informó Udet con voz neutra.

Todavía descendieron los aparatos un buen trecho, hasta situarse sobre su objetivo. Entonces a unos cuatrocientos metros del suelo el avión de cabeza liberó su bomba y extendiendo bruscamente sus frenos aerodinámicos con un chasquido que se percibió desde tierra, alteró bruscamente la trayectoria y enderezó el morro hasta casi detenerse en el aire. Los aviones segundo y tercero habían soltado también sus bombas y ascendían suavemente ganando velocidad.

El centro del tren desapareció en medio de una nube negra.

—Es humo de señales, Reichmarshall—dijo Udet—. Doscientos kilogramos de cemento y un dispositivo de humo. Reservamos las bombas para cuando asista el Führer.

Sonó el teléfono adosado a la casamata. El sargento que lo atendía tomó el recado.

—Dos impactos directos y uno indirecto a seis metros, Herr ministro

—anunció volviéndose a Goering en posición de firmes.

Goering sonrió con sus ojos achinados y se volvió a los oficiales de su séquito con una expresión triunfante, como si la hazaña hubiera sido suya. Los oficiales aplaudieron educadamente y lo felicitaron.

Cuando le tocó el turno a Udet, Goering le estrechó efusivamente la mano.

—Lo hemos logrado, viejo amigo. —Y volviéndose al resto de la comisión aclaró—: Caballeros, creo que la prueba ha sido suficientemente elocuente y que gran parte de las incógnitas sobre el Stuka quedan despejadas. Y me alegro de que sea así. Cuando se escriba la historia del arma aérea germana, el avance logrado por mis buenos amigos el doctor Junkers y el coronel Udet al desarrollar este aparato quedará consagrado como el mayor logro de nuestra ingeniería aeronáutica.

Sevilla

La puerta de roble alta y fuerte permanece cerrada. Una doncella, a la que Carmen no conoce, acude al sonido de la campanilla. La casa está como siempre: el fresco zaguán enlosado con mármol de Tarifa; los azulejos hasta media pared; los estucos moriscos; el oscuro techo artesonado; la cancela blanca, a través de cuyo celaje se ve el patio rodeado de columnas, con las tupidas aspidistras y las palmeritas alrededor de una fuente central de mármol blanco, en la que un delfín lanza por la boca un chorrito de agua y lo recibe ancho y descompuesto en el lomo. La doncella recibe el recado y hace pasar a la visita a la penumbra del patio fresco y húmedo, recién regado, entoldado por encima de la montera con una lona azul. Han pasado siete años desde que Carmen salió de la casa pero todo sigue igual: los sillones de mimbre, los azulejos hasta media altura, los oscuros óleos con santos y batallas, la panoplia con sables y bayonetas en la caja de la escalera, la balaustrada

de mármol, las manchas de humedad de los muros que no desaparecen por muchas manos de cal que se les apliquen, el bargueño donde el señor guardaba, bajo llave, las facturas y los vales del pan.

Carmen evita mirar el descansillo de la escalera, donde, bajo el óleo que representa el desuello de san Bartolomé, atribuido a Valdés Leal, don Gonzalo, el señorito, que en paz descanse, la arrinconó, le desgarró el vestido y las bragas con torpe urgencia y quién sabe lo que hubiera ocurrido si doña Angustias no hubiera regresado inesperadamente a recoger el misal olvidado.

—¡A esta guarra la pones de patitas en la calle! —sentenció don Gonzalo mientras la señora le aplicaba sobre la mejilla arañada un algodón empapado en agua oxigenada.

Carmen, llorosa, le sostenía la bandeja del botiquín.

Trabajaba a cambio de la manutención, un uniforme y un par de zapatos al año, pero doña Angustias al despedirla le dio un duro —«Esto para que lo des en tu casa»— y una peseta—«Y esto sólo para ti, para que te compres algún capricho»—. Y le advirtió:

—No vayas contando nada por ahí, porque además de que nadie te volvería a dar trabajo, pensarían lo que no es. Lo mejor es que te calles. Los hombres son así, hija mía.

Siete años después, doña Angustias está menos amable.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta secamente desde la galería del primer piso, cuajada de geranios.

—Que venía a hablar con usted, doña Angustias —explica Carmen, sumisa.

—Trabajo no tenemos, que en la casa estamos los cabales.

—No es para pedir trabajo. —Aguarda.

Se aparta doña Angustias de la galería para emerger cinco minutos más tarde en lo alto de la escalinata. Está artrítica y necesita un bastón, pero su rostro es más joven de lo que le correspondería a su edad. Tiene el cutis terso, la piel blanca, la expresión tranquila de las personas que

viven en paz con su conciencia porque están seguras de haber hecho lo debido y no piensan ceder un milímetro en sus convicciones.

Carmen reconoce el costurero inglés taraceado donde doña Angustias guarda su labor de punto de cruz. La anciana toma asiento pesadamente en un sillón de mimbre con dos cojines y se cala las gafas. Examina a la antigua criada, de arriba abajo, con gesto severo.

—Te has hecho muy mujer —constata como para sí. Y luego se quita las gafas, las deposita sobre el costurero y añade—: ¿Qué se te ofrece?

—Doña Angustias, he venido a suplicarle, por caridad, que me ayude porque estoy en un apuro muy grande.

—¿Qué apuro?

—Ayer mataron a mi padre, y mi hermano Manuel está preso.

—¿Por rojos?

—¡Ay, no, señora! Que los enredaron los otros, porque Manuel es más bueno que el pan y no tiene malicia ninguna.

—Lo de tu padre, que te acompaño en el sentimiento, no tiene remedio y lo de tu hermano, si es tan bueno como dices, no tienes nada que temer. Mi hijo es el que ve los casos políticos y se le hará justicia.

Carmen rompió a llorar.

—¡Eso es lo que quería pedirle, doña Angustias! Que interceda usted con su hijo para que me devuelvan a mi hermano, que es un crío y es la única familia que me queda en el mundo.

Doña Angustias sonrío complacida. Baja el tono de voz para que no la escuchen las criadas de la casa.

—No sé yo si mi hijo querrá ayudar a tu hermano con la de desplantes que le llevas hechos. —Y a la mirada de sorpresa de Carmen, añade—: Que Sevilla es más chica de lo que te piensas y aquí se sabe todo.

—¡Señora! —La muchacha cae de rodillas más desfallecida que suplicante—. ¡Por lo que más quiera le pido que haga algo, que me lo van

a matar!

—Hija, no matan a nadie que no tenga las manos manchadas de sangre o la conciencia muy negra, y tú no sé cómo vienes a pedir nada después de los desplantes que le has hecho a mi Lorencito.

—¡Doña Angustias, que yo quiero ser honrada, que para otra cosa no sirvo!

—¡Qué equivocada estás, Carmela! Te has criado en esta casa como quien dice con mis hijas y te has creído que perteneces a una clase que no te corresponde. Tú no comprendes que un hombre de posición como mi hijo no puede pretender por lo derecho a una criada, ¿dónde se ha visto?

—Pero, señora, si yo no quiero que me pretenda nadie. —Sí, pero tú sabes que mi hijo se encaprichó de ti y tú le has pagado sus atenciones con desplantes. —¿Y qué iba a hacer?

—Pues ser más lista y no te verías como te ves ahora —replica la señora, pero luego recapacita y añade—: Los hombres tienen una manera de ser... fogosa, sobre todo los hombres de esta familia, y las mujeres tenemos que saber llevarlos. Tú con tantos tiquismiquis no supiste llevar a mi hijo, y ahora qué le voy a pedir, ¿que se salte sus responsabilidades para ayudar a quien sólo le ha hecho desprecios? Ni siquiera una madre puede pedir eso.

—¡Usted sí puede, doña Angustias, que él no ve nada más que por sus ojos, que ni siquiera se ha casado para seguir viviendo con usted!

La anciana sonrío complacida y se esponja en su trono mullido.

—Porque es un buen hijo que desde que cumplió trece años me lleva todos los días a misa o a la novena si está en Sevilla, pero —endurece nuevamente el gesto— yo no me puedo entrometer en cosas de militares y menos ahora que hasta puede haber una guerra.

Antes de que Carmen replique, la anciana alarga su mano sarmentosa y tañe una campanilla de plata. La doncella, que está espionando la conversación desde la galería, comparece al instante.

—Acompaña a la señorita a la puerta.

Va Carmen a insistir, pero doña Angustias la detiene con un gesto autoritario.

—No le des más vueltas, Carmela, que no puedo hacer nada por ti. Lo que quieras tienes que pedírselo tú, a ver si tú lo convences.

En la calle herida por el sol, la única sombra la da un escuálido perro sin amo que se empeña en arrastrar un hueso sangrante.

Moscú

Yuri Antonov no tenía que regresar a la base hasta el día siguiente. Decidió pasar unas horas en Moscú para conocer la primera línea de ferrocarril metropolitano, recientemente inaugurada. Después de recorrer las suntuosas instalaciones subterráneas, salió a la superficie y deambuló por las ajardinadas riberas del Moscova hasta que encontró el carcomido banco de piedra donde muchos años atrás había conversado largamente con Maika y le había dado el beso de despedida. Maika.

El teniente se engolfó en un mar de recuerdos.

A miles de kilómetros de distancia, la joven Maika tampoco había olvidado aquel fugaz amor, el primero y el último de su vida, que la intransigencia prusiana de su hermano Rudolf y de tía Ursula habían malogrado.

A menudo, en sus paseos solitarios por las arboledas de Starken, Maika recordaba los pequeños acontecimientos de aquel viaje. Entonces ella estaba en Oxford y era relativamente libre. Tía Ursula, al conocer su proyecto, le había escrito una larga epístola en la que le prohibía terminantemente viajar a la patria de los proletarios, el país que había asesinado a los reyes y expulsado a la aristocracia. La carta reafirmó a Maika en su propósito: hizo la maleta y se unió a un grupo de comunistas europeos en la estación del Este, en París, como parte de un viaje organizado por la Sociedad de Estudios Rusos en combinación con Inturist, la flamante agencia estatal (y propagandística) soviética. Maika y sus camaradas atravesaron la corrupta Europa capitalista en lujosos coches-cama atendidos por serviciales camareras y provistos incluso de auriculares individuales para escuchar la radio. Al tercer día el tren amaneció en la patria del proletariado.

Sevilla

—Ése firma las sentencias en Las Siete Puertas.

Es de dominio público. A don Lorenzo Torres Cabrera, desde que es delegado gubernativo, se le reserva cada tarde uno de los cuartos del principal. Esta tarde lo acompañan Portabella, Pascualón, Rebollo y el Lecherito. Están atentos porque don Lorenzo ha bebido de más y cuando está achispado hay que seguirle la corriente.

Don Lorenzo viste el uniforme del Partido, pero los correaes los ha colgado del respaldo de la silla de tijera. Se abraza a Pascualón, el comisario de abastecimientos.

—¿Tú te acuerdas de cuando llegó la República, Pascualón?

—¡No me voy a acordar! —silabea el interpelado con la lengua trabada—. Las calamidades nunca se olvidan. ¡No me voy a acordar!

—¡Echaron a la calle a don Alfonso XIII como si fuera un perro! —reflexiona Torres Cabrera poniéndose sentimental—. ¡Como si fuera un perro! Al hombre lo dejaron solo.

Asienten los comparsas, con expresiones circunspectas.

—¿Y sabes tú lo que dijo al subirse al barco? En Cartagena, al subirse al barco.

Niega Pascualón, serio, mirando su vaso vacío, mientras piensa que no debe llenarlo hasta que acabe la confidencia.

—Pues lo que dijo fue: «¡Ay España, España, lo que me cuestas!» —Comprueba el efecto que la revelación ha producido en sus interlocutores y ve asentimientos en rostros graves—. ¡Fijaos vosotros qué dolor de rey! ¡Echado de su trono por los hijoputas republicanos!

—No hubo cojones para defenderlo —corroborra el Lecherito.

Lo mira Torres Cabrera con la mirada extraviada y beoda.

—¡Pero ahora sí los va a haber! ¡A todos esos cabrones rojos los vamos a pasar por las armas! ¡Cuchillo y harka, muerte y tea, eso es lo

que les vamos a dar!

Asienten todos al patriótico veredicto.

—¡Hay que limpiar España de marxistas! —sigue proponiendo Torres Cabrera—. En treinta años no se va a mover una hoja. ¡Muchacho! —llama al camarero con dos palmadas—. ¡Trae más vino, que en España empieza a amanecer!

Sobre la una de la madrugada llega la lista negra de los fusilables. La lleva un policía en una carpeta. Torres Cabrera está ya medio beodo y procede teatralmente: lee los nombres en voz alta: «Sí, sí, éste sí; y éste también; éste, no; éste, sí; éste, no o sí, no, sí; éste, para otro día», y va marcándolos con su estilográfica: un aspa para los dudosos, dos crucecitas para los condenados de hoy.

Esta noche a media lista se interrumpe para preguntar:

—¿Me has puesto al que te dije?

—Ahí lo tiene usted, señor delegado —indica el policía un nombre.

—¡Ah, sí! —lo reconoce Torres Cabrera y lo señala remarcándole dos cruces, que se distinga bien.

Rechlin. Alemania

Antes de subir al Mercedes, Goering se volvió hacia Udet.

—¿Quiénes pilotaban esos aviones, Ernst?

—Los tenientes Jurgens, Pott y Von Balke, mi general, el hijo de Gustav von Balke.

—¿Y qué tal es el hijo de Gustav?

—Es el mejor, general. Sirvió en Rusia, en Lipetsk, y también allí era el mejor. Lástima que mida dos metros y no quepa en las carlingas cerradas de los cazas modernos. Habría sido un buen cazador.

Goering propinó un golpecito cachazudo en el estómago del coronel.

—¿Quién necesita cazadores? Los torneos entre caballeros son cosa del pasado. Los nuevos cachorros tienen que aprender a bombardear. ¡Ésa

es la guerra futura: el bombardeo en picado!

Goering se acomodó en su asiento. Le cerraron la portezuela. Antes de partir bajó el cristal de la ventanilla y preguntó:

—¿Es Von Balke como su padre?

—Igual o mejor, mi general. Sólo le interesan los aviones, los coches veloces, los caballos y las mujeres.

Goering soltó una carcajada.

—Tráemelo a Carinhall, a la fiesta de mañana.

Sevilla

Carmen empuja la puerta de Las Siete Puertas y siente en el rostro una vaharada de vinazo y tabaco, de adobo y aceite refrito. El local es amplio y está decorado con carteles de toros y añejas y descoloridas fotografías enmarcadas de toreros y boxeadores. Entre dos banderillas cruzadas, viejas, sucias y cagadas de moscas, la apolillada cabeza de un toro lidiado por Frascuelo contempla a la clientela con sus inertes ojos de vidrio. Detrás del mostrador, el espejo panorámico pierde azogue y las botellas polvorientas olvidadas en los altos anaqueles van tomando un tono ambarino y sepia.

En la barra hay media clientela y otro tanto en los veladores, pero detrás de las cortinas del reservado principal reina mayor animación. Al ver a Carmen, los parroquianos guardan silencio y se quedan mirándola. No es frecuente ver a una mujer sola en un bodegón, menos si es tan hermosa como ésta. Detrás de la cortina comienza a rasguear una guitarra y la tos gargajosa del cantaor se aclara la garganta.

El bodeguero, un hombre gordo y colorado, con los brazos abiertos sobre el mostrador, tasa la belleza de la recién llegada con una mirada insolente mientras la ve acercarse.

—Usted perdone, venía buscando al señor don Lorenzo Torres Cabrera.

Sonríe con suficiencia el gordo, como si ya supiera lo que la muchacha busca y lo que va a encontrar.

—El capitán está allí dentro, con su junta.

Le señala la sucia cortina del fondo. Ella asiente y se dirige hacia el lugar indicado.

—¡Que haya suerte, primor! —la sigue la voz borracha de un

parroquiano.

Torres Cabrera y otros tres contertulios escuchan al Lecherito y le llevan el compás palmeando sobre los veladores de mármol y golpeando el suelo con las suelas de los zapatos. Carmen los conoce a todos de vista: Portabella, Rebollo y Pascualón. Cuando se los topa por la calle acostumbra a cambiar de acera para evitar piropos groseros.

Sobre los veladores, varias botellas vacías de jerez Fino Jandilla y de anís Imperial Toledo, vasos y un plato de peladuras de altramuces y huesos de aceitunas.

La voz escasa pero desagradable del Lecherito canta con mucho sentimiento:

Le pegué un tiro a una liebre
detrá una mata escondía
hise mala puntería
pero le di en una pata...
pero le di en una pata,
al perro que más quería.

Celebra el auditorio con oles y palmas la gracia y la ejecución del antiguo torero y hasta alguno comenta con sobrada mala leche que canta tan bien como toreaba; pero otro replica que cantando se arrima más que toreando porque vaya halitosis que gasta.

Los que están de cara a la cortina no ríen las ocurrencias porque desde que han visto aparecer a Carmen están pendientes de ella. Llevan años escuchando las confidencias beodas de Torres Cabrera sobre lo que le hace sufrir esta mujer.

—¿Qué se te ofrece, Carmelilla? —pregunta el antiguo oficial representándose a sí mismo, señorial y frío, mientras se llena otra vez el

vaso.

—Venía a hablar con usted, don Lorenzo.

—¡Habla!

Mira ella a un lado y a otro, como buscando un lugar más reservado y propicio.

—¿No podía ser aparte, don Lorenzo?

Ríe Torres Cabrera con su risa grave y poderosa.

—¡Mujer, Carmelilla! ¿A qué viene ese cambio? Tú nunca has querido hablar aparte conmigo.

Ella aguanta las lágrimas, la rabia y el bochorno. Mira a las baldosas ajedrezadas del suelo, a las que la suciedad incrustada confiere una pátina caramelo.

—Es por lo de mi hermano.

—Lo de tu hermano, ¿eh? Precisamente da la casualidad de que tengo aquí su causa —miente echando mano de unos folios plegados que sobresalen del bolsillo interior de la guerrera.

Los despliega parsimoniosamente sobre el mármol del velador, suscitando la admiración de sus cofrades.

—¿Cómo se llama tu hermano?

—Manuel Albaida Castro.

Torres Cabrera pasa el dedo por una lista inventario de los objetos del Centro de Detención: mesas, ceniceros, archivadores, perchas, dos máquinas de escribir, una Olimpia y la otra Underwood, un candado, tres escobas en buen uso, cinco vergajos...

—Aquí está tu hermano. —Señala una de las líneas. Finge que reflexiona—. Malamente lo tiene, Carmelilla: sindicalista, agitador, terrorista, ladrón...

—¡Mi hermano no es nada de eso! —chilla ella.

—Eso es lo que pone aquí, y en la causa hay muchos testigos —asevera Torres Cabrera solemne—. Tiene cinco penas de muerte y precisamente lo ajustician mañana.

Allí enfrente estaba la Unión Soviética, por fin. Desde el lado polaco, Maika contempló las enormes pancartas rojas que daban la bienvenida a los trabajadores del mundo.

En la estación fronteriza una muchedumbre aterida y seria esperaba a que le sellaran el visado. La barrera de alambre de espino estaba custodiada por severos guardias vestidos con tabardos mal cortados, con grandes estrellas rojas en los gorros y largas bayonetas en los fusiles. Los guías del Inturist iniciaron el canto de La Internacional, que fue entusiásticamente coreado por el resto del rebaño ante la indiferencia de los nativos.

El jefe de la estación polaca alzó su banderín verde y el tren pasó al otro lado. ¡Estamos en Rusia! Los puños de los viajeros subvencionados de Inturist asomaron por las ventanillas abiertas a la noche glacial frente a las banderas rojas que decoraban la estación y los enormes retratos de Lenin y de Marx.

Maika lo contemplaba todo fascinada. ¡La Unión Soviética! ¡La patria del proletariado! ¡La emoción de ver por todas partes la estrella roja, en las gorras, en las solapas, en los sellos de los pasaportes!

Luego vino el largo viaje a través de Rusia en el que la mirada selectiva de Maika ignoraba la miseria y la tristeza de las grises muchedumbres, los campesinos chapoteando en el barro con los pies envueltos en trapos, las colas resignadas ante los almacenes de alimentación, con las cartillas de racionamiento en la mano. Por el contrario, Maika se dejó cautivar por la viveza de los enormes murales, de los carteles de propaganda, de las vistosas banderas rojas, por los apuestos soldados espléndidamente uniformados con botas y correaes relucientes y por las enormes estatuas de Lenin levantadas en las plazuelas que se divisaban desde el tren.

Los compasivos ojos de Maika lo disculpaban todo: la ausencia de automóviles, la pobreza general, la escasa calidad de la ropa, incluso la tosquedad física de las muchachas. Para ella todo aquello era consecuencia del pasado capitalista. Durante una de las frecuentes paradas escribió una carta conciliadora a tía Ursula en la que ratificaba su entusiasmo por la república de los soviets: «Es ahora cuando están saliendo de la pobreza en la que los mantuvo la opresión zarista —explicaba—. Es natural que tengan que atender prioritariamente a lo más básico: carreteras, centrales eléctricas, ferrocarriles, sanidad. Cuando todo esto esté resuelto, qué duda cabe de que alcanzarán los refinamientos de la podrida Europa y que incluso los superarán, libres como están del lastre de los explotadores capitalistas y de los gobiernos militaristas.»

Ya cerca de Leningrado, la antigua capital de los zares, le pareció que el país era más próspero; las estaciones parecían menos destartadas y la gente menos pobre. Incluso vio chicas delgadas y atractivas tocadas de graciosas gorrillas. En una estación secundaria, hicieron una parada junto a un mercancías que transportaba madera, decenas de vagones cargados de árboles talados: «Un bosque entero viaja para apuntalar el futuro de la Unión Soviética y del proletariado universal», anotó entusiasmada en su diario. Había olvidado los manifiestos ecologistas que firmaba en Oxford contra la tala de árboles en los bosques del condado.

Después de tres días y medio de tren llegaron a Leningrado y se hospedaron en el enorme y lujoso hotel Leningrad, a orillas del Neva. ¿Sería prudente telefonear a su hermano Rudolf, que le había escrito una carta en términos aún más severos que los de tía Ursula desaconsejándole el viaje? Lo llamó por teléfono. Rudolf no parecía enfadado:

«No podré verte, pero casualmente un amigo ruso piloto de Lipetsk está ahora en Leningrado. Le diré que te llame. Es un ruso sencillo y algo simple, de origen humilde, pero buen muchacho.»

Era una amistad reciente y cuartelera la de Rudolf y Yuri, pero parecía firmemente cimentada, a pesar de las enormes diferencias que existían entre ellos. Eran los campeones respectivos de Alemania y la Unión Soviética en Lipetsk y su rivalidad en el aire los había aproximado en tierra, primero por mutua curiosidad, luego por simple amistad surgida en las prolongadas charlas cuarteleras, en las parrandas e incluso en las ocasionales visitas a los prostíbulos de la comarca.

El gigantesco avión de pasajeros Máximo Gorkirealizaba una gira triunfal y propagandística por la Unión Soviética. En cada exhibición, sobrevolando ciudades y núcleos fabriles, lo escoltaban nueve mínimos cazas I-4 para que la magnitud del gigante de los aires, en comparación con aquellos mosquitos, fuese debidamente apreciada desde tierra. El sargento primero Yuri Antonov era uno de los nueve pilotos que volaban en los cazas.

Yuri recogió a Maika en el hotel y la acompañó en su paseo por la ciudad. Fue un día inolvidable: primero la obligada visita a la fortaleza de Pedro y Pablo, a la Casa de la Moneda y a la Bastilla zarista, la antigua prisión convertida en museo, detrás de cuyas fuertes murallas grises la guía de Inturist aseveró que habían enloquecido cien millones de proletarios, hombres y mujeres. Confundidos con un grupo de turistas, Maika y su acompañante recorrieron los lúgubres pasillos abovedados y se asomaron a las celdas. En algunas había maniqués figurando presos, mientras que otros hacían de guardias que los espiaban a través de las mirillas y anotaban lo que escuchaban o lo que veían.

A la salida de la cárcel pasearon en silencio y cruzaron el Neva por el antiguo puente. Maika a veces rozaba con su mano la de Yuri, una honrada y fuerte mano rusa, pero él era tímido y no captaba el mensaje. Visitaron el Museo del Ermitage, donde Maika estuvo más atenta a las huellas dejadas por las balas en el asalto del palacio de Invierno que a la belleza de los cuadros. Finalmente pasearon por la avenida Nevski y Yuri acompañó a la muchacha al hotel. Al despedirse hasta el día siguiente,

ella lo besó en la mejilla.

Sevilla

La habitación contigua al reservado es una pieza espaciosa con un lado acristalado cuya pátina de grasa y suciedad filtra la luz del patio. Huele a polvo y a tabaco rancio, a vino agrio y a zotal. Al fondo hay barriles desvencijados, cajas de gaseosas y de sifones apiladas, sillas rotas, braseros, estufas y esteras invernales enrolladas. Hay también un raído diván tapizado de verde, con un enorme cabecero cilíndrico.

Torres Cabrera se recuesta en el diván, se lleva la mano a la entrepierna y se ajusta el sexo con un gesto grosero, apura el aguardiente de un largo trago y deposita el vaso en el suelo, a un lado.

—Así que quieres que suelte a tu hermano.

Carmen asiente en silencio. Está delante del delegado gubernativo, en medio del salón, en actitud sumisa, la mirada fija en el suelo de baldosas hidráulicas que imitan una alfombra.

—¿Quieres que suelte a tu hermano, Carmelilla? —torna a preguntar, casi amable, el delegado gubernativo.

—Sí, señor. Él no ha hecho nada. Es un crío, como quien dice.

Sonríe Torres Cabrera mostrando el diente de oro y luego ríe por lo bajo, como si le costara, arrancándose.

—¿Que no ha hecho nada? —repite divertido—. Está afiliado a la CNT... ¿Eso es no hacer nada?

—¡Porque lo liaron las malas compañías! —replica Carmen para volver en seguida a su actitud sumisa—. Bastante castigado está ya con haber perdido al padre —añade.

—¡Qué poco sabes tú de lo que es el castigo, Carmelilla! —contesta la voz repentinamente lúgubre del antiguo oficial—. Tú me llevas castigando a mí siete años... ¡siete años! ¿Y ahora me vas a hablar de

castigo?

Calla Carmen y el hombre la mira con desprecio. Observa su actitud compungida, las manos cruzadas sobre el pubis, los hombros adelantados para disimular el volumen de los pechos pugnaces, las caderas redondas, los muslos finos y largos que se adivinan bajo la falda, las torneadas piernas, los tobillos claros. ¡Y todo este tesoro lo está guardando para un obrero mugriento y ladrón que nunca la va a sacar de pobre!

Deja el dueño de la vida y de la muerte que el silencio ahonde aún más la sima que separa su altura inaccesible y la pequeñez del mundo. Luego pronuncia, en la distancia, con voz como hastiada:

—¿Qué estás dispuesta a hacer para que suelte a tu hermano?

Las palabras resuenan como el chasquido de un látigo. Silencio. Del otro lado de la puerta se oye el rasgueo de la guitarra del Lecherito, la voz aguardentosa de Portabella, las risas y los rumores del patio, en donde a la parroquia habitual de borrachos de toda la vida se van añadiendo los ocasionales clientes nocturnos, soldados que salen de las rondas, borrachos, tratantes, camisas azules falangistas, camisas caqui de regulares, camisas verdes legionarias, las teresianas, los tarbush, los leggins, las botas enterizas, las alpargatas, los botos camperos, las cartucheras, las Parabellum, los puñalitos, los vergajos...

—¿Me has oído? —pregunta Torres Cabrera desabridamente.

Carmen asiente, guarda silencio, se encoge de hombros, dice:

—No tengo nada, pero lo que pueda tener, lo que podamos trabajar mi hermano y yo...

—Sí tienes algo —la interrumpe el delegado gubernativo desgranando las palabras—. Tú sabes bien que tienes algo que busco desde hace tiempo... algo por lo que me has estado puteando todos estos años.

Ella llora silenciosamente lágrimas gruesas que caen a plomo sobre el suelo polvoriento y van formando una mancha oscura.

El la deja llorar. La contempla como se contempla un plato

apetitoso, aplazando el banquete para acrecentar el placer.

—Me lo vas a dar, por fin.

Las palabras taladran el cerebro de Carmen. Les busca nuevos significados, otro sentido distinto del que obviamente tienen, pero finalmente emerge a la realidad con la terrible certeza de que sólo significan lo que parecen significar.

—¿Qué me dices? —urge él desabridamente—. Es la vida de tu hermano o eso.

Ella asiente y arrecia su llanto mudo.

El capitán la contempla nuevamente en silencio. Carmen interpreta su inacción como un escrúpulo humanitario. Quizá, después de todo, se apiada de ella. Después de todo, su madre y doña Mariquita aseguran que es un buen hombre. Con sus cosillas, como todo el mundo, pero un hombre fundamentalmente bueno. A lo mejor el castigo consiste solamente en humillarla y después se apiada de ella y la deja ir y libera a su hermano.

—¡No llores!

Carmen obedece. Se enjuga los ojos con la mano y hace por dejar de llorar.

—¡Ahora enséñame las piernas!

Titubea la muchacha. El delegado gubernativo se impacienta.

—¿Quieres salvar a tu hermano?

Carmen asiente y vuelve a llorar. Se le escapa un sollozo hondo, atormentado. —¡Pues las piernas!

Con las dos manos se levanta la falda hasta las rodillas.

—¡Más arriba!

Hasta medio muslo.

—¡Más arriba! Te quiero ver las bragas.

Le enseña las bragas. El antiguo oficial emite un resoplido cetáceo.

—¡Ahora, quítate el vestido! —urge—. ¡Rápido, que me estás haciendo perder la paciencia!

Ella se saca el vestido por la cabeza y se queda en bragas y sostén. Es más hermosa de lo que Torres Cabrera esperaba. Los muslos largos y torneados, las espléndidas caderas, la cintura estrecha, el terso vientre cubierto hasta el ombligo por las bragas color carne. Los pechos siguen ocultos por una camisilla sujetador.

—¡Desnúdate del todo!

Ella obedece. Clava él la mirada acuosa en la oscura promesa del pubis y siente un nudo antiguo ascenderle por la garganta como un licor. Con la voz quebrada le anuncia:

—Ahora te voy a follar, y ése es el precio por tu hermano, ¿estamos?
Carmen asiente. Ya no le quedan lágrimas.

Carinhall. Afueras de Berlín

Von Balke, en uniforme de gala, se aburría soberanamente en la fiesta de Goering. Había, además de muchos uniformes de la Luftwaffe, un nutrido grupo de jerarcas nazis, todos de camisa parda, con los temporales pelados al cero, los cogotes rectos y los cráneos cúbicos. Algunos gastaban bigotito similar al del bienamado Führer. Se habían apostado estratégicamente cerca de la cocina en la ruta que forzosamente tenían que seguir las bandejas de bebidas y canapés.

«Constituimos una sociedad guerrera —reflexionó Von Balke—. Incluso los civiles con panza y juanetes se pierden por las botas de media caña y la guerrera cubierta de brillante chatarra.»

Rudolf, como en un relámpago, concibió la sospecha de que la guerra, en ciertos casos patológicos —¿en el suyo?—, podía justificarse por sí misma. La guerra por la guerra. ¿Qué buscaba él, si no? ¿Acaso no soñaba despierto, cada noche, en la ebriedad del heroísmo, en combatir contra otro caballero del aire, por el mero hecho de arriesgar la vida frente a las ametralladoras? Morir o matar. Todo por esa descarga de adrenalina que es superior a cualquier orgasmo, superior a la posesión de la belleza, superior a la iluminación filosófica, superior a todo. La guerra por la guerra. Como los caballeros que mantenían justas en el declive de la Edad Media, los que mataban y morían por el cinturón de la dama o simplemente para que la fama de sus hazañas se transmitiera a las generaciones venideras en las canciones de los juglares.

Sevilla

Desnuda sobre el sucio diván, Carmen tiene la mirada fija en el techo negro de humo y telarañas. La pantalla de pergamino cagada de

moscas de la vetusta lámpara de bronce transmite una luz mortecina de escasos vatios. Carmen cierra los ojos con tanta fuerza que le duelen y se muerde la mano hasta hacerse sangre, quiere cerrar todas las ventanas de su cuerpo, cancelar los sentidos, desaparecer, disolverse en el aire, escapar de la pesadilla. Nota primero la respiración entrecortada y urgente de Torres Cabrera mientras se desnuda, el rumor de las ropas cayendo sobre el respaldo del diván; después, percibe el olor a guano que desprende la piel masculina desnuda y sudorosa; luego, el tacto de unas manos que masajean pesada y brutalmente sus pechos: finalmente, una panza peluda que se desploma sobre su pubis, una rodilla musculosa que se abre camino perentoriamente entre sus muslos, obligándola a separarlos. Torres Cabrera la penetra con violencia, causándole dolor, con la ira acumulada de todos los desaires antiguos. Torres Cabrera se detiene jadeante en medio de la cabalgada, extrae el pene, se aparta de la muchacha, se deja caer pesadamente a su lado, palpa su erección, la encuentra satisfactoria, descansa un momento contemplando a la muchacha encogida y temblorosa, palmea un muslo, manosea una teta, vuelve a penetrarla. Esta vez se coloca a horcajadas, con la cabeza de la muchacha entre las rodillas, y la abofetea.

—¡Abre los ojos y mira lo que tengo!

Ella se resiste y recibe una nueva bofetada.

Abre Carmen los ojos y ve sobre su cabeza el sexo oscuro, erecto y ligeramente torcido del capitán, y los testículos descolgados como una fruta ajada que penden de la barriga peluda. Más arriba, remoto, aparece el rostro sudoroso de Torres Cabrera.

—¡Cómetela!

Ella titubea.

—¡No me jodas, que mato a tu hermano!

La penetra profundamente, hasta la garganta. Ella se debate entre arqueadas, tose con una tos ronca, agónica, vomita una baba agria, vuelve a toser. Próximo al orgasmo, Torres Cabrera apresa con ambas manos la

cabeza de la muchacha y la obliga a proseguir hasta el final entre náuseas, bascas y vómitos.

Carmen, desmadejada, rueda hasta el suelo. Encogida sobre las baldosas peguntosas vomita semen con bilis y llora. Torres Cabrera contempla su propio sexo desmayado y calmo, respira profundamente y asiste indiferente al llanto silencioso de su víctima.

—¡Te has portado muy bien, Carmelilla!

Leningrado

La mañana siguiente amaneció soleada y calma en la antigua capital de los zares, la ciudad más bella del mundo, pero los pies de Maika estaban tan lastimados por la caminata de la víspera que la pareja optó por pasar el día en el parque Lenin, tendidos en la hierba, conversando, devorando emparedados de arenque, o de caviar, y manzanas que Yuri les compraba a los vendedores ambulantes, y haciéndose confianzas.

Por la noche fueron a cenar a un exclusivo restaurante que Maika había oído ponderar. En el vestíbulo de los lavabos, Yuri coincidió con un general de Caballería de los antiguos, aquellos que lucían bigotes blancos de largas y engominadas guías como si fueran parte del uniforme.

—Sargento: he observado que está usted en muy buena compañía —le espetó mientras correspondía distraídamente al impecable saludo de Yuri—. ¿Quién es la mujer?

—A sus órdenes, mi general. Es una chica comunista alemana que ha venido con Inturist para conocer la Unión Soviética.

—¿Va a pagar ella la cena?

—¡De ninguna manera, camarada general! —replicó Yuri sonrojándose—. La pagaré yo.

El general sonrió.

—El menú más barato de este establecimiento quizá exceda lo que usted gana en dos meses —observó—. Permítame que yo corra con los gastos —e interrumpió el gesto de protesta que había iniciado Yuri—. ¡Insisto en ello, sargento! ¡Es una orden! —Sonrió nuevamente y añadió—: Cuando yo era recluta deseé muchas veces restaurantes caros y mujeres hermosas. Permítame que me saque esa espina vicariamente invitándolo a usted.

—Si no hay más remedio, camarada general... —se resignó Yuri.

—No lo hay. Ya le he dicho que es una orden.

El general deslizó disimuladamente varios billetes en la mano del sargento. Luego hizo ademán de retirarse, pero se volvió a los pocos pasos.

—Y deje bien alto el pabellón soviético. —Le guiñó un ojo—. Atáquela y cumpla como buen soldado del Ejército Rojo.

Aquella noche, en la enorme cama del hotel Leningrad, el sargento primero aviador Yuri Petrovich Antonov cumplió como buen soldado soviético y brindó con champán a la salud de su desconocido benefactor.

Sevilla

Carmen se incorpora cubriendo su desnudez, una mano en el sexo y un brazo cruzado sobre el pecho. Mira su ropa amontonada al pie del diván. Torres Cabrera está acabando de vestirse.

—¿Adonde vas? —pregunta.

—Ya tiene usted lo que quería. Me voy con mi hermano.

El delegado gubernativo saca la pitillera, sonriente.

—¿No te quieres fumar un cigarrito conmigo y luego echamos otro polvo?

—Usted me dijo que era un caballero de palabra.

—Y lo soy, pero tu hermano tenía cinco condenas de muerte y sólo le has quitado una. —Enciende un cigarro, aspira y arroja una bocanada de humo hacia el techo—. Todavía te faltan cuatro.

Un veneno denso le desciende a Carmen por la garganta. Profiere un gañido inhumano y se abalanza contra el antiguo oficial con las uñas engarfiadas, buscándole la garganta. El esquivo la embestida y derriba a la agresora de un puñetazo en la sien. El cuerpo desmayado de la muchacha rebota contra el suelo con un sonido sordo. El delegado le da otra calada a su cigarro, lanza la bocanada de humo y se encoge de

hombros. Después recoge a la muchacha con deferencia casi paternal y la ayuda a tenderse en el diván. Ella se resiste a perder el conocimiento, pero un velo gris se va extendiendo fatalmente ante sus ojos.

—Ahora vas a redimir las otras penas de muerte de tu hermano —alcanza Carmen a oír como entre sueños—. Las vas a redimir con mis compadres.

Berlín

La velada en Carinhall estaba en su apogeo. El lomo de venado asado con salsa al brandy, crema de leche agria, fideos y salsa de arándano había resultado exquisito. Después de consumir generosas raciones, los comensales aún tuvieron que esforzarse para entibar el postre en sus repletos estómagos. Hubiese sido imperdonable rechazar el afamado Sachertorte, el pastel de chocolate relleno de confitura de albaricoque y cubierto de fondant de chocolate inventado por Franz Sacher, el célebre chef del hotel Metternich de Viena. Cada plato se acompañó con los vinos adecuados, todos nacionales, del Mosela. Goering lamentó sinceramente que Alemania no fuera tan buena productora de caldos como de tornillos, un motivo más para aspirar a la *Lebenstraum* o conquista del espacio vital. Para remate hubo brindis con champán francés. Alzaron las copas por el Führer, por Alemania, y por el propio Goering, que saludó ruborizándose ligeramente.

Así discurrían las cosas cuando el comandante Conrath, primer ayudante de Goering, se acercó al anfitrión y le transmitió un recado al oído.

Goering golpeó repetidamente su copa con una cucharilla solicitando silencio y cuando lo obtuvo anunció:

—¡Señores, los generales españoles sublevados en las colonias de África han enviado una delegación para pedir ayuda a Alemania! En estos momentos el Führer está conferenciando con ellos en Bayreuth.

—¿Ha hecho un alto en el festival de ópera para recibir a los españoles? —se extrañó Zeiss, el fabricante de instrumentos ópticos—. Pues ya debe de ser importante el asunto.

Se elevó un rumor de comentarios y especulaciones. Los grupos que estaban más alejados se habían acercado a interesarse por las noticias.

—¿Qué ocurre? —preguntó un coronel de las SS.

—Parece que los rebeldes españoles piden ayuda al Führer.

Alguien aportó un mapa que inmediatamente concitó la profesional atención de los oficiales de Estado Mayor.

—¿Dónde están los rebeldes? —inquirió un general de Artillería.

—Dominan Sevilla y poco más, general —informó Conrath.

—No importa —respondió displicente el artillero golpeando el mapa con el dorso de la mano—. Desde Sevilla, sus piezas de largo alcance podrán bombardear Madrid. Lo rendirán en cosa de días.

—Desdoble el mapa, mi general —le indicó Conrath al oído.

Sevilla

Entran Portabella, el Lecherito, Rebollo y Pascualón, indecisos y serios, recelando que la invitación encierre una burla, pero al mismo tiempo con la esperanza de que no lo sea. Al fondo de la sala, sobre el diván, ven a Carmen desnuda, la cara vuelta hacia el respaldo, inmóvil.

Torres Cabrera está fumando tranquilamente. Se ha sentado sobre una silla vuelta y muestra el pecho sudoroso a través de la camisa abierta. Bebe un largo trago de la botella de aguardiente y después pregunta:

—A ver, ¿quién va a ser el primero?

Se miran irresolutos, recelando la guasa.

Rebollo se acerca a la muchacha. A la amarillenta luz de la lámpara observa la modelada espalda, el trasero redondo y los torneados muslos. Alarga una mano y le palpa los glúteos, que encuentra fríos, cubiertos por un sudor viscoso.

—¡Yo mismo! —dice con voz quebrada y jadeante.

—A ella le da igual el orden —ríe el delegado—. Ha dicho que quiere estar con todos.

Rebollo toma la delantera, pero al sacarse los pantalones pierde el equilibrio y está a punto de caerse. Los otros se miran y comienzan a desnudarse de prisa.

Moscú

Stalin aguardó a que el joven piloto abandonara la sala. Luego concentró su atención en el expediente que tenía delante, pasó unas páginas y dijo:

—He examinado el informe de la Oficina Soviética de Desarrollo Aeronáutico. A mi consulta sobre el desarrollo del bombardero en picado

responden con evasivas y excusas. Un galimatías técnico para ocultar la indigencia técnica de nuestros ingenieros. Mientras ellos se empeñan en que ese avión no es viable, mis informes confirman que los alemanes lo han conseguido ya. Explíquelo, Yagoda.

El aludido entornó los ojos de batracio y amagó una sonrisa servil.

—Desde hace tres años los alemanes están diseñando un avión de bombardeo en picado capaz de lanzar bombas pesadas sobre objetivos reducidos.

Se produjo un silencio ensordecedor. Los oficiales de Estado Mayor miraban al vacío, con la mandíbula floja. El primero en reaccionar fue Tujachevski.

—¿Qué se entiende por bombas pesadas?

—Bombas de más de doscientos cincuenta kilos —puntualizó Stalin suavemente—, suficientes para volar un puente, descarrilar un tren, echar a pique un acorazado, paralizar un nudo ferroviario o perforar una casamata.

—Si el enemigo cuenta con un arma de ese calibre, el Ejército Rojo queda en situación de inferioridad absoluta —explicó Yagoda.

Se produjo un murmullo de protesta. Los generales mostraban su desacuerdo exponiendo atropelladamente sus pareceres. Stalin los contempló un momento con expresión de hastío. ¿Cómo podré hacer carrera con estos zotes? Zanjó la discusión golpeando con su lapicero plano sobre el tablero de la mesa. Cuando se restituyó el silencio preguntó:

—¿Qué grado de veracidad puede haber en esos informes, camarada Yagoda?

—Son datos que hemos recibido de cuatro fuentes distintas e independientes, todas de absoluta confianza. Hay que admitir que los alemanes ya tienen ese avión.

Las palabras de Yagoda cayeron como un jarro de agua fría. Más calmados, los generales volvían a clavar la mirada contrita en el tablero.

—Es evidente —prosiguió Stalin— que todos nuestros planes de desarrollo armamentístico deben aplazarse hasta que nos cercioremos de si tal avión puede realizar lo que los informes de nuestros ineptos técnicos insisten en considerar inviable.

Berlín

—¿Lo de España? Una simple reyerta entre nativos —comentó despectivamente un almirante—. No creo que el Führer les preste la menor atención.

—En qué modo puede afectar a Alemania —se interesó el gerente de Osram—. ¿Cabe alguna posibilidad de que intervengamos?

Olfateaba el negocio. Una guerra, con sus cañonazos, sus bombardeos y todo ese trajín, dispara el consumo de lámparas.

—¿Intervenir Alemania? —replicó un comandante de la Luftwaffe—. ¿Y qué demonios se nos ha perdido en África?

—España no está en África, comandante —corrigió Goering con una sonrisa—. Está en Europa. Al sur de Francia.

—Ah, sí, ahora recuerdo. Pero los habitantes son medio moros según tengo entendido, Herr ministro.

—Sí, eso sí: mitad moros y mitad gitanos —concedió Goering—. Y celosos como sicilianos. Llevan una navaja en el cinturón para defender la honra de sus mujeres. No es asunto que nos importe mucho, pero el establecimiento de una dictadura militar derechista favorecería al Reich. Desde España se domina Gibraltar y la entrada del Mediterráneo. Por otra parte el subsuelo es rico en wolframio y no sé si en petróleo también. Dos elementos que la industria del Reich necesita.

Sevilla

Mientras Rebollo se emplea en la muchacha, el delegado gubernativo se levanta tambaleándose, se acerca a ella y le tira de la melena obligándola a girar la cabeza.

—¡Mírame!

Ella obedece, con la expresión vacía.

—¡Fíjate de lo que te hubieras quitado si no fueras tan orgullosa! ya puedes estar contenta. Ahora te jodes. A Rebollo le sucede Portabella.

Por la calle desfila la banda de cornetas y tambores de Regulares interpretando con mucho brío la Marcha de los voluntarios. Durante unos segundos sólo se escucha la tamborada; después el sonido militar se aleja y tornan a oírse los resoplidos de Portabella.

Portabella, exhibicionista, quiere recrearse en la suerte. Se desacopla, exhibe el pene erecto y firme, y obliga a la muchacha a ponerse boca abajo.

—Ahora le voy a romper el culete ese meneón que tiene.

Sonríen feroces los secuaces. Carmen solloza y se resiste con sus últimas fuerzas, pero el Lecherito posee la sabiduría cortijera de inmovilizar a la presa y retiene a la muchacha por los hombros impidiendo que se mueva mientras Pascualón le tira de las piernas. Torres Cabrera celebra con una carcajada beoda el alarido de la muchacha. Agita la botella que tiene en la mano y los salpica a todos de aguardiente.

—¿No te querías casar, puta? —le grita—. Ya te has casado por todos los agujeros. ¡Anda, di ahora viva la República!

—A ver cuándo me toca a mí —se queja el Lecherito.

En la estancia contigua han encendido la radio para oír el parte de Queipo, pero todavía está emitiendo anuncios: «¡Varones de cuarenta y cinco a setenta años! Fuerza viril integral Epitar. De alto valor terapéutico. Devuelve sin injertos la fuerza viril e intelectual a todos los hombres decaídos o desganados.»

—Je, je! —ríe Portabella—. ¡A nosotros nos la devuelve el coñá!

El Lecherito, sin pantalones, intenta reanimar su sexo, pero no consigue una erección suficiente.

—¡Me cago en la leche! ¡Con lo que yo soy para esto y las ganas que le tengo a la Carmela!

—¡A ver si va a resultar que eres maricón! —lo acosa Portabella.

—¡Anda, déjate de coñas!

Rebollo termina. Torpemente se incorpora y tambaleándose va en busca de su ropa.

—¡Me cago en la mar, y que no se me levanta! —constata el Lecherito angustiado.

—¿Tú estás seguro de que sabes follar? —le pregunta Rebollo, socarrón—. Porque yo creo que todo es de boquilla.

En eso dan las once de la noche y el bodeguero acciona tres veces el interruptor general apagando la luz, señal de que es hora de cerrar el establecimiento en obediencia a las ordenanzas del estado de guerra. En la sala a oscuras brillan las brasas de los cigarros. Tintinea un vaso al servir más aguardiente con mano insegura.

El Lecherito no se da por vencido. Intenta masturbarse, pero hay poco que masturbar. Cuanto más sorna ve en las miradas de los otros, más se le desanima la piltrafa.

—¡Me cago en la leche!

—¡Anda, deja de cagarte en la leche, que luego nos la vendes cagada, y folla de una vez! —le replica el delegado gubernativo.

—¡Oye! —dice Pascualón señalando a Carmen, inmóvil en la penumbra—. Ésta no se mueve. ¿No le habremos hecho daño?

—¡Qué daño le vamos a hacer! —replica Portabella—. Lo que está es muerta de gusto, que en su vida le habían echado unos polvetes tan bien echados.

Se escucha un gemido ronco y débil, de animal herido.

—¡Venga, lechero, que está despertando y quiere más!

Se acerca el Lecherito, se coloca sobre Carmen en el diván, le separa las piernas, intenta reanimar su sexo dormido restregándolo en el de la muchacha, que encuentra encharcado de semen y sangre. Lo limpia con el vestido y repite la operación. Los otros están cansados y borrachos. Han dejado las bromas y asisten con hastío a la penosa escena. Todavía el

Lecherito lo intenta dos o tres veces sin resultado. Al final, se deja caer en el respaldo del diván.

—¡Me cago en la leche! ¡No puedo! He bebió mucho. Otro día me la follaré.

—Cuando tú quieras, Lecherito —le dice Torres Cabrera—, pero yo tengo para mí que a ésta no le han quedado ganas de volver por aquí. —Reprime un bostezo—. Anda, vamonos, que a estas horas estoy que no me tengo.

Los otros acaban de vestirse en silencio.

Torres Cabrera se abotona la guerrera y requiere el correaje con pistola. Antes de marcharse se acerca a Carmen, la agarra del pelo con fuerza para que levante la cabeza.

—Ya no hace falta que busques a tu hermano —le musita al oído—. A tu hermano lo han fusilado mientras follábamos.

Carmen prorrumpe en un gemido largo, inhumano, tan agudo que es apenas audible, después deja de sollozar. Se incorpora con dolorida lentitud y recorre el suelo con la mirada extraviada en busca de su ropa. Se viste gimiendo de dolor con cada movimiento. Los otros van saliendo sin mirarla. De la estancia contigua llega el sonido de la radio puesta a todo volumen: «Para ti, mujer, que llevas incógnito el sentido de tu propio valer, de tu sensibilidad, de tu delicadeza, Piver ha creado esta nueva arma sutil que te llevará indefectiblemente al triunfo. Empléala, tu cabello, ese delicioso marco de tu belleza, que cuidas con tanto esmero, va a recobrar una nueva vida, una envidiable juventud...»

Cuando Carmen sale de los reservados, el bodegón está desierto y a oscuras y el bodeguero gordo la está esperando, con la llave en la mano, junto a la puerta, la mirada baja como si se avergonzara de algo.

La radio sigue diciendo: «Muebles. Decoración: Matamoros.»

Sevilla

Comienza a clarear el día. En la ciudad silenciosa, bajo el toque de queda, sólo circulan algunos vehículos militares y los autobuses que recogen a los señoritos falangistas de la Brigada de la Policía Montada, la encargada de perseguir a los marxistas huidos al campo.

En el Corral de la Higuera los niños no juegan ya, pero las comadres cuchichean en el lavadero y Raimundo, el calderero, está repicando con el punzón y el martillo, la vista baja, mandil de cuero, el cigarro apagado en los labios, si acaso más sombrío que de costumbre.

Ven a Carmen de lejos, ensimismada y ajena, el paso corto, las manos apretadas contra el vientre. Ya saben lo ocurrido. La ven subir por la escalera sin mirar sus geranios. La ven avanzar por el corredor, la ven llegar a la puerta de su vivienda que la policía militar reventó a patadas ayer tarde. Todos los inquilinos del corral han desfilado para contemplar la desolación que ahora ve Carmen: la cómoda descompuesta; los cajones estrellados contra el suelo; los colchones rasgados; los cuadros pisoteados, con la fotografía de su madre muerta; la ropa hecha jirones; el armario hundido; la luna rota en mil espejuelos brillantes esparcidos por toda la vivienda; la hornilla aporreada contra el poyo; la modesta vajilla hecha añicos por los suelos.

Carmen llora sin lágrimas apoyada en la puerta.

Se asoma una vecina enlutada, torva.

—Carmelilla, el ajuar se lo llevaron los soldados. Los de aquí no te hemos tocado nada. Así es como dejaron la casa. A Felisa y a Dolores la Pajarita también les han registrado los cuartos y al marido de Felisa lo han matado. A Dolores y a Pura la del Blanquillas las han pelado al cero y las han purgado con aceite de ricino...

La vecina chismosa hace una pausa antes de preguntar lo que más le interesa. Carmen aprovecha para cerrarle la puerta, lo que queda de puerta, en las narices. La otra suelta un bufido y se va.

Se queda Carmen a solas. El barreño sigue colgado en la pared detrás del armario, intacto, pero han roto los dos cántaros. Felisa le trae agua.

Carmen se desnuda. Evita mirarse el cuerpo surcado de arañazos, de mordiscos sangrantes, de pellizcos, de caricias cárdenas. Se introduce en el barreño, se enjabona, se rasca con un estropajo nuevo, se frota una y otra vez el interior de los muslos, la piel almidonada de sangre y semen seco. Con una lata se derrama agua por la cabeza. El tibio líquido le alivia las erosiones de los pechos, que son un puro hematoma, las escoceduras de los pezones mordidos y desgarrados, el sexo en carne viva que le arde con las palpitaciones de la sangre, en oleadas lentas de dolor. Carmen suma dolor al dolor restregando con energía. Dolor, dolor liberador; dolor ciego que mitiga la culpa de ser mujer en un mundo brutal regido por hombres brutales.

Durante horas Carmen se frota.

Sale del baño y se viste con lo poco que queda. Arroja el agua del barreño por el bajante de la galería. Torna a las ruinas de su casa y de su vida y se sienta ensimismada en una silla hasta que nuevamente siente la necesidad inaplazable de bañarse, de frotarse de nuevo, porque su cuerpo dolorido le continúa produciendo asco y vergüenza.

A media tarde una vecina le trae una taza de gazpacho, que bebe en silencio, un trozo de morcilla y medio bollo de pan, que rechaza.

—A tu padre no se sabe dónde lo enterraron —informa la samaritana—, pero tu hermano está en una fosa común, en el corralillo de los ahorcados. La que está al lado del poste de la luz.

Asiente Carmen.

Empieza a oscurecer despacio sobre la cal y el dolor, sobre las espadañas quemadas y deshabitadas de cigüeñas, sobre los altillos del

miedo, sobre las satisfechas salas de banderas, sobre las plazas y sobre la sangre reseca de los muertos.

En el aire espeso siguen sonando las descargas de los piquetes en el cementerio y en las murallas de la Macarena, hoy más temprano. La gente calla y presta oído en espera del petardeo distante, casi inaudible, de los tiros de gracia.

En el centro del techo hay un gancho grande que pende de una viga. Antes sostenía la lámpara.

Carmen ha hecho una lazada con el cordón de la cortina. Despeja el suelo debajo del gancho y asienta firmemente la silla. Se sube en el asiento, desliza el extremo del cordón por el gancho y tira de él para comprobar su firmeza. Resistirá. Con decisión, introduce la cabeza, ajusta el nudo, cierra los ojos y se lanza.

Berlín

Udet extrajo un cigarrillo de una elegante pitillera de oro, lo golpeó un par de veces contra la tapa, lo prendió, exhaló una profunda bocanada y tras esta cuidadosa escenificación de su elegancia se fue directo al grano.

—Aquella institutriz española que había en Starken, ¿logró que aprendieras español?

A Rudolf le sorprendió que Udet guardase tan preciso recuerdo de su fugaz visita al castillo familiar en 1917.

—Algo conseguí, coronel. Estuvo poco tiempo. En 1919, cuando mi madre murió, tía Ursula despidió a la nurse española y la sustituyó por otra inglesa. No obstante, creo que me defiende bastante bien en español, aunque lo tengo algo oxidado.

—¿Has estado alguna vez en España?

—Sí, hace ya años. En 1929, fui con mi tía y mi hermana para ver la Exposición Universal de Sevilla y de paso hicimos un corto viaje a Granada y Toledo. Tengo un tío que vive en Sevilla. Es consignatario de buques de varias compañías alemanas.

—Martin Bauer —asintió Udet—. Un hombre singular. Es uno de los pocos miembros de la colonia sevillana que no pertenece al Partido.

—Sí, coronel —admitió Rudolf—, mi tío es un hombre un tanto peculiar. Es bastante refractario a pertenecer a grupo alguno. Sin embargo, me consta que es un buen alemán.

Udet sonrió.

—Sin duda lo es. —Expulsó una bocanada de humo y prosiguió—: ¿Recuerdas una finca que tenía tu tío en un lugar llamado La Cartuja, no lejos de Sevilla?

—Pasé varios días en ella hace años, coronel. Está en plena sierra. Mi tío se retira allá algunas veces. Es aficionado a la caza y en aquellos montes abundan el jabalí y el venado.

—Un lugar idílico.

—Sí, coronel, aunque caluroso —corroboró Rudolf, escamado. No lograba comprender adonde quería ir a parar su interlocutor.

—¿Crees que la finca de tu tío sería un buen lugar para establecer un aeródromo militar?

—En absoluto. Es un lugar muy accidentado y casi cubierto de árboles.

—Sin embargo... Haz memoria: en la parte de atrás de la casa existe una explanada capaz.

Rudolf se esforzó en recordar.

—Es cierto, coronel. Pero en esa explanada no podría aterrizar un avión. Es demasiado corta.

—¿Ni siquiera el nuevo Stuka?

Rudolf quedó conmocionado como si se le hubiese desplomado el techo sobre la cabeza. ¿Podía no ser un juego aquel interrogatorio? ¿Es que estaban pensando en la posibilidad de instalar en aquel remoto lugar una base de Stukas?

—Sí, coronel —respondió con precaución—. La pista podría alcanzar las dimensiones precisas para que un Stuka aterrice. En sus extremos más cortos la arboleda es bastante baja porque hay olivos. Y en el lado largo, frente a la casa, comienza el bosque tupido de encinas y castaños.

—Suficiente para cobijar a un par de nuestros Stukas experimentales. ¿Te atrae la idea?

—¿Es que vamos a intervenir en la guerra de España, general?

—Eso parece. Franco ha pedido ayuda al Führer y éste ha decidido enviarle algunos aviones. La base principal se establecerá en el aeródromo militar de Sevilla, que compartiremos con los españoles. No

obstante, puesto que el Stuka es alto secreto, hemos exigido dos pequeños aeródromos exclusivamente alemanes. El principal sería esa finca de tu tío y el secundario estaría en Jerez de la Frontera. En este último, que está a media hora del mar, instalaremos un depósito de bombas. Llegado el caso experimentaremos los Stukas contra los submarinos y naves de superficie. ¿Te gusta la idea de participar en una guerra como Dios manda, con fuego real?

—¿Vamos a intervenir? —inquirió Rudolf esperanzado.

Udet asintió sonriente. Rudolf von Balke sonrió también. Por fin iba a cabalgar el jinete teutónico en su brillante corcel movido por una flor de acero y madera. No pudo ocultar su entusiasmo cuando dijo:

—¡Ya tiene su primer voluntario, coronel!

Sevilla

Carmen no sabe si el sonido procede de la silla al caer o de la puerta. Tampoco sabe si el grito lo ha proferido ella u otra persona. Pero siente que los brazos que se aferran con desesperación a sus muslos no son los suyos. Abre los ojos y ve que doña Herminia, la maestra, la está abrazando, la sostiene en el aire y la contempla con ojos espantados, sus dos grandes ojos de vaca, húmedos y maternales, dos ojos con los párpados en carne viva de llorar. —¡No, niña mía, tú no!

Doña Herminia aprieta la cabeza contra el pubis torturado de su antigua alumna, escala su cuerpo con las manos fuertes, la alza vigorosamente, la besa desesperadamente en el vestido.

—¡No, sangre mía, tú, no! ¡Tú, no!

Carmen rompe a llorar con un sollozo agudo y penetrante, acepta el consuelo de su amiga que es como una madre nueva y se deja liberar del mortífero lazo. De pie, en medio de la miseria del mundo, las dos mujeres abrazadas celebran la vida con lágrimas y vehementes abrazos.

Afuera, en el patio, alguien ha sacado una radio. Una muchedumbre de fantasmas temerosos se congrega alrededor para escuchar al general Queipo de Llano: «A partir de mañana advierto a los radioescuchas que cambiaremos el horario a las diez y media porque me ha venido a visitar una delegación de guapas muchachas sevillanas las cuales me han pedido que retrasemos la emisión porque con este horario sólo pueden estar media hora en la reja con los novios. Bueno, la retrasamos para que los novios no se me quejen.»

Berlín

Udet miró la hoja con el membrete de la oficina de Protocolo e hizo

sus cálculos. Por el despacho de la Cancillería que daba a la Wilhemsplatz había pasado ya la comisión de artesanos de Baviera. Los fabricantes de calzones de cuero habían obsequiado al Führer con dos pares de calzones a su medida, bellamente repujados. También había pasado la delegación de las Juventudes Hitlerianas que figuraba en segundo lugar, todos guapos, altos, rubios y recién bañados, y el grupo folklórico nacionalsocialista de la Baja Sajonia que los precedía llevaba quince minutos en el despacho del Führer. Les tocaba ya. De pronto se abrió la puerta y compareció, solemne, Meissner, el incombustible jefe de protocolo, un hombre que llevaba ejerciendo sus funciones desde los tiempos del kaiser Guillermo. Meissner los invitó a entrar en el despacho del Führer con un gesto palaciego.

Adolf Hitler, flequillo, bigotito, severo uniforme pardo, ignoró las dificultades ambulatorias que le planteaban las botas hasta la rodilla y caminó hasta el extremo de la alfombra persa para estrechar la mano de cada uno de los visitantes. No era muy alto y se le veía algo fondón, pero irradiaba poder y al mirar taladraba los ojos del interlocutor con su mirada clara y magnética. Tendía la mano, la mano espasmódica de los discursos en Tempelhoff, gordezuela y fría. Después de que el fotógrafo Heinrich Hoffmann inmortalizó el acontecimiento en sus placas, el guía de Alemania pareció relajarse y charló distendidamente con la comisión. Los oficiales se sintieron cautivados por aquella figura que irradiaba fuerte magnetismo, por la fuerza expresiva de su discurso, por la pasión con que emitía sus razonamientos, sirviéndose de una voz extrañamente fascinadora, aunque su timbre quizá no fuera excesivamente agradable. Aquel hombre, así lo percibieron ellos, tenía la facultad de explicar los verdaderos problemas de Alemania con palabras sencillas e inteligibles que iban directas al corazón de cada alemán: «Tú perteneces a una raza superior. La culpa de todo lo que pasa la tienen los otros.»

—Ustedes son la flor y nata del Ejército alemán —peroró—. Por eso los hemos designado para la operación Fuego Mágico que otorgará la

victoria al general Franco.

La audiencia se prolongó por espacio de veinte minutos durante los cuales el Führer exhibió su vasta cultura al exponer sus opiniones sobre España con aplomo y conocimiento de causa.

—El español es una mezcla de sangre goda, franca y mora —le oyeron decir—. Esa mezcla ha originado un pueblo indolente de raza inferior. Los españoles se contentan con unas pocas aceitunas al día y prefieren no comer con tal de rehuir el trabajo: son un buen ejemplo de la irremediable decadencia de los países latinos. España es un país que me desagrada: creo que nunca lo visitaré. Quizá ustedes se pregunten: ¿entonces por qué intervenimos? Responderé a esa pregunta: intervenimos por los supremos intereses de Alemania. El general Franco será un aliado agradecido que nos devolverá la ayuda en el futuro. —Se permitió una sonrisa y un chiste—: A no ser que crea que gana la guerra gracias a la intercesión de la Virgen María —hizo una pausa para permitir que los visitantes rieran su ocurrencia—, España será un excelente banco de pruebas para nuestras nuevas armas: tanques, aviones, ametralladoras, minas... En especial, las condiciones para probar el Stuka son inmejorables: dispondrán de excelentes blancos navales en el Estrecho, sin alejarse más que unas docenas de kilómetros de sus bases.

Tras la audiencia se marcharon encantados. El Führer les había estrechado la mano dos veces, una al entrar y otra al salir.

Sevilla

No le basta con poseerla y humillarla, tiene que castigarla, quiere mortificarse en ella por su propia dependencia y su propia locura obsesiva; quiere destruirla, quiere ensañarse en ella, aplastar y triturar a la que lleva la misma sangre de sus enemigos, los que un día humillaron y le pusieron la mano encima a su madre, que es lo más sagrado en este mundo. Quiere que la criada remilgada sólo pueda meterse a puta, quiere

verla arrastrarse por tabernas y colmados, aceptando clientes de lo más bajo, hasta que acabe mendigando en los paseos o en la puerta de las iglesias, cuando su belleza y su juventud se marchiten.

—Es que esta mujer no sabe el daño que me ha hecho a mí —solloza Torres Cabrera en el hombro de doña Mariquita—. Y el que me sigue haciendo.

No es la primera vez que llora en brazos de la querida de su padre. Hace años que viene a confesarle sus cuitas y sus fantasías.

—Si yo la pudiera secuestrar y encerrar para toda la vida en un cortijo, tratándola como a una reina, eso sí, pero viéndola sólo yo. Le llevaría vestidos, le llevaría manjares, le llevaría collares de perlas y corales y zarcillos de oro... Todo lo que me pidiera le llevaría, todo se lo daría menos la libertad.

—¿Tú no comprendes que eso son quimeras? —le riñe suavemente doña Mariquita.

—Lo sé, pero fíjate cómo he querido yo a esa mujer. —No la has querido: te has encaprichado con ella, que no es lo mismo —rebate la voz profunda de doña Mariquita mientras su mano sabia le acaricia el pelo—. Y ahora has roto el juguete y lloras sobre sus pedazos. Tienes que olvidarte de ella. Ya le has hecho bastante daño.

El delegado gubernativo refrena el llanto, eleva la cabeza rebelde y replica con voz ronca:

—¡Menos del que ella me ha hecho a mí!

—¡Ay, pobre niño mío!

SEGUNDA PARTE

Alemania

—Entramos en Hamburgo, teniente —informó el conductor lanzando una ojeada a su pasajero a través del retrovisor.

Rudolf von Balke, que había dormitado en el asiento trasero durante buena parte del viaje, se incorporó para contemplar las fachadas altas y estrechas y los finos tejados a dos aguas que desfilaban velozmente al otro lado de la ventanilla. El Horch negro se internó por el laberinto de almacenes y talleres de la zona portuaria en el ensanchamiento del río Elba.

—El Usaramoestá atracado en el muelle Petersen —les indicó el policía que examinó la documentación—, detrás de aquellas grúas.

Era un barco de transporte de silueta anticuada, con una alta chimenea cilíndrica. Dos grandes grúas se afanaban con la carga.

Von Balke se presentó ante el oficial superior, el coronel Alexander PapaSpeerle. Se le asignó un pequeño camarote que compartiría con otros tres oficiales.

El Usaramo zarpó antes del amanecer. No era ningún secreto que navegaba sin documentación, escoltado discretamente por dos torpederos que se mantendrían a prudente distancia.

Moscú

—Siéntense, por favor.

Dos generales, un ministro y dos secretarios generales con rango casi ministerial ocuparon asientos en torno a la mesa rectangular.

Stalin estaba en la ventana, vuelto de espaldas, contemplando los jardines del Kremlin donde el calor del verano comenzaba a marchitar las rosas. Al rato se volvió, ocupó su asiento en la presidencia de la mesa, y

dijo:

—¿Qué nos cuenta el camarada Jan Bersin?

Jan Bersin, jefe del servicio de Inteligencia Militar o GRU, cruzó las gordezuelas y pilosas manos sobre el tablero de roble.

—Nuestros informes coinciden en gran parte con los del camarada Yagoda —comenzó, mientras lanzaba al aludido, su mortal enemigo, una sonrisa sardónica—, aunque quizá, me atrevería a decir, los complementan un poco. En efecto, como el camarada Yagoda ha establecido, hace dos días las autoridades alemanas enviaron a España un barco cargado de equipo militar y con ochenta y seis oficiales y técnicos del Ejército que van de paisano y se hacen pasar por atletas de la Reisegesellschaft Union.

—¿Cómo son de fiables sus fuentes, camarada secretario? —saltó Yagoda sin poderse contener.

—De lo más fiables —sonrió Bersin—. Proviene del propio Ministerio del Aire de Berlín.

Yagoda enrojeció levemente. «Esto lo explica todo, grandísimo hijo de puta —pense—. Un colega alemán te lo cuenta todo, y a saber lo que tú le cuentas a ellos. Todos sois iguales.» Yagoda hubiese dado un brazo por saber quién era el informador de Bersin, pero Bersin guardaba el secreto celosamente: era un funcionario del Ministerio del Aire alemán, el capitán Harro Schulze Corro, el que le enviaba informes vía Suiza.

—Casi todos los expedicionarios pertenecen al arma aérea —prosiguió Bersin—, quizá diez tripulaciones con sus técnicos, mecánicos y pilotos.

—Y ¿qué hay del material? —se impacientó Stalin.

—Han embarcado veinte camiones de material —intervino Yagoda—, pero es imposible saber de qué se trata porque todo se ha embalado en cajas y fardos.

—No se moleste en intentar averiguarlo, camarada secretario —

repuso Bersin con una sonrisa helada—. Nosotros tenemos ya la lista. — Consultó uno de sus papeles y leyó—: Veinte grandes trimotores de transporte, que ya han enviado por aire, una estación de radio, seis cazas Heinkel cincuenta y uno, veinte cañones antiaéreos de veinte milímetros, veinte piezas de artillería antiaérea, munición y equipo de transmisiones. Y lo más interesante de todo, dos misteriosos aviones denominados Antón Uno y Antón Dos, procedentes de la fábrica Weser Flugzebau de Berlín. —Dejó el papel sobre la mesa y miró al director de la Oficina Técnica sin perder la sonrisa—. El protocolo de ese tratado secreto establece que los aviones llamados Antón Uno y Dos radicarán en un aeródromo especial a cargo de personal exclusivamente alemán.

—¿Pueden ser los Stukas? —preguntó Stalin.

—Deben serlo, camarada secretario. De otro modo no se comprende tanto secreto.

Stalin reflexionó un momento.

—Quizá esta coyuntura nos dé la oportunidad de hacernos con esa información vital para la Unión Soviética... me refiero a la mecánica de los Stukas. —Miró a los jefes de la NKVD y del GRU—. Por una vez pónganse ustedes de acuerdo para coordinar una acción conjunta. Quiero información exacta sobre esos aparatos: adonde van, y, sobre todo, los resultados de su evaluación: si sirven o no para destruir objetivos de pequeño tamaño. De eso puede depender el futuro de la guerra. —Hizo una pausa y sonrió bajo el poblado bigote—. Este es el objetivo prioritario de sus departamentos —prosiguió—. Si en el plazo de un mes no obtienen resultados, tendrán que dimitir de sus cargos.

Stalin se incorporó, apoyó los puños sobre el borde del tablero y se inclinó levemente como despedida sin dejar de sonreír. La audiencia había terminado.

Los funcionarios se marcharon tremendamente preocupados. Todos ellos disfrutaban de dacha en las afueras de Moscú y de coche oficial con chófer. De sobra sabían que Stalin cumplía sus amenazas. Si no obtenían

resultados inmediatos podían verse degradados a contables en alguna remota colectividad agraria de Georgia o a directores de alguna ruinosa fábrica de jabón en Tiflis.

A bordo del «usaramo»

Nueve años después, el sargento Kolb rememoraría en su almacén de chatarra berlinés su primera charla con el teniente Von Balke. Fue bajo la toldilla de proa, el primer día de navegación. El teniente sorbía una taza de té mientras contemplaba, entre las brumas del canal, la cinta blanca de la costa inglesa. El sargento se presentó ante su oficial superior.

—¿Teniente Von Balke? —Soy yo.

—A sus órdenes. Soy el sargento primero Hans Kolb, su ayudante de vuelo.

Von Balke lo miró de arriba abajo apreciativamente y él no se molestó en disimular la incipiente barriga.

—Abróchese el botón superior de la camisa, sargento primero —ordenó secamente Von Balke.

Mientras Kolb obedecía, el teniente se desentendió de él y volvió a examinar el brumoso horizonte. El sargento recuperó la posición de firmes, ya abrochada la sotabarba, y maldijo su suerte mientras reprimía los deseos de lanzar al agua al petimetre prusiano que iba a ser su mando directo en la aventura española. Estaba dudando sobre la conveniencia de retirarse cuando Von Balke, sin dejar de escrutar el mar, le habló de nuevo.

—¿Cuánto tiempo lleva en Stukas, sargento?

—Todo lo que se puede llevar, teniente: un año, pero he volado quinientas noventa horas. Antes he estado cinco años de radiotelegrafista.

—¿Y antes?

—Antes no era nada, teniente. Aprendí el oficio de cerrajero, trabajé en una panadería amasando bollos berlineses e incluso fui vigilante de almacén. Cuando me alisté en el Ejército no tenía empleo y llevaba

muchas noches acostándome sin cenar. El Ejército es como una madre que cuida de los suyos.

Von Balke advirtió una sombra de ironía y reproche en estas últimas palabras.

—También lo haría por patriotismo, supongo.

«El hijo de la gran puta pretende que, además, sea patriota», pensó el sargento Kolb. Sin embargo lo que respondió fue:

—No, teniente, lo hice por ganarme la vida. No soy ningún héroe y espero que Alemania nunca entre en guerra con nadie, al menos mientras yo tenga edad militar.

—¿Entonces por qué se ha alistado para luchar en España?

—En el cuartel nos dijeron que vamos a instruir a los nativos en el manejo de los aviones, no a luchar. Por otra parte, me designaron directamente, y si me negaba no iba a tener mucho futuro en el Ejército. Parece que formo parte de las dos mejores dotaciones de Stukas que existen en Alemania.

Lo había dicho sin entusiasmo. Von Balke se volvió a contemplarlo un instante y después tornó a observar el mar.

A Kolb le hizo gracia la manera súbita e inarticulada, decididamente prusiana, con que Balke había movido la cabeza. «Como un muñeco mecánico —pensó—. Como si se hubiera tragado un asador.»

—Es evidente que usted ha sido designado más por su eficacia como auxiliar que por su entusiasmo —comentó secamente Von Balke desentendiéndose del sargento—. Espero que, a pesar de ello, formemos un buen equipo.

El sargento asintió gravemente y a su vez miró melancólicamente el mar. «Estamos aviados», pensó. Había caído en la jurisdicción de un buscador de medallas, un aspirante a héroe muerto que arrastraría fatalmente al copiloto en su heroísmo suicida.

Aquellos días, echado en la colchoneta del camarote de los suboficiales, Kolb dispuso de todo el tiempo del mundo para reflexionar.

Llegó a la conclusión de que no era un patriota, sino solamente un obrero que se esforzaba en hacer bien su trabajo y aspiraba a ascender y mejorar la paga. El Ejército era un refugio propicio, un lugar donde te daban comida, techo y calefacción.

Esos eran sus motivos.

Moscú

El capitán aviador Yuri Petrovich Antonov penetró en el despacho, se cuadró militarmente y saludó.

—Volvemos a vernos, camarada capitán —correspondió al saludo Yagoda—. ¿Le apetece una taza de té?

—Muchas gracias, camarada secretario —respondió el piloto.

Había dos sillas delante del escritorio. Una de ellas estaba ocupada por un hombre rubio de severas facciones que contemplaba al recién llegado con interés. Su postura era relajada, con una pierna encabalgada sobre la otra.

Yagoda terminó de servir una taza de té. Señaló la silla libre.

—Siéntese, camarada capitán. Le presento al camarada coronel Yakov Serebryanski. Pertenece al Gosudarstvennoye Bezopasnosti o seguridad del Estado, GB. Es el director de «Asuntos Turbios», o sea, operaciones especiales. —El aludido hizo una leve venia a guisa de saludo y continuó examinando a Yuri—. El camarada Yakov Serebryanski ha insistido en esta entrevista, así que le cedo la palabra.

Serebryanski tomó un sorbo de té y se limpió los labios delicadamente con una diminuta servilleta bordada que había sobre la bandeja.

—¿Ha oído hablar de España, capitán?

—Sí, camarada secretario. En la Academia estudiamos tres cursos de geografía europea.

—Quiero decir, ¿sabe lo que está ocurriendo allí?

—Creo que hay una guerra entre las fuerzas reaccionarias y el pueblo bolchevique.

—Algo parecido —murmuró Serebryanski. Con expresión ausente miró la pantalla de la lámpara que pendía del techo, una bella lámpara francesa del tiempo de los zares. Luego descendió nuevamente a la realidad y observó al piloto como si lo viera por primera vez. «¿Será este hombre capaz de llevar a cabo lo que hemos planeado, o todo este laborioso edificio se vendrá abajo por falta de cimientos?» En su puesto, los grandes trabajos fallidos eran enfadosamente frecuentes—. Bien, camarada capitán, observe esta lista. Son nombres de pilotos alemanes. Díganos si conoce a alguno.

Yuri Antonov repasó la lista que le entregaban.

—Creo que conozco a uno. Este Rudolf von Balke. Era alférez en Lipetsk en 1932. Fuimos...

—... ¿amigos? —sugirió Yagoda con una sonrisa cínica.

—Bueno, hasta cierto punto. Él era alemán y yo soviético y rivalizábamos en el aire. No obstante —titubeó—, sí, quizá se pudiera hablar de una cierta amistad.

—Por los informes que tenemos, ustedes comenzaron siendo rivales y terminaron siendo amigos, pero finalmente volvieron a enemistarse, ¿por qué? Antonov se sonrojó levemente.

—Tuvimos diferencias personales, camarada secretario.

—Bien. Creo que deberá explicar esas diferencias personales.

—Von Balke tiene una hermana, camarada secretario, una militante comunista a pesar de su origen aristocrático. En un viaje a Leningrado la acompañé y nos enamoramos. El se lo tomó como una traición.

—Un simple asunto de faldas —comentó Yagoda—. No obstante lo explicará detalladamente en el informe que va a redactar. Ahora será mejor que el camarada Yakov Serebryanski le diga el resto.

A bordo del «usaramo»

Un alférez les proyectó diapositivas sepia de la catedral de Burgos, de Las Meninas, de un mariachi con charros tocados con enormes sombreros y provistos de descomunales guitarras, del monumento a Colón en el puerto de Barcelona y de un grupo de aldeanos castellanos recogiendo la mies en una era, las mujeres vestidas de negro riguroso y la cabeza cubierta por un pañuelo y un sombrero.

La soldadesca estaba de excelente humor.

—Mi alférez: además de enanos, viejas de luto y piedras, ¿no hay señoritas en España?

—¡Eso, eso, queremos señoritas! —exigieron varias voces.

El alférez emitió un suspiro. Se alegraba de haber descartado la diapositiva de la Maja desnuda.

—Lo siento —dijo—, me estoy esforzando en comunicaros que España, aunque sea un país atrasado y pobre, encierra unos valores culturales y una tradición que vale la pena conocer...

—No se esfuerce, alférez —era Papa Speerle, que acababa de entrar. La tropa recobró inmediatamente la compostura—. Este hatajo de haraganes no sabrá apreciar su esfuerzo. Límitese a enseñarles los rudimentos del idioma y las frases necesarias para que no se mueran de hambre y puedan entenderse con las señoritas. Ya verá cómo atienden.

Tras la conferencia de la mañana, la tropa se había congregado en cubierta para jugar un partido de fútbol; el personal de vuelo contra los mecánicos, armeros, sanitarios y restante personal de tierra. Rudolf von Balke, acodado sobre la toldilla del primer puente, fumaba un cigarrillo americano, contemplaba la línea ocre y gris de la costa normanda y observaba el vuelo de las estilizadas gaviotas que seguían al barco en

espera de que el cocinero vaciase en el mar el bidón de los desperdicios. Como Von Balke conocía el idioma, tenía todo el tiempo libre mientras sus compañeros recibían clases aceleradas de español y cultura española. Estaban muy motivados y en sólo seis sesiones habían aprendido a decir «Buenos días» y «Buenas noches», «Señorita, ¿me concede este baile?» y «Por favor, ¿por dónde se va a tal calle o plaza?», «No estoy interesado en comprar nada», «Soy ciudadano alemán y pertenezco a la organización olímpica», «¿A cuánto cuesta el kilo de naranjas?» y «España es un país hermoso». También los habían aleccionado sobre el carácter de los españoles, de los catalanes, de los vascos y de los gauchos, les habían elogiado la belleza de las mujeres andaluzas y los habían informado sobre la cocina con aceite de oliva y el cocido.

—¿Qué es el cocido? —quiso saber uno de los educandos.

—Es el plato típico español —respondió el instructor—. Se trata de una legumbre de color ocre y forma y tamaño similar al guisante pero extraordinariamente consistente, tan dura que podría confundirse con una piedra.

—¿Y sabe como el guisante?

—No, en realidad no sabe a nada. El garbanzo está desprovisto de sabor, es una especie de grumo calizo, duro como un balón. Los españoles después de comer garbanzos toman un generoso puñado de bicarbonato para ayudar a digerirlos.

—¿Toman bicarbonato?

—Sí, un puñado.

—¡La madre que me parió! No sé si habrá sido buena idea ésta de alistarme voluntario. El instructor reía con facilidad.

—Me faltaba decir que el garbanzo libera en el intestino un considerable volumen de gases y que éstos encuentran su salida natural por donde ustedes imaginan.

—¿Y vamos a comer eso?

—¡No teman! Llevamos nuestros propios cocineros y podremos

comer salchichas y puré de patatas —los tranquilizó el instructor—. En viernes y otras fiestas, los curas prohíben comer carne. Esto debéis tenerlo muy en cuenta. Las señoritas se horrorizarán si os sorprenden comiendo carne en los días prohibidos. ¡No querrán saber nada de vosotros!

Las exóticas costumbres españolas excitaban la hilaridad de la tropa. Iban a la guerra, en una tierra extraña, y no podían dejar de sentirse algo nerviosos. Por eso convertían en motivo de chiste y risas cualquier tontería.

El último conferenciante fue un alférez médico que los previno contra las enfermedades venéreas.

—¿Cómo joden los españoles, alférez?

Un océano de rostros expectantes, perfectamente serios, aguardaban la respuesta. El alférez carraspeó y dijo:

—¡Ejem!, bien, pues... no es cosa que se estudie en Heidelberg, pero creo que estoy facultado para suponer que seguirán la pauta básica de todos los mamíferos, es decir, monta, sacudidas pélvicas, eyaculación y desmonta.

Un murmullo aprobatorio celebró la precisión del oficial.

—Quizá alguno de ustedes esté deseando desembarcar para irse a la cama con una señorita—prosiguió el alférez—. Quizá les hayan dicho que son de sangre ardiente.

Se levantó el cabo Kolb.

—Alférez, nos han asegurado que tienen el trasero grande y firme y el coñito angosto y prieto y más caliente que el de las alemanas, ¿es eso cierto o se trata simplemente de una añagaza más del doctor Goebbels para conseguir voluntarios?

La carcajada de la tropa llegó hasta los fogoneros afanados en la sala de calderas, en la remota entraña del buque.

—Probablemente sea cierto, pero les aseguro que esos detalles no figuran en los libros de higiene.

Nueva carcajada seguida de rumor aprobatorio. Los hombres se dieron con el codo e hicieron comentarios graciosos y subidos de tono.

El alférez médico aguardó a que se calmaran antes de proseguir:

—Bien, es posible que sean de sangre ardiente, pero en cualquier caso tasan sus favores a precios prohibitivos. Una señorita decente no cede jamás a los deseos del cortejador si éste no pasa previamente por la vicaría, es decir, sólo se rinden carnalmente cuando han obtenido la firma del pretendiente sobre un contrato matrimonial. De esta forma se aseguran que el hombre que obtenga sus favores carnales trabaje para ellas el resto de su vida y se comprometa a pagar las facturas que ellas y sus hijos originen. Ése es el alto precio que exigen por su virginidad, así que les aconsejo que no se molesten en cortejar a las señoritas.

—Entonces ¿qué hacemos? ¿Nos la cascamos hasta que regresemos a Alemania? —preguntó el sargento Kolb—. En el cuartel nos prometieron que las señoritas de largas pestañas y pechos duros como piedras provistos de pezones semejantes a castañas nos estarían esperando con los brazos abiertos, y aunque es verdad que nosotros nos hemos presentado voluntarios por agradar a nuestro bienamado Führer, tampoco quisiéramos renunciar a esos placeres.

El alférez médico aguardó pacientemente a que amainaran las carcajadas antes de proseguir:

—Por supuesto, ustedes podrán recurrir a las prostitutas, en burdeles autorizados, después de que la inspección médica alemana examine a las pupilas.

—¿La inspección médica del Reich? ¡Se las quieren cepillar antes que nosotros! —clamó Kolb.

—¡Y de balde! —apuntó otro. Nuevas risas.

—Al término de esta charla —prosiguió el alférez— mi enfermero ayudante les distribuirá cajas de preservativos.

El aludido mostró una caja de cartón que llevaba bajo el brazo.

—¡No habrá suficientes! —gritó un gracioso—. ¡Los de Aviación

necesitamos más!

Se partían de risa. El alférez médico miró de soslayo sus galones, que destacaban notoriamente sobre la bata blanca. Había entrado en el Ejército por mejorar la paga, carecía de dotes de mando y no lograba imponerse a la tropa.

—En cualquier caso ya he cumplido con mi deber, que era desaconsejar el comercio carnal con las nativas —advirtió antes de cambiar de tema—. Y ahora hablaremos de otro peligro que les acecha en España. Las temperaturas tropicales. En España, especialmente en el sur, vais a sufrir temperaturas muy altas a las que los alemanes no estamos acostumbrados. Si os viene el golpe de calor, hay gente que se muere de eso; beban mucha agua, algo así como cuatro o cinco litros diarios, o más si pueden, pero deben procurar que sea agua hervida.

Moscú

—Nos proponemos espiar en España esos Stukas y, si fuera posible, arrebatarnos uno de ellos —dijo Serebryanski.

—¡Hacernos con un Stuka! —Antonov no daba crédito a sus oídos—. ¿Cómo?

—Cosas más difíciles hemos logrado a veces. El problema es que el protocolo del acuerdo entre el general Franco y los alemanes establece que los Stukas permanecerán en aeródromos exclusivamente germanos. Como van a depender de Sevilla, hemos supuesto que los aparatos se encontrarán en los alrededores de esa población. Según nuestros informes, Von Balke tiene cierta debilidad por las mujeres. ¿Es eso cierto?

Antonov no tuvo que hacer memoria. Recordaba perfectamente algunas memorables parrandas en los burdeles de Lipetsk y sus alrededores cuando todavía Rudolf y él eran amigos.

—Sí, puede decirse que le gustan las mujeres. Es un hombre normal.

—En estos momentos estamos buscando a una mujer que pueda aproximarse a Von Balke y espiar para nosotros. Es casi seguro que esa mujer, que obviamente debe ser española, no sabrá nada de aviones. No sabrá qué información es la que necesitamos.

—Eso me parece, camarada secretario.

—Por lo tanto, para que pueda realizar correctamente su trabajo, debe ser previamente instruida sobre los aspectos técnicos del Stuka que nos interesan. ¿Comprende?

—Creo que sí, camarada secretario.

—Y esos problemas, si no estoy mal informado, son especialmente dos: los frenos de picado y el procedimiento automático de recuperación

del avión cuando el piloto pierde el conocimiento. ¿Es correcto?

—Sí, más o menos —admitió Antonov—. La verdad es que existen otros problemas tan complejos como éstos. La estructura interior del fuselaje, por ejemplo...

—Bien. Obviamente usted los conoce y puede transmitir ese conocimiento a la informadora. La mujer no tiene que pilotar el avión. Sólo tiene que sondear al piloto y sonsacarle la información precisa.

—El sospechará si ella le hace preguntas técnicas.

—No, si la entrenamos debidamente —objetó Serebryanski y, apoyándose en el respaldo del asiento, añadió sonriente—: Se sorprendería si supiera la cantidad de informes técnicos vitales para la industria soviética que proceden de una cama.

Antonov no estaba muy convencido.

—¿Por qué precisamente yo? —preguntó—. Soy un simple piloto.

—No tan simple. Usted es la persona que más sabe del bombardeo en picado y de Von Balke. —Soy muy necesario en Dberk.

—Es más necesario en España. Ya hemos arreglado con el comandante de su base su transferencia temporal al NKVD en comisión de servicios.

Yuri Antonov seguía reticente. Las toscas manos de campesino le sudaban.

—Camarada, no creo que pueda desempeñar esa misión —objetó—. No hablo español.

—¿Y quién dice que sea necesario? Lo acompañará uno de nuestros mejores intérpretes. Usted límitese a enseñar a esa mujer todo lo que necesita saber sobre el maldito avión y habrá rendido un señalado servicio a la Rodina.

Aquella mención de la «madre patria» le pareció particularmente desagradable.

Yuri Antonov tuvo que resignarse. No obstante, se consoló considerando el aspecto positivo del asunto. Una misión especial podía

favorecer el ascenso que necesitaba y que Olga Igorovna, la esposa perpetuamente descontenta, le exigía. Un ascenso implicaba promoción automática en la lista de servicios y mejorar de vida, mudarse a una vivienda más amplia, a un piso de comandante, acceder a los economatos reservados a los altos oficiales. Un ascenso entrañaba que Lena y Tatiana asistieran a un colegio de superior categoría. Por otra parte, la Rodina lo requería. No había otra alternativa. Aceptó.

A bordo del «usaramo»

—Al habla el comandante Speerle —sonaron los altavoces—. Les aviso que esa franja gris que está apareciendo a estribor es la costa española. ¡Estamos en España!

Los hombres prorrumpieron en hurras y corearon «Spanien, Spanien, Spanien!».

Eran jóvenes y estaban deseosos de vivir una aventura española que en los confusos sueños de sus camarotes constaba de mujeres de piel morena y mirada sensual, y escenas heroicas con bajas sólo en el campo enemigo, en las que los guerreros alemanes obtenían condecoraciones y ascensos. En su arenga de despedida, el secretario de Estado Milch les había pintado su aventura con los más atractivos colores. Se veían regresando a Alemania morenos e invictos, como los antiguos héroes, con la Cruz de Hierro sobre el pecho. Serían recibidos por hermosas muchachas rubias que les colocarían guirnaldas en el cuello bajo un frenesí de banderas y fanfarrias militares. Agolpados en la borda, contemplaron con lágrimas en los ojos la tierra española que se iba agrandando bajo el cielo intensamente azul, la delgada línea de espuma de los rompientes sobre la escarpada costa cantábrica, gris abajo y verde arriba. Por los altavoces del barco comenzó a sonar el Horst Wessely al momento fue coreado por todos a voz en grito llevando el compás con la bota del pie derecho rítmicamente, golpeando sobre la cubierta.

Rudolf von Balke unió su voz al canto de la tropa frente a los blancos caseríos, los prados verdes, las pardas sementeras, los valles pedregosos y las torrenteras áridas de aquella tierra romántica y feroz, donde los aguardaba la esquivia y mudable guerra. ¡Comenzaba a vivir! Recordó a tía Ursula y a Maika y rememoró, una vez más, la escena que tantas veces había construido en su imaginación: el regreso a Starken condecorado y triunfante después de haber demostrado sobre los cielos de España que el Stuka era el arma del futuro, el martillo formidable de Thor, la montura invencible de los nuevos caballeros teutónicos, el arma que otorgaría a Alemania el dominio del mundo.

Cuando se apagaron los compases patrióticos del himno, un asmático sonido de disco rayado se multiplicó en los cascados altavoces del navío, y de la entraña pedregosa de un viejo microsurco de pizarra fue brotando, como un milagro, la atiplada e inconfundible voz de Estrellita Castro, en un disco que el capitán había reservado para la solemne ocasión en que avistaran por vez primera tierra española.

... la española cuando besa
es que besa de verdad
y a ninguna le interesa
besar por frivolidad...

Moscú

—Preside la comisión coordinadora el parlamentario y vicecomisario del Soviet, el camarada Gamarnik —anunció Serebryanski.

El aludido levantó una manaza como la pala de un panadero, en gesto de aquiescencia. Stalin, en su afán por quitárselo de encima, le había encomendado la presidencia de la coordinadora de los servicios de información. De sobra sabía el dictador que no había nada que coordinar.

—El camarada Togliatti, director del departamento latino de la oficina exterior del Komintern, va a exponernos el estado de la cuestión en relación con el asunto de España.

Gamarnik asintió con pose y autoridad.

En aquella reunión de funcionarios de colmillos retorcidos, el único incauto era el capitán piloto Antonov. Todavía no sabía qué papel le habían asignado. A casi todos los había visto en los periódicos, y en cuanto al italiano, tenía una vaga idea de quién era porque años atrás había aparecido en el noticiario soviético. Palmiro Togliatti, jefe del Partido Comunista Italiano, arrestado y torturado por Mussolini, había escapado de una cárcel fascista y se había refugiado en Moscú.

Togliatti saludó brevemente a los presentes y fue directamente al meollo del asunto.

—En 1931, cuando los españoles expulsaron al rey felón y proclamaron la República, la GB operó en la oficina extranjera del Komintern para organizar una red de espías en España. Todavía no sabemos quién será la mujer que espíará el avión, pero ya le estamos fabricando una personalidad falsa que le permita moverse en los círculos fascistas. En Madrid, algunos activistas de izquierdas han establecido cárceles populares, las llaman chekas precisamente, donde retienen a

elementos reaccionarios enemigos del pueblo. Entre éstos hay un aristócrata que está retenido junto con toda su familia. Este aristócrata tiene una hija de veinte años. Nos proponemos trasladarla a otra prisión y fingir que se ha fugado y alcanzado Portugal. De este modo nuestra informadora podrá hacerse pasar por ella. Ya la estamos interrogando exhaustivamente para conocer sus gustos, sus antecedentes familiares, sus amistades, y cuanto sea necesario.

Antonov asintió.

—La mujer que se haga pasar por ella tendrá que operar desde Sevilla, una ciudad del sur en la que disponemos de cierta infraestructura. Un poco antes de la rebelión militar, uno de nuestros hombres, Alexis Katezbenkov, reorganizó las células comunistas de Sevilla y dejó un agente equipado con un transmisor cuya emisión alcanza a otro agente nuestro en Gibraltar. Desde que comenzó la rebelión hemos recibido dos mensajes. Su nombre en clave es Manzanilla. Está canalizando las informaciones de un valioso espía cuyo nombre en clave es Mediopeo.

—¿Qué significa Manzanilla? —interrumpió Gamarnik.

—Manzana pequeña —aclaró Togliatti—, pero también puede aludir a la infusión de la camomilla y, por último, un vino excelente que se cría en Sanlúcar de Barrameda, donde desemboca el Guadalquivir.

—Creo que vamos demasiado aprisa —objetó Gamarnik desconfiado—. Como representante del Soviet Supremo, que es tanto como decir del pueblo ruso, tengo el derecho y la obligación de informarme sobre las decisiones que se tomen en este gabinete. —Consultó sus notas—. Para empezar, ¿qué es eso de Guadalquivir?

—Es un río —informó Togliatti mirando con desamparo a los testigos, como inquiriendo: «¿De dónde ha salido este bruto?» Los otros le devolvieron miradas compasivas, como respondiendo: «De una mención por productividad en el torno de una fábrica de arados.»

—¿Y ese río da vino? —preguntó Gamarnik incrédulo.

—¡No, hombre de Dios! —exclamó Togliatti—. ¡Qué disparate! El

río no da manzanilla. Las vides plantadas en las tierras que rodean al río dan un mosto que luego produce ese vino.

—Es decir, que es un vino que se cultiva cerca de un río —precisó Gamarnik.

—¡Eso es! —asintió Togliatti armándose de paciencia.

—Es que me parece que ustedes, con lo bien hablados que son, no se explican, y yo estoy acostumbrado a que cada cosa tenga un nombre. Y si esa palabra... ¿cómo dicen que es?

—Manzanilla —suspiró Togliatti.

—¡Esa! Si significa manzana pequeña, ¿cómo es que también sirve para un vino y para la infusión?

Togliatti se encogió de hombros.

—¡Son misterios del español!

—Ahí se echa de ver —pontificó Gamarnik golpeando el tablero de la mesa con la vigorosa uña remachada de su índice—. Ahí se echa de ver cómo al obrero español, además de oprimirlo, lo mantienen sumido en un mar de confusiones. Es una maniobra de los capitalistas que controlan el idioma. Cuando triunfe la revolución en España deberían hablar ruso. ¡La lengua de la Rodina debiera ser la del obrero universal!

Los asistentes cruzaron miradas. Gamarnik se disponía a continuar, convencido de que su propuesta los había dejado mudos de admiración, pero Serebryanski aprovechó la pausa para arrebatarse la palabra.

—Gracias, camarada Gamarnik. Es un aspecto interesante sobre el que convendrá volver en foros más amplios. Ahora, esto sentado, quizá debamos regresar al asunto.

—¿Cómo han dicho que se llamaba el otro agente? —volvió Gamarnik a la carga.

—Mediopeo —informó Togliatti con cara de malas pulgas.

—¿Y qué significa Mediopeo?

Togliatti titubeó. Miró a Serebryanski antes de responder, pero el ruso se limitó a abrir las manos en un gesto de impotencia que venía a

significar: «Dígaselo, a ver si permite que continuemos.»

—La mitad de un pedo —explicó Togliatti.

—¡La mitad de un pedo! —repitió Gamarnik incrédulo—. ¿Quiere decir «la mitad de un pedo»?

—Eso he querido decir exactamente, camarada vicecomisario general: la mitad de un pedo, el cincuenta por ciento de una ventosidad; un cuesco escindido justamente por el eje.

Gamarnik sonrió lentamente mientras sus neuronas procesaban la información con la lentitud con que el torno recorta el estriado de la pieza. Cuando captó la comicidad de la situación, soltó un bufido de sorpresa y, a continuación, una carcajada. Le resbalaron las lágrimas por la ancha faz y su mano robusta de fresador golpeó el tablero de roble.

Al final todos se echaron a reír, incluido el piloto Antonov, que hasta entonces había permanecido serio y con cara de circunstancias.

—¿De verdad se llama así? —tornaba a preguntar Gamarnik entre carcajadas.

—Ésos son mis informes, camarada secretario.

—¿Cree que los informes de un hombre llamado Mediopeo pueden ser de confianza? —preguntaba Gamarnik sin dejar de reír.

—Por lo que sabemos, el tal Mediopeo es persona de absoluta confianza. Aunque todavía no pertenece al Partido, lleva años rindiendo muy buenos servicios a la revolución y debido a su oficio, que es el de limpiador de zapatos, tiene acceso al hotel donde se reúnen los oficiales alemanes y puede escuchar las conversaciones.

—¿Cómo va a transmitir la información?

—Ya he dicho que tenemos una emisora en Sevilla, la de Manzanilla, y otra en Gibraltar.

Sevilla

Después de la Gran Guerra, en la que sirvió como alférez de

Intendencia, tío Martin regresó a Alemania y trató de adaptar la empresa familiar al difícil mercado, pero cuando su esposa falleció, se trasladó a España y terminó estableciéndose en Sevilla como agente de las compañías marítimas alemanas y nórdicas que cubrían las rutas entre la Península y Sudamérica. Además, aplicó sus conocimientos del comercio internacional en varios negocios por cuenta propia. Amasó una considerable fortuna vendiendo café americano en Europa y maquinaria agrícola europea en Sudamérica. Vivía en un palacete del barrio de Santa Cruz, poseía un hermoso coto de caza en la sierra próxima, en una antigua cartuja, y además criaba perros y caballos de raza.

A bordo del «usaramo»

Von Balke, acodado en la borda, contemplaba el cóncavo horizonte donde a ratos se dibujaba la tenue línea de la costa portuguesa.

—¿Está preocupado, teniente?

Volvió la mirada. Era Kolb.

—¿Qué le hace pensar eso, cabo?

Von Balke se había hecho a un lado, dejando espacio al subordinado, un rasgo de camaradería bastante inusual en un oficial prusiano que Kolb no dejó de apreciar.

—Lo he observado estos días y lo veo poco comunicativo —comentó Kolb—. Si le digo mi verdad, yo también estoy preocupado, aunque quizá mi manera de disipar las murrias sea haciendo el payaso. Eso es bueno para la tropa y levanta la moral. Por otra parte, no sabemos cómo nos va a ir cuando estemos allá arriba.

Von Balke miró al cielo despejado y azul en el que flotaban dos gaviotas.

—Espero que formemos un buen equipo. De lo que usted y yo consigamos dependerá en gran medida lo que Berlín decida sobre el aparato.

—Supongo que lo haremos bien, teniente. El Stuka es una excelente máquina.

«No tiene vocación de héroe —pensó Balke—, pero al menos muestra cierto entusiasmo por el aparato.»

París

La sede de la agencia de noticias y editora Amanecer estaba en un quinto piso sin ascensor del número 35 de la rué Voltaire.

El sujeto del sombrero de fieltro que acababa de subir los ciento veinte peldaños se detuvo un momento a recuperar el resuello antes de oprimir el timbre de la puerta. Dentro se escuchó un taconeo femenino. El hombre se ajustó la corbata. Descorrieron la mirilla y unos ojos inquisitivos examinaron al visitante. La propietaria de los ojos no quedó prendada de lo que vio: un tipo de unos treinta y pocos años, de aspecto ruin, bajito, feo, de espesas cejas y pelo crespo peinado para atrás.

—¿Quién es?

—Soy Oscar —respondió la voz profunda del hombre.

Oscar era el nombre de guerra de Arthur Koestler. Sólo tres días antes, Koestler residía en Ostende, donde vivía de una asignación mensual que le enviaba el Komintern para que escribiera un libro. Una llamada de Willy Münzenberg para que acudiera urgentemente a París lo había arrebatado de su paraíso.

La chica descorrió el cerrojo y le franqueó la entrada.

—Adelante, monsieur. Lo están esperando.

Koestler observó con interés el trasero de la joven que lo precedía por el angosto pasillo, entre estanterías repletas de panfletos y octavillas. Un par de carteles de propaganda de la Internacional y una bandera roja sujeta con chinchetas a la pared revelaban la ideología de la supuesta agencia. A Koestler le pareció que el apetitoso trasero de la recepcionista no encajaba en aquella agobiante guarida revolucionaria.

En la sala de juntas cuatro personas se sentaban alrededor de una mesa rectangular en la que había dos ceniceros repletos de colillas

rancias. Presidía la reunión Heinz Neumann, primer director del Komintern en España.

Neumann hizo las presentaciones: Alfredo Codevilla-Medina, un agitador argentino que había residido en Madrid; Willy Münzenberg, jefe de publicidad del Komintern en Europa occidental, y Eveline Beauseroi, una institutriz francesa de mediana edad que inmediatamente atrajo la atención de Koestler.

Aquella noche, el húngaro escribió en su diario: «Después de la reunión, el sinvergüenza de Codevilla consiguió que le sufragara un café a cambio de contarme algunos chismorreos sobre madame Beauseroi. Al parecer proviene de familia bien, venida a menos, y nunca sintió el menor interés por la causa revolucionaria, sino todo lo contrario, hasta que en 1929 el crac de la bolsa arruinó a sus patronos y ella se vio en la calle y sin empleo. Casi inmediatamente ingresó en el redil comunista por vía vaginal, de la mano de un obrero metalúrgico al que conoció en un comedor sindical. No es mal parecida y probablemente posea un coño peludo y duro debajo de las faldas, pero hace todo lo posible por disimularlo. Debe de pertenecer a la clase de viragos que creen que la dedicación a la causa exige renunciar a cualquier muestra de femineidad.»

Neumann cedió la palabra a Münzenberg y éste fue directamente al grano.

—Camaradas: anoche regresé de Moscú, donde he pasado dos días con el camarada Togliatti. Los aquí presentes hemos sido seleccionados por la comisión interna del Komintern para llevar a cabo una misión de vital importancia en la lucha contra el fascismo. Hitler está enviándole técnicos a Franco. Nuestra tarea inmediata consistirá en entrenar a una chica española para que realice labores de espionaje. La chica es comunista y su familia ha sido asesinada por los fascistas, por eso regresará a España provista de documentación falsa y de una identidad nueva. Se hará pasar por una aristócrata madrileña escapada de las

cárceles del pueblo. Su éxito depende de que seamos capaces de modelar su nueva personalidad en menos de un mes. Madame Beauseroi le enseñará los modales, el comportamiento de una aristócrata, además de algo de francés; el camarada Medina...

—Codevilla-Medina, por favor —corrigió el aludido, con una sonrisa helada, mientras encabalgaba elegantemente una pierna sobre otra.

Koestler observó sus zapatos algo ajados, pero lustrados con esmero, que contrastaban vivamente con unos botines inmaculadamente blancos. El traje a rayas, aunque pasado de moda, le quedaba impecable. Tenía porte aristocrático el camarada Codevilla-Medina con su pelo estirado con brillantina a lo Carlos Gardel, su rostro pálido y escrupulosamente rasurado, sus finas y armoniosas facciones.

—Bien —concedió Münzenberg—, el camarada Codevilla-Medina le suministrará los datos esenciales sobre la nobleza española y el conocimiento de fondo que debe poseer una muchacha que ha viajado por el mundo y ha veraneado en San Sebastián. —Hizo un breve inciso y miró a Koestler—. El camarada Koestler, por su parte, la acompañará en su viaje de regreso a España y la tutelaré en Sevilla, donde él se hará pasar por periodista internacional simpatizante de los nazis. El camarada pagador los proveerá de los pasajes para Lisboa, donde ya se ha contratado el hotelito discreto, en la parte antigua de la ciudad, donde residirán. Allí se les unirá un piloto ruso que la entrenará acerca del avión. ¿Hay alguna pregunta?

Había miles de preguntas.

España

El Usaramo atracó en el puerto de Cádiz la noche del día 6 de agosto. Una fila de camiones del Ejército se hizo cargo de las mercancías. Los pasajeros subieron a destartalados autobuses que los condujeron a la cercana estación de ferrocarril donde les habían reservado dos vagones del rápido con destino a Sevilla.

Les amaneció en el tren, atravesando una extensa llanura. Los barbechos calcinados por el sol se alternaban con viñedos rectilíneos, sobre blancas colinas arcillosas. A veces, pocas, un bosquecillo de pinos se esforzaba por alegrar la monotonía del paisaje; otras, acá y allá, sobre el costurón de algún arroyo, surgía un verde cañaveral. Algún cortijo aparecía a lo lejos con los muros blanqueados y las ventanas teñidas de profundo azul o de ocre calamocho. Atravesaron un par de secarrales de cardos y espinos en los que pastaban famélicas vacas vigiladas por sombríos pastores y, al salir de un lento recodo, se les apareció Sevilla a lo lejos, un caserío plano de muros blancos y tejados rojos, campanarios negros apuntando al cielo, y en medio, más alta, la Giralda. Esa era la imagen que guardaba Rudolf después de siete años de ausencia. Le pareció una ciudad tan ensimismada como los geranios que iba encontrando, primero en los humildes ventanucos sin rejas de los arrabales; después, en los historiados balcones de las mansiones y azoteas de más fuste, en las coquetas casas de ladrillo de la Exposición, con sus tejadillos y alféizares mudejares.

El cabo Kolb y otros entusiastas se arracimaban en las ventanillas y gritaban proclamas de entusiasmo garañón a la vista de las muchachas que rebuscaban carbón en la vía o recogían hierbas comestibles en los descampados.

Resopló el tren en la curva y penetró bajo la enorme marquesina de hierro y cristal de la estación de San Bernardo. De las estilizadas columnitas de hierro fundido que sostenían la alta techumbre colgaban guirnaldas y banderas españolas, todavía tricolores, así como algunas de la Falange, rojas y negras con el yugo y las flechas. En el andén aguardaba una representación compuesta por autoridades militares y civiles de segundo rango con sus sombreros y bastones, sus correaes y brazaletes, sus condecoraciones y bandas. El coronel de Intendencia bajito, barrigón y miope que presidía el comité de recepción tenía a su lado, como intérprete, al secretario del consulado alemán, un tipo rubio y desgarbado que le sacaba la cabeza. Cuando el tren se detuvo por completo y Papa Speerle apareció sonriente en la portezuela del primer vagón, el rubio dijo algo al oído del coronel y éste disparó el brazo en ortodoxo saludo fascista, además que fue prontamente imitado por el resto de la comisión. Papa Speerle devolvió el saludo cesáreo sin mucha convicción, con un gesto parecido al de espantar una mosca.

Una banda de música municipal que hasta entonces se había mantenido en discreto segundo plano detrás de las autoridades, atacó sañudamente el pasodoble España cañí.

Todo resultó muy emotivo. Papa Speerle saltó ágilmente a tierra seguido de sus oficiales. A una señal del concejal delegado de festejos, también jefe de protocolo de la corporación, cinco agraciadas señoritas ataviadas con el traje local, muchos volantes y lunares, entregaron claveles a los que iban desembarcando. Otros, desde las ventanillas, reclamaban el suyo. Algunos se colocaban el clavel en la boca o sobre el sombrero y hacían gansadas. Eran jóvenes y estaban en edad, aparte de que no veían la hora de impresionar a las señoritas.

Von Balke, ajeno al bullicio general, con la fría indiferencia que debía caracterizar a un oficial prusiano, pero sin poder reprimir dentro de sí la palpitación acelerada de un joven corazón, buscó a su tío entre la multitud. Por fin lo encontró: Martin Bauer era un sesentón compacto,

rubicundo y algo entrado en carnes que agitaba un sombrero flexible tratando de atraer la atención de su sobrino. Vestía un traje blanco de algodón y lucía un clavel rojo en la solapa. El criado que lo acompañaba se adelantó para hacerse cargo del equipaje.

Sevilla

Los alegres geranios de la escalera se habían agostado por falta de riego, aunque Carmen todavía vivía allí. Eran las ocho de la mañana y ya sonaba el traqueteo de la máquina de coser detrás de la humilde ventana azul que daba a la galería del corral de vecinos. Doña Herminia se detuvo ante la puerta y miró el tablón nuevo que sustituía al que los legionarios rompieron a patadas el día del registro. Titubeó. Hay heridas que tardarán mucho tiempo en cerrarse, pensó. Si es que se cierran alguna vez. Dio dos golpes quedos, con los nudillos. Dejó de sonar la máquina de coser y después de un incómodo silencio se escuchó la voz alarmada de Carmen.

—¿Quién es?

—Ábreme, Carmen. Soy Herminia.

Se abrazaron sin decir palabra. Carmen disimulaba su hermosura con un severo vestido de verano negro y ancho. Tenía los ojos inflamados, ¿de llorar o por el exceso de trabajo? En la humilde estancia sólo había un catre desvencijado y tres sillas, una percha con ropa humilde, la máquina de coser y dos canastas, una la de las camisas hilvanadas y otra la de las terminadas. Carmen cosía camisas caquis para el Ejército, para los bravos voluntarios que iban a salvar a España de la hidra marxista. A cincuenta céntimos unidad. Este trabajo le daba para vivir.

Frente a sendas latas de café de achicoria endulzada con meloja, Carmen y Herminia hablaron de banalidades, como si el dolor que se había instalado entre aquellas cuatro paredes pudiera conjurarse simplemente ignorándolo. Finalmente Herminia se atrevió a exponer su

embajada.

—Vengo a pedirte un favor.

—Tú dirás.

—No es un favor personal. Es —titubeó escogiendo las palabras— un favor para la «causa».

Carmen asintió en silencio. Desvió la mirada y se quedó contemplando un punto imaginario más allá de la ventana, en la que unos pobres visillos filtraban la agria claridad del mundo y subrayaban la paz recoleta de la estancia. «Está guapa como una Virgen dolorosa», pensó Herminia y reprimió el deseo de acariciar la hermosura marfileña de aquellos brazos desnudos.

—Puedes contar conmigo.

—No soy yo la que te pide el favor —insistió Herminia—. Es... ya sabes. Somos...

—Ya sé quiénes sois —intervino Carmen—. Haré lo que haga falta. Herminia no esperaba que resultara tan fácil.

—Quizá antes deberías saber de qué se trata —sugirió.

Carmen negó con la cabeza.

—De lo que se trate, podéis contar conmigo.

—Puede ser peligroso.

—Más de lo que me han hecho, ya no pueden hacerme. Su voz era tan calma y fría que Herminia se removió incómoda en su asiento. «Cuánto dolor anida en ti, mi pobre niña.» La abrazó y al momento sintió que las lágrimas candentes de su antigua alumna le corrían por el cuello. Después vinieron los sollozos, primero apenas gemidos contritos, luego casi aullidos de rabia y de honda pena. Herminia estrechaba su abrazo, besaba el cuello de su amiga y lloraba en silencio sobre aquella hermosura torturada.

Cuando se hubo desahogado, Carmen se enjugó las lágrimas con un pañuelo húmedo y preguntó otra vez con voz entera:

—¿De qué se trata?

—Braulio vendrá esta tarde a explicártelo.

—¿Qué Braulio?

—Mediopeo.

Carmen no pudo disimular su contrariedad.

—¿Qué tiene que ver Mediopeo con esto? Ese payaso de los señoritos no es de fiar.

—Tu padre lo apreciaba.

—Mi padre apreciaba a cualquiera sólo porque fuera pobre. Mi padre y mi hermano vivían en Babia y por eso nos vemos así. ¿Qué tiene que ver Mediopeo en esto?

Herminia sonrió. «Si tú supieras.»

—Mediopeo no es lo que parece. Recíbelo y él te contará.

Al despedirse, ya en la puerta, Herminia estrechó las manos de su antigua alumna.

—Tu padre y tu hermano estarían orgullosos de ti.

—No lo hago por ellos, sino por mí. —Se le quebró la voz como en un sollozo—. ¡Por lo que me han hecho a mí y a otras!

Herminia asintió.

Aquella noche, desde una buhardilla de la calle de los Caldereros, muy cerca del cuartel general de Queipo de Llano, mientras el facundo general emitía su charla radiofónica, el operador conocido en el código moscovita como Manzanilla transmitió un breve mensaje que fue recibido por la estación de Gibraltar: «Amapola abierta. Repito: Amapola abierta», seguido de un número de código. El mensaje tardó dos días en llegar a la oficina de la Seguridad del Estado en Moscú. Con la transcripción en la mano, Yagoda sonrió. «Ya sabía yo que la amapola estaba abierta. Las amapolas siempre lo están.»

Sevilla

Tío Martin tomó a su sobrino por los hombros, que notó duros y musculosos, y lo contempló con una sonrisa de paternal entusiasmo.

—¡Mi querido Rudolf, estás espléndido! Dejé un muchacho con la cara llena de granos y ahora recibo a un joven guerrero de la nueva Alemania.

—Tú también estás muy bien, tío —le devolvió el cumplido—, aunque cada vez pareces más español, con ese bigote y tan moreno.

—Es que paseo mucho por el campo. Voy teniendo la edad en que uno caza más en el bosque que en la ciudad. —Le hizo un guiño cómplice—. Paso mucho tiempo en El Espinar.

La mención de El Espinar, la finca de La Cartuja, provocó una mirada suspicaz de Von Balke. Para él, aquel lugar era ya secreto militar, pero su tío no parecía concederle importancia. Una actitud muy propia de un civil.

—Será mejor que hablemos en el coche —sugirió el piloto.

El enorme Mercedes de nueve plazas aguardaba frente a la estación, a la sombra azulada de un plátano. El chófer colocó el equipaje en el maletero y partieron. Mientras se internaba por un dédalo de callejuelas, el teniente comentó:

—Ha sido estupendo el recibimiento, con guirnaldas y banderas, aunque quizá algo excesivo, como todo lo español.

Sonrió tío Martín.

—En realidad ese recibimiento no era para vosotros. Esta mañana ha llegado Franco a Sevilla, a recoger los laureles por el Convoy de la Victoria.

¿Había una sonrisa burlona en el rostro de tío Martin? Rudolf pensó

que quizá la prolongada convivencia con los españoles estaba mermando su adustez germana. O quizá tía Ursula tenía razón y era que los Bauer se situaban en las antípodas de las virtudes prusianas.

—El Führer me encargó que te transmitiera su agradecimiento personal por haber accedido a que los Stukas se instalen en tu finca.

—No tiene mayor importancia —comentó tío Martin con indiferencia mientras contemplaba la calle—; es lo que cualquier buen alemán habría hecho en mi lugar. Como acordé con el agregado militar, Herr Appen, hemos habilitado una pista de trescientos metros por cincuenta.

—Estupendo.

—Para la vigilancia, el mando español ha facilitado ocho regulares indígenas, moros, gente de toda confianza que se dejará matar por unos reales. Oficialmente son guardabosques encargados de perseguir a los cazadores furtivos. Aparte de ellos no hay nadie: he dado vacaciones a los empleados, a excepción de los caseros, un matrimonio de toda confianza que lleva quince años al cuidado de la casa.

El coche se había detenido para dejar paso a una reata de asnos cargados de gaseosas y sifones.

—El cónsul y el general Speerle vendrán luego a casa —comentó Rudolf—. Es sólo para una visita de cumplido. Al parecer está previsto que salgamos mañana.

—Pero ¿y los aviones?

—Los Stukas vienen en el tren, desmontados. Comenzarán a ensamblarlos esta tarde. Pasado mañana, una hora antes del amanecer, si no surge ningún contratiempo, los volaremos hasta La Cartuja. Mañana pensamos reconocer la pista e instalarnos.

Sevilla

Era la hora violeta del crepúsculo y en la galería del Corral de la

Higuera todavía no se habían encendido las luces. Las golondrinas y los murciélagos se buscaban la vida por el cielo indeciso.

—Braulio, ¿qué necesidad tienes tú de exponer la vida en esto? —le reprochó Carmen—. ¿No has escarmentado con lo que le ha pasado a mi padre y a los demás?

Sonrió Mediopeo con tristeza.

—¡Ay, Carmelilla, si tú supieras...! Mira, esto es todo lo que tengo en el mundo. —Señaló la caja de betunero, barnizada de oscuro y adornada con chinchetas doradas que componían sus iniciales, con una estampa del Jesús del Gran Poder y otra con el yugo y las flechas de Falange—. Esto es todo lo que tengo y todo lo que quiero tener. Me da igual morirme hoy que pasado mañana, me da igual morir en la cama o de un tiro en las tapias de la Macarena, pero las cosas que han visto estos ojos, las cosas que han oído estos oídos claman al cielo, y como no hay Dios que haga la justicia allí arriba, hay que procurar hacerla aquí abajo para que la gente buena como tú y como muchos otros no tenga que pasar el calvario que todos sabemos.

Carmen asintió triste. La mano del limpiabotas, noble y fuerte, uñas remachadas, grietas empastadas con betún antiguo, le apretó la muñeca.

—Ahora queda en tus manos que tanta sangre y tantas lágrimas de nuestra gente no hayan sido de balde. No te voy a hablar de los sinsabores y los peligros que corremos los que estamos metidos en esto... ¡No nos falles!

—¡No os fallaré! —prometió Carmen tragándose las lágrimas.

Nada había cambiado: la hermosa fachada encalada de blanco y albero, los ocho balcones, el mirador acristalado con visillos de encaje sobre la puerta principal, el fresco zaguán enlosado con piedra de Tarifa y adornado con un azulejo de la Virgen de los Reyes. El patio cuadrado, con ocho columnas de piedra que sostenían la galería superior, estaba cuajado de macetas de aspidistras y helechos en torno a una fuente de

mármol, cuyo surtidor humedecía el ambiente. Un toldo alto impedía el paso del sol. En la penumbra de las galerías brillaban los cacharros de cobre y de latón que decoraban los muros encalados.

Rudolf recordó cuando era niño y jugaba en aquel patio con soldados de plomo y caballos de cartón; ahora regresaba ya hombre para combatir en una guerra verdadera, jinete sobre un candente corcel de hierro y metralla.

Tío y sobrino tomaron asiento en un fresco rincón, en sillones de junco. Un mozo vestido de chaquetilla blanca les colocó delante una bandeja de plata con una botella de fino La Ina, una cañera de latón y unos platos de queso añejo y jamón de Huelva. Tío Martin sirvió dos copas y propuso el brindis.

—Por nuestro reencuentro y porque tu estancia en España sea muy provechosa.

A lo lejos sonó una descarga de fusilería. Rudolf sonrió.

—Parecen contentos con la llegada de Franco.

—No son salvas —corrigió tío Martin lúgubrementemente—. Son los pelotones de fusilamiento.

Lisboa

El trasatlántico Almanzora de la Royal Mail Lines realizó las maniobras de atraque. Desde la cubierta de pasajeros de segunda clase, Arthur Koestler contemplaba las luces de la ciudad duplicadas por las tranquilas aguas del mar de la Paja.

En la aduana, Koestler abrió su fatigada maleta de piel de cerdo sin el menor contratiempo: dos paquetes de cigarrillos turcos y una edición barata de los sonetos de Shakespeare no le parecieron objetables al aduanero, pero en el control de la policía resultó que su pasaporte estaba caducado. Hubo que solicitar la presencia del cónsul húngaro para que lo renovara.

El cónsul de Hungría era un danés despistado que desempeñaba el cargo interinamente y que no sabía señalar en un mapa de Europa al país que representaba.

—De modo que es usted corresponsal del News Chronicle—preguntó al periodista—. ¿Y qué de bueno lo trae por Portugal?

A Koestler le pareció que el cónsul era inofensivo. En cualquier caso no tenía nada que ocultar sobre sus intenciones. Lo único que no debía saberse era su condición de agente del Komintern.

—Intento pasar a España para informar a mi periódico sobre la guerra —explicó—. Me interesa más verla desde el lado de los nacionalistas. Cuestión de afinidades ideológicas.

El cónsul, que era simpatizante del nazismo, como tantos nórdicos, se alegró de conocer a un correligionario.

—En ese caso, mister Koestler, quizá yo pueda hacer algo más por usted —declaró—. Cuento con algunos buenos amigos entre los representantes de la colonia española en Lisboa e incluso me honro con la

amistad de don Nicolás Franco, el hermano del general Franco.

Koestler apenas pudo disimular la satisfacción.

—¿Haría eso por mí? —preguntó entusiasmado—. No sabe usted cómo se lo agradecería.

Sevilla

Bebieron en silencio. Mientras paladeaba su jerez, el joven teniente contempló el patio en penumbra y percibió con intensidad animal el fresco olor que desprendía la ordenada combinación de la tierra mojada, la fronda vegetal, los mármoles y el agua. Lo asaltó la sensación de plenitud que acompañaba al recuerdo de las horas felices de la infancia allí transcurridas, cuando el tiempo parecía eterno y desprovisto de afanes. Se estaba bien allí. Era como un espacio mágico, un jardín concluso hecho a la medida del hombre. En la galería superior, una de las doncellas de la casa, una muchacha excepcionalmente bonita, con dos pechos valentones debajo del delantal blanco, fingía arreglar unos visillos. Probablemente su tío se acostaba con ella. Así recordaba a su tío: un degustador de placeres que vivía un tanto al margen de la historia, y un poco egoísta. Y sin embargo aquel orden —pensó— estaba amenazado por la revolución bolchevique. Ésa era, en última instancia, la razón por la que él había regresado a Sevilla. Aquella España que él recordaba como un lugar apacible, donde pobres y ricos convivían pacíficamente cada cual en su nivel, se había convertido de pronto en un avispero y la gente se mataba por las calles.

—Yo tenía una imagen un tanto idílica de España —admitió Rudolf—. Creía que los nativos vivían contentos con su pobreza.

Martin miró con interés a su sobrino. ¿Qué abismos había abierto entre ellos el alejamiento de unos cuantos años?

De pronto le pareció que el sustantivo nativos aplicado a los españoles denotaba una decepcionante simpleza cuartelera. «Espero que

los militares no hayan echado a perder a este muchacho», pensó.

—Las cosas son algo más complicadas, Lufty. En realidad España tiene una larga historia, más larga incluso que la de Alemania, y esa historia, que no es más que la memoria de las generaciones, ha engendrado mucho odio. Este es un país dominado por el odio, un odio que posiblemente procede de la envidia de unos y del rencor clasista de otros; un odio teológico, bárbaro, africano, basado en ideologías simples y en ponzoña de malos vecinos. Está muriendo mucha más gente asesinada o sumariamente condenada al paredón que en los frentes de guerra.

Rudolf pensó que aquella barbarie demostraba también la superioridad moral, no sólo racial, de la nación aria.

—En Alemania jamás ocurriría ese ensañamiento, ese desprecio por la vida de un semejante.

Tío Martin miró severamente a su sobrino.

—Sí, yo también creo que en Alemania no ocurriría, pero por si acaso no lo jures. Herr Hitler y sus nazis aspiran a imponer la locura racista y nacionalista en Europa, a dominar el mundo.

—Es el sentido de la historia, tío —protestó Rudolf—. Los pueblos grandes construyen grandes imperios. La propia historia se encarga de demostrar quién es el amo y quién el esclavo.

—La sumisión del siervo conduce irremediabilmente al envilecimiento del señor —replicó Bauer—. Ese es el único fruto del totalitarismo. Occidente ha recorrido un largo camino desde que los griegos inventaron la democracia sólo para descubrir que, después de tantas guerras y tanta miseria, la única aproximación posible al bienestar de los pueblos reside precisamente en la democracia.

—Tío, creo que el aislamiento en que vives te impide ver las cosas con claridad. Llevas demasiado tiempo entre estos nativos, y su concepción fatalista y muelle de la vida te va afectando. En Alemania y en los países del norte se ven las cosas con mayor claridad.

Tío Martin escanci6 vino de nuevo.

—Te pondré un ejemplo —prosigui6 Rudolf despu6s de tomar un sorbo de vino—. El avi6n que piloto, el Stuka, un arma que marcar6 la decadencia de la artillería, es por su dise6o y su concepci6n t6picamente alem6n. Es un aparato que s6lo podría haber sido creado por arios. A trav6s del tiempo, el Stuka desciende de las espadas germanas que dieron al traste con el Imperio romano. Los romanos eran m6s poderosos, pero no sabían templar el acero como los germanos y esa diferencia acab6 siendo decisiva. La voluntad e inteligencia de la raza aria est6n llamadas a someter al resto de los pueblos.

Tío Martin sacudi6 la cabeza con desaliento.

—¿No comprendes que esas peligrosas teorías nos llevar6n a una nueva guerra?

—Claro que sí, tío. En cuanto estemos preparados iremos a la guerra. Tenemos que conquistar el espacio vital necesario. Alemania necesita esa guerra.

Las palabras de Rudolf revelaron el abismo que existía entre los dos hombres. En los a6os de alejamiento, tío Martin se había creado la ilusi6n de que su sobrino era el hijo que nunca tuvo y había depositado en él grandes esperanzas. Incluso confiaba en que alg6n día abandonaría el Ej6rcito y lo sucedería al frente de sus negocios. Despu6s de escuchar aquello, tío Martin comprendió que su sobrino había evolucionado de manera equivocada. El ambiente militar y el r6gimen nazi lo habían transformado en un belicista fanático. Lo contempl6 con piedad y pesadumbre. Detrás de aquellos bellos ojos azules que había heredado de su hermana no había sino un Von Balke prusiano continuador de la estirpe militar, un ser que llevaba en la sangre el veneno de la guerra y que habría abrazado cualquier doctrina, por disparatada que fuera, si justificaba una guerra.

—El motor de la historia son las guerras —continu6 el joven teniente—: unos imperios suceden a otros. Tú admiras la grandeza de

Roma. ¿Qué hizo Roma sino arrebatarse a otros pueblos el territorio y los recursos que necesitaba? Dentro de quinientos, de ochocientos años, nadie pensará que arrebatamos las llanuras rusas o los campos petrolíferos de Crimea. Serán tan alemanas como Sajonia o Baviera, tan alemanas como Prusia.

—Así pensaría el primer Von Balke —señaló tío Martin aludiendo al remoto caballero que vino de las Cruzadas.

—Y así piensa el último —replicó el sobrino con firmeza.

Tío Martin se sintió profundamente decepcionado. Durante años había albergado la esperanza de que el componente materno de Rudolf predominara sobre el paterno, pero, al parecer, las academias militares habían transformado al joven en un perfecto autómatas prusiano dispuesto a justificar cualquier agresión como cirugía indispensable para el engrandecimiento de la patria.

Sevilla

Mediopeo abandonó un momento el enorme cepillo con el que lustraba las botas del sargento Albánchez Torróte y entreabrió la bolsa para mostrar al suboficial las dos botellas de aguardiente de Cazalla. La constatación del alijo venció los últimos escrúpulos del sargento.

—Del bueno, ¿eh? Destilao como Dios manda —recalcó Mediopeo—. Me lo trae un primo de Cazalla que trabaja en la fábrica. Éste ya ni se vende. Está vendido antes de embotellarlo.

El sargento carraspeó violentamente, regurgitó un gargajo, lo amasó brevemente con la lengua y lo escupió con tal arte y tino que fue a estamparse en la ceja de un perro callejero. El chucho meneó el rabo, agradecido.

—¿Y dices que es para una viuda?

—Sí, una viuda que se quiere ir con su madre a Badajoz. —¿Está buena?

—¡Hombre, lo que se te ocurre! —lo reprendió el limpiabotas—. Es una mujer respetable, de derechas, y todavía no se le ha pasado el duelo.

—Ya se le pasará. En cuanto le pique el chichi y eche de menos el nabo del difunto, ya verás como se dispara.

—¡Coño! —se impacientó Mediopeo—. ¿Me vas a hacer la pápela o no?

—¡Que sí, hombre, que sí, que eso es pan comido! Pero oye: ¿y por qué no lo pide con una instancia a Queipo, como todo el mundo?

—Porque la combinación la tiene mañana, en un coche que sale para Badajoz, así le sale el viaje gratis. Por otra parte, la pápela, cuando se solicita por el conducto reglamentario, tardáis varios días en concederla, con tanta averiguación.

—Bueno —el sargento aceptó la explicación—. Y que conste que lo hago por hacerle el favor a una viuda. ¿Será afecta al Movimiento, no?

Mediopeo se llevó la mugrienta mano a la boca y juró besando la cruz del pulgar y el índice:

—¡Afectísima! ¡Eso, certificado! ¿Si no fuera afecta y de derechas le iba a hacer yo un favor?

—¿Cómo se llama?

—Encarnación Pérez Baeza. Aquí tienes un certificado de buena conducta firmado por el párroco de San Gil.

—¿El de San Gil? ¿Pero a ése no lo fusilaron los rojos?

—¡Y yo qué sé! Habrán puesto a otro, digo yo. Curas hay para dar y vender, ¿no?

El sargento Albánchez Torróte examinó profesionalmente el certificado, comenzando por el estampillado del registro parroquial en tinta verde sobre el obligatorio sello de cuarenta céntimos del Donativo Voluntario a la Cruzada. Comprobó la fecha y la firma del cura. Todo en orden. Lo que ignoraba el sargento era que la titular de aquel certificado había fallecido de tuberculosis dos días antes en el hospital de las Cinco Llagas.

—Te esperas por aquí media hora o así, que saldré con el papel.

El sargento descabalgó el pie de la caja del limpiabotas y tomó la talega que contenía las botellas.

—Luego salgo —prometió, yendo ya en retirada.

Pasa un tranvía triturando el nervio de la calle. En la entoldada terraza del café Central un hombretón rubio y colorado, oriundo de Bremen, al que la ropa civil le sienta fatal, rebaña con manifiesta satisfacción el plato de callos que tiene delante.

—Kolossal, ¿cómo se llama esto, camarero?

El camarero, menudo y conejil, delantal blanco ceñido, servilleta al brazo, la bandeja de peltre sobre el pecho, se inclina servil.

—Son almorranas, señor oficial.

—¿Al... mo... rras...? —intenta repetir el coronel de la Luftwaffe.

—No, no señor, almorras no: al-mo-rra-nas.

—Al-mo-rra-nas —acierta a pronunciar el germano.

—¡Eso es: almorranas! —aprueba el camarero—. Lo ha dicho usted muy bien.

—¡Almorranas! —se reafirma el aprendiz, y recita—: Camarrero, tráigame usted un plato de almorranas. ¿Se dice así?

—¡Ahí, ahí: lo dice usted perfectamente, señor militar! Y pídalas siempre fresquitas, recién cortadas. Y que no se las laven mucho, que entonces pierden la sustancia.

—Jabol: ¡almorranas sin lavar! Yo entienden

Se retira el camarero ufano de su buena acción, digno el semblante, recreándose en la suerte.

—¡Chist, Curro!

El que chista es el limpiabotas Braulio Cascajo Expósito, por mal nombre Mediopeo, que ha asistido a la escena desde la barra del establecimiento. Acude solícito el camarero.

—¿Qué pasa, Braulio?

—Poca cosa. Oye: éste, ¿qué es?, ¿de los alemanes esos?

—Ya lo ves. De los que han venido a levantar España.

—¿Y dónde paran?

—Los mandamases en el hotel Cristina y los sargentos en pensiones de medio pelo, todos por el Arenal. Son aviadores. ¿Te pongo un aguardiente?

—Lo voy a dejar para luego. Ahora voy a dar una vuelta, a estirar las piernas.

El salvoconducto llevaba la firma del general Queipo de Llano y el sello del Gobierno Militar de Sevilla. Un cabo lo examinó rutinariamente, se lo devolvió a su titular y le indicó que podía seguir. Carmen, que había asistido al escrutinio con el corazón acelerado, se calmó algo cuando ocupó su asiento en el coche de línea.

«Ahora no hay vuelta atrás —pensó—. Sea lo que Dios quiera.»

El autobús salió de Sevilla a las ocho de la mañana y llegó a Badajoz a las nueve de la noche, después de detenerse en media docena de pueblos y de superar sin incidencias otros dos controles de pasaportes y permisos de desplazamiento.

Las instrucciones de Mediopeo eran precisas. Cuando el autobús rindió viaje, junto a la catedral de Badajoz, Carmen se dirigió al templo mayor y se sentó en el extremo del quinto banco de la izquierda, el más cercano al confesonario. Un minuto después un hombre se arrodilló detrás de ella y le susurró:

—Soy el Roto. Cuando yo me levante me sigue usted de lejos.

El hombre se santiguó con esmero, una práctica muy aconsejable en aquellos días, y salió del templo. Seguido de lejos por Carmen, anduvo por dos o tres calles y penetró en una casa modesta de las afueras. La puerta estaba abierta y una sencilla cortina la resguardaba del sol y de las moscas.

Al llegar a la puerta, Carmen se cercioró de que nadie la seguía y entró. El interior estaba oscuro y fresquito.

En la casa había una mujeruca que alimentaba con gachas de almortas a un bebé desnutrido, todo ojos llenos de moscas.

—Aquí no hay mucha comodidad, ya ve usted —se excusó el Roto—, pero ahí tiene una cama donde puede descansar. Luego comeremos algo. Duerma usted lo que pueda, que esta noche pasaremos la raya de

Portugal.

Por la noche, pasada la ronda de la Guardia Civil, el Roto condujo a Carmen a través del campo hasta un camión que salía de una fábrica de harinas. Viajaron en la cabina del vehículo, sin hablar con el chófer, por espacio de media hora, hasta que los dejó en otro descampado. La raya de Portugal estaba a doscientos metros. La pasaron y llegaron junto a un pastor que guardaba un hato de ovejas.

—¿Qué pasa, Joaquín? ¡Salud!

—¡Dios guarde! —saludó el pastor—. Aquí, todo tranquilo.

—Pues vamos.

El pastor dejó las ovejas al cuidado de un zagal y cargó con el exiguo equipaje de Carmen. Después de dos horas de marcha durante las cuales tuvieron que vadear un arroyo con el agua hasta las rodillas, divisaron unas luces a lo lejos.

—Hemos llegado al pueblo —anunció el pastor.

El guía llamó a la puerta de una de las primeras casas.

Abrió un anciano que sostenía un candil de aceite.

—Manoliño, ¿qué te trae por aquí? ¿Otro?

—Es otra. Va a Lisboa, João.

—No hay cuidado. Pase, señora.

Manolo estrechó la mano de Carmen.

—Ea, hasta aquí llegamos —se despidió—. Que tenga usted mucha suerte.

Aquella noche, Carmen durmió en una cama grande y alta con sábanas nuevas que olían a espliego. Por la ventana se filtraba el aroma embriagador de la dama de noche. Carmen se sintió menos asustada que en los días anteriores y durmió profundamente.

Sevilla

Braulio Cascajo Expósito se mira en el espejo de la sombrerería

García, detrás del escaparate, en la calle Sierpes. No le gusta lo que ve: un hombre de mezquina apariencia, bajito, barrigón, renegrado, los anchos pantalones colgando, con el estuche de limpiabotas en la mano. — ¿Qué, Mediopeo, te ves guapo?

Se vuelve Braulio al que lo interpela con la réplica maligna a punto de labio, pero cambia el tercio al reconocer a uno de sus clientes, un hombre ataviado con un elegante traje de hilo que va camino de la tertulia del Casino de Labradores.

—¿Guapo dice usted, don Luis? Ganas me dan de darme una limosna cuando me veo, don Luis. Me tenían que haber pegao un cepazo al nacer.

—¡Anda que no estás tú contento de haber nacido! —replica don Luis mientras se aleja calle Sierpes abajo.

No hubiera sido procedente que se detuviera a conversar con un humilde limpiabotas en pleno corazón de Sevilla.

Braulio Cascajo Expósito está en las lindes mismas de la enanez, pero a pesar de todo la patria contó con él para la guerra de África, en 1924. De allí volvió con una pierna lisiada, aunque sin derecho a pensión, y con una predisposición a tropezar con esquinas y farolas.

Mediopeo va dando cojetadas calle Sierpes abajo, a la sombra de las velas que protegen del sol, mientras pregona sus servicios.

—¡Charol limpio, el rey del brillo!

Entra en el Casino de Labradores con su caja de limpiabotas y recorre patios y salas por si algún señorito requiere sus servicios. Mediopeo tiene a su cargo a una hija medio boba y dos nietos, uno de ellos paralítico. Nadie sabe quién le hizo los niños a la boba, aun así algunas veces Mediopeo tiene que soportar las bromas crueles de los señoritos que le preguntan con sorna qué se siente al ser padre y abuelo al mismo tiempo. Mediopeo en tiempos trabajó de talabartero en una tienda del paseo de Colón y hasta se casó con una lavandera de poca presencia, a pesar de lo cual la tildaron de puta. Ahora es viudo, pero es fama que en

vida de la lavandera, cuando le preguntaban: «Mediopeo, ¿cómo tienes los cuernos?», él respondía invariablemente: «Laaaargos.»

Le sale un cliente, más que por los servicios por echar un rato de guasa a costa del desgraciado. Mediopeo se acomoda en su banqueta, le coge el pie y se lo coloca encima de la cuña, su mano negra de tez y de betún inserta dos ajados naipes entre tobillo y zapato, uno a cada lado, para proteger los calcetines.

El limpia es uno de esos chistosos profesionales en los que la gracia sevillana se prodiga, aunque luego la procesión vaya por dentro. Le pregunta el cliente:

—Mediopeo, tú que eres más pobre que una rata muerta, ¿cómo es que no te has hecho comunista?

—¿Cómo me voy a hacer comunista, don Alfonso, si han puesto en la bandera una hoz y un martillo, y ya sabe usted lo que a mí me gusta el trabajo? ¡Que pongan un puro y un sillón y a lo mejor me hago comunista!

—Mediopeo, dile a estos señores lo que le escribiste a Mussolini — propone otro de los contertulios.

—Don Fernando, usted sabe que no sé escribir, pero si hubiera sabido y suponiendo que emperingotándome de puntillas hubiera alcanzado a la boca del buzón para echar la carta, que ésa es otra, yo le hubiera puesto una carta muy atenta a su excelentísimo señor don Mussolini diciéndole cómo tenía que acabar la guerra de Abisinia en dos días.

Don Fernando recoge las sonrisas de la concurrencia como si las gracias fueran suyas y se dirige nuevamente al bufón con voz fingidamente cordial.

—¿Y cómo es eso, Mediopeo?

—Pues mire usted, don Fernando. Yo dale que te pego todo el día con el betún y los zapatos también oigo leer el periódico y me entero del mundo, y tengo oído a ustedes que los italianos tienen una aviación tela

de buena, y que los abisinios van descalzos.

—Sí, eso es verdad —reconoce don Fernando.

—Ea, pues entonces lo único que tenían que hacer era bombardear las carreteras y los caminos con chinchetas. De esta manera, como los naturales del país van descalzos, podéis cogerlos vivos sin pegar un tiro.

Don Fernando se introduce dos dedos en el bolsillo del chaleco y extrae un real de níquel que lanza al limpiabotas con maña suficiente para que no pueda atraparlo al vuelo y rueda por los suelos. Mediopeo exagera cómicamente su avidez por el dinero y trastabilla en pos de la moneda dando volatines con la pierna seca de África entre las risas de los asistentes, ninguno de los cuales estuvo en África.

No pueden sospechar que Mediopeo finge ser lo que ya no es.

Lisboa

Ya entrada la noche llegaron a un embarcadero del mar de la Paja.

—¡Ahí tiene usted Lisboa, señorita, a cidade mais bella do mondo!

Se veía en la distancia la ciudad iluminada, con el Barrio Alto y la Alfama como prendidos del cielo. Tuvieron que aguardar a que el transbordador se llenara de vehículos antes de cruzar al otro lado del río. En el fielato del Campo das Cebólas un guarda adormilado examinó rutinariamente la carga y aceptó unos cigarros del chófer. Penetraron en la ciudad y ascendieron por una calle pina. A la luz escasa de las farolas, Carmen veía las fachadas de colores desvaídos, algunas adornadas con azulejos, los tendederos y los tiestos con geranios.

—Esto es la Alfama, señorita, el barrio más bello de Lisboa. No el más señorial, porque aquí viven los marineros y los pescadores, pero sí el más bello. De día lo verá mucho más bonito, señorita.

Aparcaron en un ensanchamiento de la calle, no lejos del número 25 de Beco do Carneiro. Era una hermosa casa de dos plantas, con los vanos enmarcados de azulejos y los muros de un malva desvaído. A través de una de las contraventanas del primer piso se veía luz.

El chófer dio dos vigorosos golpes en el llamador de bronce de la puerta.

—¿Quién es? —se escuchó tras la celosía de la ventana contigua.

—Soy João. Somos nosotros.

—¿Todo bien?

—Superior.

Un instante después se abrió la puerta y apareció Eveline Beauseroi seguida de dos hombres. La francesa examinó de arriba abajo a la recién llegada.

—Tú eres Carmen, supongo.

—Sí, señora.

—Puedes llamarme Eveline. —Se hizo a un lado—. Pasa.

Entraron. João con el equipaje de Carmen y una bolsa con hortalizas y viandas. Uno de los dos hombres de la casa se adelantó.

—¡A sus pies, Carmen: Alfredo Codevilla-Medina para servirla! —La cabeza del argentino dejó un rastro de pernime en el aire cuando se inclinó para besar la mano de la recién llegada. Se había vestido de punta en blanco y lucía un clavel algo marchito en el ojal—. ¿Qué tal el viaje?

—Muy bien. Gracias —respondió Carmen cohibida, ya que era la primera vez que un caballero le besaba la mano.

Codevilla-Medina se disponía a proseguir su galante indagación, pero Eveline se interpuso con gesto severo.

—Este es el camarada Yuri Antonov. Es piloto soviético.

El piloto sonreía con ese aire bobo que adoptan los que asisten a una conversación en algún idioma extranjero del que no entienden nada. Al escuchar su nombre supuso que lo estaban presentando y alargó una mano para estrechar la de Carmen.

—¡No sabe una palabra de español! —informó Codevilla-Medina.

—Un pequeño, poquito —acertó a articular el ruso.

El chófer se despidió. Eveline cerró la puerta de la calle con doble vuelta de llave.

—Debes de estar muy cansada —supuso Codevilla—. Te enseñaré tu cuarto.

—¡Yo le enseñaré su cuarto! —intervino, tajante, Eveline—, y Yuri, que es más joven, subirá el equipaje.

Carmen comprendió que allí mandaba la francesa y que era una mujer de carácter, acostumbrada a hacerse obedecer.

Eveline precedió a Carmen por la escalera.

—Espero que te guste tu habitación —le fue diciendo—. Es la más amplia de la casa porque en ella daremos, además, las clases.

La habitación era enorme, con dos balcones a la calle y los techos altos adornados con cornisas de escayola casi borradas por los sucesivos blanqueos. Estaba equipada con muebles de distintas procedencias, atendiendo más a la utilidad que a la armonía del conjunto. Carmen reparó en la amplia mesa de comedor, con dos sillas, y en los mapas que decoraban las paredes. Sólo faltaba el crucifijo para que pareciera una escuela.

—Aquí es donde daremos las clases —explicó Eveline—, y éstos son los libros que vamos a necesitar.

Señaló una estantería de dos cuerpos en la que se ordenaban nítidamente un par de docenas de libros y varios montones de revistas.

—Muchas gracias por todo, camaradas. —Se volvió Eveline hacia los dos hombres—. Ahora, si nos disculpáis, Carmen y yo tenemos mucho trabajo.

Y los acompañó hasta la puerta, que cerró tras ellos. Afuera se escucharon las protestas de Alfredo Codevilla-Medina.

Eveline plegó el biombo que ocultaba la otra parte de la habitación. Había una cama estrecha y alta, un gran armario de caoba, un tocador *art déco* con media docena de botes y un par de cepillos y una percha con una bata y un albornoz. La francesa abrió el armario y le mostró la estupenda colección de vestidos, los cajones repletos de lencería fina, ligeros, sedas y prendas de un lujo incluso superior al que Carmen había conocido cuando servía en casa de los Torres Cabrera. En los compartimentos superiores, las cajas de sombreros lucían las etiquetas de las más afamadas sombrererías de París y Londres.

—Toda esta ropa procede de dos o tres casas distintas, pero creo que es toda de tu talla —informó la francesa mientras acariciaba un conjunto largo de lame.

—Si fuera necesario, puedo arreglarlos —se ofreció Carmen—. Sé coser.

La francesa la miró severamente.

—¡Olvídate de que has sido sirvienta, querida! Aquí no tendrás tiempo de coser. Tú eres Carmen Rades de Andrade-Segovia, una señorita de la alta sociedad madrileña, hija de un marqués, y no sabes coser. Es necesario que te vayas identificando con tu personaje. Por lo pronto déjame que te vea caminar. Ve hasta la puerta y regresa, por favor.

Carmen obedeció.

—Bueno —aprobó Eveline—. La cosa no está tan verde como temía. Tienes una elegancia natural que, como diría un reaccionario, no se suele prodigar en las clases populares.

Eveline abrió el hatillo de Carmen sobre la cama y examinó su contenido con expresión de disgusto, casi de asco. Dos o tres vestidos, enaguas y medias, todo de lo más vulgar. Sacudió la cabeza reprobadoramente.

—¡Todo esto a la basura! Se lo daré a la sirvienta que viene todas las mañanas para limpiar la casa y hacer la comida. Tú tienes ropa de sobra en ese armario. —Se volvió de pronto—. ¿Eres virgen? —Y advirtiendo la expresión de asombro de Carmen, añadió—: Puedes hablarme con toda franqueza, no soy tu madre, pero hay ciertas cosas que debo conocer.

—No, no soy virgen.

La francesa la miró a los ojos.

—¿Sabes que tendrás que acostarte con un hombre para conseguir la información? Carmen bajó la cabeza.

—Sí —musitó.

—Naturalmente lo harás por la causa, como un sacrificio, pero lo más probable es que se trate de un hombre joven y guapo. No será una experiencia tan terrible. Un hombre hermoso siempre es un hombre hermoso. El más bello animal, con su sexo soberbio levantado por ti. ¡Ésa es la mayor victoria de una mujer!

Carmen guardó silencio.

—Hay una cosa que debes saber —prosiguió la francesa—. Vamos a vivir en esta casa los cuatro, Alfredo, Yuri tú y yo. Tendremos que

trabajar intensamente durante un mes y será inevitable que surjan fricciones y problemas. Para mitigarlos en lo posible quiero que las cosas queden claras desde el principio. La responsabilidad de la operación es de Oscar, un camarada al que conocerás mañana, pero en la casa mando yo y quiero que nos llevemos bien. Debes saber que ese argentino que te ha besado la mano antes, Alfredo Codevilla-Medina, es un vividor y un sinvergüenza que intentará seducirte, como hace con todas las chicas. — Pasó una mano mórbida por el brazo desnudo de la muchacha—. Tú eres muy hermosa —afirmó adoptando un tono más íntimo—. Seguramente va a intentar seducirte. No me importa si cuando todo acabe te vas con el gaucho, pero mientras estemos aquí no conviene que te distraiga. Manténlo en su lugar. En cualquier caso yo siempre estaré cerca si se propasa. Cuando estés sola con él, esa puerta debe permanecer abierta, ¿lo has entendido?

—Sí.

—Si Codevilla necesita una mujer, en Lisboa hay muchos prostíbulos y abundan las damas desconsoladas que buscan compañía masculina.

—Entiendo.

—En cuanto al otro, al piloto ruso, ése es casado y tiene una familia en Rusia. Todavía te falta conocer a Oscar, que es húngaro y chapurrea español. Pero es tan feo que no creo que te enamores de él.

Eveline tomó del armario un sencillo vestido de casa, unas bragas y unas zapatillas.

—Acompáñame, que ahora te enseñaré el baño que compartiremos tú y yo. Hay otro en el piso de abajo para los hombres.

Era un cuarto amplio y destartado, con una bañera de hierro sostenida por patas de león atornilladas al suelo de mosaico. Había un pequeño armario con media docena de toallas rosas y otras tantas blancas.

—Tú usarás las rosas y yo las blancas. Después de cada uso hay que

dejar el baño impoluto y ventilado. Soy muy escrupulosa. Éste es tu jabón. El mío lo traeré yo de mi habitación. ¿Está todo claro?

Carmen asintió.

—En ese caso te dejo para que te des un buen baño. Cuando termines te pones esta ropa y bajas a cenar.

—No tengo mucha hambre.

—Será una cena muy ligera. Mañana comenzamos a trabajar. Si necesitas algo, dímelo.

Carmen, cuando se quedó sola, se sintió algo aturdida. Sólo el baño era mejor que todo lo que había tenido hasta entonces. Acostumbrada a asearse en un barreño de cinc, éste era un lujo con el que a veces había soñado, aunque le había parecido siempre inalcanzable. Ahora podía disfrutarlo. Pensó que estaba viviendo una especie de aventura como las de Jean Harlow en sus películas. Ese pensamiento la hizo reír. Espió su risa ante el espejo. Sí, estas cosas probablemente podían pasar fuera del cine. Y ahora le estaban ocurriendo a ella. Por vez primera desde que decidió colaborar con los comunistas se sentía personalmente interesada en el proyecto que la había traído a Lisboa. Como en el cine, la vida iba a veces demasiado de prisa.

Caía el chorro de agua caliente, el baño se llenó de vapor y Carmen dejó de verse en el espejo. Mejor así. Aquella atmósfera algodonosa era como una tibia placenta, como un refugio para aislarse del mundo. Cuando la bañera estuvo mediada y el agua sólo salía tibia, Carmen cerró el grifo, rectificó con agua fría, añadió copos de jabón, los agitó con la mano y se sumergió en el líquido espumoso.

«¿Qué me traerá la vida?»

Sevilla

Mediopeo es hijo y nieto de contrabandistas, de peristas, de carteristas, de delincuentes finos del monopolio sevillano. Posee una educación natural en el secreto y el disimulo, en la resistencia a la autoridad y en la vulneración de la ley. En África, cuando lo de Melilla, se arrimó espontáneamente a un maestro catalán, anarquista, que lo enseñó a leer y a escribir sobre textos del Noi del Sucre y de Bakunin y que murió en sus brazos de un balazo, en un barranco de Annual, en 1921. Mediopeo se fingió cadáver, se echó a rodar por un balate pedregoso, se desnudó para pasar por muerto ya expoliado, y pasó dos días en un cauce seco, entre cadáveres hediondos, administrando la cantimplora, mientras los perros y las aves carroñeras arrancaban jirones de carne a su alrededor. La segunda noche se abrió camino. Vagó durante una semana, sin apenas comer ni beber, descalzo, roto y muerto de miedo, antes de alcanzar las líneas españolas.

En medio de aquel infierno, Mediopeo se juró que consagraría el resto de su vida a vengar a su maestro catalán y a la clase obrera explotada por terratenientes y banqueros, por obispos y generales, por el rey chulito y por los holgazanes que vivían en palacios mientras los obreros pasaban hambre y morían en trincheras o en chozas miserables, desprovistos de dignidad. Al regresar a Sevilla encontró su antiguo trabajo, el de la talabartería, ocupado por otro. Después de dar tumbos como eventual en distintos oficios, acabó ganándose la vida como limpiabotas. Se guardó bien de franquearse con nadie.

—Un limpia de izquierdas no come —les explicaba a sus dos o tres íntimos que estaban en el secreto—. Porque la clientela natural de un limpiabotas es la gente de postín.

Desde su nivel, a tres palmos del suelo, mirando con ojos de perro el mundo de gigantes que lo rodea y que a veces lo pisa, Mediopeo dispone de una privilegiada atalaya. Mediopeo es tan notorio que pasa inadvertido. Va de los casinos de la calle Sierpes a los cafés de la Campana, de las barberías de la calle Betis a las tabernas del Arenal, del Casino Militar al vestíbulo con palmeras del hotel Inglaterra. Por todas partes capta retazos de conversaciones, noticias, intenciones, opinión. Nadie recela de él, nadie guarda silencio cuando se acerca un hombre cuya postura habitual no levanta cincuenta centímetros del suelo, un vulgar limpiabotas.

Durante los movimientos revolucionarios, Mediopeo se convirtió en un valioso espía, en un topo de la periférica Sevilla roja introducido en la Sevilla azul, de la catedral y los casinos. En los primeros días del alzamiento, Mediopeo enfermó de miedo porque la media docena de cabecillas revolucionarios que sabían su secreto fueron detenidos y encarcelados y era de temer que alguno lo delatara en el interrogatorio. Tuvo suerte porque los fusilaron a todos sumariamente excepto a Pepe Díaz, que llegó a Lisboa, sano y salvo, de polizón en un barco portugués.

Lisboa

Estaban la francesa, el argentino y el ruso, el equipo al completo. Eveline, vestida con un severo traje de chaqueta, presidía la mesa.

—¿Cómo has dormido, Carmen? —preguntó.

—Muy bien. Buenos días.

—¿Una taza de café?

—Sí, gracias.

—Tostadas con la mantequilla que nos trajo João —ofreció Codevilla con su mejor sonrisa—. Aprovechate que no durará mucho.

Eveline le lanzó una mirada condenatoria.

—Durará exactamente un mes —precisó—. A razón de dos tostadas

por persona y día.

Codevilla manifestó su perplejidad por el hecho de que el racionalismo francés pudiera manifestarse en una mujer tan hermosa. Eveline sonrió levemente al cumplido mientras untaba personalmente las tostadas de Carmen.

El café era brasileño. Hacía tiempo que Carmen no tomaba un desayuno tan exquisito.

En la breve sobremesa, Eveline expuso el horario.

—Como sólo disponemos de un mes tendremos cuatro turnos diarios de trabajo de dos horas cada uno.

Carmen asintió.

—Por la tarde podrás salir a pasear por la ciudad, pero a las diez, a las once a lo sumo, hay que estar en la cama, ¿entendido? Vas a tener tres profesores: yo te enseñaré a comportarte como una señorita; el señor Codevilla...

—Codevilla-Medina, por favor —corrigió el aludido sin apear la sonrisa.

—El camarada Codevilla —se mantuvo Eveline en sus trece— te enseñará geografía frívola de Europa, los lugares donde la otra Carmen, la Rades de Andrade, ha veraneado o a los que ha viajado por placer. También te informará sobre la familia Rades y sobre sus amistades. El camarada Antonov, por su parte, te enseñará lo necesario sobre aviones. Dentro de un mes, regresarás a Sevilla junto con el periodista húngaro y comenzarás tu trabajo.

Mediopeo se mantuvo sabiamente al margen de la revolución, aunque rindió muy buenos servicios al Moscú sevillano (como lo llamaban) escondiendo en su casa panfletos revolucionarios y pistolas, o transmitiendo mensajes cuando los acontecimientos adquirieron un pésimo cariz. Incluso facilitó escondite y organizó la huida de algunos perseguidos y topes que se ocultaban en Sevilla en el verano del 36.

En la puerta del Cristina, el hotel donde se alojan los oficiales alemanes de la Legión Cóndor, frente a la Torre del Oro y al Guadalquivir, un centinela solicita la documentación a los desconocidos, pero Mediopeo entra con el salvoconducto de su calculada simpleza y la caja de limpiabotas decorada con estampas de santos, el emblema de la Falange y la insignia del batallón de Regulares donde sirvió.

El interior del hotel es fresco. Hay un patio sevillano con columnas y fuente central, aspidistras, potos y una palmera rechoncha en un gran macetón de Talavera. En los sillones de mimbre, charlan, leen periódicos y beben residentes y ocasionales visitantes. Camareros con chaquetilla blanca circulan portando en alto bandejas plateadas con copas y botellas de fino La Ina, de aguardiente Guerrita, de coñac Imperial Toledo.

—Mediopeo, ven para acá y lústrale los zapatos al comandante.

El comandante Schulz se deja hacer mientras prosigue su charla con el teniente coronel Romero.

—¿Está satisfecho con el alojamiento, comandante?

—¡A pedir de boca, mi querido teniente coronel! Fuera del retén de Tablada, los suboficiales están contentos en las pensiones que nos recomendó usted, y los oficiales, ya ve, en la gloria.

—¿Y los del aeródromo secreto? —pregunta el teniente coronel con una sonrisa picara como dando a entender que con él hay confianza, que está en el ajo.

«No sé por qué coño le siguen llamando secreto si hasta los cocineros están informados de todos los detalles», piensa el alemán con lógica teutónica, pero como es educado se limita a responder:

—La sierra cae fuera de mi jurisdicción. No sé cómo les irá por allá.

Mediopeo pierde el ritmo del cepillado y para disimularlo cambia de zapato.

Lisboa

Las sesiones eran agotadoras, pero Carmen demostró ser una alumna inteligente y aplicada que asimilaba rápidamente los conocimientos. En apenas tres semanas, la aventajada alumna aprendió todo lo que una aristócrata de su edad suele saber, que tampoco es mucho, y Eveline la puso en guardia contra cualquier exceso de conocimiento, dado que no convenía ni resultaría natural que una dama aristocrática fuera culta. Más bien debía tener un barniz, ciertas nociones de francés suficientes para contestar con pocas y formularias palabras a un caballero que tampoco domina el idioma, y la habilidad de ejecutar con dos dedos al piano, como distraída, la partitura simple de Para Elisa de Beethoven. Debía, eso sí, conocer si una perla es buena mordiénola, y, viendo una joya, detectar si los diamantes eran o no legítimos. Sin embargo no tenía por qué distinguir entre Beethoven y Vivaldi, bastaba con identificarlos como músicos, o entre Dante y Homero, de los que sólo necesitaba conocer que no eran actores de Hollywood.

La mejor ayuda para adquirir los conocimientos de una dama aristocrática fue el almanaque de bolsillo Bailly Baillere o Pequeña Enciclopedia Popular de la vida práctica, en un ejemplar del año 1921 que Eveline conservaba como oro en paño. Este librito suministraba breves explicaciones de muchas cosas con destino a nobles, señoritas de la alta sociedad, diputados de provincias y, en general, todas aquellas personas que necesitan exhibir cierta cultura en el trato social. Algunas

veces, el Bailly Baillere se metía en honduras en muy poco espacio sin por ello renunciar al rigor expositivo. En seis páginas despachaba la historia de Europa; en otras dos, las revoluciones del siglo xx; en una sola página se explicaba el teatro desde Grecia hasta Benavente, y para terminar figuraba un artículo sobre las ceremonias cortesanas en el palacio Real de Madrid, seguido de resúmenes esenciales del baño y la higiene, de los planetas, de las fases de la luna, de orografía y geología, de moda y deporte.

La lógica dialéctica se explicaba en seis líneas y la teodicea, o las maneras de conocer a Dios, en media página. La otra media se reservaba para resumir los principales sistemas filosóficos, y todavía quedaba la impar para un anuncio del Vino Tónico Fosfatado del Dr. Madariaga, recomendado por los mejores especialistas contra la extenuación de fuerzas, la debilidad cerebral y los trastornos nerviosos. En más de una ocasión echó de menos Carmen una copita de aquel elixir maravilloso. A veces llegaba a la siesta tan desmadejada, después de la intensa sesión matinal, que made-moiselle Eveline tenía que despertarla diez minutos antes del comienzo de las clases de la tarde para que se diera una ducha rápida y compareciera puntual a la sesión siguiente.

La Cartuja

En la finca de La Cartuja el personal alemán se reduce a los cuatro tripulantes de los dos Stukas y a tres mecánicos de mantenimiento. Los recientemente ascendidos capitanes pilotos recorren minuciosamente el campo señalando los lugares donde existen baches o donde la tierra debe ser compactada. El campo no es malo. Está abierto como una mesa de billar y orientado este-oeste, de donde soplan los vientos dominantes.

Al caer la noche se acuestan agotados; los suboficiales duermen en tiendas de campaña instaladas bajo los chaparros; los pilotos, en habitaciones de la casa.

—Los mosquitos nos comieron aquella noche —recordaría el sargento Hans Kolb años después—. En cuanto bajamos a Sevilla nos precipitamos a comprar gasas para hacer mosquiteras. Tampoco funcionaron y al final tuvimos que emplear ese abominable producto...

Accionó los brazos como si estuviera bombeando.

—Flit —Carmen rió—. Es un insecticida.

—Pues eso: Flit.

Lisboa

Arthur Koestler se sentía otro hombre; un estofado de cordero regado con vino generoso y dos horas durmiendo a pierna suelta en una confortable cama del hotel Metropole habían restaurado sus fuerzas y con ellas su confianza en el porvenir del género humano.

Bañado y perfumado, el pelo fijado con abundante brillantina y vestido con un traje mal cortado por un camarada de Praga, que aseguraba haber sido sastre, se encontró atractivo cuando contempló fugazmente su figura reflejada en uno de los enormes espejos del vestíbulo del casino de Estoril, bajo la araña de cristal de Murano, entre criados de librea que se deslizaban solemnes y obsequiosos en un ambiente irreal adornado con increíbles cornucopias rococó y lámparas doradas estilo imperio. Componían una pareja desigual el cónsul de Hungría, enteco y alto, y el conspirador húngaro, tan macizo y recortado.

—Esto está plagado de hacendados y aristócratas españoles que aguardan a que acabe la guerra para regresar a sus tierras —le confió el cónsul húngaro, que se había ofrecido a presentarle al embajador—. Mientras tanto, viven como reyes, con el riñon bien forrado con lo que pusieron a salvo en el extranjero. Ah, allí está Fernando de Ávila.

El sueco hizo las presentaciones.

—Encantado de conocerle, mister Koestler —dijo De Ávila triturando la mano del magiar—. ¿Para qué diario dijo usted que trabaja?

—News Chronicle, de Londres.

De Ávila sólo leía el ABC, por falta de idiomas, pero hizo un gesto suficiente dando a entender que estaba familiarizado con la prensa internacional.

—¡Un periódico excelente! Aunque, me temo, no trata con la

objetividad debida al general Franco y a los patriotas nacionalistas.

—Precisamente yo pretendo que mi presencia en España ayude a corregir ese defecto —respondió Koestler con el mayor de los aplomos—. Ya va siendo hora de que también se cuente la verdad. Lamentablemente muchos corresponsales extranjeros pertenecen al ala izquierda de los diarios. Ello se debe quizá a que los que podrían representar el ala derecha son personas experimentadas, ya veteranas, que prefieren quedarse en casa en lugar de arrostrar las incomodidades y peligros del trabajo a pie de obra, en la trinchera.

Mientras Koestler hablaba, De Ávila estaba más atento a los camareros. Cuando consiguió por fin un nuevo vaso de gin-fizz, miró al cónsul de Hungría y propuso:

—Creo que a su excelencia don Nicolás Franco le gustará conocer al señor Koestler.

—Será un honor —respondió Koestler.

—Pues entonces más vale que nos demos prisa antes de que abran la ruleta —urgió De Ávila con un guiño pícaro.

Atravesaron un salón adornado con grandes macetas de palmeras donde departían animadamente hombres de esmoquin y damas de largo lame profusamente enjoyadas. Su excelencia don Nicolás Franco hacía tertulia en la sala contigua con otros dos diplomáticos españoles y cuatro o cinco damas jóvenes que lo escuchaban con gran interés. De Ávila condujo a sus acompañantes ante el hermano de Franco. Era calvo y mofletudo, muy blanco de piel, con unos ojos porcinos en los que brillaba la astucia o el alcohol. Estaba arrellanado en un sillón bajo y explicaba las feroces costumbres guerreras de los moros que servían a su hermano en Regulares. La mención de un centro floral adornado con dos cabezas cortadas de caudillos de cabilas rebeldes arrancó grititos histéricos a las damiselas, pero don Nicolás, siempre atento con las damas, les dedicó un par de donaires que les devolvió la sonrisa.

Koestler observó que todo el mundo vestía de gala. La miseria del

mundo y la guerra podían ser temade conversación, pero el casino de Estoril se hallaba al margen de la historia, era un mundo feliz habitado por personas sin problemas.

De Ávila hizo las presentaciones.

—El señor...

—Arthur Koestler.

—El señor Koestler es conocido del cónsul Lindharten. Es corresponsal de algunos periódicos importantes y uno de los nuestros.

Don Nicolás Franco sonrió diplomáticamente a la indelicada mención de la ideología política del extranjero. Cuando oyó que Koestler era corresponsal del famoso diario liberal inglés dejaron de importarle las toscas facciones y las cejas hirsutas de aquel hombre moreno que vestía un traje pésimamente cortado y calzaba unos zapatos horribles. El News Chronicle era un periódico importante. Nicolás Franco se desentendió de las señoras y adoptando una expresión seria, preguntó:

—Dígame, ¿cómo van las cosas por Hungría?

—El viejo Gombos se defiende y tiene el firme propósito de limpiar el país de judíos y de socialdemócratas —respondió Koestler—. ¡Ojalá lo consiga!

Nicolás Franco sonrió satisfecho. No sabía mucho del primer ministro húngaro, aparte de que se llamaba Gombos y de que era un hombre de tendencias entre nazis y fascistas, antisemita y furibundo conservador.

—¿Tiene usted pensado desde dónde quiere informar? ¿Desde Burgos, quizá?

—No, tengo entendido que ya hay demasiados corresponsales y agencias en Burgos. Me gustaría escoger el sur. Sevilla, por ejemplo. Creo que allí la guerra será más movida que en el norte.

Nicolás Franco hizo un gesto ambiguo, como desvinculándose de la decisión de su interlocutor.

—En ese caso daré instrucciones a mi secretario para que le prepare

una carta de presentación para el general Queipo de Llano.

Era evidente que don Nicolás Franco quería deslumbrar a las damas acompañantes con una exhibición de poder.

—¿Queipo...?

—Sí, hombre, el general gobernador de Sevilla.

Arthur Koestler cayó en la cuenta.

—No sé cómo agradecerérselo —manifestó.

—No tiene que agradecermelo. Limítese a contar lo que vea en el bando nacional, refiera a sus lectores la bravura de los hombres y su arrojo en el combate. Con eso ya será suficiente. ¿Cuándo parte?

—Todavía no lo sé. Debo esperar a que se reúna conmigo un fotógrafo americano. Quizá pase un mes. Mientras tanto escribiré algunos reportajes sobre Portugal.

—Es una bella tierra —aseguró el hermano de Franco.

Una de las damas había iniciado la retirada y se volvió a mirar al embajador español desde el otro ángulo del salón. El diplomático captó el mensaje.

—Y ahora, si me disculpan, creo que el deber me reclama.

El deber era una mesa de backgammon en un saloncito reservado. Nunca se sabe dónde puede estar el deber de un diplomático.

Arthur Koesder estrechó la mano que le ofrecía Nicolás Franco.

—¿Entonces?

—Pásese mañana a las nueve por la embajada y mi secretario se lo arreglará todo.

Así fue como Arthur Koestler, agente del Komintern, obtuvo su salvoconducto y una carta personal para el general Queipo de Llano.

En la segunda semana Carmen hizo grandes progresos. Aprendió a alternar con desparpajo, supo que una señorita de su rango jamás sale a recibir a su visita; que en la calle o en la escalera debe ocupar el lado de la pared y apoyarse, si hubiera lugar, en el brazo del caballero; que no se

debe mirar fijamente a ninguna persona, excluyendo, naturalmente, al caballero al que pretende seducir; que no debe balancear la silla, ni inclinarse hacia adelante; que una postura rígida resulta siempre más conveniente que una relajada; que hay que prestar atención a pequeños gestos elegantes, como recomponer el peinado con un ligero y gracioso toque; que en lugar de doblar cuidadosamente el chal hay que dejarlo caer sobre un mueble con negligencia...

—Nunca rías a carcajadas —la aleccionaba Eveline—; evita llevar las manos hacia el caballero con el que conversas; no le retuerzas un botón de la chaqueta, ni incurras en otros gestos igualmente groseros propios de las clases proletarias. Y mucho menos toques a tu interlocutor para llamar su atención o le tires de la manga. Guiñar los ojos, levantar los hombros, dar golpecitos con los pies en el suelo, todo eso es de mal gusto y una señorita de clase jamás lo haría.

Carmen tomaba nota mentalmente de los pequeños hábitos que debía reformar.

—Procura no bostezar, pero si bostezas oculta la boca interponiendo elegantemente la mano. Y no te rasques en público, que es una actitud propia de pobres. Y cuando hables, no sostengas una flor entre los dientes.

—¿Cómo se puede hablar con una flor entre los dientes?

—Las españolas lo hacéis —afirmó Eveline—. Yo lo he visto.

Carmen aprendió a vestirse y a conducirse con elegancia; aprendió los modales que se deben observar en la mesa; aprendió a diferenciar entre la media etiqueta y la etiqueta completa, supo lo que eran los abanicos de chimenea, el orden en que se ofrece asiento a los invitados, cómo se conduce una dama en la calle, en el hogar, en el automóvil, aprendió que debe preceder al acompañante varón siempre salvo en restaurantes y establecimientos públicos; aprendió a esperar sonriendo discretamente a que te retiren la silla, a permanecer sentada cuando el que saluda es un caballero, pero a levantarse inmediatamente cuando se

trata de una señora de mayor edad o de respeto, y todo lo referente a la postura corporal y al gesto señorial, que una aristócrata de raza sabrá mantener imperturbablemente en cualquier circunstancia.

La Cartuja

Dos aparatos de la clase Stuka despegaron de la base de Tablada a las cinco de la madrugada del día 8 de agosto de 1936. Después de un vuelo de cuarenta minutos aterrizaron en la pista de fortuna del aeródromo denominado Anton Uno, en plena sierra de Sevilla, junto al pueblecito de La Cartuja.

—¿Qué tal anoche?

—Fatal. Los mosquitos no me han dejado pegar ojo.

El teniente Hartmann sigue untando mantequilla en la tostada. Se sonríe con su propio pensamiento.

—En Alemania están mejor. He oído decir que el jefe de la Gestapo, Himmler, cuando sale al campo, mantiene a tres fornidos SS en constante guardia para espantarle las moscas. Le tiene pánico a los gérmenes.

—No me extraña —ríe Von Balke—. Imagínate que uno de esos mosquitos haya picado previamente a un judío e inocule la sangre impura en las venas del jefe de la Gestapo.

—¡Sería terrible, se hundiría el Reich!

Se acerca el sargento Kolb y guardan silencio. No es la clase de conversación que se puede mantener ante los subordinados.

Lisboa

Con los días, Eveline, aunque siempre trabajadora infatigable, había ido suavizando su severidad del principio y hallaba verdadero placer en transmitir sus conocimientos a una alumna tan perspicaz y agradecida como Carmen. Por otra parte, la francesa, al final de la primera semana, había sucumbido en los brazos de Codevilla, y las intensas noches de sexo y delirio que pasaba con el argentino la habían serenado. No era una

mujer tan fría como aparentaba. En el silencio de las madrugadas, se la oía a veces chillar en medio de un orgasmo devastador, pero a la mañana siguiente, temprano, comparecía a dar sus clases puntualmente, aunque a veces algo distraída y con profundas ojeras.

—En primer lugar —la escuchaba Carmen con interés renovado— piensa que eres una dama de alcurnia, y las damas de esa clase aprenden desde la infancia a reprimir sus sentimientos y a disimular tanto las penas como las alegrías, o más bien a contenerse para no expresarse con demasiada vehemencia ante personas extrañas o criados. Por otra parte, esa fachada de persona de alcurnia te ayudará a disimular tu identidad y tu condición de espía. Tendrás que disimular tu interés por cosas que normalmente no interesan a una mujer. Eso te resultará relativamente fácil pues eres una chica moderna, partidaria de la liberación de la mujer, del sufragio y de la igualdad femenina, una chica deportista que está fascinada por las mujeres aviadoras y quiere ser una de ellas.

Carmen disfrutaba con las lecciones de Eveline. Le revelaban los entresijos sociales de aquel mundo que ella solía admirar en las películas. También Eveline parecía disfrutar con su trabajo, y desde luego se mostraba menos autoritaria y más tolerante que al principio. El romance con el argentino había surtido un efecto inmediato sobre su carácter, apaciguándolo. No obstante, en presencia de los otros habitantes de la casa y del servicio, Eveline procuraba no acercarse a Codevilla. Sólo en los últimos días, cuando ya el grupo iba a disolverse, se abandonó por completo a la pasión y un par de veces la sorprendieron besando apasionadamente al porteño, mientras él la correspondía con las manos en los pechos o bajo la falda.

La Cartuja

El aeródromo secreto, Antón Uno, estaba emplazado en el interior de la finca El Espinar, propiedad del ciudadano alemán Martin Bauer.

En los días 9, 10 y 11 de agosto de 1936, los Stukas denominados A-1 y A-2 realizaron seis vuelos de entrenamiento que totalizaron nueve horas y veinte minutos. Las pruebas de comunicación radiotelegráfica, de ametrallamiento y de bombardeo de precisión resultaron un éxito. Además hubo espacio para que los tenientes Von Balke y Hartmann probaran la maniobrabilidad de los aparatos. El Stuka era un avión muy pesado y torpón si se le sacaba del picado, pero, no obstante, lograron estimables rizos, dobles y toneles e incluso acrobacias más difíciles como el ocho y la hoja que cae. Los pilotos estaban entusiasmados con sus máquinas y un poco menos el sargento Kolb, que sólo se sentía seguro cuando asentaba los pies en la tierra.

El día 12 de agosto recibieron la inesperada visita de Papa Speerle. Habían completado su entrenamiento y se les encargaba la primera misión de guerra.

—Vamos a atacar al Jaime I —anunció—. Es el único acorazado de la armada roja y su unidad más importante en el Estrecho. Franco quiere hundirlo a toda costa. Hace unos días el Jaime I destrozó las instalaciones portuarias de Algeciras y averió gravemente un par de cañoneros. El ataque tendrá dos fases: en la primera dos trimotores Ju-52 dejarán caer seis bombas de doscientos cincuenta kilos. Es improbable que acierten, lo sé, pero al menos sembrarán el desconcierto y obligarán a los antiaéreos a gastar mucha munición. Por eso en cuanto los Ju-52 se retiren intervenís vosotros sin darles respiro.

Lisboa

A veces, al caer la tarde, Carmen estaba extenuada por el esfuerzo y la atención de todo el día. La salida nocturna para aprovechar las frescas brisas yodadas del océano se convirtió en un rito que a todos satisfacía. Cenaban temprano y salían a explorar el intrincado laberinto de callejas de la Alfama con sus casitas de fachadas inclinadas y ventanas desiguales

en cuyos bajos se abrían pescaderías y tabernas. Algunos días el paseo los llevaba hasta los jardines del castillo de San Jorge o al Barrio Alto, donde se asomaban al Miradouro de Sao Pedro de Alcántara, el balcón abierto sobre Lisboa. Allí se sentaban en torno a uno de los veladores y pedían una zarzaparrilla o una cerveza.

En estas salidas Carmen solía hacer pareja con el piloto ruso y procuraban despistarse para que Eveline y Codevilla pudieran ir a su aire. Codevilla, por su parte, a pesar de su apariencia frívola y despreocupada, era tan exigente como los demás en el trabajo. En sus clases, Carmen aprendió a reconocer a los personajes más importantes de la corte española, y con ayuda de los álbumes fotográficos de los Rades de Andrade, se familiarizó con sus parientes de ficción. Codevilla se había provisto de algunos boletines atrasados del Centro de Acción Nobiliaria y repasaba con Carmen una y otra vez sus notas de sociedad así como las páginas en cuché del Blanco y Negro. La muchacha terminó por reconocer por sus títulos y origen a buena parte de la aristocracia española, especialmente los nombres pintorescos y fáciles de recordar: el conde del Vado del Maestre, el del Real Empeño, el marqués del Velero de Palma, el marqués de Roca Verde, el conde de Gondomar, y en general los que la otra Carmen podía haber tratado por ser amigos de su padre o porque veraneaban en los mismos lugares que los Rades de Andrade.

En la casa sólo se hablaba español, de manera que Antonov hizo grandes progresos en pocos días y hacia el final del entrenamiento hasta se atrevía a dar explicaciones fáciles en su nuevo idioma. Le causaba gran placer comprobar que mademoiselle Eveline, que hacía de intérprete, apenas tenía que corregirle algún tiempo verbal o algún giro erróneo.

Las clases de aviación con Antonov eran las más intensas y las que requerían mayor esfuerzo. Entre Carmen y Yuri se estableció una viva corriente de amistad basada en la empatía de dos personas a las que la vida ha conducido por sendas distintas a aquellas a las que

vocacionalmente se sentían llamadas. A Carmen le hubiera gustado realizar sus sueños románticos de encontrar un hombre bueno, formar una familia y vivir en paz; Yuri hubiera sido más feliz al volante de un tractor, sobre un campo de patatas, viendo siempre el mismo monótono paisaje, que con la palanca de mando de un caza, en la angosta cabina, vagando por Dios sabe qué cielos. Pero las cosas eran así y ya era demasiado tarde para intentar modificarlas.

En un par de ocasiones Yuri y Carmen fueron al cine, al bello salón modernista del Animatógrafo do Rossio, donde vieron una película de Bette Davis y otra de Antoñita Colomé.

Algunas noches se quedaban a repasar las lecciones del día en la mesa de la cocina y a veces se sonreían al escuchar en el techo los pasos furtivos de Alfredo Codevilla-Medina, que no acababa de aprenderse qué baldosas del pasillo estaban sueltas cuando lo recorría de puntillas para reunirse con Eveline. Luego se oían estremecidos susurros y finalmente el monótono chirrido de un viejo somier oxidado, que no dejaba de protestar por mucho que los usuarios lo engrasaran. Carmen, tendida en el lecho después de la agotadora jornada, se sonreía recordando que al principio la francesa le había parecido lesbiana por la forma descarada y hasta impúdica con que a veces la observaba.

La Cartuja

El rugido del motor fue creciendo. Cuando el indicador alcanzó las revoluciones requeridas, Rudolf soltó el freno y el aparato comenzó a rodar. En la casa de El Espinar, desde una rendija de la ventana del soberado, convenientemente ocultos por la espesa cortina, el casero y su mujer contemplaban fascinados las llamas azules que brotaban de los tubos de escape y recorrían como breves relámpagos los flancos de los Stukas. Había algo de fantasmagórico en aquellas llamas que contrastaban con el frío destello perpendicular de la luna en las hélices.

Rudolf adelantó suavemente la palanca de gases y el A-1 comenzó a rodar. Pareció que tardaba una eternidad en rebasar las luces de los veinticinco metros, pero aceleró al máximo y las de los cincuenta llegaron casi al instante, seguidas de las de los setenta y cinco. Poco antes de rebasar las de los cien, Rudolf tiró de la palanca con fuerza. Al momento dejó de percibir la trepidación de las ruedas y un segundo después flotaba en el aire. El potente corcel aéreo remontaba el vuelo a todo galope llevando a Von Balke, el caballero negro acorazado de hierro, contra el enemigo.

—¿Todo bien Kolb?

—Todo bien, capitán.

Von Balke ganó altura, abrió el gas a tope y viró ampliamente hacia el este. Con el aparato inclinado, miró hacia abajo. Hartmann acababa de despegar y su Stuka sobrevolaba la línea oscura de las encinas, al pie de la pista. Arriba.

Von Balke redujo la potencia del motor y levantó los alerones para acrecentar la sustentación y resistencia del aparato. Su mano presionó con suavidad la palanca de control. Los extremos de las alas se

estremecieron ligeramente. Mantuvo el rizo hasta que Hartmann se le unió, un poco retrasado, a veinte metros del ala derecha. Levantó la mano a guisa de saludo.

—¡Adelante!

Los dos Stukas ganaron altura y se desviaron hacia el este en dirección a Carmona. Luego enfilaron nuevamente hacia el sur. De este modo evitaban Sevilla. Guiándose por las líneas de las carreteras pasaron por Utrera y las Cabezas de San Juan para aterrizar en Antón Dos, el aeródromo de Jerez de la Frontera, a las dos de la madrugada. Mientras tomaban un café en la barraca de los oficiales, los maestros armeros revisaron las ametralladoras y fijaron una bomba de cien kilos debajo de cada fuselaje.

A las tres y media de la madrugada reanudaron el vuelo, esta vez hacia el este, guiándose por el curso del río Guadalete primero y después por el Majaceite. A la altura de Grazalema atravesaron una nube lluviosa que les mojó los cristales de la carlinga. Luego rebasaron Ronda y pusieron rumbo a la costa. Cuando sobrevolaron el mar descendieron a dieciocho metros. A esa altura, la estela de la hélice levantaba dos o tres metros de espuma en las olas tranquilas. Rudolf niveló el aparato a cuarenta metros y 750 km/h. Volvieron a remontar el vuelo y mantuvieron una altura de mil metros girando en amplios círculos hasta que percibieron en la lejanía el destello de unas luces de posición y un segundo después la silueta familiar de un trimotor Ju-52 con su característico fuselaje de chapa corrugada.

—Ahí tenemos la nodriza —avisó Von Balke.

La voz de Klaus Hartmann sonó por el intercomunicador.

—Lo estoy viendo, pero ¿dónde está la otra vaca?

En vano escudriñaron el firmamento. No había rastro del otro Ju-52 que debía participar en el bombardeo. En realidad había perdido el rumbo en una masa nubosa y su piloto decidió continuar hasta Tetuán.

Los Ju-52 no estaban equipados con aparatos de radio. Von Balke

hizo una pasada para anunciar su presencia y remontó unos quinientos metros. El Ju-52 se mantuvo a la misma altura y orientó el morro hacia Málaga.

Unos minutos después volvieron a avistar la costa a unos kilómetros del objetivo. Desde entonces se limitaron a seguir la línea de la costa.

—El objetivo está ahí delante, Rudolf —anunció Hartmann, cuya vista era prodigiosa.

A pesar del toque de cubrefuegos, Málaga relucía a lo lejos como una medusa varada en la montaña, con su alcazaba morisca y la playa. En la ciudad brillaban dos o tres luces furtivas, pero en el recinto portuario la oscuridad era absoluta.

Von Balke consultó el reloj. Las cuatro y veinte. Pronto amanecería. El momento óptimo para el ataque era a la luz indecisa de la aurora.

Los Stukas se mantuvieron a una distancia prudente volando en círculo. El Ju-52, con sus motores a toda potencia, descendió a quinientos metros y se lanzó contra el objetivo. Los servicios de Inteligencia habían suministrado un diagrama del puerto y señalado en qué muelle se encontraba el Jaime I. Un blanco de más de cien metros de largo no tenía pérdida.

El Ju-52 soltó todas sus bombas en una sola pasada: dos cayeron al mar y levantaron sendos surtidores de agua y barro de más de cien metros de altura. La onda expansiva causó algunos daños en los barcos más próximos, que entrechocaron o golpearon el muelle. La tercera bomba estalló en tierra, a veinte metros del acorazado, y sólo destruyó una grúa y un camión cargado de aceite. El incendio del aceite levantó una espesa columna de humo.

—¡Lo ha alcanzado! —informó Hartmann.

Von Balke tuvo que disimular su contrariedad. Hubiera preferido hundir el navío él solo, sin ayuda de nadie.

Levantó la mano para hacer la vieja señal de los *jagger*, mientras decía por la radio:

—Ahora nos toca a nosotros. Suerte.

Von Balke se mantuvo a la misma altura de dos mil metros hasta que sobrevoló el caserío de la ciudad. A un minuto del puerto corrigió el rumbo para situarse en la perpendicular del navío y, guiándose por la columna de humo, redujo la potencia, bajó los alerones e inició el picado más atrevido de su carrera, casi de 90° de inclinación. Apretó la mandíbula concentrado en el objetivo que ascendía vertiginosamente a su encuentro. Calculó un punto intermedio entre la chimenea y la ojiva de la proa. La bomba debe estallar fuera del blindaje central, el cofre acorazado, se dijo. Y lamentó que todavía los Stukas no dispusieran de motores más potentes que permitieran cargar con una bomba de quinientos kilos. Pulsó el lanzador cuando la parte central del navío ocupaba todo el parabrisas. La bomba se desprendió a una altura de cuatrocientos metros y el Stuka saltó bruscamente al perder peso. Rudolf accionó firmemente los mandos para recuperar el aparato.

Separada del avión, la bomba se precipitó sobre su objetivo. La progresiva aceleración de la caída, por efecto de la fuerza de la gravedad, se manifestaba en el tono cada vez más agudo del silbido que producía el estabilizador de la espoleta, un aullido que helaba la sangre de los bisóños artilleros antiaéreos.

Ante Von Balke sólo se abría la claridad lechosa del horizonte a punto de romper el día. Intentó mirar a tierra por la ventanilla inferior, pero sólo acertó a distinguir un retazo de mar.

—¡Impacto, teniente! —le llegó el grito entusiasmado de Kolb, a través del intercomunicador. En la euforia había olvidado la nueva graduación de su superior—. ¡Le ha atizado en todo el morro!

La bomba había perforado la cubierta del acorazado y penetrado seis metros en la infraestructura antes de estallar sobre el encastre de la quilla. La explosión sacudió al enorme pez y levantó una gran columna de humo.

Hartmann no tuvo tanta suerte y su bomba fue a explotar a diez

metros del blanco, sobre el muelle. La recuperación de su picado fue tan baja que pudo distinguir los rostros aterrados de la gente que corría tratando de ponerse a salvo. Cuando ganaba altura comenzaron a abrirse a su alrededor las súbitas rosas de los antiaéreos. Habían reaccionado demasiado tarde.

Los atacantes regresaron en tenso silencio, con los ametralladores de cola pendientes de la línea del horizonte, a pesar de la molestia del sol que se alzaba con todo el esplendor estival. Los aparatos republicanos podían perseguirlos y darles caza ya a pleno día. Solamente después de pasar Sevilla, bajo la cobertura de Tablada, se relajaron y restablecieron contacto radiofónico.

—Esta noche brindaremos con champán, Rudolf —prometió Hartmann.

—Aquí no hay champán —advirtió Rudolf.

—Entonces con vino español.

—Mi capitán —intervino Kolb—, con el debido respeto propongo que hagan la fiesta en Sevilla o en cualquier otro lugar donde haya señoritas. Una celebración sin señoritas no es celebración ni es nada.

Rieron y comenzaron a entonar el Am brunner von dem Tor como estudiantes alocados. A las pocas estrofas Rudolf von Balke dejó de cantar. De repente, escenas de su infancia pasaban en rápida sucesión por su memoria: un carrito tirado por un poni, los téis en los salones cortinados de Starken, todos los minuciosos rituales de la casta junker. Recordó que de niño, durante la Gran Guerra, se tendía en el suelo y dormía sobre la alfombra para participar del sufrimiento de los soldados en el frente.

La muerte quedaba atrás, abajo. Los dos Stukas, como pájaros juguetones, sobrevolaban el dilatado paisaje de carrascas y monte bajo, de esparto y granito, mientras el sol remontaba su curso por el cielo azul. Iba a ser un largo y caluroso día.

Lisboa

—Tienes que parecer una aviadora —le repetía Yuri Antonov—. Todo este esfuerzo es para que obtengas información sobre un avión secreto. Una mujer que hace preguntas técnicas sobre un avión militar levanta sospechas, por lo tanto tu nueva personalidad requiere que seas una mujer piloto.

—¿Una mujer piloto? —se extrañaba Carmen—. ¿Hay mujeres piloto?

—Sí, en el mundo existen muchas mujeres piloto, especialmente en los países capitalistas, entre las caprichosas herederas de papas ricos. Se supone que Carmen Rades de Andrade es una de ellas. Te suministraremos un carnet de piloto a su nombre del London Aeroplane Club de Stag Lañe, donde admiten mujeres.

—¿Y si me hacen volar?

—No te harán volar —rió Yuri de buena gana—, y mucho menos en un prototipo secreto, pero podrás hacer todas las preguntas que te voy a sugerir sin que tu interés levante sospechas. Por otra parte el piloto alemán estará encantado de contestarlas. Querrá demostrarte lo listo que es, que lo sabe todo sobre un avión tan moderno y secreto. Te lo demostrará, no te preocupes: es bastante vanidoso.

—Pero ¿tú lo conoces? —preguntó Carmen sorprendida.

Yuri Antonov desvió la mirada.

—No —mintió poniéndose serio—. No lo conozco, pero todos los oficiales prusianos son así.

Tenía la sensación de estar traicionando a la muchacha.

España

Una crónica del periodista portugués Mauricio de Oliveira, que presenció el ataque al Jaime I desde la azotea del hotel Larios, narra de este modo el primer ataque en picado de la historia (confundiendo, por cierto, al Ju-52 inicial con los Stukas que lo siguieron): «El trimotor se fue desplazando. De pronto su carlinga quedó en posición vertical y el aparato, despedido como una saeta, se precipitó en el espacio. ¿Qué sucedió?, ¿alcanzado?, ¿una tentativa loca? Hubo un momento de pánico. Las ametralladoras restallaban. La silueta del avión adquirió bulto, aumentando de volumen hasta mostrarse de tamaño descomunal, llegando como a unos doscientos metros del agua. Venía en la vertical del acorazado Jaime I. No hubo tiempo para intentar ninguna previsión. Y en tanto que este extraño espectáculo se desarrollaba, producíase una explosión enorme que atronaba los aires... la proa del acorazado parecía envuelta en una gran humareda (...) el avión subía en una carrera vertiginosa escapando al fuego antiaéreo de los navíos. A bordo del acorazado había pavor. Entre muertos y heridos había unos veinticinco hombres. Las averías causadas han sido de verdadera importancia. El combés y el costado de babor presentan un boquete de cerca de dos metros de ancho por siete de largo. En todo el combés a proa veíanse destrozos, pedazos de hierro, acero y madera, y en el interior del barco se presumen grandes estragos, quedando inutilizados muchos aparatos, utensilios de a bordo, etc. El efecto moral en Málaga ha sido tremendo. Por la noche, acompañado por un torpedero, el Jaime I salió al mar con destino a Cartagena, donde le repararán las averías sufridas.»

Lisboa

Carmen aprendió todo lo que debía saber una mujer piloto, todo, excepto pilotar verdaderamente un avión. También memorizó una serie de cotilleos referentes a sus supuestas heroínas: sobre la aviadora Amelia Earhart, especialista en largas distancias, la mujer que cruzó el Atlántico

en solitario en 1932; Jean Batten, que voló de Inglaterra a Nueva Zelanda; Amy Johnson; Elinor Smith, que sufragaba sus aparatos efectuando exhibiciones arriesgadas, y que voló bajo los puentes del East River de Manhattan; Viola Gentry, que estableció el primer récord femenino de resistencia en solitario en 1928, y que se había pagado el carnet de aviadora trabajando como cajera en una cafetería de Brooklyn. También supo de Raymonde de Laroche, perteneciente a la alta sociedad francesa, de Ruth Nichols y de Laura Ingalls, dos americanas ricas. En las revistas ilustradas que Codevilla le suministraba, se familiarizó con las vidas, las opiniones, los modelos de avión que pilotaban estas mujeres, e incluso memorizó los datos fundamentales de los lugares donde presuntamente había conocido a algunas de ellas.

Lo más duro fueron las lecciones técnicas.

—Tú eres un piloto —le decía Yuri— y como tal debes conocer no sólo el avión sino los sentimientos del aviador por la máquina.

El avión, aunque apareciera ante el profano como un conjunto de engranajes, válvulas, magnetos, pistones, chapas y caucho, en realidad era una parte del organismo del piloto.

—Tú eres el corazón del avión —le explicaba Yuri—. Estás unida a él por lazos, cuando vuelas en cabina te inclinas frecuentemente para apretar las correas o tirar de los cierres que se resisten, entonces todas tus articulaciones vibran con la vibración del avión, y esa vibración es consecuencia de lo que tú haces. El aparato se convierte en tu cuerpo. Sois un pájaro mixto hecho de carne y acero, y tú eres su cerebro.

Sobre un panel en el que Yuri había dibujado los mandos y niveles, Carmen aprendía a volar.

—¿Qué tienes que hacer ahora?

—Controlar la brújula para mantener los doscientos trece grados, vigilo el paso de la hélice y la refrigeración del aceite.

—Muy bien: ahora cuenta las llaves e interruptores, los cuadrantes, las palancas, las manijas, y dime para qué sirve cada cosa.

Un día fueron al aeropuerto de Lisboa y Yuri le mostró un verdadero avión.

—Esta avioneta es la Bf 109. En ella se entrenan los pilotos alemanes.

La hizo sentarse en la cabina abierta.

—Mira todas estas palancas y pulsadores y dime para qué sirve cada cosa.

No era tarea fácil. Había más de treinta objetos que verificar, que controlar, que estirar, que torcer, que empujar, pero Carmen los identificó sin un solo fallo.

Aquella noche Yuri la invitó a cenar. Estaba orgulloso de su alumna.

Cuando Carmen estuvo familiarizada con el avión y los principios del vuelo, Yuri pasó a explicarle pormenorizadamente en qué consistía el Stuka y qué necesitaban saber de él. La enseñó a distinguir la información accesorio de la fundamental.

—Y sobre todo recuerda que tu esfuerzo debe dirigirse a dos objetivos principales: conocer cómo han resuelto el freno de picado y cómo funciona el piloto automático.

Lisboa

La partida se fijó para el 6 de setiembre.

Ese día Carmen compareció particularmente hermosa con un severo traje de entretiempo que ceñía admirablemente su cintura y resaltaba la redondez escultórica del busto y las caderas; por el contrario, Koestler, su compañero de viaje, llevaba unas ropas más bien raídas porque había reservado su único traje completo para cuando estuvieran en Sevilla.

El viaje fue tranquilo, sin incidencias, cada cual disimulando la preocupación que le producía el incierto futuro.

Los dos iban a espiar en la Sevilla de Queipo, donde se fusilaba a la gente por mucho menos que eso.

A la caída de la tarde del día siguiente llegaron a Vila Real de Santo Antonio. El camarada portugués que había conducido los dejó frente al hotel do Prado y se despidió con un fuerte apretón de manos. Un botones les subió el equipaje a las habitaciones.

—¿Te parece que nos veamos en el vestíbulo a la hora de la cena, digamos dentro de una hora?

Carmen estuvo de acuerdo.

Cenaron bacalao y arroz en la terraza de un restaurante de la bella plaza dieciochesca, en un velador de mármol decorado con un pequeño buqué de flores e iluminado por un farolillo de papel que pendía de una cuerda. Un guitarrista ensimismado tañía su instrumento en un banco cercano y cantaba tristísimos fados. Iniciaba uno, entonaba un par de estrofas y en seguida pasaba al siguiente, como si ninguno lo satisficiera.

—¿Preocupada? —preguntó Koestler.

Durante la comida habían charlado animadamente, pero después del café se había abierto un prolongado silencio.

—No sé si estoy preocupada—respondió Carmen, pero al momento rectificó—. Sí, la verdad es que sí.

Koestler alargó una mano y la posó sobre la de su compañera.

—Es humano tener miedo. También yo lo tengo.

Carmen lo miró con expresión seria.

—No es miedo, Arthur. Desde que acepté participar en esto tengo asumido que si me descubren me fusilarán.

—¿Y eso te preocupa?

Brillaron lágrimas mal contenidas en los bellos ojos de la muchacha.

—No. A mí no me pueden hacer más de lo que me han hecho. Ya no siento ni padezco. Pero me abruma la responsabilidad de todos los que esperan que la empresa salga adelante.

—Te has preparado muy bien, mucho mejor de lo que Eveline y los otros suponían. Si conservas siempre la cabeza fría todo irá bien.

Ella asintió.

Pesaba la cálida mano del húngaro sobre la suya. Carmen la retiró suavemente.

Antes de regresar al hotel pasearon por la ribera ajardinada del Guadiana. Las luces de Ayamonte brillaban a lo lejos, al otro lado de la cinta oscura y ancha del río.

—Bueno, eso de enfrente es España. Pasaremos mañana, en el primer transbordador. Dentro de un par de días, en Sevilla.

El viaje a Sevilla transcurrió sin incidentes. El salvoconducto firmado por Nicolás Franco allanó los trámites aduaneros y solventó los diversos controles de carretera.

La Carmen Rades de Andrade que llegaba a Sevilla era una muchacha piadosa y obstinada que había hecho promesa de apartarse de toda vida social y observar la vida de una monja de clausura hasta que su familia fuese liberada de las cárceles rojas. Amigos de la Cruz Roja Internacional se estaban ocupando de ello en Suiza. Con este pretexto

Carmen podría mantenerse al margen de toda vida social y evitar que se descubriera su condición de impostora.

—Pero entonces, ¿cómo voy a conocer al piloto alemán?

—Eso ya lo arreglaremos allí. Después debes hacerle creer que sólo lo tratas a él. Eso lo halagará mucho. Ten en cuenta que se creen pertenecientes a la raza superior y piensan que son irresistibles. La sensación de estar consiguiendo que una mujer peque o quebrante su promesa más sagrada le resultará especialmente atractiva.

TERCERA PARTE

Sevilla

Llegaron a Sevilla al anochecer, después de superar el último control de salvoconductos en el puesto de la Cuesta del Caracol, y fueron directamente al hotel Inglaterra, en la plaza Nueva, donde todavía quedaban huellas de los disparos del día que Queipo tomó Sevilla. Carmen permaneció en el coche, con las cortinillas echadas, para evitar que alguien la reconociera, mientras Koestler hacía las reservas e inspeccionaba las habitaciones. Las escogió contiguas, con vistas a un patio interior en el que se apilaban sillones desportillados, cajas de botellas, cubos y escobas.

Al cabo de un buen rato regresó el húngaro.

—Ya tenemos alojamiento y no hay moros en la costa.

Le tendió la mano a Carmen y la ayudó a descender del automóvil. El personal del hotel y la media docena de huéspedes que leían el periódico o conversaban en los sillones del vestíbulo vieron cruzar a una dama joven rigurosamente enlutada, con el rostro oculto bajo un velo de viuda.

Ya en el ascensor, Carmen expresó sus temores.

—El que estaba junto al repostero me ha mirado mucho.

—No hay motivo para preocuparse —la tranquilizó Koestler—. Te ha mirado porque llevas la cara tapada y eres una mujer hermosa. Es natural.

Pero también él estaba nervioso y se sentía inseguro, pese al desparpajo y desenvoltura que demostraba.

Al día siguiente, temprano, Koestler se dirigió al palacete del Conde, sede del Gobierno Militar de Sevilla, y presentó sus credenciales al capitán Emilio Bolín, jefe de prensa. De paso lo informó de que había

acompañado desde Lisboa a la hija de los duques del Hontanar, recientemente rescatada de la zona roja.

—¿La han interrogado ya? —preguntó Bolín.

—Sí, antes de pasar a Portugal prestó declaración en Salamanca —mintió el húngaro.

A continuación refirió la delicada situación de la muchacha, con la familia y el novio cautivos en zona roja, motivo por el cual había hecho promesa de no salir a la calle ni ver a nadie hasta que sus familiares fueran liberados. La Cruz Roja Internacional estaba en ello, pero los trámites eran lentos.

Bolín asintió y se creyó la historia. En aquellos días, muchas mujeres hacían promesas parecidas y vestían hábitos para impetrar la salud de los suyos, especialmente las que tenían familiares en el frente o retenidos en la otra zona.

Koestler había entregado sus credenciales a un mecanógrafo que le expidió un pase y un salvoconducto. Se disponía a retirarse cuando Bolín dijo:

—En cuanto a la carta de don Nicolás Franco para el general Queipo de Llano que trae usted, creo que no sería mala idea que se la entregara personalmente.

—Será un honor —respondió el húngaro.

—El general recibe a las once. Hoy tiene pocas visitas. Venga usted a eso de las once y media.

—Aquí estaré.

Koestler estrechó firmemente la mano suave que Bolín le tendía.

—¡Ah!, y traiga con usted a la señorita Rades de Andrade. Al general le encantará saludarla.

Koestler se quedó helado.

—¿A la señorita Rades de Andrade? —acertó a decir.

—Sí, tráigala con usted. El general se interesará por ella.

Koestler adoptó una rápida decisión, la única que podía tomar dadas

las circunstancias.

—También a la señorita Rades de Andrade le gustará conocer al general. En Lisboa ha oído hablar mucho de él y de sus charlas.

Bolín lo despidió con una amable sonrisa. ¿Sospechaba algo? La duda torturó al húngaro durante el resto de la mañana.

Sevilla

El general Queipo de Llano se levantó ágilmente, salió de detrás de su escritorio y fue al encuentro de la joven dama. Era alto y espigado, como de alambre. En su rostro anguloso, de piel macilenta y como amojamada, había una cualidad pétrea desagradable, un atributo siniestro que los alegres bigotes de enhiestas guías no acertaban a conjurar. Tomó la mano de Carmen y la besó ceremoniosamente.

—Es un honor conocerla, señorita.

Les ofreció asiento en un tresillo, junto a la ventana.

Koestler hizo entrega de la misiva de Nicolás Franco que Queipo depositó distraídamente sobre la mesa sin siquiera mirarla. Estaba más interesado en Carmen.

—Bolín me ha puesto en antecedentes de su caso, y créame que haré cuanto esté en mi mano por conseguir la rápida liberación de su familia.

—Es usted muy amable, general —respondió Carmen—. Ya en Salamanca y en Lisboa distintas personas que siguen sus charlas radiofónicas me habían advertido que es usted un caballero español siempre dispuesto a amparar al débil.

—Sí, me han educado así en mi hogar y ése es el credo de honor que he profesado desde que vestí el uniforme —se ufano Queipo irguiéndose como un mosquetero.

—Mi general —prosiguió Carmen con un aplomo que a ella misma asombraba—, yo sé que todo esfuerzo que se haga por la causa es poco, pero en mi cautiverio hice una promesa al Jesús del Gran Poder, que es la mayor devoción de mi padre, y quisiera suplicarle que vucencia me ayude a cumplirla.

—¡Cuenta con que haré lo que esté en mi mano!

—He prometido al Gran Poder, además de visitarlo todos los viernes y hacerle las novenas y devociones, mantenerme apartada del mundo y dedicarme a la oración hasta que mi padre y mi novio sean liberados.

—¡Nadie la va a molestar, señorita, de eso puede estar segura! —aseveró Queipo—. ¿Sabe ya dónde va a residir?

—Estamos en tratos para alquilar una casa de campo en las afueras —intervino Koestler—, un lugar ventilado y tranquilo porque, a causa de las condiciones de su cautiverio, la señorita no goza de buena salud.

—Ya saben que cualquier cosa que necesiten no tienen nada más que pedirla. —Miró a Carmen y añadió—: Si tiene algún problema con el alquiler de la casa, avíseme, que yo le allanaré el camino.

—Muchas gracias, general.

Todavía conversaron sobre las condiciones del cautiverio y el general se mostró interesado por el funcionamiento de la cheka madrileña donde Carmen había estado presuntamente internada. Ella recitó la lección, que tenía bien aprendida, y no escatimó detalles de los horrores del cautiverio rojo. Cuando la audiencia tocó a su fin y ya Queipo le había vuelto a besar la mano y dado el taconazo de despedida, al acompañarlos hasta la puerta tomó a Koestler del brazo y lo retuvo un momento para formularle una pregunta confidencial:

—¿Abusaron de ella?

Koestler asintió con semblante sombrío.

—¡Canallas! —masculló el general.

Aquella noche, en su alocución radiada, el general comentó que había conocido a una joven recientemente escapada del infierno rojo, cuyo nombre no podía publicar por razones de seguridad. A esta joven hermosa y honesta la internaron en una cheka y feroces milicianos representantes de la hez social, ex presidiarios y borrachos, abusaron de ella más de treinta veces. Los tengo localizados, aseguró el general. Cuando les echemos el guante recibirán su merecido. ¡La España triunfante que surge de la ignominia roja exterminará a esa mala ralea!

A las siete de la tarde, Koestler se sentó delante de una cerveza helada en un velador del café Central, en la calle Sierpes, y desplegó un ejemplar atrasado del News Chronicle, después de comprobar que ningún otro cliente estaba leyendo la prensa extranjera en ese momento. Un minuto después escuchó la palabra mágica:

—¿Limpia?

Koestler apartó el periódico y vio ante él a un individuo cetrino, con aspecto de gnomo surgido de las entrañas de la tierra, que sostenía una caja de limpiabotas profusamente decorada con tachuelas doradas y estampas.

—Muy bien, limpie usted.

El limpia tomó asiento en su mínima banqueta, acomodó el pie derecho del cliente sobre el soporte de la caja, extrajo los cepillos y las cremas, insertó dos naipes a uno y otro lado del zapato para salvaguardar los calcetines y comenzó su tarea con brío y denuedo.

Cuando acabó el trabajo reclamó sus cinco céntimos y se demoró acomodando los trebejos en el estuche. Antes de levantarse, tras mirar a uno y otro lado, murmuró:

—En el zapato izquierdo lleva usted un papel con los datos. Que tenga mucha suerte. Yo siempre estoy por estos cafés por si necesita que le limpie los zapatos cualquier otro día. Pregunte por Mediopeo.

La nota que Mediopeo había introducido entre el zapato y el calcetín de Koestler contenía una dirección y un número de teléfono escritos con lápiz. El teléfono era el de un taxista militante comunista sin fichar, milagrosamente escapado de la represión, que ponía su coche a disposición de la causa. La dirección era la de una casa de las afueras, un chalecito de estilo regionalista de los muchos que se construyeron para la Exposición de 1929. El dueño del inmueble era un almacenista de café y coloniales que se había trasladado a Colombia en espera de que los ánimos se apaciguaran en España. Los caseros, un matrimonio comunista

también sin fichar, quedarían al servicio de la señorita Carmen Rades de Andrade.

Sevilla

Carmen se mudó a su nueva residencia la mañana siguiente. Al pasar por el puerto fluvial contempló Triana, al otro lado del río, a través de la cortinilla del automóvil. Estaba a sólo un paseo del Corral de la Higuera, de su hogar clausurado y de sus geranios marchitos y, sin embargo, le parecía que sus recuerdos correspondían a la vida remota de una persona distinta. Sólo las más lacerantes evocaciones eran suyas, las que le habían envenenado el alma y habían sembrado de sal el campo de sus sentimientos hasta convertirlo en un erial donde sólo podían crecer los verbajos del odio. Cerró los ojos y reprimió las lágrimas. Hacía más de un mes que no lloraba y no quería empezar de nuevo. Ahora era otra. Tenía que ser otra. Carmen Albaida Castro había muerto el día que salió del Corral de la Higuera para representar una nueva vida. La casa del cafetero era cómoda y estaba alhajada con lujosos muebles cubiertos con sábanas. Los caseros se ofrecieron a quitarlas, pero Carmen lo desaconsejó.

—No será necesario. Yo sólo necesito mi cuarto y una salita. No voy a recibir muchas visitas.

La casera asintió con una sonrisa cómplice. Ya la habían aleccionado convenientemente. La señora tiene promesa de no ver, ni recibir a nadie hasta que sus familiares salgan de las cárceles comunistas.

Los primeros cuatro días fueron de calma y tranquilidad. Carmen leía las revistas que le enviaba Koestler, cosía a ratos y escuchaba la radio, donde menudeaban los discos de Concha Piquer entre los fárragos patrióticos, los sermones, los partes de guerra y las sustanciosas charlas del general Queipo, entre ellas la que dirigió a los periodistas extranjeros

en Sevilla, la que empezaba: «Voy a explicarles los fundamentos ideológicos del nuevo Estado español: ¡oído al parche!»

A Carmen le resultaba chocante escuchar las cuñas comerciales anteriores al desastre, como si nada hubiera cambiado. Cuando miraba hacia atrás y reflexionaba sobre su vida advertía el largo camino que había recorrido en apenas dos meses y se percataba de que ya nada volvería a ser como antes. No se planteaba futuro alguno, quizá por miedo a descubrir que no tenía futuro: prefería no pensar más allá de la misión que la había devuelto a Sevilla.

Algunas veces charlaba con Matilde, la señora que cuidaba la casa. Existía el tácito acuerdo de no mencionar la guerra ni la misión que las había reunido bajo el mismo techo. No obstante, un día Matilde la miró con una especie de tristeza en los ojos y le dijo:

—¡Ay, qué lástima, tan joven y aquí encerrada!

Carmen le apretó una mano y sonrió. ¿Cómo explicarle que el encierro no la afectaba? Sabía que la ciudad se había vuelto peligrosa para ella y que, si fracasaba, las vidas de otras personas, además de la suya, estaban en juego.

La radio la acompañaba desde la mañana hasta la noche, la entretenía a ratos, la adormecía otros, le impedía pensar excepto en los albores o en los crepúsculos del sueño, cuando una extraña lucidez la asaltaba, despabilándola de pronto y mostrándole lo arduo de la empresa, sus peligros, las pocas fuerzas con que contaba, lo descabellado del plan... El resto del día vivía en la placenta agradable de aquella casa aislada del mundo por una verja de gruesos barrotes y un jardín medio abandonado, cuyo follaje ocultaba las ventanas de toda mirada exterior.

Al noveno día recibió la visita de Koestler.

—Ya hemos localizado a Von Balke —anunció—. Los alemanes celebran hoy el bombardeo de un navío republicano. Van a dar un banquete en un merendero de las afueras que se llama la Venta de los Gatos.

—Es una venta muy antigua —comentó Carmen—. He estado allí con mi padre.

Koestler se alarmó.

—¿Crees que te reconocerán?

—No lo creo. Sólo estuve en un par de ocasiones y han pasado ya cuatro años.

Koestler asintió, aliviado a medias.

A las cuatro y media llegó el coche a buscarla. El chófer era el de la otra vez, un muchacho alto, moreno y taciturno. Traía su chaquetilla azul y su gorra azul, con visera de hule, de taxista, pero el modelo era distinto, un Ford 1932 que podía pasar por particular. Era uno de esos coches que habían escapado de la requisita y permanecían encerrados en garajes y patios aguardando a que la guerra se alejara y regresaran sus propietarios.

La Venta de los Gatos estaba al lado de la antigua calzada que arranca del arco de la Macarena. Era un edificio antiguo, más bien modesto, enjalbegado, rodeado de emparrados y encinas a cuya sombra se instalaban en verano sillas de tijera y veladores. El sargento Kolb la había descubierto en una de sus exploraciones gastronómicas y desde entonces los alemanes la frecuentaban porque tenía un pozo que refrescaba muy bien la cerveza y porque los cazadores furtivos la surtían de carne de ciervo, jabalí, conejos y volatería de primera calidad. Por otra parte los clientes podían entonar a voz en grito canciones bávaras sin llamar la atención.

Sevilla

Acaban de dar las diez y se teme que el calor haga saltar los adoquines de la plaza Nueva. Llega al palacio de los marqueses del Buen Reposo doña Obdulia Daza, una paleo-doncella gorda y carrilluda que es bulímica compulsiva desde que la abandonó su novio, el opositor a notarías Felipe Mier. El futuro notario había reparado en la desafortunada combinación de apellidos que iban a ostentar los hijos nacidos de aquel matrimonio.

Doña Obdulia suele llegar la última a la tertulia de las damas de Auxilio Social porque tiene promesa de asistir cada día a una misa de difuntos por un caído, el que sea.

La tertulia se celebra en una sala alta del palacio del Buen Reposo. Doña Obdulia Daza irrumpe en el salón congestionada y jadeante después de escalar los pinos peldaños de la escalinata de mármol, que las guías artísticas denominan «del Almirante» por el fanal de galera que la adorna.

El salón donde se reúnen las pías damas a criticar al prójimo está profusamente decorado. Hay vitrinas para abanicos; hay panoplias de armas africanas ganadas por ilustres ancestros, y hay, pendiendo de los muros entelados de seda, óleos de Moreno Carbonero en los que posan para la eternidad media docena de proceres con uniforme de la Real Maestranza. El salón contiene tantos muebles que parece la tienda de un anticuario, pero lo que más destaca no es el armario de ébano primorosamente tallado, con libros que nadie leyó encuadernados en pergamino, ni el piano de cola, ni el arpa, ni el bargueño, ni la tarima con un brasero de bronce, sino el servicio de cristal veneciano que ocupa toda la superficie de una mesa camilla, con sus jarras de agua de cebada, de

zarzaparrilla y de leche merengada, todas inmersas en hielo picado y su fuente mediada de pastas, mostachones, galletas caseras y otras delicias.

—¡Chiquillas, abrir un poco esos balcones que nos vamos a ahogar con estas calores! —solicita doña Obdulia Daza mientras se abanica el generoso pecho.

—¡Ay, Obdulia, por Dios, no los abras que se nos llena la casa de pavesas! Mira lo que están haciendo en el patio.

Doña Obdulia, diligente y fisgona, se asoma al balcón enmarcado por espesos cortinajes de terciopelo. La escena la complace. En el centro del patío de las cocheras varios muchachos, casi niños, con camisa azul y pistola al cinto, han encendido una pira y la alimentan con libros y revistas que van sacando de una camioneta. De la caja del vehículo pende una pancarta con la inscripción: «Camarada: tienes la obligación de perseguir al judaísmo, a la masonería, al marxismo y al separatismo. Deposita en este camión libros y revistas sospechosos.»

Doña Obdulia pliega el velo de puntilla ayudándose con los dientes y lo deposita junto al misal, en un ángulo del repostero.

—¡Ay, Jesús, Jesús! —suspira echándole una ojeada a las pastas y a los dulces—. Vengo de la catedral, de la misa por Alfonsito Martínez del Val. ¡Ay, qué desamparada se ha quedado la madre!

—Si por cada uno que nos matan, matáramos cien, ya veríais lo poco que tardaban en entrar en razón —opina doña Angustias.

Interviene conciliadora doña Trinidad Rafe, marquesa del Buen Reposo, que por ser la anfitriona y la que sufraga el ágape, detenta la autoridad moral del grupo.

—No nos dejemos arrastrar por los sentimientos de venganza, Obdulia. Nosotros, como cristianos que somos, debemos ejercer la misericordia. Que los tribunales juzguen a todo el que tenga las manos manchadas de sangre y que los jueces determinen. Entonces sí le hacemos un favor y le devolvemos bien por mal. El padre Uriarte me dijo ayer, cuando vino a tomar el café, que algunos condenados a muerte se

confiesan y comulgan con verdadero fervor antes del fusilamiento. — Toma un sorbo de zarzaparrilla, se enjuga delicadamente las comisuras de la boca con la servilletita de hilo, sin alterar los pliegues, la deposita cuidadosamente sobre el platito de plata y concluye—: Imaginaos: después de una vida de pecado y promiscuidad animal suben directamente al cielo.

—¿Oísteis ayer a Queipo? —interviene doña Obdulia mientras escoge la mayor galleta de la bandeja que le acaba de acercar, obsequiosa, su amiga Angustias.

—No sé qué deciros —prosigue la del Buen Suceso—. Yo creo que el general ve la guerra con demasiado optimismo. Si por él fuera, pasado mañana se acababa.

—Él sabrá más que nosotras —interviene doña Matilde—. De todas formas, aunque acabara mañana, nos quedaría mucho trabajo por delante.

—Y que lo digas: faltan manos —sentencia doña Angustias.

—No faltarían tantas manos si algunas no se hubieran escaqueado —opina doña Matilde.

—¿Te refieres a las Concustell? ¡Pobrecillas! Ésas están baldadas. Ya nacieron enfermas.

—Para los bailes del casino militar no estaban tan enfermas... pero no me refería a ésas. —Bebe un trago de leche merengada, despaciosamente, por mantener a la tertulia expectante, antes de añadir—: ¿Os acordáis del duque de Hontanar, que veraneó algunos años con sus primos los duques de Aluche?

—¡No nos vamos a acordar! El pobre está cautivo en zona roja.

—Pues ayer me enteré por mi sobrino, el escribiente del Gobierno Militar, que la hija está viviendo en Sevilla.

—¡Qué me dices! —exclama doña Obdulia Daza con la boca llena.

—Lo que estáis oyendo: hace un mes que pudo salir de Madrid, gracias a la Cruz Roja, y está viviendo en Sevilla tan ricamente, sin dar la cara.

—¿Y dónde para? —pregunta la marquesa del Buen Reposo.

—En un chalet que ha alquilado, por la avenida de la Palmera.

—¿Y cómo es que no ha venido por Auxilio Social?

Doña Matilde se encoge de hombros, aprieta los labios y cierra los ojos, que es su manera de decir. «Ya lo estáis viendo: comodidad.»

—Se ve que no le interesa colaborar con la causa nacional, encima de que los rojos tienen cautivo al padre y a los primos —ironiza doña Angustias.

—Por lo visto el mismo día que llegó a Sevilla fue a decirle a Queipo que traía promesa de no ver a nadie ni hablar con persona alguna —informa doña Matilde—. Dice que es promesa, que se lo ha prometido al Jesús del Gran Poder.

—¡Mira, qué fresca, la señorita! —se indigna doña Obdulia Daza—. Yo también tengo el hábito del Gran Poder y me paso el día en la catequesis para hacer buenos cristianos a los huérfanos de los rojos.

—¡Mujer! —interviene doña Angustias, con una sonrisa envenenada—. La muchacha no querrá que se le estropeen las manos.

—¿Y dices que ha estado presa con los rojos? —indaga la marquesa del Buen Reposo.

—Sí. Hace un mes que la rescató la Cruz Roja.

—Pues a lo mejor tiene motivos para no querer que la vean —supone la marquesa.

—¿Qué motivos va a tener, Trini?

—Motivos aparte de la promesa —pontifica la marquesa.

—¡Ay, hija, dinos ya qué motivos! —se queja la señorita Daza esgrimiendo un barquillo relleno de crema que sostiene elegantemente con dos dedos—. ¡No nos hagas adivinar!

—Un mes en manos de los rojos, una muchacha agraciada, de familia aristocrática... ¿No os dais cuenta? —sugiere la del Buen Reposo.

Las contertulias ponen cara de darse cuenta, ojos abiertos, espantados, y boquitas fruncidas en forma de o.

—¡Ay, Dios mío, pobrecilla! —exclama doña Matilde—. ¡La habrán ultrajado esos animales...!

—¡... y le habrán hecho una barriga! —completa doña Angustias—. A lo mejor es eso lo que no quiere que se sepa.

—O a lo mejor la han pelado al cero —aventura doña Obdulia Daza.

—Jesús, qué tonta eres! —la reprende doña Matilde—. Los rojos no pelan a las mujeres decentes. Eso sólo lo hacen los nuestros porque tienen principios cristianos y saben respetar la honestidad de la mujer, aunque sea una roja y una perdida.

—Entonces, ellos, ¿qué hacen? —inquire doña Obdulia.

—¡Abusan de ellas!

—¡Ay, Jesús!

—A lo mejor a esta pobrecilla le han hecho de todo —aventura la del Buen Reposo—, y tiene el cuerpo lleno de cardenales y hasta desgarraduras en el po y por eso no quiere que la veamos.

En el comedido vocabulario de la señora marquesa el po es un eufemismo que vale por ano. Le falta geografía para pensar en un río.

—Quiera o no, nuestra obligación de cristianas es socorrerla, sacarla de su soledad e incorporarla al grupo —opina doña Angustias—. ¡Que se una a nosotras, que nos cuente los detalles de su martirio, que se fortalezca moralmente con nuestras labores de apostolado y se le olvidará todo!

Las contertulias se muestran de acuerdo.

—¿Pues sabéis lo que os digo? —concluye la marquesa del Buen Reposo—, que tanto si es verdad que la han forzado como si no, yo creo que lo que exige la caridad cristiana es que la integremos en Auxilio Social, para que no se sienta sola y no se pase el día pensando en su tragedia y en su pobre padre cautivo.

—¿Quién se va a encargar de visitarla? —pregunta doña Matilde.

—Yo, por supuesto —se ofrece doña Angustias.

—Y yo, no faltaría más —se brinda doña Matilde—. Seguramente se

acuerda de mí porque me vio un par de veces en casa de los duques del Infantado cuando era mozuela.

—Pues entonces, vosotras —concede, magnánima, la del Buen Reposo—. A ella le desagrada salir de palacio con estos calores.

Doña Obdulia Daza está a lo suyo, que son los dulces.

Sevilla

El chófer, después de manipular la caja de cambios, condujo lentamente hasta las proximidades de la Venta de los Gatos, y cuando circulaba frente al ruidoso grupo de rubios y jocundos bebedores de cerveza, apartó el automóvil de la estrecha carretera y lo detuvo a la sombra propicia de un plátano. Carmen describió la cortinilla y asistió a la maniobra esforzándose en dominar los nervios.

—Ha llegado el momento —murmuró el chófer volviéndose.

El grupo de los alemanes quedaba a veinte pasos de distancia. No eran muchos. Ocho o nueve a lo sumo, todos vestidos de paisano, aunque sus peculiares cortes de pelo, las sienes al cero y la ausencia de patillas delataban un origen germánico agravado por la condición castrense. Habían comenzado la velada musical con el patriótico Horst Wessel, pero después de tres cajas de cerveza fría habían descendido por todo el repertorio habitual hasta el Am brunner von dem Tor y seguían entretenidos, levantando jarras en sucesivos brindis y algo achispados a juzgar por las risas descompuestas con que celebraban las ocurrencias. Carmen buscó con la mirada a Von Balke: rubio y muy alto, le habían dicho. El corazón se le aceleró cuando lo descubrió. Estaba sentado de espaldas y se limitaba a beber pequeños sorbos de cerveza, pensativo. Alguien hizo un comentario y los celebrantes miraron hacia la carretera. Von Balke movió su silla y se volvió a ver lo que pasaba. Carmen se sintió observada. Notó los latidos del corazón y el sudor que le humedecía las recatadas mangas del vestido. Era guapo Von Balke. La fotografía que le habían mostrado en Lisboa estaba borrosa y era bastante antigua, pero reconoció aquella frente alta, aquellos ojos grandes y azules, la mandíbula firme y los labios finos.

El chófer se apeó y con ademán resuelto se arremangó, abrió el capó y se inclinó sobre el motor, pero en seguida emergió y sacudió la cabeza. Carmen admiró la naturalidad con que se conducía, como si nadie lo estuviera mirando. Extrajo una llave inglesa de la caja de herramientas y trasteó en el motor durante un buen rato. Cuando hubo provocado la avería, se incorporó nuevamente, se rascó bajo la gorra con la mano manchada de grasa y se quedó mirando el estropicio con los brazos en jarras como si no supiera por dónde seguir. «La representación no está mal —pensaba Carmen desde su asiento—, pero pasa a la escena siguiente por lo que más quieras.»

Estaba nerviosa como todo actor primerizo que espera el momento de salir a escena. Ella y el chófer habían repasado el guión un par de veces y no había motivo para pensar que pudiera fallar, pero se sentía inquieta y estaba deseando que la función terminase.

El chófer cruzó la mirada con ella y se volvió hacia los alemanes. Luego sacudió la cabeza como si se le acabara de ocurrir una brillante idea y con paso resuelto se dirigió hacia ellos.

—¡Ustedes dispensen que los moleste, pero es que estoy en un apuro! —les explicó—. ¿Alguno de ustedes sabe algo de mecánica?

Von Balke tradujo.

La mitad de los germanos eran mecánicos y podían armar y desarmar cualquier motor con los ojos cerrados. Además, habían bebido, estaban eufóricos y les encantaba confraternizar con los nativos. No tardaron en rodear el automóvil y después de un breve cónclave para diagnosticar la avería se aplicaron a subsanarla.

El chófer había procurado que la reparación fuera entretenida.

Carmen seguía contemplando a Von Balke, su enemigo, desde el resguardo de la ventanilla.

El chófer la había mirado un par de veces: «¿Qué te pasa? ¿Por qué no sales?»

Se decidió por fin. Descendió elegantemente del automóvil,

sintiéndose admirada por los improvisados mecánicos, y se mantuvo durante un minuto a prudente distancia de su objetivo y de espaldas a él. Luego aparentó que el sol la molestaba y se guareció a la sombra de la primera encina, a pocos pasos de la mesa ocupada por los oficiales alemanes. Oyó que intercambiaban algunas frases en tono admirativo. Evidentemente estaban elogiando la hermosura de la mujer que había aparecido como un ángel ante ellos. Carmen había escogido para la ocasión un conjunto de lino estampado en tonos claros, que resaltaba discretamente sus formas, especialmente el estrecho talle, las opulentas caderas y el pecho alto y voluminoso.

Estaba tremendamente nerviosa, pero conseguía dominarse y transmitía la impresión de ser una mujer elegante y altiva que les daba la espalda ignorándolos y sólo se interesaba por la reparación de su automóvil.

—Señorita, ¿podemos invitarla a un refresco mientras espera? —sonó una voz casi sin acento, a su espalda.

Se volvió y ante ella estaba Von Balke: muy alto, guapo, sonriéndole más con los ojos azules que con la boca.

Ella titubeó. Todo ocurría de manera tan natural que casi no tenía que fingir.

—Se lo agradezco, caballero —sonrió tímidamente—. La verdad es que hace un día muy caluroso.

Aceptó la silla que Von Balke le ofrecía y tomó asiento entre el grupo de pilotos, que la recibieron con amables sonrisas.

Carmen aceptó una limonada, se humedeció los labios y comentó:

—Habla usted muy bien español.

Von Balke se inclinó en reconocimiento por el cumplido.

—Lo he estudiado en Alemania —informó—. Además tengo un tío que vive en Sevilla y a veces he pasado temporadas con él.

—Yo nunca he estado en Alemania —se lamentó Carmen con una leve sonrisa—. El año pasado estuve a punto de asistir a la exhibición

aérea de Litchterfaude, pero a última hora la enfermedad de un familiar me lo impidió.

—¿Se interesa usted por los aviones? —preguntó Von Balke sorprendido.

Carmen asintió con un legítimo mohín de orgullo:

—¡Mucho! —sonrió—. Obtuve el título de piloto en Inglaterra hace dos años.

—¡Qué estupenda casualidad! —exclamó Rudolf entusiasmado—. Yo también soy piloto. —Una leve sombra le cruzó la mirada y añadió—: Soy piloto civil, de una compañía comercial alemana. Ahora estoy de vacaciones. —Contempló nuevamente el rostro de Carmen—. No es muy frecuente encontrar a una mujer piloto y mucho menos...

—Sí, dígalo, y mucho menos en España —rió—. En realidad en España no hay mujeres piloto. Las únicas tres españolas que pilotamos aviones hemos obtenido los títulos en el extranjero. Yo obtuve el mío hace dos años en el Aeroplane Club de Stag Lañe, en Londres. Supongo que lo conoce...

—Sólo de oídas.

—Es muy famoso entre los asiduos de los raids —afirmó la muchacha—. Un día, cuando estaba entrenándome, nos visitaron las aviadoras Ruth Nicols y Amy Johnson y tomaron el té con nosotras.

Notó que el alemán no sólo la escuchaba sino que también la contemplaba. Se sintió muy satisfecha y la constatación de que lo estaba haciendo bien le otorgó seguridad y osadía.

—¿Usted no participa en raids?

—No, me temo que el trabajo no me lo permite.

—Oh, no sabe lo que se pierde —comentó con un mohín de frívola condescendencia—. El año pasado conocí personalmente a Amelia Earhart. ¡Es la mujer que más envidio en el mundo! Sería feliz si pudiera realizar uno de sus vuelos a larga distancia. ¡Cruzar el Atlántico en solitario! Después de ella, otras han intentado cosas más difíciles, pero

Amelia continúa siendo la primera y la única. ¿Conoce usted el vuelo de Jean Batten?

El hombre la miraba embelesado. Negó con la rubia cabeza reconociendo su ignorancia.

—Pero ¿en qué mundo vive? —le reprochó la muchacha de forma encantadora—. ¿Y usted pilota aviones? Hace unos meses Jean Batten voló de Inglaterra a Nueva Zelanda.

—Creo que pilotar es una actividad arriesgada para una mujer —comentó Rudolf.

—Pero ¿qué dice? —Rudolf pensó que aquella expresión entre sorprendida y enfadada acrecentaba su belleza—. Espero que usted no sea uno de esos retrógrados que nos llaman «pilotos con enaguas» o «faldas volanderas».

Rudolf rió de buena gana: «No, no soy de éstos.»

—Una mujer lo puede hacer tan bien como un hombre —prosiguió Carmen—; incluso puede que mejor. Pocos hombres se atreverían a imitar a Elinor Smith, cuando pasa volando bajo los puentes de Manhattan.

—Ese tipo de exhibición es una locura y una temeridad.

—Una temeridad necesaria en el caso de Elinor —replicó Carmen—, porque con ese dinero compra sus aparatos.

—Creía que era un deporte más propio de mujeres adineradas y caprichosas —confesó Rudolf.

—Es un deporte caro, lo sé —admitió ella—, pero incluso una muchacha humilde tiene derecho a aspirar a batir un récord, ¿no cree?

Carmen apuró el resto de su limonada. Rudolf llamó al camarero y le pidió otra.

—Y usted, ¿quiere batir algún récord?

—No, no soy tan ambiciosa. —Carmen se fingió repentinamente abatida. Desvió la mirada de sus hondos ojos negros a las sombras azuladas de los árboles—. Me conformaría con pilotar mi propio avión en

el Derby Aéreo Femenino. Si las cosas se arreglan y todo sale bien... — Una intensa sombra de tristeza veló un instante su mirada—. Papá me prometió comprarme un avión cuando esté algo más entrenada — murmuró.

El camarero sirvió la limonada. Carmen se llevó el vaso a los labios mientras Rudolf contemplaba su delicada garganta y se preguntaba por el sabor de aquellos labios.

Ya había dicho Carmen casi todo lo que sabía de navegación aérea, aviones y aviadoras. Convenía encauzar la conversación hacia lo personal.

—¿Por qué no participa usted en algún raid?

Rudolf hizo un gesto de desaliento.

—Me temo que no puedo —confesó—. El reglamento de mi compañía prohíbe los vuelos de exhibición y las pruebas arriesgadas.

Los otros pilotos se habían levantado prudentemente para dejarlos solos y habían ido a mirar a los mecánicos. Un retazo de luz que se filtraba por el emparrado incidía sobre el cuello de la joven. Al trasluz, Rudolf percibía la pelusilla de melocotón de la piel femenina brillante de sudor. Sintió deseos de recoger con la lengua aquel rocío salobre. Nunca le había causado una mujer una impresión tan directa e intensa. Quizá fuera que los olores y el ambiente sensual de España le alteraban los sentidos, o quizá que había estado bebiendo y cantando con los camaradas. Sintió la imperiosa necesidad de abrazar a aquella mujer, de desnudarla y poseerla.

—Me encantaría que siguiéramos hablando de aviones algún otro día —comentó.

Inmediatamente lo asaltó el temor de haber dicho alguna inconveniencia porque la joven adoptó una actitud reservada y desvió la mirada hacia una sortija decorada con un rubí que lucía en el anular. Parecía luchar interiormente con algún escrúpulo insuperable.

—Verá usted —explicó—, tengo a mis familiares encarcelados en la

zona roja y vivo bastante apartada del trato social. A mi familia le han ocurrido cosas terribles. —Miró nuevamente al piloto, esta vez con los ojos arrasados en lágrimas—. No obstante... —intentó sonreír—; no obstante me encantaría continuar esta conversación. En España es difícil encontrar a alguien interesado en los raids y, por otra parte, el médico me ha aconsejado que me distraiga.

—¿Puedo, entonces, visitarla?

Ella asintió con ademán resuelto y solemne, como si aquella decisión revistiera gran trascendencia.

—Creo que sí —explicó—. Me parece que no tiene sentido que siga tan aislada del mundo.

—¿Le parece bien mañana a las siete de la tarde? —inquirió Rudolf.

—Estaré encantada.

Le dio la dirección.

En aquel momento el motor del averiado Ford petardeó y se puso en marcha.

—¡Sois cojonudos, franchutes! —exclamó la voz genuinamente entusiasmada del chófer.

Carmen se levantó y cogió su bolso. Rudolf la imitó y besó levemente la mano que la muchacha le tendía. Acompañó el gesto con un sonoro taconazo prusiano.

—¿Hasta mañana, entonces?

—Hasta mañana —respondió ella con una sonrisa. Él la contempló alejarse como en un sueño, imaginando bajo el lino las formas a un tiempo elegantes y rotundas de sus piernas, sus muslos, su trasero y su espalda. «Es la mujer más bella que he conocido en mi vida —se dijo—. Y pilota aviones.»

Sevilla

El reloj marcaba las siete en punto cuando la campanilla de bronce de la cancela tintineó y Casilda, convenientemente avisada de la visita, hizo pasar al joven alto y rubio a la salita de respeto y le recogió el sombrero.

—Siéntese usted, por favor, que en seguida aviso a la señorita.

Había una docena de muebles enormes, estilo renacimiento excesivamente decorados con molduras, grutescos, cabezas de guerreros antiguos y soportes rematados en garras de león. Rudolf se sentó en uno de los sillones de terciopelo y notó que la nariz de Aníbal de la talla del alto respaldo lo encañonaba entre los omóplatos. «En este pueblo todo es excesivo —pensó—, son excesivos los olores, los gustos, las pasiones, los odios. Hasta la belleza es excesiva. Una mujer bella es más bella que las mujeres bellas de otros lugares, y no tiene pelambreira en las piernas como las alemanas.»

El aviador lo sabía todo sobre bombardeos en picado, pero desconocía que las españolas se depilan.

Rudolf había dormido mal la noche de la víspera, había rememorado el encuentro con Carmen dos o tres veces, siempre recuperando nuevos matices de la memoria, y al final había soñado vivir un apasionado idilio con aquella mujer. En las escasas veinticuatro horas que mediaban desde que la conoció no la había podido apartar de su pensamiento. Ni siquiera se había ocupado del Stuka; aquella mañana había volado rutinariamente, por cumplir la tarea del día, sin prestar atención al programa de entrenamiento. Quizá llevaba demasiado tiempo viviendo como un monje. En el mes largo que había transcurrido desde que llegaron a España, sus camaradas habían salido con muchachas alegres, pero él se

había mantenido al margen de las cuestiones civiles, consagrado solamente a las pruebas y ajustes del Stuka, casado con su máquina voladora, como el primer Von Balke lo estuvo con la espada.

Ahora, su juventud le reclamaba una aventura española con una señorita, una atractiva sureña de mirada oscura y misteriosa, algo que recordar en los fríos atardeceres de Starken cuando fuese un viejo general cargado de gloria.

—Ese asiento debe de ser bastante incómodo con estas calores —comentó Carmen irrumpiendo en la sala con una luminosa sonrisa.

Estaba más hermosa que la víspera, si eso fuera posible. Había escogido un conjunto garden-party en crepé de China, estampado en blanco verde y rosa, cuyas líneas realzaban sabiamente sus encantos.

Rudolf saltó de la silla y salió a su encuentro para besar la mano larga, delgada y cálida, al tiempo que hacía sonar un leve taconazo. Reconoció en la mano de ella el suave perfume de la lavanda inglesa.

—¿No le importa si tomamos el café en el gabinete? —lo invitó la muchacha—. Es la parte más fresca de la casa.

—Estaré encantado.

El gabinete era una galería abierta al jardín posterior. Había dos sillones de mimbre y una sencilla estantería sobre la cual Carmen había dispuesto media docena de fotografías enmarcadas. Rudolf pidió permiso para observar una de ellas.

—¿Reconoces este avión?

Carmen con traje de vuelo de satén color ciruela forrado de lana con capucha de monje y unas gafas aerodinámicas. Se la habían tomado, unos días antes, en el aeródromo de Lisboa.

En otra fotografía aparecía con el pelo suelto, sonriendo en la cabina de una Bücker de entrenamiento cuya hélice ya giraba como si estuviera a punto de despegar.

—¡Estás muy guapa!

Ella lo castigó con una palmadita en el brazo, un gesto que Eveline

le hubiera censurado, pero ahora se sentía segura y casi no tenía que fingir, o quizá se había amoldado tanto a su papel que podía permitirse vulnerarlo.

—¡Yo no, tonto! —corrigió con un gesto pícaro y cómplice—. El avión es el que está guapo. —Adoptó una actitud reflexiva y añadió—: Fue hace dos años en el aeródromo de Stag Lañe, en Londres, con papá.

Aquella palmadita de castigo, aquella familiaridad que tía Ursula hubiera considerado imperdonable en el severo y ceremonioso ambiente prusiano, no resultaba sin embargo inelegante en el sur de España, donde todas las cosas parecían adquirir otra dimensión, y los valores, Rudolf lo iba adivinando, eran completamente distintos. Quizá el calor insoportable derretía las convenciones y aproximaba los cuerpos. En aquella mujer, hermosa y bella como un ángel, había una simpatía natural que arrasaba todas las convenciones sociales.

—¡Un ángel con alas! —murmuró.

—¿Qué dices?

—Que pareces un ángel con alas.

Ella sonrió y se apartó de él con gesto pudoroso. Las pupilas oscuras del ángel, moteadas con irisaciones metálicas, de un magnetismo animal irresistible, brillaban a un palmo de las suyas, las sedosas y largas pestañas enviándole carnales mensajes, mientras él, hipnotizado por tanta belleza, sostenía como un pasmarote la fotografía en la que el casco de vuelo daba a la cabeza de Carmen una calidad esférica, aunque sin menguar su femineidad.

Carmen parpadeó levemente. Luego desvió la mirada mostrándose cohibida. Lo estaba: no tuvo que fingir. Señaló otra fotografía, tomada como las anteriores en un sector diferente del aeródromo de Lisboa.

—Esta otra es algo anterior, en el aeródromo de Marignane, en Marsella. ¿Conoces Marsella?

—No, me temo que sólo conozco aeródromos alemanes —admitió Rudolf.

—Es una lástima. ¿Nunca has volado sobre el Mediterráneo?

Él negó con la cabeza. Buscaba nuevamente el pozo profundo de aquellos ojos insondables y oscuros, pero ella había desviado la mirada, temerosa de que leyera la verdad en ellos, quizá porque los ojos azules y francos la estaban afectando más de lo que quisiera admitir.

—Volar sobre el Mediterráneo... imagínate una lámina azul con listas de espuma blanca donde rompen las olas, y la sombra oscura y alargada de los barcos hundidos cerca de la costa, que se ve como en un cristal y el brillo del sol sobre el agua... ¡Es muy hermoso!

Las palabras eran de Codevilla, el argentino, que en una ocasión había volado de Barcelona a Roma. La humilde costurera de Triana había construido su personaje de la señorita Rades de Andrade, una muchacha mundana y viajada, con recuerdos ajenos, retazos de conversaciones, frases, expresiones... Había hecho de él una segunda naturaleza y ahora advertía que funcionaba. Carmen ganaba soltura en su interpretación.

Le tocó el turno a la fotografía enmarcada en plata del duque del Hontanar. Al contemplarla, Carmen se enterneció y, cediendo a lo que pareció un irreprimible impulso, la estrechó contra su pecho. El aviador envidió la suerte de aquel objeto inerte.

—Es mi padre —explicó la chica sobreponiéndose a sus emociones—. Lo tienen en Madrid, cautivo en una cárcel roja. ¡Pobre papá, lo que estará sufriendo!

—¿De qué lo acusan?

—No lo acusan de nada... o de todo. Es un hombre bueno, pero es muy rico y pertenece a la aristocracia.

—¿A la aristocracia?

—Sí, papá es el duque del Hontanar. Unas horas antes de que el comité de cautivos de la Cruz Roja se hiciera cargo de mí, me permitieron despedirme de él —recordó Carmen—. Estaba terriblemente delgado y demacrado. Estuve dos o tres días en Salamanca con unos parientes, los duques de Alcudia, pero me prodigaban tantas atenciones

que me sentía atosigada. Prefiero la soledad. Por otra parte, como mi padre es muy devoto del Jesús del Gran Poder porque su abuela, que era sevillana, le inculcó esa devoción, preferí aguardar su liberación en Sevilla. De este modo puedo visitar al Gran Poder los viernes y rogarle por la libertad de mi padre y de mis amigos cautivos. Estoy segura de que me lo otorgará.

A Rudolf le pareció fascinante y misteriosamente atractiva, una mujer de mundo, capaz de pilotar aviones, pero que al propio tiempo mantenía una supersticiosa confianza en que rezar a una imagen de madera podía devolverle a su padre de las prisiones comunistas. La hubiera besado allí mismo, pero reprimió sus impulsos y continuó escuchándola educadamente.

Llegó Matilde, ataviada con una severa cofia y un blanco delantal llevando una bandeja con un juego de café de plata sobre un mantelito de hilo bordado. Dejó el servicio en la zona más fresca de la galería, sobre una mesa china, hizo una breve reverencia y se marchó. Rudolf y Carmen se sentaron en sendos sillones de mimbre. El tuvo que apartar de su asiento media docena de ejemplares de la revista francesa *Fémina* y de las americanas *Lesley's Weekly* y *The 99er*, todas ellas especializadas en aviación femenina.

—Perdona el terrible desorden —se excusó Carmen. —Veo que vives más en el aire que en la tierra —comentó él señalando las revistas.

—¡Qué más quisiera yo, pobre de mí! ¿Sabes una cosa? Envidio la suerte de los hombres. Tú puedes volar siempre que te apetece. Yo, en cambio, me veo confinada por mi condición de mujer. Mi padre es muy liberal y ha procurado educarme en Europa, a la moderna, no creas. Sin embargo, en ciertas cosas, sigue chapado a la antigua. No puedes imaginarte cuánto me costó convencerlo para que me permitiera pilotar un avión, y ahora, cuando mis conocimientos podían ser tan útiles para la causa nacional, me veo confinada en este lugar solitario, como una viuda, alimentándome sólo de revistas y de sueños.

Mientras tomaban el café, Carmen disertó sobre la historia de la familia y las calamidades que su padre y sus primos estaban pasando en las cárceles del pueblo. Rudolf, a su vez, le habló de Starken, de tía Ursula, de su padre caído en la Gran Guerra, de su hermana Maika, de tío Martin. Le resultaba incómodo ocultar su condición de militar cuando aquella muchacha le había abierto su casa y le había hecho confidencias que seguramente no le haría a sus mejores amigos, le había comunicado sus temores y sus anhelos, sus esperanzas y sus proyectos. ¿Por qué no confesarle la verdad? Al fin y al cabo, la chica era de los suyos. Era una aristócrata, una *junker* española que tenía un padre cautivo de los rojos y que soñaba con ser piloto de guerra para demostrar que una mujer con arrojo puede combatir en el aire tan bien como un hombre. No obstante, disciplinadamente, se refrenó.

—Eres verdaderamente admirable —susurró desviando la mirada a los dibujos vegetales de la taza inglesa que sostenía en la mano.

Ella sacudió la cabeza.

—Soy una mujer como otra cualquiera —respondió en el mismo tono confidencial. Dejó que transcurrieran unos segundos en silencio antes de preguntar en tono aún más íntimo—: ¿Estarás mucho tiempo en España?

—No lo sé. —Rudolf se encogió de hombros con desaliento—. Depende de la Compañía. Estamos probando unos prototipos de aviones que quieren usar en Sudamérica como avión correo.

—¿Avión correo?

—Sí, para enlazar ciudades y puestos de aduanas separados por grandes distancias. Un avión robusto y fiable para repartir y recoger sacas de correspondencia, un aparato capaz de aterrizar y despegar en pistas improvisadas.

Carmen volvió a servir café, cuidando de no disparar el dedo meñique, común defecto de tanta gente encopetada. Se asombraba de su propia facilidad para asimilar el breve repertorio de gestos distinguidos

que caracterizan a una mujer de clase superior. Era consciente de que representaba su papel mejor de lo que en principio había sospechado. Aunque a veces la asaltaba la duda de si los fascistas estarían al cabo de todo y el piloto rubio también estaba representando. En este caso, ¿cuánto tardarían en detenerla y enviarla a un calabozo o ante un pelotón de ejecución?

Tuvo que rechazar ese lúgubre pensamiento para volver a ser Carmen Rades de Andrade.

En un suspiro transcurrieron cuatro horas, al cabo de las cuales los dos jóvenes se habían hecho tantas confidencias que les parecía que se conocían de toda la vida. La noche los sorprendió desgranando recuerdos cada vez más antiguos, los de él, reales; los de ella, una mezcla de invención y de realidad. El corral de Triana quedaba muy lejos con su miseria, sus bulliciosos lavaderos y sus sórdidos retretes comunales, pero la casa de los Torres Cabrera se incorporaba sin esfuerzo alguno al recuerdo de la falsa aristócrata.

Al pensar en los Torres Cabrera, la alteración de la sangre le palpitó en las sienes.

—¿Te sucede algo? —inquirió Rudolf—. Te has puesto de pronto triste.

—Es que me duele recordar la felicidad de otro tiempo —pretextó la muchacha devolviéndole una sonrisa agradecida—. Tu compañía me ha hecho olvidar lo desgraciada que soy, el cautiverio de mi padre, que no tengo hogar... —Miró al jardín oscuro—. Se ha hecho de noche. Creo que deberíamos aplazar esta conversación para otro día.

La tiniebla se extendía entre los dos. Como las ordenanzas de guerra prohibían encender la luz en lugares visibles desde el aire, se habían quedado a oscuras frente a la galería del jardín y apenas se distinguían los rostros, pero las voces eran acariciantes, iban y venían como alas de paloma, envolviéndolos.

—Me gustaría volver a verte —se atrevió a decir Rudolf.

Se produjo un breve silencio.

—A mí también me gustaría.

—¿Puedo proponerte una excursión al campo? —sugirió Rudolf—.

Mi tío posee una finca en la sierra, un lugar muy agradable, con corzos y jabalíes, aunque mucho me temo que no es fácil verlos.

—Me encantaría.

—¿Qué te parece mañana?

Ella se fingió sorprendida.

—¿Mañana mismo? ¿Tan pronto?

—Si no tienes nada más importante que hacer...

—En realidad, no —reconoció la joven—. Mi único compromiso es la visita de cada viernes al Jesús del Gran Poder.

—Mañana es miércoles.

Carmen permitió que un breve silencio justificara la indecisión de su personaje.

—Está bien —decidió en tono resuelto—, mañana. ¿A qué hora?

—¿Te parece bien a las diez?

—Una hora estupenda. Aunque no tenga mucho que hacer, continuó siendo madrugadora.

Se despidieron en la puerta de entrada. Él se demoró en el beso para aspirar la fragancia de la mano femenina que apretó cálidamente entre las suyas, sin decir nada, sintiéndola. Era suave como el aceite aquella mano de fregona que mademoiselle Eveline Beuseroi había restaurado con cremas y masajes.

Cuando Rudolf se marchó, Carmen cerró con dos vueltas de llave, apoyó la espalda contra la puerta y emitió un profundo suspiro.

Desde el rellano de la escalera, Casilda la contemplaba con la mirada llena de la experiencia y la sabiduría de sus ojos marchitos y melancólicos.

—¿Ha salido todo bien, niña?

Carmen asintió.

—Le diré a Genaro que avise a Manzanilla —dijo la guardesa.

Sevilla

El cochero tira de las riendas, detiene el coche y se vuelve a sus pasajeras.

—Esta casa es, señoras.

Doña Angustias de Torres Cabrera y doña Matilde Cabezón de Fuentelahiguera se apean trabajosamente del carricoche en cuya portezuela destacan, pintadas en vivos colores, las armas del marqués del Buen Reposo. El sol aplana la devastada llanura como una plancha candente. Las señoras abren sendas sombrillas negras con un volante de encaje, y se encaminan a la cancela que encuentran abierta. Bajo el sombreado porche doña Angustias tira enérgicamente de una manija que hace sonar una campana en el patio interior.

Casilda acude a la puerta, descorre un pestillito, abre el ventanuco de bronce, acerca un ojo, examina a las visitantes e inquiere con tono profesionalmente seco:

—¿Quién es?

—Somos dos damas de Auxilio Social —advierte no menos secamente doña Angustias—. Veníamos a visitar a doña Carmen Rades de Andrade. Somos amigas de su familia.

—Lo siento, señoras, pero la señorita no puede recibirlas.

Doña Angustias mira a su compañera como diciendo «Ya sabía yo...». Vuelve a la carga.

—Sabemos que tiene promesa de no ver a nadie, pero díglele que se trata de una excepción. La Junta de Damas de Auxilio Social ha deliberado sobre su caso y tenemos que hablar con ella. Aquí tiene nuestras tarjetas.

Le introduce dos cartulinas orladas de negro viuda a través de la

rejilla.

—Esperen un momento —dice Casilda.

Y cerrando el ventanuco con pestillo marcha a comunicar la visita. Regresa al cabo de unos minutos.

—Que no puede ser —informa a través del ventanuco—, que la señorita les agradece su interés, pero tiene promesa de estar incomunicada.

—Dígale que yo la conocí cuando estuvo en Sevilla, hace ya años, en casa del duque del Infantado, y que soy amiga de sus parientes —interviene doña Matilde.

Casilda cierra nuevamente el recuadro y marcha a su recado.

—¡Esta criada es tonta! —comenta doña Angustias.

—¿Tú crees que nos recibirá?

—Ya lo creo, ya verás como nos recibe.

Casilda regresa al cabo de unos minutos. Con voz más firme comunica:

—Que dice mi señorita que ustedes sabrán disculparla, pero que ha decidido no ver a nadie y, sintiéndolo mucho, no las puede recibir.

—¿Le ha dado usted nuestras tarjetas?

—Sí, señora, que se las he dado, pero la señorita no recibe a nadie.

Las comadres emiten un bufido, dan media vuelta y regresan al carricoche. Antes de partir, doña Matilde repara en un automóvil aparcado a la sombra de un eucalipto, junto a la acera.

—¿De quién es ese coche, Eulogio?

Se vuelve el cochero a mirar.

—No lo sé, señora.

—Eso lo averigua mi hijo. Vamos a apuntar la matrícula —propone doña Angustias resueltamente.

Hurgan las damas en sus bolsos respectivos en busca de recado de escribir pero, como es natural, no lo hallan. Doña Matilde esconde en un rincón del suyo una bolsita de hule que contiene un estuche de colorete y

un lápiz de ojos que podría servir, pero pensándolo mejor lo deja donde está, temerosa de que si muestra un artilugio de maquillaje la chismosa de doña Angustias lo irá contando luego y quizá las otras damas de Auxilio Social la tomarán por lo que no es. Al final tienen que apuntar la matrícula, marcando las cifras en seco con una horquilla del pelo sobre el borde de un recordatorio religioso: SE 2452.

—Ahora llévanos al Buen Reposo —le ordena doña Angustias al cochero.

—Eso está hecho, señora —responde el hombre agitando las riendas mientras piensa para sus adentros: «¡Estas putas, las horas que tienen de ir de visita! Menos mal que les han dado con la puerta en las narices.»

La colonia alemana de Sevilla no era muy numerosa y Manzanilla sabía que Martin Bauer era uno de los principales consignatarios de buques, con oficina en el puerto fluvial. No le fue difícil confirmar que poseía un coto de caza en La Cartuja, en plena sierra de Sevilla, la finca El Espinar, una enorme extensión de encinas y monte bajo adonde invitaba a cazar a sus amigos y clientes y a la que solía retirarse en época estival, huyendo de los calores hispalenses. Lo difícil iba a ser que en Moscú dieran crédito a la noticia de que los alemanes habían construido un aeródromo en aquella finca, pero él en cualquier caso transmitió la noticia y el operador de Gibraltar la hizo llegar a su destino.

—¿Es técnicamente posible? —preguntó Yagoda.

El capitán Yuri Antonov asintió.

—El Stuka es muy fuerte de remos, con tren de aterrizaje fijo. Lo han diseñado para que opere desde aeródromos improvisados, al lado mismo del frente de batalla. Así multiplican las misiones y ahorran combustible. Es perfectamente posible —concluyó.

Aquella noche Rudolf tardó bastante en conciliar el sueño. Carmen le había arrebatado el pensamiento y cuando intentaba ordenar su trabajo

del día siguiente, con automatismo germánico, la imaginación lo arrastraba una y otra vez al lado de Carmen. Una dulce congoja se había apoderado de él, un sentimiento enteramente desconocido que relegaba a un lejano segundo término todo lo que no fuera deleitarse en el recuerdo de la muchacha, de las horas pasadas con ella en la intimidad de la galería. En el universo ordenado del junker prusiano había irrumpido el desorden del sentimiento, ¿dónde habían ido a parar aquellas ensoñaciones heroicas a las que se entregaba cada noche, dónde la minuciosa planificación de su vida ascendente hasta emular e incluso superar a los antiguos héroes?

Finalmente se quedó dormido, pero solamente para soñar con Carmen. Por la mañana, cuando sonó el despertador, saltó de la cama y se entregó a su rutina cotidiana que comenzaba por una tabla de gimnasia sueca. Treinta flexiones, carrera, flexión de rodillas... Perdía la cuenta de los ejercicios.

Carmen.

La Cartuja

Martin Bauer no disimuló el pasmo que le produjo la aparición de aquella beldad en su retiro veraniego. Besó la mano que la muchacha graciosamente le tendía y la retuvo un momento entre las suyas.

—Señorita Rades de Andrade, tome posesión de esta humilde morada.

—Gracias. Es usted muy amable —contestó Carmen con su más cautivadora sonrisa.

Bauer dirigió a su sobrino un guiño cómplice que quería decir «¡Menuda preciosidad te has buscado!», o quizá «Parece que hoy no tienes tanta prisa por volar», pero solamente dijo:

—A pesar del verano el paraje de Los Escoriales está muy hermoso, con el manantial y el salto de agua a la sombra fresca de la fronda. Gregoria preparará una cesta de campo para que podáis almorzar allí. Os ofrecería una escopeta por si se presenta caza, pero a mi sobrino le horrorizan las armas. Es una fobia que no puede remediar, el pobre.

Y le sonrió cínicamente. Rudolf se sonrojó un poco, pero aceptó deportivamente la broma. Estaba deseando marcharse a cualquier parte donde pudiera estar a solas con Carmen y quería hacerlo antes de que su tío metiera la pata. Ya le había advertido, cuando le pidió permiso para invitar a una amiga a El Espinar, que la muchacha lo creía piloto civil.

Mientras se preparaba la comida, Rudolf le mostró a Carmen los alrededores, aunque evitó el lugar donde estaban los dos aviones disimulados bajo los árboles y cubiertos por redes de camuflaje. El sargento Kolb los vio pasar y comentó a los mecánicos:

—Menos mal que se espabila el muchacho. Creía que sólo se la ponía dura el Stuka.

El sol arrancaba reflejos dorados a las altas copas de las encinas. Recorrieron cinco kilómetros de tolerable carril en el Studebaker de tío Martin y continuaron a pie durante otro kilómetro por un estrecho sendero. La fuente de Los Escoriales estaba situada en lo más intrincado del bosque y la vegetación de su entorno era tan espesa que formaba una especie de cúpula verde a través de la cual sólo se filtraban algunos tímidos rayos de sol, los suficientes para salpicar la hierba de brillantes esmeraldas. Tendieron un mantel al lado del manantial. Mientras se refrescaban el vino y el sifón, sepultadas las botellas bajo la menuda arena del fondo, Carmen dispuso los platos, los cubiertos y las fiambreras que Rudolf iba extrayendo de la cesta de mimbre. Gregoria había improvisado todo un banquete: filetes empanados, tortilla de patatas, queso en aceite, aceitunas, alcaparrones...

Carmen sirvió la comida y Rudolf fue por el vino. Mientras se alejaba, la muchacha lo contempló con interés: rubio y alto, algo desgarbado, largas piernas enfundadas en un pantalón de montañero. Se movía sin prisas, con ademanes reposados que transmitían una sensación de dominio y de seguridad. Era agradable su compañía, al margen de lo que cada uno fuera y cada cual esperara o deseara de la vida. La muchacha hubiera preferido que no tuvieran identidad alguna, abolir las circunstancias que los habían reunido allí, que aquellos momentos no terminaran nunca y que el mundo siguiera girando por sus ciegas rutas sin contar con ellos. No conseguía sentirse culpable por su bienestar y por la atracción que sentía por aquel *enemigo* al que supuestamente debería odiar. Allí, en plena naturaleza, podía aplazar sus recelos y casi olvidar quién era y qué hacía al lado de aquel hombre. Era sólo una muchacha que estaba pasando un día de campo con un chico alto, rubio y de ojos azules por el que hubiera suspirado cualquier mujer de su edad en otras circunstancias.

Comieron casi en silencio pero con buen apetito. Después del postre,

Carmen recogió la mesa con gran disgusto de moscas y hormigas.

En el bosque umbrío y perfumado reinaba una ordenada belleza que invitaba a intimar.

—¿En qué piensas?

Rudolf se había tendido junto a Carmen y reflexionaba con los brazos debajo de la cabeza mientras mordisqueaba una brizna de hierba.

—No pienso. Estoy intentando sentir la belleza de este lugar, empaparme de ella a través de todos mis sentidos, archivarla en mi memoria, llevármela a mi encierro.

Permanecieron nuevamente en silencio. Oían los trinos de las aves, el susurro de la brisa en las altas copas de los pinos, el paciente tascar de un lejano e invisible jabalí que afilaba sus colmillos en lo más profundo de la espesura.

Carmen sintió sed y Rudolf le trajo un vaso de agua fresca, tomada directamente del manantial. Contemplando la ancha espalda y el trasero pequeño del piloto, la muchacha se hizo por enésima vez la terrible pregunta: cuando llegue el momento, ¿podré entregarme sin que los malos recuerdos regresen para estorbarme?

Había sorprendido el brillo del deseo en algunas miradas furtivas y sabía que la fase amistosa de su relación no podía prolongarse mucho tiempo. Por otra parte, el plan exigía que ella alcanzaran la intimidad lo antes posible.

El regresó con el agua y ella bebió. Estaba fresca, casi fría. Permitió que una parte del líquido se le derramara por la garganta. Mojada, la ligera blusa que vestía se tornó transparente y se le pegó al busto. Rudolf, de pie ante la muchacha, tuvo un atisbo del pecho pugnaz y denso. Desvió la mirada caballerosamente y tomó asiento a su lado, muy cerca de ella. Percibía su perfume, mezclado con un ligero efluvio de sudor. Olía a almizcle. Imaginó cómo reaccionaría ella si la besaba en la boca.

—Rudolf.

—Sí.

—Ese prototipo, el avión correo... ¿podría yo volar algún día en él?

Por el rabillo del ojo, Carmen advirtió la expresión alarmada del hombre, pero disimuló y continuó entretenida con una brizna de hierba que se enrollaba en torno al meñique.

—Quiero decir, como pasajera, por supuesto —aclaró—. Todavía no me atrevo a pilotar un avión grande. Hasta ahora sólo he pilotado avionetas ligeras.

Rudolf tardó en contestar:

—Supongo que la Compañía no tendría inconveniente en que volaras como pasajera —manifestó—. En realidad el aeródromo no está lejos de aquí, está en esta misma finca, cerca de la casa.

Ella lo miró encantada y le tomó las manos.

—¿De veras? ¿Podríamos verlo hoy?

El tacto suave de las manos que aferraban las suyas, la alegría infantil de la muchacha enamorada de los aviones, el lugar y la ocasión, todo contribuyó para que Rudolf, venciendo sus últimas reservas, besara la mano femenina de un modo distinto a como lo había hecho hasta entonces, primero en el dorso, luego en la palma, aspirando el suave perfume, y después, dejando sobre la piel estremecida una cadena de besos, siguió por la muñeca sin despegar los labios y remontó el brazo hasta el cuello y la boca. Ella se dejó hacer: «Ya te tengo», pensó, pero no consiguió que le resultara desagradable. Se había convencido, después de la terrible experiencia, de que nunca podría intimar con un hombre sin sentir invencible repugnancia. Ahora descubría que la delicadeza y la pasión podían rendirla como antaño.

Rudolf la estaba besando suavemente y ella colaboraba con sus labios entreabiertos. Un nuevo beso más profundo, las bocas mordiéndose ansiosamente, despabiló el deseo. El cuerpo del piloto fue girando, sus fuertes brazos rodearon a la muchacha y la reclinaron sobre el suelo. Carmen sintió, con la frescura de la primera vez, el aliento entrecortado del amante. Después, un beso húmedo cerca de la oreja la estremeció. Se

sorprendía de su propia receptividad. Las manos expertas del piloto habían desabrochado dos botones y una de ellas se internaba bajo el vestido en busca de los pechos. Entonces ella recordó quién era y lo que había venido a hacer allí y se zafó nerviosamente del abrazo masculino.

—¡Por favor! No sé si estoy... No sé si podré...

Él la contemplaba sorprendido por la brusca reacción. La joven se había cruzado de brazos, las palmas abiertas sobre los hombros, como si se protegiera de una súbita invasión.

—Tengo miedo.

Rudolf pareció desconcertado. Quizá no estaba tan liberada como creía. Quizá se trataba de alguna de aquellas españolas que condicionan la rendición de su virtud al paso por la vicaría. Ella pareció adivinarle el pensamiento.

—Es que... Hay algo que no te he confesado.

Nuevamente la mano de la muchacha se había posado en el brazo masculino. Rudolf la cubrió con la suya y la apretó amistosamente.

—¿Qué es?

—Los rojos... en Madrid... cuando estuve cautiva de los comunistas.

Una sombra se había instalado detrás de los ojos azules.

—¿Qué ocurrió?

Ella desvió nuevamente la mirada.

—Me violaron —susurró.

Rudolf se puso de pie y anduvo unos pasos cabizbajo y pensativo, las manos en los bolsillos. Se detuvo frente a la clara corriente del arroyo. Sentía un sordo tambor golpeándole las sienes. De pronto percibía inéditas amenazas en el crepitar del bosque, en los mil rumores concordados que lo poblaban. Los zumbidos de los insectos, los trinos de los pájaros, el seco aleteo de las libélulas, el rumor lejano de las chicharras, todo aquello manifestaba la crueldad del mundo. *¿Estaba enamorándose de aquella muchacha? Ella le había confiado su terrible secreto, algo que el pudor le había impedido confesar incluso al comité de la Cruz Roja que la liberó. Ella era una víctima inocente de los bárbaros contra los que se había ideado el Stuka, una doncella que el caballero montado en el corcel de acero, que era él, hubiera debido defender, hubiera debido rescatar de la saña animal de los comunistas.*

Ya no se podía hacer nada.

Sólo cabía modificar el futuro.

Rudolf tomó una determinación y se volvió hacia Carmen con gesto resuelto.

—Te he mentido —confesó mirándola a los ojos.

—¿En qué?

—No soy piloto civil.

—¿No?

—Soy piloto militar. Soy capitán de la Luftwaffe. Pertenezco al grupo de voluntarios que ha venido a combatir con Franco.

—¿Entonces, el avión?

—No es un avión correo. Es un aparato militar. Todavía es solamente un prototipo, pero lo estamos probando en la guerra.

Carmen le había servido más café, casi frío. Hizo una pequeña pausa reflexiva.

—¡Eres piloto de caza! ¡Dios mío, eso debe de ser muy peligroso!

Rudolf bien hubiera querido ser piloto de caza. Se sintió casi avergonzado de que su actuación en la guerra no fuera tan peligrosa como la muchacha imaginaba. Las mujeres admiran al que se arriesga, tienden a remunerarlo con su amor. Es parte del orden natural que la mujer más hermosa corresponda al más valeroso guerrero, que la más bella sonría al más fiero de los vencedores, como dice ese poeta criollo cuyos versos sabe de memoria tío Martín.

Rudolf bebió un nuevo sorbo de café. «¿Se lo confieso todo? —pensó—. No veo razón alguna para ocultárselo. Ella es de los nuestros, está tan interesada como nosotros en que el comunismo sea aplastado, y al fin y al cabo el proyecto ya no es tan secreto.»

—No soy piloto de caza, Carmen. El avión que piloto es un Stuka, un nuevo bombardero de precisión. Hasta ahora sólo hemos actuado un par de veces. Precisamente ayer estábamos celebrando el éxito de la primera misión. El mes pasado averíamos, casi hundimos, al único acorazado de la armada roja, el Jaime I, no sé si has oído hablar de él.

—Creo que leí algo en los periódicos, en Lisboa.

—Estaba surto en el puerto de Málaga y su ataque fue nuestro bautismo de fuego —prosiguió Rudolf—. Hasta entonces sólo habíamos bombardeado campos de prácticas. Al regreso, mi compañero de ala, el capitán Hartmann, el moreno de la pipa que conociste, se rompió la muñeca en un accidente de bici. Aplazamos la celebración de la victoria hasta que le quitaron el yeso. Es un excelente piloto cuando está en el aire, pero en tierra es un pésimo ciclista.

Rieron divertidos.

—¡Un avión de bombardeo en picado! —exclamó Carmen—. Debe de ser excitante. ¿Qué ángulo de picado alcanzáis, treinta grados?

Rudolf sonrió con viril suficiencia.

—Un poco más: hasta ochenta.

—¡Ochenta grados! ¡Eso es casi vertical! —Carmen se había

inclinado con genuina admiración—. Es lo que consiguen Lidia Zviéeva y Blanche Stuart en sus «picados de la muerte».

—La diferencia está —advirtió Rudolf— en que ellas lo hacen con avionetas de exhibición muy ligeras y nosotros empleamos aviones pesados lastrados con una coraza y con una bomba de trescientos kilos.

—¡Cómo me gustaría ver ese aparato!

Titubeó Rudolf considerando la conveniencia de confiar a un civil tan alto secreto. Pero estaba enamorado—¿era aquello amor?— y hubiera hecho cualquier cosa por satisfacer a su amada. Lo único que contaba era complacer a la muchacha.

—¿De verdad te gustaría verlo?

Ella asintió: «Mucho.»

No dijeron más. Volvieron a besarse, él extremando la delicadeza de las caricias. Esta vez la muchacha se rindió a las amorosas manos y permitió que exploraran sus pechos y desabotonaran su blusa. El cuerpo desnudo de Carmen despedía fulgores de topacio en la penumbra azulada y húmeda de la fronda, como en un antiguo templo que guardara memoria de ancestrales ritos. La opresión de una mano fuerte sobre la rodilla la hizo estremecerse de placer. Un placer aún más intenso que todos los que recordaba, en el tiempo remoto en que era una modistilla del Corral de la Higuera, cuando algunas veces se acostaba sobre un camastro improvisado con un novio impetuoso, entre las cajas y anaqueles del almacén de tejidos donde él trabajaba.

Años más tarde, Rudolf recordaría aquel momento, en las largas noches invernales del campo de concentración, con el viento aullando fuera del barracón y los lobos rondando la empalizada. Como quien en la soledad de su cuarto abre un baúl y se para a contemplar su tesoro oculto, Rudolf rememoraría la piel morena, la comba suavidad del vientre, los pechos duros, los oscuros y salados pezones, la luz que parecía brillar en el fondo insondable de los ojos melados, la suavidad tersa de unos labios calientes, el aliento a canela y néctar, el reflejo del sol en el cabello

azabache, la hondura abisal del sexo femenino cuando después de una vacilación ella distendió los miembros y se entregó. En el remoto cautiverio, Rudolf recordaría la cremosa piel que sus manos recorrían con lentitud ritual, las sombras doradas en la penumbra del cuarto oscuro, el cuerpo tendido y entregado, las piernas largas, la curva perfecta de sus caderas, el negro vellocino del pubis, la aterciopelada voz con que lo acunaba después de cada refriega amorosa.

Penetraba en ella morosamente, con sabia lentitud, invirtiendo una eternidad en cada embestida, demorándose en el fondo de la vagina hasta percibir el contacto suave de la embocadura del útero.

Discurrió lento e inadvertido el tiempo. En el sopor de la siesta se confundían los aromas de sudor, de sexo, de savias secretas, de resinas, de tomillo, de romero, de espliego.

Permanecieron así muchas horas, olvidados del mundo, y cuando regresaron ya era de noche.

Pasaban los días lentos y felices, vivían al margen del tiempo, fabricando el suyo propio, que no se medía en minutos ni en horas, sino en unidades de amor de una consistencia distinta. A veces dormitaban, alejados los cuerpos a causa del calor, pero siempre con un contacto que suprimiera la distancia: una mano de ella sobre el pecho de él, unos pies cruzados. Alguna vez hacían proyectos.

—Cuando acabe esta guerra, volveré a pilotar. Quiero volar en algún raid femenino.

—Quizá vlemos juntos, si el general Franco sigue siendo tan amigo de Alemania.

—Eso sería estupendo.

—Cuando vengas conmigo a Berlín desayunaremos en el café Heck, con sus sillas de madera y sus veladores de hierro fundido. Pasaremos la mañana curioseando en las lujosas tiendas de la Wilhemstrasse y a mediodía almorzaremos en el restaurante Pfälzer Weinstube, cerca de la Cancillería. Volveremos al hotel para amarnos como tigres y a media tarde iremos al teatro. ¿Sabías que Berlín es la ciudad europea con más teatros? Asistiremos a la representación de El sueño de una noche de verano de Max Reinhardt, o veremos a Elisabeth Nergner en La doncella de Orleans de Bernard Shaw, o a Pallenberg en el Svejik de Piscator.

Se veían a diario, casi siempre en el chalecito de Sevilla, otras veces él la llevaba a La Cartuja y Carmen trasnochaba en El Espinar. Le gustaba aquella casa enorme, sus escaleras crujientes, sus habitaciones cerradas en las que se adivinaba una vida antigua remansada, amable.

El amor, alterando las leyes de la naturaleza, había desmoronado algunas certezas que Rudolf creía inmutables. Muy al principio, el primer día o algo así, cuando imaginaba a Carmen en Alemania, pensaba que su piel morena, su negro cabello y sus ojos oscuros no se parecían al ideal

ario con el que hasta entonces habíasñado: una mujer rubia, blanca de tez y de cuerpo lleno y generoso. Carmen distaba mucho del ideal ario, pero era tan hermosa y discreta que hasta el ario más exigente entendería que se hubiera casado con ella. Por otra parte, Carmen pertenecía a una nobleza antigua, a una de las familias más distinguidas de un país honorable que había destacado en el pasado por sus hechos de armas. Seguramente descendía de aquellos conquistadores que con un puñado de hombres abatieron imperios.

Una noche, fumando un habano en la terraza de El Espinar, tío Martin observó:

—Últimamente miras mucho la luna, sobrino.

—¡Oh!, estaba distraído.

Martin arrojó una nube de humo hacia el cielo. Un perro aulló a lo lejos. De los barbechos convertidos en pastizales llegaba un distante tintineo de cencerros.

—¿Cómo le va a Carmen?

—Bien, bien. —Lo dudó un momento y después preguntó—: ¿Qué te parece Carmen, tío?

—Una mujer muy hermosa —observó Martin—. Y de excelente familia. En Alemania su padre sería junker, pero esa junker quizá no sea tan fácil de pilotar.

Tío Martin hacía un juego de palabras porque junker significa miembro de la nobleza prusiana, pero también una marca de aviones. El Stuka era precisamente un Junkers.

Rudolf miró a su tío sin percibir el alcance exacto de sus palabras. Pero tío Martin sonreía enigmáticamente mientras decapitaba un habano.

—Por otra parte, habrás observado que no es aria pura —comentó.

—Touché.

Sólo entonces advirtió hasta qué punto amaba a aquella mujer. Las doctrinas de la raza, laboriosamente cimentadas en complejas teorías supuestamente científicas, que había aceptado en su juventud, le parecían

ahora fútiles disquisiciones de gabinete. La vida devoraba al pensamiento, la pulsión de la carne alteraba el color del mundo y subvertía la lógica de las cosas.

¿Cuándo se había producido el cambio? Quizá unos días antes, después de cierta conversación. El le había expuesto las doctrinas raciales de la nueva Alemania y ella se lo había tomado como una especie de broma, unas ideas tan extravagantes y disparatadas que no es posible que merecieran la aprobación de gente tan inteligente como los alemanes. La cauta mención de la superioridad de la raza aria provocó una franca y bienhumorada carcajada de la muchacha: «¡Sois brutotes —comentó—: esa manera de pisar y esos zapatones que gastáis! Sois como crios grandes engreídos de vuestra fuerza, y en cuanto a guapos, tampoco mucho, eso sí, sanos y colorados, anchos de cuello y de espalda, pero tenéis el cogote recto, que hace feo, y el cuello arrugado como los galápagos, y las orejas se os ven de lado cuando estáis de frente, como a los monos. ¡Eso no puede ser más feo! —Luego lo había sorprendido mirándose en el espejo, como un colegial, para comprobar si padecía esas taras raciales—. ¿Sabes lo que creo? Que cada raza es superior cuando es mayoría y que todas las razas son superiores. Sólo las minorías son inferiores, pobrecillos.»

Al final el propio Rudolf admitió que las doctrinas raciales no eran tan importantes después de todo. Al menos no para él. Un militar no debía meterse en filosofías. El era solamente una célula de un organismo más complejo, tremendamente complejo. Volar, sacarle el máximo partido al Stuka, ésa era toda su función. Atacar el objetivo. Cumplir satisfactoriamente la misión encomendada. Sólo se trataba de eso.

Doña Angustias hace su entrada triunfal en el salón de la marquesa del Buen Reposo.

—Ya sé quién visita a la señorita de Rades de Andrade.

Como si alguien hubiera oprimido un resorte, cesa la algarabía de

cuatro conversaciones cruzadas y una docena de cabezas severamente peinadas se vuelven hacia la recién llegada. Ella sonrío recreándose en la suerte.

—A ver, Angustias, dinos quién es y no nos tengas en ascuas — invita la marquesa del Buen Reposo.

—No os lo vais a creer. ¡Un alemán! ¡Con la de buenos mozos que hay en Sevilla y se ha ido a liar con un alemán!

—¿Con un alemán?

—Con uno de los aviadores de Tablada, ya sabéis —explica doña Angustias—. El otro día le di la matrícula del coche a mi hijo, y como tiene controlados todos los vehículos de Sevilla, en seguida averiguó que es uno de los que el mando ha puesto a disposición de los alemanes.

—¡Qué vergüenza! —Se sonroja doña Obdulia Daza con media magdalena en la mano—. La mosquita muerta haciéndose la mártir para no recibírnos y es porque está liada con un hombre.

—Claro —interviene doña Matilde—; yo en seguida me lo supuse. En cuanto vi el coche me dije: «O es suyo, que no creo, o tiene una visita a la que sí puede recibir, ¡mira qué rica!»

—A lo mejor estaban en la cama —se atreve a suponer doña Enriqueta López-Laraspá e inmediatamente baja la vista, azorada, y se sonroja temiendo haber ido demasiado lejos, en detrimento de la caridad cristiana.

Para su sorpresa, a ninguna le parece que haya ido demasiado lejos. Algunas asienten vigorosamente respaldando la propuesta; otras callan y otorgan.

—¡En la cama con un hombre con las claras del día! ¡Qué desfachatez! —sentencia doña Petronila, la del registrador de la propiedad—. ¡Hay que ver qué vergüenza! ¡Adonde estamos llegando! ¡Esto había que ponérselo en el pico al arzobispo!

Muchas se muestran de acuerdo.

—Antes de tomar ninguna decisión —interrumpe doña Angustias

intentando recuperar su protagonismo—, creo que debemos ser prudentes. Mi hijo dice que de esto ni palabra a nadie, pero, claro, con vosotras es distinto, que sois todas discretas y de confianza. Va a poner a un policía para que indague quién es el que visita a la señorita Rades de Andrade.

Dos copudas encinas entre las que se había extendido una improvisada red de camuflaje ocultaban perfectamente los Stukas, de tal manera que a quince pasos de distancia era difícil descubrirlos. Carmen, vestida con su equipo de vuelo, se adelantó hacia el aparato seguida de Rudolf.

—¡Es un avión extraordinario!

Puso una mano sobre la voluminosa carena de una rueda y sintió bajo su caricia la dormida potencia del halcón en reposo. Rudolf asistía a su arrobo con una divertida sonrisa.

—¡Parece muy robusto! —observó Carmen notando la chapa surcada por largas filas de brillantes remaches.

—Es un avión bastante compacto. Y una máquina maravillosa que revolucionará el arte de la guerra. —Rudolf hablaba casi con ternura, mientras acariciaba el resplandeciente fuselaje, en el que la fuerte estructura interior formaba tenues protuberancias, como si el halcón metálico estuviera vivo. Podía sentir la potencia dormida de aquel ingenio—. El Stuka es como el arco largo con el que los ingleses derrotaron a la caballería francesa en Crécy, como las espadas de hierro templado con las que los primitivos germanos derrotaron al Imperio romano, como el caballo con el que tus antepasados destruyeron los imperios americanos. Si algún día estalla una guerra en Europa, el Stuka barrerá a los enemigos de Alemania.

Atardecía y las planchas de acero gris de las alas refulgían al sol poniente como la hoja de un cuchillo revelando las portezuelas cuidadosamente niveladas con la superficie bajo las cuales dormían kilómetros de cables y decenas de instrumentos de vuelo.

Recordó las instrucciones que Yuri Antonov le había repetido tantas veces: «Cuando estés ante el avión debes calcular la forma, la inclinación

y el grosor de las alas. Además de los alerones normales, esos aviones deben estar equipados con alguna clase de mecanismo desconocido.» «¿Qué mecanismo?» «Los frenos de picado. No sabemos en qué consisten.»

—¿Qué es esto? —preguntó Carmen.

Había tres bolsitas de lona que colgaban de los alerones.

—Eso —rió Rudolf— es un invento del sargento Kolb. Las bolsas contienen tornillos. Sirven de contrapeso para que no me resulte tan dificultoso accionar los mandos.

—Es muy ingenioso —reconoció Carmen—, ¿y esto otro?

Señalaba una especie de parrilla que se extendía a lo largo del plano anterior del ala. No había visto nada igual en los aviones que Yuri le había mostrado.

—Ésa es una de las dos maravillas mecánicas de esta máquina —se ufano el piloto—. Es el aerofreno, o freno de picado.

—¿Freno de picado? —Carmen disimuló la conmoción que le produjo el descubrimiento—. Nunca he oído hablar de tal cosa. ¿Para qué sirve?

—Si no fuera por ellos sería muy difícil volar en un picado tan inclinado como el que alcanzamos —explicó Rudolf—. Mira: al picar acciono una palanca y los frenos descienden y se bloquean. Entonces el rozamiento del aire sobre esta parrilla frena el avión y limita su velocidad a seiscientos kilómetros por hora.

—¿Por qué la limita? ¿No es mejor que vaya lo más rápido posible?

Rudolf sonrió ante la simpleza de la muchacha.

—¿Sabes lo que es la fuerza centrífuga?

—No —reconoció Carmen.

—¿Has visto cuando estás volteando una pelota unida por una cuerda? A mayor velocidad parece que pesa más y quiere escapar de tu mano.

—Sí.

—Pues ésa es la fuerza centrífuga. La velocidad aumenta el peso de las cosas. El Stuka, que pesa cinco toneladas, puede alcanzar las treinta. Si no fuera por los aerofrenos que limitan su velocidad, la tensión de la picada arrancaría las alas de cuajo y el avión caería como una piedra.

Carmen anotó mentalmente la disposición del aerofreno.

—¿Y la segunda maravilla de que hablabas?

—Esa está en la cabina.

Rudolf la ayudó a subir a la parte donde el ala se unía con la carlinga. En el fuselaje del avión había un par de entrantes que servían de escalera para ascender al ala. Las botas de los pilotos y mecánicos habían deteriorado la pintura por los bordes. La cabina era una robusta jaula transparente. La luz solar se irisaba en el plexiglás pulido de la carlinga. Haces de cables recorrían el habitáculo del piloto entre los pedales del timón y la columna de mandos.

—¿Puedo probar?

—Por supuesto.

Rudolf la ayudó a acomodarse en el asiento. Era enteramente metálico y muy bajo, con el fondo parecido a la celdilla de una huevera.

—Es terriblemente incómodo.

Rió Rudolf de buena gana.

—Es que ese agujero se rellena con el propio paracaídas, que sirve de cojín. Vamos sentados sobre él, ¿lo recuerdas?

Carmen se mordió los labios: debiera haberlo recordado. No obstante el piloto no parecía haber advertido un fallo tan elemental en una chica que supuestamente poseía el título de piloto.

El tablero de instrumentos estaba completamente cubierto de conmutadores y de indicadores circulares. Carmen identificó el indicador de velocidad vertical, la brújula, el velocímetro, el tacómetro, el panel de la radio y los indicadores de aceite, de temperatura del aceite y de presión del combustible.

«Pregunta por cualquier cosa cuya función ignores —le había recomendado Yuri Antonov—. El piloto automático tiene que controlarse

desde ese panel.»

—¿Qué es esto? —inquirió señalando una especie de cristal circular montado sobre dos soportes de acero.

—Es la mira stuvi; sirve para bombardear.

—¿Y esto?

—Es el colimador. Se regula con arreglo a la fuerza y dirección del viento, la altura del bombardeo y el ángulo del picado. Cuanto más recto, mejor.

Rudolf le explicó el funcionamiento de cada resorte, y ella lo memorizó.

—¿Cuál era el segundo secreto?

—Un dispositivo maravilloso —reveló Rudolf sonriendo—. Un piloto automático que endereza y sale del picado cuando el avión ha descendido hasta una altura peligrosa incluso si el piloto no acciona la palanca.

—¿Es posible que exista una cosa así?

Existía. Cuando descendieron del aparato, Rudolf abrió la trampilla que daba acceso al mecanismo y le explicó su funcionamiento. Estaba orgulloso de su Stuka y quería impresionar a su amada mostrándoselo como el caballero medieval que hace corvetas con su corcel frente al balcón de su dama.

Regresaron a Sevilla, ya anochecido, después de cenar con tío Martin, que nuevamente estuvo obsequioso con Carmen e irónico con su sobrino.

Sevilla

Al día siguiente el piloto Klaus Hartmann se reincorporó al grupo y los stukas volvieron a su entrenamiento. Durante la siguiente semana realizaron hasta cinco salidas diarias para comprobar el comportamiento de distintos refrigerantes y aceites. Por la tarde, Rudolf se daba una

rápida ducha, se vestía con un traje de calle sencillo y saltaba al volante del Studebaker de tío Martin (el Mercedes resultaba demasiado ostentoso) para recorrer, como una exhalación, la pésima carretera que unía La Cartuja con Sevilla. Cada noche cenaba con Carmen, en la galería, a solas, pues los viejos criados terminaban sus tareas temprano y se retiraban a su vivienda, en un extremo del jardín, hasta el día siguiente.

El amor consumía al piloto como una fiebre, pero era joven y vigoroso y se recuperaba fácilmente de los excesos. Nunca marchaba antes de las dos o las tres de la madrugada. A esas horas, otros pilotos regresaban como él de aventuras galantes, pero la policía militar española hacía la vista gorda a la infracción del toque de queda o anotaba en su parte de incidencias: ciudadano alemán procedente del tercer turno de la Adoración Nocturna en la parroquia de San Gil.

Nadie quería líos.

Torres Cabrera abandonó su asiento detrás del escritorio y se aproximó al balcón. Era mediodía y tenía echada la pesada estera de esparto que les cerraba el paso a la luz excesiva y al calor.

—Así que el sobrino de Martin Bauer —afirmó.

—Sí, señor delegado. Esta mañana salieron los dos, a eso de las nueve —informó el hombre del traje barato y el sombrero flexible—. El llevaba una bolsa de mano muy maja y ella iba con un sombrero de esos grandes, pamela me parece que se llama, en plan elegante.

—¿Sabes adonde fueron?

—No he de saber —se ufanó el policía—. Con cuidado que no me vieran tiré detrás de ellos con la moto y me dejaron atrás en la carretera de la Sierra norte.

—La carretera de la Sierra, ¿eh? ¿Tienes idea de adonde podían ir?

—Ni idea, pero tengo para mí que podían ir a La Cartuja.

—¿La Cartuja? —se extrañó Torres Cabrera—. ¿Y qué se les ha perdido allí?

—¿No se acuerda usted de que el tío del muchacho tiene allí un coto de caza?

—Sí, sí que me acuerdo —asintió Torres Cabrera—. Bien, vete otra vez a vigilar por si regresa hoy, y si ves que no, a eso de las doce de la noche lo dejas y me das el parte en Las Siete Puertas o en La Sacristía.

—¡A sus órdenes, señor delegado!

Iba a retirarse cuando Torres Cabrera dijo:

—¡Paco!

—¡A sus órdenes, señor delegado! Se cuadró el policía desde la puerta.

—¡Buen trabajo! Sonrió el tal Paco.

El detallado informe del primer día y los informes parciales de los días siguientes llegaron puntualmente a Gibraltar vía Manzanilla y desde allí al escritorio de Yagoda en el edificio Rossia de Moscú.

La plana mayor del NKVD estaba encantada con la espía española.

—Cuando todo haya pasado, la propondremos para una condecoración —prometió Serebryanski, que nunca había confiado demasiado en su propio plan.

A principios de noviembre, tras un mes de idilio, Carmen pudo volar, por fin, en el avión secreto. Al regresar de una misión sobre el Estrecho, durante la cual atacaron a un navío republicano, el capitán Hartmann sufrió una avería en la bomba de aceite y se vio obligado a tomar tierra en Jerez, mientras Rudolf continuaba en solitario hasta La Cartuja. Allí recibió la llamada de Hartmann.

—Se me ha fundido medio motor y tengo avería para rato. Intentarán componerlo en dos días, así que no me esperes antes. Ya sé lo que vas a hacer. Mis saludos a la señorita.

Rudolf llamaba a Carmen señorita. Le parecía que en la sonoridad de esa palabra se encerraba todo el hechizo y el misterio de las mujeres del sur: señorita.

Rudolf reservó la sorpresa para después de la cena. Entonces la besó en el cuello y en los labios y le musitó al oído:

—Volaremos mañana. Tráete tu traje de vuelo.

Carmen fingió que la noticia la colmaba de felicidad. En realidad nunca había volado y, cuanto más sabía de aviones, menos segura estaba de que le gustara volar.

El sargento Kolb y los otros dos mecánicos habían aprovechado la forzosa pausa para marcharse a Sevilla, en busca de emociones. Kolb se había encaprichado con una viuda fortachona que le preparaba estupendas fuentes de gazpacho.

—Esa mujer te dobla la edad —le había dicho el cabo mecánico Bothmer.

—Ah, Otto: cuando madures descubrirás que los instrumentos viejos dan las mejores melodías.

El caso es que todos se habían ausentado y en El Espinar sólo quedaban los caseros y los moros invisibles que guardaban la finca. El propio Rudolf quitó los calzos de las ruedas del Stuka, comprobó los niveles y consiguió que uno de los marroquies accionara la manivela del capó hasta que las palas de la hélice se pusieron en movimiento y el motor comenzó a ronronear acompasadamente, extendiendo su trepidación a todo el aparato.

El piloto le indicó al moro que extrajera la manivela del capó y, abandonando su asiento, ayudó a su pasajera a acomodarse en la angosta cabina. Carmen volaría de espaldas, mirando a la cola, en el lugar del ametrallador que normalmente ocupaba Kolb. Se había puesto el gorro de vuelo, y Rudolf le había ajustado convenientemente el laringófono contra la suave piel de la garganta.

—Ya ves que el motor hace un ruido de mil diablos, pero cuando hables, el sonido de tu garganta se transmitirá por medio de este cable hasta las orejas de mi gorro de vuelo.

El piloto regresó a su asiento y cerró la carlinga. Realizó la prueba de sonido.

—¿Me escuchas bien?

—Muy bien.

—Pues vamos allá.

Rudolf ajustó los alerones y el compensador vertical y reafirmó los pies sobre los pedales del timón de dirección.

—Esperaremos un par de minutos para que los componentes del motor alcancen la presión correcta y el aceite ascienda a la temperatura adecuada —sonó la voz deformada y metálica de Rudolf en los oídos de Carmen, y luego, después de unos minutos—: Ahora iniciamos la maniobra de despegue.

Dio gas y el aparato comenzó a moverse. Primero giró lentamente hasta que el morro estuvo aporado en la dirección de la pista sobre el aspa de cal que marcaba el centro.

—Ahora hago la prueba de las magnetos —informó Rudolf—. Aumento las revoluciones al máximo y cambio de la fuente principal eléctrica, es decir, las bujías, a la alternativa, para volver luego a la principal. Sin novedad.

Dio gas y comenzó a trotar por la pista mal aplanada. Carmen tragó saliva.

—Hay suerte: tenemos viento de cara —comentó Rudolf—. ¡Allá vamos!

Accionó la palanca del motor para aumentar la potencia. Rugió el aparato como una fiera castigada con el acicate y rodó a mayor velocidad.

—Tengo que presionar un poco el pedal derecho para contrarrestar el efecto del giro de la hélice —seguía diciendo Rudolf—. Esto no es tan notorio en las avionetas.

Carmen recordó:

—No, en la Curtiss que yo pilotaba, la desviación a la izquierda no es muy importante.

Cuando ganó alguna velocidad, Rudolf empujó suavemente la palanca de mando. Los estabilizadores tiraron de la cola levantándola del suelo y el avión se deslizó horizontalmente sobre las dos ruedas. Comenzaba la aceleración final para el despegue.

Carmen contemplaba con asombro el efecto visual de los árboles huyendo hacia atrás a ciento treinta kilómetros por hora. Un momento después el piloto tiró suavemente de la palanca y el avión abandonó el suelo con un desperezo de gaviota y continuó en línea recta como si flotara en el aire. Carmen experimentó una sensación de ingravidez en el estómago. Respiró profundamente. El avión volaba sobre las copas de los árboles e iba alejándose de la tierra.

—¿Qué tal ahí detrás? —sonó metálica la voz de Rudolf a través del laringófono.

—Estupendamente. Es extraño despegar mirando a la cola, pero me siento muy feliz. Suena bien este aparato.

—Es una maravilla. Muy bien, mantengamos ahora altura y rumbo. Desde el sur se aproximaba una masa de nubes algodonosas.

—¿Quieres saber cómo es el cielo?

—¿El cielo?

—El cielo de los angelitos.

—Sí.

Rudolf maniobró para internarse en una nube. Al momento desapareció el paisaje y Carmen se vio inmersa en una niebla tan espesa que parecía algodón. El agua chorreaba por los cristales. Algunas gotas heladas se colaron a través del cierre y le salpicaron las manos.

—¡Es maravilloso! —acertó a decir.

—¿Mejor que volar en la Curtiss?

—Bueno, es... distinto. Tienes una sensación de mayor potencia. —Hizo una pausa y añadió—: Me gustaría saber qué se siente en un picado.

Rudolf se lo pensó.

—Puede resultarte desagradable.

—Lidia Zviéeva los hace en sus exhibiciones —replicó Carmen con un calculado tono de travesura—. No creo que sea tan desagradable.

—Este avión es muy pesado —objetó Rudolf.

—Pero tú los haces cuando te entrenas.

—Sí, llevo meses haciéndolo —reconoció el piloto. Luego pensó: «Por otra parte, ¿acaso no fue una mujer, Hanna Reitsch, la primera que probó los frenos de picado?» Recordaba aquella hazaña a la que había asistido como espectador, en la escuela de aerolíneas de Stetting.

—De acuerdo —concedió—. Vamos a picar, pero antes me elevaré un poco más.

Rugió el motor y la aeronave giró lateralmente iniciando un suave viraje. Había salido de la nube y bajo el ala inclinada se divisaba el campo pardo y las manchas verde oscuro de la arboleda. Carmen veía empequeñecerse la tierra allá abajo: los caminos, las veredas, los montes cruzados de sendas, las ruinas de antiguos cortijos, las chozas de pastor techadas con lajas de piedra, las cicatrices ocre de las canteras abandonadas.

—Recuerda que vas a tener dos sensaciones casi seguidas —avisó la voz metálica de Rudolf por los auriculares—: el «velo rojo» mientras descendemos y el «velo negro» al comienzo del ascenso.

Ya habían alcanzado la altura adecuada. Rudolf observó un amplio valle a la derecha. Torció para situarse en su vertical.

—¿Preparada?

—¡Sí!

—¡Allá vamos! Primero cierro las persianas del radiador... Ahora anulo el corrector de altura... Ahora inclino el aparato a la izquierda... ¡No te asustes: recuerda que te sostiene el cinturón!... Ahora picamos hasta un ángulo de setenta grados.

Rugía el motor. El asiento de Carmen se elevó bruscamente y ya sólo vio cielo azul y distantes nubéculas. Una fuerza misteriosa la arrancó del asiento y la hubiera proyectado contra la ventana circular de la carlinga de no estar sujeta por fuertes correas. Carmen notó la presión de la sangre en el cerebro y vio oscurecerse el cielo, como si de pronto se encapotara.

—Tengo el anemómetro a trescientos cincuenta..., a cuatrocientos...,

a quinientos kilómetros por hora. Ahora saco los frenos de picado. Vas a oír un chirrido alarmante. No temas, que el avión aguantará.

El chasquido ensordecedor se produjo al mismo tiempo que una fuerte trepidación sacudía el aparato. Carmen, con los ojos dilatados por el pánico, dejó de oír las palabras tranquilizadoras de Rudolf. Abrió la boca para gritar, pero no emitió sonido alguno. El dolor de oídos era insoportable debido a la presión en los tímpanos. Clavó la mirada en sus nudillos, que estaban blancos, las manos aferradas al tirante de sujeción. Aterrada, cerró los ojos. Sonó un segundo chasquido aún más siniestro que el primero y salió disparada como si su asiento la hubiera catapultado, aunque las correas de seguridad la devolvieron bruscamente a su lugar. ¿Se habían estrellado? ¿Estaba viva? Cuando abrió los ojos lo veía todo ligeramente teñido de un tono púrpura, el velo rojo.

Los segundos se hicieron eternos; el rojo más intenso; el fragor del motor casi insoportable.

—¡Recupero! —tronó de pronto la voz de Rudolf.

Un chasquido horrible y el zamarreo inmisericorde, una tirantez en los hombros y una sensación de mareo. ¿Se había deshecho la máquina en el aire? La tierra volteó como una campana, desapareció el cielo y se manifestaron de golpe los tupidos encinares, los cerros rocosos surcados de sinuosos caminos, las carreteras y las casas blanqueadas, los espejeantes arroyos... ¿Se había detenido el Stuka? El nuevo golpe la proyectó hacia adelante. Un mareo y un vértigo se apoderaron de ella. Sintió náuseas. La sangre huía de la cabeza y parecía que caía la noche. «Hasta es posible que te desvanezcas momentáneamente. Entonces el altímetro dispara el mecanismo de recuperación. Ese piloto automático es nuestro seguro de vida.»

Carmen volvía en sí, la tierra a sus pies, los encinares empequeñeciéndose a medida que se elevaban.

—¿Estás bien? —le llegó la voz de Rudolf.

—Sí —mintió ella.

Cuando abrió los ojos vio el paisaje ligeramente teñido de púrpura como a través de un cristal tintado: el bosque de encinas, los berruecos, los sembradíos de trigo, un olivar a la derecha, los surcos irregulares de los caminos y los riachuelos.

—Ahora recojo la palanca un poco, viro y subo —informaba Rudolf en tono impersonal—. Ya ha pasado el momento más desagradable. ¿Has visto los velos?

—Los he visto.

—¿Y qué te han parecido?

—Horribles.

—Ya te lo advertí. Rió el piloto.

—Pero una aviadora debe conocerlos.

Volaron en silencio durante unos minutos.

—Huele mucho a gasolina, ¿no te mareas? —preguntó Carmen.

—Es que vamos casi sentados en el motor y en picado ha habido que forzarlo un poco. Si tuviera cien caballos más sería perfecto. Ya están trabajando en ello y será cosa de unos meses. Además este prototipo en particular, el Antón, filtra en la carlinga algunos gases del carburador. El próximo, el Berta, tendrá corregidos todos estos fallos.

Rudolf regresaba a El Espinar. Cuando divisó el palomar a lo lejos, viró y calculó el tiempo para aterrizar.

—Volvamos a casa con un buen planeo y una buena toma.

Giró en la dirección del viento para iniciar la maniobra de aterrizaje descendiendo suavemente sobre el encinar.

—Ahora saco los alerones. —El tirón produjo un chirrido mecánico—. Ahora corto gas... Aterrizo.

El Stuka se deslizó desde la cabecera de la pista, rodó otros cien metros, saltando entre baches y protuberancias, y se detuvo con un medio giro.

A finales de agosto de 1936, Stalin decidió establecer relaciones diplomáticas con la República española. Entre los numerosos funcionarios enviados a la nueva embajada figuraba el capitán de aviación Yuri Petrovich Antonov, en calidad de agregado militar. La legación soviética se instaló provisionalmente en la tercera planta del hotel Mediodía, frente a la estación de Atocha.

Marcel Rosenberg, el nuevo embajador soviético, presentó sus credenciales el día 27 por la tarde. Quince días más tarde, el 13 de setiembre, a las nueve de la mañana, se celebró una reunión en el comedor de la improvisada embajada. Asistían Alejandro Orlov, comisario del NKVD; Naum Ei tingan, otro agente del NKVD designado *rezidentpaia*. España, y el capitán de aviación Yuri Petrovich Antonov.

—En estos momentos el camarada embajador Rosenberg está tratando con el gobierno español las condiciones de la ayuda soviética —informó Orlov—. Entre las peticiones figura la organización de un golpe de mano detrás de las líneas fascistas para capturar un avión Stuka.

—¡Capturar un Stuka!

Faltó poco para que el capitán Yuri Antonov se desmayara de la impresión.

—De eso se trata, camarada capitán.

—Entonces —aventuró Antonov— la chica que formamos en Lisboa, ¿ha fracasado?

—En absoluto —objetó Orlov sonriendo—. Ha tenido un éxito completo y las informaciones que ha conseguido son muy valiosas como usted mismo podrá comprobar. —Le pasó una carpeta—. Aquí tiene un informe que ha preparado el departamento militar del NKVD. Contiene todos los datos que la camarada española ha transmitido sobre el avión. Debe estudiarlos y descubrir los datos pertinentes, porque la operación

que preparamos dependerá de usted. Tendrá que pilotar el Stuka y traerlo a un aeródromo republicano.

Yuri Antonov boqueó como un pez fuera del agua.

—¿Cómo podremos hacer tal cosa?

—Hay que poder. —Orlov acentuó su sonrisa—. El camarada Stalin lo ha designado personalmente. Será para usted un gran honor capturar el aparato secreto alemán y entregárselo al pueblo ruso para su estudio.

El miliciano Juan de Lenin Cazalilla Restrepo se dejó caer derrengado junto a la sargento auxiliar Evangelina Mollar, alias la Pechos, de la milicia «Amor y Libertad». La muchacha estaba estupenda, tenía unos pechos voluminosos y duros que eran una delicia y dominaba a la perfección todas las suertes del fornicio, como quien las había ejercido durante cuatro años con gran éxito. Eso pertenecía al pasado, claro, cuando la camarada Mollar degradaba su condición femenina ejerciendo la prostitución, pero las habilidades alcanzadas en aquella etapa de su vida seguían vigentes. Redimida por la Revolución del degradante comercio, ahora dignificaba el sexo entregándolo como premio a los milicianos destacados. Sobre la cabecera de la cama, en el lugar del antiguo crucifijo, cuyo rastro todavía negreaba en la pared encalada, había colgado una pizarra escolar en la que a su dictado la mano insegura de un cliente había escrito: «El pecho, de acero para el combate; pero el corazón, abierto a la piedad.» Esta era la consigna de la milicia «Amor y Libertad».

Evangelina Mollar servía a la causa obrera en cuerpo y alma. Acabada la labor del cuerpo pasó a la del alma.

—¿Sabías, camarada Juan de Lenin, que las previsiones del próximo Plan Quinquenal soviético involucran la fabricación de un millón de máquinas entre tractores, cosechadoras y empacadoras de heno?

—¿Qué es involucran? —preguntó la voz cansada y paciente del miliciano.

—¡Ay, hijo, y yo qué coño sé! Es la consigna de esta semana. La ha puesto el comisario en el periódico mural del batallón.

Juan de Lenin encendió un cigarrillo y reflexionó. La chica era voluntariosa y hacía todo lo que estaba en su mano para mantener alta la moral de la tropa en su lucha contra el fascismo, pero él había copulado nueve veces en las últimas doce horas y comenzaba a acusar la fatiga del combate. Por otra parte, durante los intervalos, que eran cada vez más largos, ella insistía en adoctrinarlo políticamente. Ya le estaba resultando algo cargante.

Juan de Lenin miró de reojo la cuartilla que había encima de la mesilla de noche. Era un vale firmado por el coronel y visado con los cuatro sellos del regimiento, en el que podía leerse: «Vale por quince por vos con la Pechos.» Habían tachado el denigrante apodo y habían escrito «con la sargento auxiliar de Cultura y Recreo Evangelina Mollar Parihuela».

El vale era por quince y él había echado nueve. Si sus cálculos no fallaban le faltaban seis, pero desconfiaba mucho de contar con las fuerzas necesarias. Pensó: «Una retirada a tiempo es media victoria.»

Hacía calor, como suele suceder en estos trances, además de que estaban a finales de setiembre, en pleno veranillo del membrillo. A través de la persiana echada sobre el balcón abierto se escuchó el petardeo de una moto con el carburador hecho una pena. El vehículo dio un par de acelerones bajo la ventana y se caló o a lo mejor lo había parado el motorista. El enlace que tripulaba el artefacto se dirigió a uno de los milicianos que sesteaban a la sombra fresca de la parra.

—¡Salud, camarada! Estoy buscando al sargento Juan de Lenin Cazalilla.

—Está ahí arriba, salvando a la República.

Cazalilla saltó de la cama y se asomó al balcón. Se tapaba las partes nobles con lo primero que encontró, las bragas capaces de la auxiliar Mollar Parihuela.

—Soy yo. ¿Qué pasa?

El motorista miró a las alturas de donde provenía la voz y vio a un tipo en cueros, fornido y moreno.

—Traigo una orden de la Comandancia. Que te presentes inmediatamente al coronel Albánchez.

—¿Qué se le ofrece?

—¡Y yo qué coño sé!

El de la moto dio por cumplida la embajada y después de propinar media docena de pedaladas a la máquina logró que arrancara y partió raudo.

Debajo de los olivos rancheaban varias docenas de milicianos vestidos con monos azules de taller y armados con mosquetones de diverso origen y calibre; algunos con escopetas. Los gorros eran de diversas formas y estilos, unos rojos y negros de CNT, otros caquis con las iniciales FAI, o simplemente boinas o sombreros de paja de segador. Se echaba de ver que era un regimiento de origen misceláneo, integrado principalmente por voluntarios. También había milicianas que, sin emanciparse todavía de los tradicionales roles femeninos, se afanaban en los fogones y las perolas, preparando el rancho y sirviendo reenganche a los hambrones.

La tienda de la Comandancia estaba en un claro del olivar, junto a la noria. El sargento Juan de Lenin Cazalilla recibía órdenes del coronel.

—¿... entonces no puedo contar con el cabo Manuel Osoro?

—Ya te he dicho que no. El cabo Osoro quería estar en su pueblo y solicitó traslado al cuartel de sementales de Baeza y ha sufrido un accidente. Tiene hospital para un mes o así.

—¿Qué accidente, mi coronel?

—Quiso hacer méritos, ya sabes lo trepa que es, y se presentó voluntario de mamporrero, pero el primer día que actuaba le tocó auxiliar a un borrico garañón, se distrajo y no se apartó a tiempo.

—¡Vaya por Dios, qué fatalidad! —exclamó Cazalilla—. Entonces, ¿me puedo llevar de segundo al Cabo Tararí?

—¿Tararí? ¿Se llama así?

—No, mi coronel, se llama Eufrasio Escañuela Morcillo, pero la tropa lo llama Cabo Tararí porque le gustan mucho los desfiles y siempre los tiene haciendo instrucción.

—Lo que aquí necesitamos no son tíos a los que les gusten los desfiles —afirmó el coronel.

—Por ese lado no hay cuidado, mi coronel. Éste tiene los cojones bien puestos: estuvo cuatro años en la Legión, para escapar del hambre como él dice, y es un tío echao pa'lante.

—¿Es de fiar?

—Yo no pongo la mano en el fuego por nadie, mi coronel, pero me parece que es de fiar.

—Pues venga, apunte al cabo... ¿cómo dijo que se llama?

—Eufrasio Escañuela Morcillo.

—Y ahora seis hombres más que sean bragados y además de milicias distintas. Que por lo menos haya un comunista, un libertario y un socialista, que no quiero líos.

—En eso no hay cuidado, mi coronel, que en el regimiento tenemos de todo.

Y era verdad porque se trataba de un regimiento de milicianos voluntarios que agrupaba a milicias de las más dispares procedencias. Había representantes de «Los Barbianos de las Artes Gráficas», de «Los Fígaros del Trueno», de «Los Leones de Abisinia», del «Ateneo Ecléctico», de la «Liga Ibérica de Esperantistas Antiestatales», de la «Asociación de Naturistas Pentálficos», de «La Dinamita Cerebral», e incluso grupos tan minoritarios y selectos como los «Filis de Puta».

Koestler se hospeda en el hotel Giralda, en la calle de Mateos Gago, un establecimiento de medio pelo. Como muchos otros corresponsales de prensa extranjera, pasa gran parte del día en el bar del hotel Cristina, la residencia de los oficiales alemanes.

En verano, la gente madruga mucho para aprovechar la fresquita. A la hora del desayuno, el vestíbulo del hotel Cristina está muy concurrido. En los sillones de cuero, frente al mostrador de recepción, residentes y visitantes forman corrillos para comentar la habitual charla nocturna de Queipo en la radio y los últimos partes de guerra. Algunos leen los periódicos del hotel; otros llevan su propia prensa. Los periódicos del hotel están lastrados con un eje de madera y un candado para evitar que se los lleven distraídamente.

El vestíbulo y el bar del Cristina se han convertido en el mentidero de los que se interesan profesionalmente por la guerra: militares, tratantes, periodistas y agentes secretos. En su condición de residencia oficiosa de los altos cargos de la Legión Cóndor, el hotel atrae también a muchos oficiales y altos cargos españoles deseosos de relacionarse con los alemanes. El nuevo régimen instaurado por Franco, o en vías de instaurarse, tiene mucho que aprender de ellos.

Las noticias del frente, y también los rumores infundados, parten primero del vestíbulo y los reservados del Cristina y luego circulan por la ciudad, cada vez más desvirtuados. El que quiera conocerlos en su primitiva pureza, debe perder muchas horas en los corrillos y sillones del Cristina, con una copita de jerez en la mano.

Koestler, ese día, acude al Cristina temprano, antes de que la barra del bar se llene de gente, y desayuna, como ya es habitual en él, un tazón de café sin azúcar y una tostada con aceite de oliva. Luego ojea el ABC, mirando primero la cartelera: quiere invitar al cine a Rosario, una

enfermera a la que ha conocido días atrás mientras realizaba un reportaje en el hospital de las Cinco Llagas. La chica no es muy guapa, pero tiene un trasero orondo, presumiblemente prieto, y Koestler aprecia mucho esta zona de la anatomía femenina.

—¡Limpia, limpia! —suena una voz conocida en el vestíbulo.

Koestler levanta la cabeza del periódico y su mirada tropieza con la de Mediopeo, que le envía su saludo privado: «Va todo bien: parece que todo va bien.» No por mucho tiempo: un hombre corpulento, que está sentado al otro lado del macetón central le chista al limpiabotas y se señala los zapatos. Mediopeo acude solícito y mientras se acomoda a los pies del cliente, despliega su simpatía profesional.

—Sí, señor, le voy a dejar los pinreles como los de un duque, que a usted le corresponde llevar los zapatitos como un espejo.

Comienza la faena de cepillo mientras se pregunta quién será éste. «De Sevilla no es, eso fijo. ¿Será otro aviador alemán o será periodista?» Los zapatos son de buena calidad y no están demasiado gastados por la parte del tacón: «Militar no es. Los militares los gastan mucho por el tacón, de tanto andar hombreando; y si además de militares son alemanes, eso ya es la hostia, los rozan, además, dentro de la plataforma, de los taconazos que arrean cuando saludan. Sí. Puede que sea alemán, pero no es militar. Entonces, ¿qué?: periodista o agente. Los calcetines, sin embargo, son de mala calidad, algo abolsados, a pesar de que los sujeta con ligero. Seguramente será un periodista, que en esa profesión unas veces tienen dinero y otras no. Cuando mercó los zapatos tenía dinero, pero cuando compró los calcetines no tenía un duro o los compró en un país donde los calcetines son así de malos. Es periodista.»

Mediopeo va bien encaminado. Hans Klaus Strindberg es alemán y periodista y, efectivamente, ha comprado sus calcetines bolsones en Grecia, pero los zapatos son italianos, adquiridos en Milán. Mediopeo levanta la cabeza hacia su cliente para iniciar una conversación y lo sorprende con el entrecejo fruncido, mirando fijamente a Koestler.

—¿Quién es aquel hombre? —inquire en un español sibilante al tiempo que señala al húngaro.

El germano pone cara de haber visto al mismo diablo.

Mediopeo mira a Koestler. De sobra sabe que es un agente del Komintern y él es precisamente su correo habitual con el radiotelegrafista Manzanilla.

—¿Aquel bajito y feo, mejorando lo presente? —pregunta Mediopeo por ganar tiempo—. No lo sé, señor. Será algún tratante de lentejas o de ganado. Aquí vienen muchos en busca del comisario de Abastecimientos. Por el negocio, ¿sabe?

Al alemán no le satisface la respuesta. Sin dejar de mirar fijamente a Koestler baja el pie de la plataforma.

—¡Koestler!

El húngaro levanta la cabeza del periódico y palidece al reconocer al que grita su nombre, pero se recobra rápidamente, deposita el periódico sobre la mesa auxiliar y acude sonriente a saludar al alemán con la mano extendida.

Strindberg le lanza una mirada colérica y se niega a estrecharle la mano.

—¿Qué haces tú aquí? —le espeta, furioso—. ¿Cómo te atreves a ofrecerme la mano?

Strindberg ha levantado tanto la voz que, de pronto, los de los corrillos se callan y atienden. Koestler, sintiéndose observado por todos, parece más pequeño que nunca. Se ha ruborizado intensamente, pero todavía se esfuerza por sonreírle al gigante rubio.

Strindberg y Koestler intercambian algunas frases en alemán, el germano en el mismo tono altanero y acusador que ha usado desde el comienzo; el húngaro, balbuciendo humildes protestas. No hace falta ser un lince para advertir que se conocen de antes y que la actitud defensiva y apocada de Koestler ratifica las acusaciones de Strindberg.

El húngaro es agente comunista. ¿Lo habrán descubierto? Mediopeo

guarda apresuradamente los bártulos, abandona el hotel por la puerta giratoria y desde fuera, a través de los movientes cristales, asiste a los acontecimientos.

Un cliente habitual del hotel, un tal Joannes von Berhard, alemán residente en Marruecos y gestor de la ayuda de su país a Franco, se adelanta y exige a Koestler la documentación. El húngaro replica que ya está acreditado como corresponsal de prensa ante el capitán Bolín, el delegado gubernativo que expide los permisos, «y usted no tiene autoridad para exigirme documento alguno».

—En ese caso —replica Von Berhard—, será mejor que llamemos al propio capitán Bolín y le expliquemos quién es usted. El capitán Bolín cree que es simpatizante de la causa nacional, y Herr Strindberg posee datos fehacientes de su pertenencia a la Internacional Comunista. Ya veremos cómo explica eso.

La oficina de Bolín está a dos minutos de allí, en el palacio Yanduri, al otro lado de la plaza. Bolín se persona inmediatamente en el hotel para poner paz. Supone que sólo son dos periodistas celosos por la rivalidad de sus periódicos.

—Este hombre es comunista y pertenece a la Internacional —acusa Strindberg señalando a Koesder—. Hemos coincidido en París y en Napoles y sé bien lo que digo.

Koestler mantiene el tipo.

—Usted sabe perfectamente que soy simpatizante del fascismo y que he sufrido persecuciones por ello, algo de lo que usted, por cierto, no puede enorgullecerse. Estoy en Sevilla porque me honro con la amistad de don Nicolás, el hermano del general Franco, y me avala él personalmente. No sé qué se propone usted calumniándome, pero le advierto que no me conformaré simplemente con sus excusas. El asunto ha llegado ya demasiado lejos. Me están confundiendo con otra persona y me han insultado. Si no se retractan inmediatamente protestaré directamente ante el general Queipo de Llano.

Quizá Bolín se deja arrastrar por la simpatía personal que siente hacia el húngaro o por la antipatía, también personal, que le suscitan los alemanes, quienes suelen mostrarse arrogantes y superiores con los españoles, Bolín incluido. Puede ser también que desconfíe de Strindberg porque la tarde anterior, cuando se personó en su despacho para presentarle las credenciales, apestaba a whisky, y porque ocupó un sillón antes de que él le ofreciera asiento.

—No quiero entrar en rencillas entre periodistas —ataja Bolín—. Si no quieren saludarse, allá ustedes. Les agradeceré que me dejen al margen de sus necios asuntos. Estamos en guerra y me importa un carajo que dos periodistas se estrechen la mano o no. Váyanse a la mierda.

Dicho esto gira sobre sus talones y regresa al trabajo.

Koestler se encara con los alemanes y amenaza:

—¡Esto no se va a quedar así! Si el capitán Bolín no quiere hacerme justicia, iré ahora mismo a ver al general Queipo. Han pisoteado mi honor y no cejaré hasta que se retracten públicamente.

Y sin aguardar réplica de los teutones, abandona dignísimo el hotel. Después de los primeros momentos de desconcierto, su actuación ha sido tan convincente que casi todos los testigos están persuadidos de que se trata de un error de identificación. Algunos incluso compadecen a Strindberg, que se ha enemistado con Bolín y ha incurrido en un descomunal patinazo nada más llegar a Sevilla.

El coche de la Comandancia levantó una densa nube de polvo que fue a asentarse directamente sobre las lentes con tocino. En una de las bandas laterales del automóvil, con letra vacilante pero de trazo firme, se leía: «Coche cogido a los fascistas a fuego y sangre por el terror de los Siete.» A ambos lados del letrero había una estrella de cinco puntas y la hoz y el martillo.

Del automóvil se apearon un teniente con gafitas que llevaba una carpetilla en la mano y un atezado y robusto sargento.

—¡Atenta la compañía! —aulló el sargento y advirtió, mirando a dos comensales que continuaban charlando—: ¡A ver si tengo que liarme a hostias!

Fue mano de santo. La compañía guardó silencio.

—Venga, teniente —invitó el sargento, y cruzando las manos a la espalda, se desentendió de la tropa para mirar al cielo como los toreros cuando cuajan una buena faena.

El de las gafas abrió la carpeta y extrajo un folio.

—Cosme Villanueva Repollo y Bartolomé Linares Matojo, de «Las Panteras de la Noche».

—¡Presente! —se oyó un dúo de vozarrones entre los olivos.

—¡Venid para acá, que tenéis trabajo! —ordenó el sargento.

Los milicianos se adelantaron remoloneando.

—Jacinto Bailen Montonera y Próculo Alcalá Peñazo, de la agrupación sindical «Los Sepultureros del Fascismo» —voceó el teniente.

—¡Aquí estamos! —respondieron dos voces.

—Se dice «presente» —corrigió el sargento—. Y venid para acá.

Salieron los aludidos, uno de ellos limpiándose la cuchara en la trasera del pantalón.

—Ciríaco Lahiguera Restrepo, de «Los Chacales de la Noche».

—¡Presente, mi teniente!

El chacal de la noche parecía más bien una ave desplumada, pero lucía al cinto una pistolera formidable, aunque sólo guardara en ella un trozo de salchichón y un bote de aceite.

—Abundio Martos Lahaba, de «Los Higos del Amanecer».

—¿«Los Higos del Amanecer»? —se alarmó el sargento Cazalilla.

—Eso pone aquí, sargento: «Los Higos del Amanecer».

—¡Los higos al amanecer están muy buenos! —comentó un guasón al fondo.

Una carcajada colectiva acogió la ocurrencia.

—¿Quién ha sido, quién ha sido? —aulló el sargento Cazalilla lanzando inquisitivas miradas a los pelotones de donde parecía proceder el comentario—. A ver si voy a tener que meterle un correctivo al gracioso. A ver, mi teniente, permítame ver esos papeles.

Casi se los arrebató de las manos. El teniente le señaló lo que acababa de leer.

—Ahí lo tiene, sargento: «Los Higos del Amanecer».

El sargento delectó con dificultad. Al contrario que Garcilaso, estaba más versado en las armas que en las letras.

—Aquí pone hijos, mi teniente —dijo Cazalilla—. Lo he escrito yo mismo y conozco mi letra.

—Pues ha puesto usted higos.

—Mi teniente, no me diga usted eso, ¿no lo ve?: hijos.

—Es que hijos se escribe con jota y usted ha puesto higos, con ge. Y además sin hache, le falta una hache al principio.

Cazalilla se soliviantó.

—Y eso ¿quién lo dice, mi teniente? —Su actitud era respetuosa pero firme. El gafitas no tenía media hostia, aunque fuera su superior—. ¿Quién manda que hijos se tenga que escribir con jota?

—La Real Academia de la Lengua.

—¡Me voy a cagar en todo lo que verdeguea! —El sargento se enfadó de verdad—. ¿Es que le va usted a hacer caso a unos fascistas, mi teniente? Yo que llevo en la CNT toda la vida y que me estoy batiendo el cobre con los fascistas desde que empezó el jaleo he puesto ahí hijos con ge y ¿me va usted a quitar la autoridad delante de la tropa?

—Bueno, bueno —aceptó el teniente conciliador—, a ver ¿dónde está Abundio Martos Lahaba de la agrupación «Los Hijos del Amanecer».

—Aquí, mi teniente —se presentó un miliciano.

—Pues ya están todos —concluyó el teniente.

—Me sigan —ordenó el sargento.

La bodega Quitapenas, vinos finos, está desierta a tan temprana hora de la mañana. Su clientela se reduce a una pareja de trasnochadores borrachos acodados en la barra que prolongan el penúltimo trago o espuela mientras enjuician con autoridad y fundamento la dirección de la guerra.

Koesder se ha sentado en el reservado del fondo y no le quita el ojo a la entrada. El local es oscuro y sucio y está teñido con la pátina ocre que dan los años y la suciedad acumulada. Apesta a vino agrio de las escurriduras de los barriles, cuyas hileras alcanzan el techo cubierto de telarañas. Los muros están profusamente decorados con viejos carteles de toros muy cagados de moscas y calendarios de propaganda, ya cumplidos, cuyas láminas representan tópicas escenas andaluzas. El bodeguero barre el suelo de serrín, mondaduras de gambas y huesos de aceitunas.

Mediopeo cruza por la puerta como si fuera de paso y mira un instante al interior. No hay moros en la costa. Entra, se llega a la barra y solicita una copa de aguardiente. El bodeguero deja la escoba y le sirve con parsimonia.

—¿Qué pasa? —pregunta Mediopeo en un susurro.

—Todo despejado —responde el bodeguero.

Mediopeo recoge su vaso y toma asiento frente a Koesder.

—¡Me tengo que ir inmediatamente! —urge el húngaro.

Mediopeo lo observa con unos ojos de galápago cansado. «Está tan acojonado que nos puede buscar a todos una ruina», piensa. Y luego lo disculpa. «No es para menos.»

—¿Adonde piensas ir, a Portugal?

—Ya lo he pensado. Las fronteras portuguesas pueden estar vigiladas. Puedo tener más suerte en Gibraltar.

Mediopeo se encoge de hombros.

—¿Para cuándo quieres el coche?

—¡Para ahora mismo! En cuanto hagan averiguaciones, y esos cabrones alemanes las harán, soy hombre muerto.

Mediopeo reflexiona un momento.

—Dentro de media hora en la plaza de Murillo —decide—. Allí es difícil que te vean. ¿Tienes dinero para la gasolina?

—Creo que me llegará.

—Pues espéralo allí. El te aguardará veinte minutos. Si no te presentas pensará que has caído. Ve con cuidado. —Mediopeo hace ademán de levantarse, pero antes tiende su mano sarmentosa y morena y estrecha la mano fornida y húmeda del húngaro. Se incorpora y recupera su caja de limpia—. Que tengas suerte —añade.

—Voy a necesitarla —murmura Koestler apurando su manzanilla de un trago.

A media mañana, los alemanes consiguen comunicarse telefónicamente con Lisboa y el oficial de Inteligencia de su embajada contacta con el cónsul de Hungría y con Nicolás Franco y averigua que el aval de Koestler carece de fundamento. Bolín, en su oficina del palacio Yanduri, comprende que se ha dejado llevar por su antipatía hacia los alemanes y ha desaprovechado la ocasión de atrapar a un probable agente soviético. Lo más sangrante es que él mismo le ha facilitado una entrevista con el general Queipo de Llano. Si no apresra pronto al húngaro se puede convertir en el hazmerreír de Sevilla. Inmediatamente telefonea a Torres Cabrera y le expone el caso. Torres Cabrera cursa orden de busca

y captura contra el comunista infiltrado, pero Koestler no aparece por su hotel ni por los lugares donde suele almorzar o tomar café. Bolín comprende que se ha fugado, lo que confirma su condición de espía. El funcionario burlado quiebra un lápiz entre sus manos furiosas y jura matar al húngaro como a un perro rabioso en cuanto lo atrape.

Yuri Antonov tenía motivos para estar de pésimo humor. En el trayecto de Madrid a Almadén, aunque viajaba en un automóvil oficial del Ministerio de la Guerra, había sufrido al menos cincuenta controles de carretera, con petición de documentación y hasta, a veces, registro minucioso del vehículo y llamadas telefónicas al ministerio para confirmar la identidad de los ocupantes. En uno de los controles incluso le habían exigido que pronunciara algunas frases en ruso, pero al indocumentado que ostentaba el mando le sonaron a alemán e intentó arrestarlo. Con estos contratiempos tardaron dos días en recorrer un camino que normalmente sólo hubiera llevado ocho o nueve horas. Yuri Antonov comenzó a albergar sus dudas sobre el resultado de la expedición e incluso sobre el resultado de la guerra misma. «Si los mejores soldados de la República son éstos, aviados estamos», pensó.

Su impresión no mejoró cuando conoció a los hombres que lo acompañarían en la operación, unos desharrapados a los que encontró enzarzados en una trifulca sobre a cuál de ellos correspondía la ametralladora que les habían asignado. Finalmente el sargento Cazalilla resolvió salomónicamente.

—¡El que saque la paja más corta!

También hubo que echar pajas para decidir los turnos de transporte de dos latas de gasolina de veinticinco litros que iban a llevar consigo, por si el avión que iban a robar necesitaba combustible.

El comando de milicianos que acompañaba al piloto ruso partió de Villaviciosa, en la Sierra de Córdoba. Hicieron la primera etapa en una camioneta de la FAI que los trasladó por carril hasta la casería del Pajarón. Desde allí tenían que continuar a pie en dirección suroeste, sierra a través, esquivando la finca de San Calixto, donde se sospechaba

que podía haber avanzadillas fascistas, y seguir por la sierra del Lorito, considerada paraje razonablemente seguro, hasta dar con la Casa de Viñuela.

Juan de Lenin había sido convenientemente aleccionado por dos oficiales de Estado Mayor con ayuda de mapas a escala 1:50 000. El capitán soviético, vestido con ropas civiles, no estaba integrado en la cadena de mando y actuaría como mero observador hasta que le llegara la hora de intervenir.

En dos días, tomando precauciones, el grupo de milicianos alcanzó la loma del Pingano, tal como estaba previsto.

—Me esquiváis San Nicolás del Puerto —había advertido el teniente coronel— porque puede haber fascistas, dais un rodeo por el Madroñal, dejando Cazalla de la Sierra al sur, y caéis sobre La Cartuja atravesando el arroyo de San Pedro.

—¡Sus órdenes!

Al cuarto día de marcha pernoctaron al resguardo de una choza de pastores, en el pago de Navahonda, estribación sur de la Sierra. Era una noche sin luna y el campo estaba tan oscuro que no se veía a dos palmos. El aire denso olía ajara y brezo, a romero y tomillo. Sobre el clamor general de los grillos, se percibía el ulular acompasado del buho. Yuri Antonov permaneció largo rato echado sobre la paja seca en una era abandonada, contemplando el cielo estrellado. Al ruso el cielo despejado y sereno le recordaba cierta noche en Leningrado, años atrás, en que la felicidad era como tocar el cielo. ¿Dónde estaría Maika? ¿Lo recordaría todavía?

Pensó también en Rudolf, su antiguo amigo al que, a pesar de todo, no conseguía odiar. Y en Carmen. ¿Qué sería de ella cuando robasen el Stuka? Habría averiguaciones. Si no lograba escapar y refugiarse en zona roja, seguramente la descubrirían.

Se quedó dormido con esa preocupación.

Reanudaron la marcha antes del amanecer y atravesaron el encinar remontando el arroyo de San Pedro. Yuri había estudiado cuidadosamente los mapas. Estaban a cinco kilómetros del punto señalado como El Espinar, el aeródromo secreto.

—Cuando lleguemos a lo alto de aquella loma —señaló el sargento—, nos detenemos hasta que localicemos la vigilancia. No sea que nos vean ellos primero y se joda todo.

—¡Sus órdenes!

Torres Cabrera se sirvió un vaso de aguardiente Bombita y bebió un largo trago. Le reconfortó sentir en la garganta y en el estómago la agradable quemazón. Era su manera de iniciar el día.

Delante del balcón, Torres Cabrera reflexionaba. Así que el enano húngaro, el tal Arthur Koestler, había resultado ser un espía de los rojos.

—¡Me cago en su puta madre! —Rechinó los dientes con ira contenida mientras la mano apretaba el vaso como si quisiera hacerlo estallar—. ¡Nos la ha metido doblada el gorgojo ese, con la de ocasiones que he tenido de echarle el guante y lo poco que me gustaba el tipo!

Toda la mañana continuó rumiando el caso del húngaro, como si estuviera buscando algo y no supiera exactamente qué. Un cabo suelto de cuya existencia su instinto le avisaba. Sí, pero ¿cuál? Cerca del mediodía, saliendo de despachar rutinariamente con Queipo, cayó en la cuenta de lo que era.

—¡Pues claro! —Se detuvo bruscamente en el patio y se amagó una palmada en la frente—. El enano se presentó en Sevilla con esa señorita Rades de Andrade. Habían venido juntos de Lisboa. Quizá conviniera interrogar a la chica. Además estaba el desaire que le hizo a doña Angustias negándose a recibirla.

—A esta pajarita no le vendría mal una lección de modales —pensó—. Y, por otra parte, tiene que explicar cómo y en qué circunstancias conoció al espía húngaro.

Torres Cabrera se asomó a la puerta y llamó a su secretario, el que

mecanografiaba las listas de los sentenciados.

—¡A ver, Valenzuela! Cógeme ahora mismo tres legionarios bragados, uno que sea Santiago Laguardia, que tiene carnet de chófer, los otros dos me da igual. Bragados y con equipo de campaña.

—¡Sus órdenes, señor delegado!

—Vamos a ir a La Cartuja. Y tú te quedas aquí a la expectativa, ¿entendido?

—¡Sus órdenes, señor delegado!

Una leve claridad rescataba de la oscuridad nocturna el perfil sinuoso del monte vecino. Pronto amanecería y tendrían que avanzar precavidamente. ¿Dónde estarían los ocho centinelas moros de los que hablaba el informe de Manzanilla? Quizá ya habían advertido su presencia y les estaban preparando una emboscada. Un escalofrío recorrió la espalda del sargento Cazalilla.

—¡Pues no que tengo frío!

—Yo también tengo frío —admitió el Cabo Tararí.

—Eso es el relente nocturno de la noche, que es muy malo —aseveró el miliciano Abundio.

Cuando llegaron al punto indicado comenzaba a clarear. Se detuvieron detrás de un roquedo, destacaron dos centinelas y comieron en silencio sardinas en lata y tasajo de tocino. Luego prosiguieron la marcha hasta llegar a una nava desde cuyo promontorio septentrional se divisaba el valle del río Viar y la sierra Bajosa.

El Cabo Tararí estudió el campo con los prismáticos.

—¡Hostia! —exclamó fijándolos en un punto—. ¡La hostia! —insistió.

—¿Qué ves? —El sargento hizo por arrebatarse el artefacto, pero el Cabo Tararí lo rechazó con el codo.

Los hombres se habían agrupado a su alrededor, expectantes.

—¿Qué coño ves, Eufasio? —insistió Cazalilla—. ¿Los fascistas?

—¡Sí, fascistas...! —repuso con sorna el Cabo Tararí—. Allí, a la derecha, detrás del álamo negro... —indicó al suboficial pasándole los prismáticos.

El sargento enfocó lo que había llamado la atención del cabo, y cuando captó la imagen, exclamó.

—¡Coño!

Dos moros de turbante y chilaba estaban copulando con una cabra.

—Joder, se la está follando! —explicó el sargento Cazalilla—. ¡Y menudo pollón gasta el tío! —ponderó con admirativa repugnancia.

En seguida todos quisieron ver.

—¡Déjeme, mi sargento!

—¡No, déjeme a mí!

—¡Mi sargento, déjeme a mí, que yo he llevado la ametralladora más rato que ninguno! —protestó Ciriaco Lahiguera.

—¡Que se respete la cadena de mando, mi sargento, ahora me toca mirar a mí! —intervino el soldado de primera Abundio Martos.

—¡Os queréis callar, mamones! —impuso silencio el sargento, sin apartar los ojos de los prismáticos—. ¡Esto es una misión de guerra! ¡No estáis en la Venta de la Liendres!

Guardó silencio la tropa. El sargento cedió los prismáticos al soldado de primera clase Abundio.

Yuri Antonov lo presenciaba todo y se rascaba debajo de la gorra, perplejo.

—¡Coñó! ¡Qué barbaridad, menuda herramienta gasta el moro! —corroboró Abundio.

Cazalilla se impacientaba. Consultó el reloj.

—Bueno, ya está bien. Que aquí no hemos venido a ver el pollón del moro.

Protestaron los que no habían tenido acceso a los prismáticos.

—¡... y si continuáis alborotando, haré constar en el informe que además de indisciplinados sois maricones! —amenazó el sargento.

—¡Un fascista, lo que digo yo! —comentó como para sí el miliciano Cosme Villanueva con una voz perfectamente audible.

Los milicianos Bartolomé Linares y Eufasio Escañuela, armados con sus bayonetas, se aproximaron a la cerca de mampostería medio desmoronada. Bartolomé se despojó de la gorrilla cuartelera y la guardó en un bolsillo. Se asomó con precaución por una brecha entre dos piedras. El moro alto había terminado con la cabra y cedía su puesto al otro. Estaban a unos quince metros de distancia.

Bartolo puso la mano en el hombro de su compañero, que lo miró a la cara. Le hizo un gesto con la cabeza.

—Ahora.

Sin pensarlo dos veces saltaron la cerca de piedras. Crujió una rama seca bajo la alpargata de Eufasio. El moro que agarraba a la cabra levantó la cabeza y lanzó una maldición al descubrir a los intrusos. El otro iba a volver la cabeza cuando se la sintió asida por una mano grande y fuerte mientras que una hoja agria y afilada le seccionaba la tráquea y la yugular de un tajo. Murió sin advertir lo que había ocurrido. El otro musulmán corrió parecida suerte. Bartolomé Linares le hundió la bayoneta en el vientre cuando intentaba desenvainar la gumia. Bartolomé Linares tiró con fuerza hacia arriba y el filo de la bayoneta se abrió paso hasta el esternón. El moro cayó de rodillas tan pálido como su tez ceniza le permitía y con ojos vidriados por la muerte se contempló el paquete intestinal que le colgaba hasta el suelo. Reclinó la cabeza, murmuró una plegaria a Alá y murió.

—¡Fíjate lo que trae la jodienda, Bartolillo! —moralizó el miliciano Eufasio mientras limpiaba su bayoneta en la chilaba del difunto.

Bartolomé registró los cadáveres. Además de la munición reglamentaria, las faltriqueras marroquíes contenían una tablilla con inscripciones coránicas, varias sortijas, algunos dientes de oro, media docena de relojes y sendas placas troqueladas con la inscripción

«GuardaJurado».

Otros dos centinelas moros vigilaban los accesos por el arroyo, al otro lado de la nava. Estaban acucillados debajo de un pino, charlaban y se pasaban un cigarro.

—Estos le están pegando a la grifa —dijo Cazalilla después de observarlos largo rato con los prismáticos.

—¿Cómo lo sabe, sargento? —preguntó Yuri Antonov.

—Porque se ríen mucho, mi capitán.

—¿Cómo te parece que hagamos el asunto, Juan de Dios? —preguntó Jacinto—. No podemos esperar todo el día.

El sargento pasó por alto que el otro lo llamara Juan de Dios. Era de su pueblo y no se acostumbraba al reciente cambio de nombre por Juan de Lenin.

—La cosa tiene mala folla, Jacinto —farfulló el sargento sin dejar de observar el campo—. Están en alto y no va a ser fácil acercarse a ellos. Mejor será que esperemos un poco a que se descuiden.

Tuvieron que aguardar un buen rato hasta que los vieron dormitar a la sombra del pino, cogidos de la mano.

—¡Ya está! —decidió el sargento—. A ver, Cosme y Jacinto, éstos son vuestros.

Desde su observatorio, detrás de una carrasca vencida, Yuri Antonov observó con la ayuda de los prismáticos el degüello de los dos centinelas. Limpia y profesionalmente.

Desde la cresta del cerro el Cabo Tararí hacía señales agitando los brazos. Todo despejado, avanzad. Cosme y Jacinto aligeraban las faltriqueras de los cadáveres. Más anillos y más relojes, más dientes de oro, media docena de medallas de plata y una pulsera de oro.

Desde un altozano, a trescientos metros de la casa, contemplaron la hacienda El Espinar. La chimenea humeaba. Una mujer entrada en años y

en kilos echaba de comer a las gallinas en la zona de servicio. Por lo demás, la casa parecía tranquila. Yuri examinó el campo con los prismáticos escudriñando cada matorral en torno a una explanada que era evidentemente la pista de aterrizaje. Al final lo descubrió: el morro de un Stuka asomaba a la sombra de unas potentes encinas, bajo la red de camuflaje. Del otro Stuka no había ni rastro.

—Páseme los anteojos, mi capitán —urgió Cazalilla.

Yuri le entregó los binoculares. El sargento enfocó la carretera de acceso.

—¡Coño, la cosa se complica! —exclamó.

Llegaba un automóvil, un turismo negro, que se detuvo a la sombra de un cobertizo, junto a la entrada principal. Descendieron un oficial y tres soldados provistos de cartucheras y mosquetones. Vestían pantalones caquis abotonados a lo largo de la pierna y camisas verde botella muy abiertas por delante mostrando la pelambre del pecho.

—¡Legionarios!

Los milicianos observaban en silencio.

—¿Se habrán olido algo? —preguntó el Cabo Tararí.

—No creo. Vamos a esperar un rato a ver si se van.

Los legionarios no se marchaban. El sargento Cazalilla decidió que no podían aguardar más sin poner en peligro la misión. Distribuyó a sus hombres.

—Abundio: tú, con el fusil ametrallador, te pones en aquellas piedras y desde allí nos cubres. Que vaya contigo Bartolomé para pasarte los cargadores. Y no se os ocurra pegar un tiro antes de que empiece el fregado. ¿Estamos?

—Estamos, mi sargento.

—Y ahora tú, Eufasio, y tú, Cosme, y tú, Jacinto, venid conmigo a la casa.

—El ruso no tiene más que ir al avión en cuanto esté despejado el

campo. Vosotros, Ciriaco y Próculo, vais con él, le lleváis las latas de gasolina y le ayudáis con el motor. ¿Estamos?

El anciano casero salió al encuentro de los visitantes.

—¡Tengo que ver inmediatamente al capitán Rudolf von Balke! —le comunicó Torres Cabrera—. Es muy urgente.

—Todavía está acostado —respondió el casero un poco amedrentado por la escolta armada—. Espere usted que en seguida le aviso.

Mientras el casero cumplía su recado, Torres Cabrera se volvió hacia sus hombres.

—Vosotros aguardáis en la puerta, con los ojos bien abiertos —ordenó—. A lo mejor tenemos jaleo.

Los legionarios saludaron llevándose la mano derecha al hombro opuesto y salieron.

Rudolf y Carmen se estaban besando, el dormitorio en penumbra, las contraventanas cerradas, la bandeja del desayuno en el suelo, cuando sonaron tres tímidos golpes en la puerta. Se quedaron inmóviles y miraron la puerta, cuyo cerrojo estaba echado.

Rudolf preguntó:

—¿Quién es?

—Soy yo, don Rodolfo —sonó la voz nerviosa de Nicasio—. Usted perdone, pero es que hay abajo un hombre con tres legionarios que quiere hablar con usted. Dice que es muy urgente.

—Está bien. Dígale que ahora mismo bajo.

Carmen se alarmó.

—¿Qué puede ser?

—No tengo ni idea. Seguramente cualquier tontería —la tranquilizó Rudolf saltando de la cama—. En un momento lo despacho y regreso. Espérame acostada.

Se vistió con el mono de pilotar y salió de la habitación.

Rudolf conocía a Torres Cabrera de verlo chatear en el bar del hotel Cristina.

Torres Cabrera hizo el saludo reglamentario.

—Capitán, siento venir a molestarlo a su casa, pero hay un asunto que no permite aplazamiento: sospechamos que la mujer que está con usted es una espía de los rojos.

—¡Qué dice usted! —Rudolf saltó como un resorte—. ¡Cómo se atreve!

—El periodista que la trajo a Sevilla, el húngaro, es un conocido agente comunista —explicó—. Lo han descubierto esta mañana y se encuentra en paradero desconocido. Esta mujer debe de ser su cómplice. Sospechamos que está suplantando a Carmen Rades de Andrade. Vengo a

detenerla. Si colabora usted, le garantizo que su buen nombre quedará al margen del asunto.

—¡Lo que me dice es una sarta de despropósitos!

—¡Eso ya se verá cuando la interroguemos! —replicó Torres Cabrera con firmeza.

—¡Ustedes no van a interrogar a nadie! —repuso el piloto—. La señorita Rades de Andrade es mi invitada. Nadie la va a molestar.

Torres Cabrera miró a los ojos a Von Balke.

—Sintiéndolo mucho —desgranó las palabras—, en ese caso me la tendré que llevar por la fuerza.

El delegado gubernativo puso un pie en el primer peldaño. Von Balke le cerró el paso irguiéndose ante él con su corpulencia de torre.

—¡Usted no hará eso!

—¡No intente evitarlo! —advirtió Torres Cabrera apuntándole con el índice a la cara—. Me he traído un piquete de legionarios.

Se disponía a llamar a sus hombres cuando Carmen apareció en el descansillo superior de la escalera.

—¡Eres tú! —exclamó Torres Cabrera al reconocerla.

El sargento Cazalilla y sus tres milicianos tomaron posiciones cerca del pajar, a cien metros de la casa. Ciríaco Lahiguera, Próculo Alcalá y el piloto ruso descendieron hacia el Stuka sin abandonar el encinar, dando un gran rodeo por una desenfada que los ocultaba de la vista de la casa. El plan era sencillo: Yuri ponía a punto el aparato y comprobaba los niveles de combustible. Los milicianos le ayudaban a poner en marcha el motor, dándole a la manivela. Cuando arrancara el motor cundiría la alarma y todavía el aparato necesitaría entre tres y cinco minutos para despegar. Durante ese tiempo, el pelotón del sargento Cazalilla por un lado y Abundio Martos con la ametralladora por otro batirían todos los accesos de la casa y mantendrían a raya a los fascistas. Había que evitar que dispararan contra el avión durante el despegue.

Abundio había recibido instrucciones precisas de Cazalilla.

—En cuanto los de la casa asomen la jeta, tú les metes un peine entero sin levantar el dedo del gatillo. Que crean que el mundo se acaba. Luego sigues tirando a las puertas y a las ventanas, en ráfagas cortas, apuntando bien, y antes de que empiecen a sacudirse el canguelo ya tenemos el aparato en el aire. Entonces —lanzó una mirada circular al resto del grupo— nada de hacerse el macho: nos replegamos ordenadamente a la cota de la cabra sin dejar de tirar y cuando estemos bien emboscados perdemos el culo corriendo porque se nos va a venir encima todo el ejército de Queipo.

Pero las cosas no salieron tan derechas como el sargento pensaba. Uno de los guardas moros merodeaba por la espesura frente a la casa recolectando bellotas y descubrió a tres desconocidos que se acercaban al avión en actitud sospechosa, con latas grandes y armados con fusiles. Inmediatamente montó su carabina, se la llevó a la cara y apuntó cuidadosamente al más retrasado.

—Mis sospechas se confirman, capitán —dijo Torres Cabrera—. Yo conozco a esta mujer. Se llama Carmen Albaida. Es de ralea comunista. Yo mismo mandé fusilar a su padre y a su hermano hace un par de meses.

Rudolf miró a su amada, que contemplaba la escena desde la escalera.

—Carmen, dile a este loco quién eres.

La muchacha se apoyó en la baranda. El corazón le latía tan de prisa que estaba a punto de desmayarse. ¡De nuevo en manos de Torres Cabrera!

—Soy quien dice —confesó con un hilo de voz.

Rudolf boqueó como si le faltara el aire. Contempló a Carmen con ojos espantados, incrédulo.

—Nos vemos otra vez, Carmelilla. —Torres Cabrera se dirigió a la joven con una repugnante sonrisa. Le recorrió el cuerpo con una mirada

lasciva y notó que iba vestida con una bata de cama—. Veo que no le has perdido el gusto al triquitraque —observó—. Luego recordaremos viejos tiempos. Ahora baja, que nos vamos.

El legionario hizo ademán de ir al encuentro de la joven.

—Esta mujer está bajo mi protección, en mi casa —advirtió Rudolf interponiéndose—. No se la va a llevar.

Torres Cabrera se creció y miró al alemán con infinito desprecio. Luego se volvió chulescamente hacia la entrada y le gritó a sus hombres:

—¡A mí la Legión!

En aquel momento el moro que había descubierto a los intrusos merodeando cerca del Stuka apretó el gatillo. La bala atravesó limpiamente el pecho del miliciano Ciríaco, que se desplomó vomitando sangre.

Aquel tiro resonó en todo el valle y desató el pandemónium.

Cuando se produjeron los primeros disparos, el pelotón del sargento Cazalilla iba todavía de camino hacia la casa, dando un rodeo.

Levantó una mano Cazalilla y detuvieron la marcha. Escucharon nuevos disparos.

—¡Ya está liada —confirmó el sargento—; ya está liada y la han liado antes de tiempo, me cago en mis muertos!

Comenzó a tabletear la ametralladora.

—¡Ahora por lo derecho, a tomar posiciones, que esto no espera! —gritó Cazalilla—. ¡Por allí!

Ascendieron una veintena de metros por donde el sargento indicaba, buscando una posición desde la que disparar, pero un legionario los descubrió desde la ventana del lavadero.

—Por allí van cuatro rojos —señaló.

Sin más deliberación, los legionarios montaron sus fusiles y dispararon. Una de las balas atravesó sucesivamente a los dos milicianos de la retaguardia, Cosme y Jacinto, matándolos en el acto. El sargento Cazalilla y el cabo Eufasio se tiraron cuerpo a tierra y salieron de la enfilada arrastrándose mientras nuevos disparos segaban las ramas por encima de sus cabezas.

—¡Me cago en el copón, hay que tener mala suerte! —se lamentaba el sargento.

Yuri se refugió detrás de un árbol. El disparo procedía de la espesura, pero no estaba seguro de qué parte. A su lado el miliciano Ciríaco, alcanzado en un pulmón, se moría con un vómito de sangre oscura y espesa. Del otro miliciano no había rastro.

Yuri alcanzó el fusil del difunto y se puso a cubierto detrás de una pila de troncos. Hacía siglos que no disparaba un arma, pero recordó que

había que accionar el cerrojo para introducir el proyectil en la recámara.

La ametralladora estaba disparando contra la casa. De aquel lado no podía venir ningún daño, por ahora. El peligro estaba en la arboleda. Levantó la cabeza con precaución. A veinte metros de distancia vio moverse unas ramas. ¿Era un animal que se había refugiado en la espesura, asustado por los disparos, o era el enemigo que había abierto fuego y que cambiaba de posición para acercarse? ¿Y en este caso, se trataba de un hombre solo o eran varios? Quizá era una patrulla entera. Yuri comenzó a sudar. No saldría con vida de allí. Iban a matarlo a pocos pasos del Stuka. Nunca volaría en el avión que tantos quebraderos de cabeza le estaba ocasionando.

Un segundo disparo retumbó en el aire. Esta vez la bala le acertó en la pistolera que llevaba a la cintura. El impacto lo hizo trastabillar y lo derribó sobre los troncos cortados. Se estaba parapetando en el lado equivocado. Saltó como un gamo a la otra parte mientras notaba la sangre bañándole la entrepierna. Pensó que le habían acertado en el estómago. Se miró. Sólo era orina. La zona dañada le dolía al tocarse, pero no había sangre. Quizá sólo fue un rebote. Jadeaba. Entre el tiroteo más distante distinguió el sonido metálico del cerrojo de un máuser. El enemigo invisible se disponía a disparar de nuevo.

El moro se había agazapado en cuclillas detrás de un madroño. Estaba seguro de que le había dado a su enemigo, pero le pareció que caía de una forma rara. Cuando un hombre recibe una herida mortal da un salto. Sin embargo aquel tipo había caído lentamente. Mientras el moro se lo pensaba, Yuri Antonov asomó la cabeza entre dos ramas y distinguió la sombra de una chilaba gris entre la espesura ocre del matorral. Le pareció sospechosamente fácil. No obstante disparó afinando la puntería. El moro se desplomó sobre el arbusto chillando en algarabía. La bala lo había alcanzado en las nalgas y en la columna vertebral.

Yuri cambió de posición como le habían enseñado en la Academia

de Kíev. Hacía mucho que no disparaba un fusil, y tenía la instrucción de campo bastante oxidada, pero la apurada situación le refrescó de golpe todas las lecciones recibidas. En la nueva posición, parapetado detrás de otro tronco, escuchó atentamente. ¿Era uno solo o eran varios los enemigos emboscados?

Lejos, cerca de la casa, se oían disparos y gritos. Los pacazos secos de los máuseres legionarios replicaban al matraqueo agudo y continuo de la ametralladora.

No estaba resultando tan fácil como el sargento Cazalilla había planeado.

—¿Qué hago yo en medio de este fregado? —se preguntaba Yuri, mientras el sudor le bañaba su redondo rostro eslavo.

En aquel momento se movió un arbusto a su espalda y apareció el miliciano Próculo.

—Vamos al avión, mi capitán, que esto se pone feo.

Torres Cabrera amartilló su pistola y se lanzó a la agria luz del exterior. Dos de los legionarios de su escolta repelían el ataque desde el muro de mampostería del lavadero. Corrió a reunirse con ellos.

La ametralladora había destrozado las ventanas de la planta baja y seguía barriendo con sus balas la explanada y el porche.

—¿Dónde está Santiago? —preguntó Torres Cabrera dejándose caer junto a los dos hombres.

—Me parece que está en el otro lado de la casa —le respondió uno—. Creo que le han dado.

—¿Cuántos son?

—No lo sé. De los cuatro de ese lado les hemos dado a dos. Me parece que a los otros les ha entrado el canguelo y no han vuelto a asomar. Ahora sólo tira el de la ametralladora, pero además se han oído pacazos que podrían ser de los moros.

—¡Los moros cabrones! —masculló Torres Cabrera—. Verás como

nos la juegan y no aparecen.

La ametralladora concentró su fuego sobre el lavadero. Por todas partes volaban trozos de teja y cañizo.

Despreciando el peligro, Torres Cabrera asomó la cabeza. Una humareda blanca entre dos encinas muy juntas señalaba el punto donde estaba emplazada la ametralladora, a unos trescientos metros de distancia monte arriba.

—Los cabrones están allí arriba, un poco desviados a la derecha, entre las dos encinas. ¿Los veis?

—Sí, señor delegado.

Torres Cabrera estudió el terreno.

—¿Veis aquella vaguada?

Señaló una hondonada a treinta metros de distancia, donde una fila de eucaliptos marcaba el lindero.

—Sí.

—Pues en cuanto el cabrón de la ametralladora gaste el cargador salís cagando leches y os metéis allí —ordenó—. Desde esa desenfilada subid hasta medio cerro, dando un rodeo, y luego tomáis la ametralladora por detrás. Rodeando. ¿Está claro?

—¡Sus órdenes!

—Yo la entretengo por delante y os cubro.

Sonó un fusilazo a la izquierda, junto a la casa.

—¡Ése es Santiago, sus cojones ahí! —exclamó uno de los legionarios.

El disparo de Santiago, dirigido a la nube de humo, arrancó una astilla considerable a un metro de la cabeza del miliciano Abundio. Sobresaltado, Abundio se lanzó a tierra y se cubrió la cabeza instintivamente.

Los legionarios aprovecharon la pausa para correr hasta la vaguada y ponerse a cubierto. Allí se miraron y, sin decir palabra, desenvainaron sus largas bayonetas y las calaron en los fusiles. Iniciaron el ascenso

precavidamente. Avanzaba uno, tomaba posición atento a la espesura y sólo entonces avanzaba el otro.

Sonó otro pacazo a la izquierda.

Torres Cabrera cambió de posición y gritó:

—¡Santiago!

—¡Sus órdenes! —sonó la voz desfallecida del legionario.

—¿Cómo estás?

El legionario tardó en responder:

—¡Así, así!

—¿Puedes correr?

No hubo respuesta. Torres Cabrera comprendió que el hombre estaba malherido.

—¡No te preocupes, hijo mío! —gritó—. ¡Quédate ahí!

Santiago estaba al otro lado de la casa. Torres Cabrera miró hacia atrás. Disponía de unos veinte metros de zona desenfilada protegida por el volumen del lavadero, pero después le quedaban unos diez metros expuesto al fuego enemigo antes de alcanzar la parte posterior del edificio. Tragó saliva y se decidió. Enfundó la pistola, se incorporó, se frotó las corvas entumecidas por la prolongada postura en cuclillas y emprendió veloz carrera, primero recta y luego en diagonal. La ametralladora volvía a tabletear, pero las balas se dirigían a la parte de la casa desde la que Santiago hostigaba intermitentemente con su fusil.

Desde la ventana de la cocina, los ancianos caseros vieron pasar como una exhalación a Torres Cabrera. «Con lo gordo que estaba y lo rápido que corría», comentaría muchos años después Gregoria recordando el día en que la guerra llegó a El Espinar.

Como una de esas láminas coloreadas de felinos que ilustran la Enciclopedia Soviética, el Stuka inspiraba belleza y fiereza. Su acabado diseño poseía fuerza y robustez en mayor medida que cualquier otro avión que Yuri conociera, y conocía muchos. Fascinado por el aparato, se le acercó casi con recogimiento sacramental, indiferente al tiroteo. Pasó ambas manos por la superficie del ingenio. Dormidos bajo aquella brillante piel respunteada de remaches se adivinaban los poderosos músculos, los fuertes tendones, la osamenta potente, la agazapada muerte que dormía en aquel halcón tranquilo. ¡Un avión feo y fuerte, capaz de decidir la suerte de una guerra! Yuri sintió un estremecimiento al imaginar en el aire decenas, cientos de aviones como aquél. Lo fue rodeando sin dejar de tocarlo. Contempló las alas anchas y robustas, el pasillo de goma por el que el piloto accedía a la cabina con la pintura del borde descascarillada por las pisadas, las docenas de portillos que daban acceso a las entrañas del avión, los tubos de escape potentes y anchos a ambos lados del motor, de los que partía una amplia tiznadura de gasolina quemada que se prolongaba hasta la mitad de la carlinga. Vio las manchas de aceite que salpicaban desde los respiraderos del motor y que estaban calcinadas en los puntos donde las alcanzaban los gases incandescentes de los tubos de escape. Notó alrededor de cada tornillo el arito sin pintura, resultado de atornillar y desatornillar, notó la enrevesada maraña de rayas que las llaves inglesas habían dejado en torno a las tuercas, vio, en fin, la pulsión de la vida en aquella máquina creada para la muerte.

El miliciano Próculo lo seguía en silencio. Cuando estuvieron bajo el capó, Yuri le mostró la manivela de arranque.

—Cuando esté arriba, te agarras aquí y le das vueltas con fuerza. Es lo mismo que arrancar un camión.

—Eso está hecho, mi capitán.

El quinto disparo del tirador de primera Santiago Laguardia acertó al miliciano Abundio Martos en el ojo izquierdo y le voló la tapa de los sesos debajo de la gorrilla cuartelera. Al auxiliar de tiro Bartolomé Linares le salpicó en la cara la sangre de su compañero. Le faltó tiempo para cargar con la ametralladora y abandonar aquella posición para parapetarse una docena de metros más abajo detrás de un tronco horquillado. Quedaban tres cargadores completos y aquello no tenía dazas de acabarse. «¿Qué hace el cabrón del ruso que no arranca el avión?»

Introdujo un cargador. Le apuntó a la pila de madera que veía a la izquierda de la casa. De allí le había parecido que salían los disparos. Abrió fuego.

Una bala le silbó cerca de la oreja y quebró una rama mediana.

«¡Ese cabrón ya sabe dónde estoy!», pensó el miliciano Linares, y le dirigió una furiosa ráfaga.

En medio del fragor de los disparos sonó un petardeo distinto. Cazalilla y Eufrasio se miraron y sonrieron. Por fin, el avión.

—En cuanto levante el vuelo, a recoger el petate —dijo Eufrasio.

Cazalilla no dijo nada, pero tenía el barrunto de que tal como se habían puesto las cosas iba a ser difícil recoger el petate.

—Para mí que hay más legionarios de los que hemos visto —supuso el cabo Eufrasio—. Todo ese tiroteo no lo lían tres o cuatro.

El sargento no opinó.

—Yo creo que nos estaban esperando —insistió el cabo.

—Puede que sí.

—¿Qué hacemos?

—¿Qué coño vamos a hacer? —dijo el sargento malhumorado.

—Irnos. Aquí ya no arreglamos nada.

Juan de Lenin miró de hito en hito a su subordinado.

—Vete tú, si quieres. A mí no me van a hacer chaquetear éstos. ¡Para cojones yo!

—No sabemos cuántos son. Pueden ser muchos.

El sargento Cazalilla se quedó pensando. Se imaginó regresando al regimiento con las manos vacías, se vio dando el parte al teniente Peláez, que lo recibiría con el palillo de dientes en la comisura de la boca y la sonrisilla de ya sabía yo. Se imaginó en la cama con la Pechos, después de que otros le hubieran ido con el cuento de que su héroe había regresado sin hombres y sin ametralladora, con las orejas mojadas porque había muchos legionarios.

Suspiró Cazalilla.

—¿Sabes lo que te digo?

—¿Qué?

—Que ya he vivido bastante. A mí no me moja la oreja un fascista.

—Apretó los dientes hasta que rechinaron y añadió entre lágrimas—: ¡No me la moja ni Dios!

—¡Nos van a matar, Juan de Dios!

—¡Nos van a matar, no; vamos a morir, que no es igual! Y tú si quieres ponte a salvo y sigue desfilando con los reclutas, que es lo tuyo.

El Cabo Tararí acusó el golpe. Bajó la cabeza y permaneció pensativo. Una bala perdida segó las ramas altas, desprendiendo algunas hojas. El sargento replicó con otro disparo. Eufrasio emitió un suspiro resignado.

—¿Qué pasa? ¿No te vas?

Eufrasio Escañuela Morcillo, el Cabo Tararí, abrió dos veces la boca para decir algo. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Apretó las mandíbulas y tragó saliva.

—¡Vamos a morir como buenos, Juan de Dios! —propuso con voz emocionada—. ¡Van a ver esos cabrones los cojones que gastamos!

Y agazapándose detrás de una encina corrió el cerrojo, introdujo un

proyectil en la recámara, apuntó y disparó.

Todo el valle retumbaba de disparos y ecos.

Los dos legionarios avanzaban agachados con cuidado de no asomar por encima de los arbustos. Una gran roca les cerraba el paso; pero un senderillo medio borrado por la acumulación de ramas y hojas secas parecía conducir a la parte de arriba.

—¡Por ahí! —señaló el que iba delante.

Comenzaron a ascender. A medio camino se toparon con dos milicianos que bajaban en dirección contraria, un sargento y un cabo. En la punta de los mosquetones brillaban las bayonetas finas y largas. Los cuatro hombres se quedaron mirándose a diez metros de distancia, perplejos e irresolutos.

—¡Rojillos cabrones! —reaccionó el legionario que iba delante—. ¡Vamos a ver si tenéis huevos!

Dispararon los cuatro casi al unísono. El sargento Juan de Lenin Cazalilla recibió un balazo en el corazón y murió antes de llegar al suelo. Al verlo caer, su compañero, el cabo Eufrasio Escañuela, profirió un alarido inhumano e inició la carga cuesta abajo mientras manipulaba el cerrojo del mosquetón. Los legionarios le salieron al encuentro. Hicieron dos nuevos disparos, que fallaron, y llegaron al cuerpo a cuerpo. El cabo Eufrasio atravesó el pecho del primer legionario y cayó sobre él. Intentaba extraer la bayoneta cuando sintió los rigores de su propia muerte, confundida con los estertores del enemigo vencido. El otro legionario lo había ensartado desde el cuello, tórax abajo, hasta la boca del estómago. El Cabo Tararí sintió una quemazón en los pulmones, se le nubló la vista y, con un último atisbo de conocimiento, comprendió que había perdido la partida.

Y el avión seguía sin sonar.

—No era fácil —acertó a murmurar.

La bóveda de los árboles era una corona verde a través de la cual

brillaba el cielo luminoso y azul.

—¿Qué dices?

Su verdugo se había arrodillado y le escrutaba el rostro con el suyo duro, atezado y surcado de arrugas.

El moribundo intentó levantar el puño.

—¡Viva... la Libertad! —exhaló con el último aliento.

Restallaban los disparos en el encinar y los pájaros sobrevolaban las copas de los árboles en despavoridas bandadas.

—¡Tus muertos! —replicó el legionario.

Torres Cabrera le había aplicado varios puñados de hierba seca a la profunda herida del legionario Santiago, pero la sangre seguía manando del vientre. Reclinó contra su pecho el rostro moreno del que huía el color y le sostuvo los brazos para favorecer la respiración. El moribundo vomitó un cuajaron de sangre y reclinó la cabeza exangüe.

El legionario Santiago Laguardia, gallego de Cambados, había muerto.

Más arriba, la ametralladora comenzó a disparar su último cargador.

Rudolf había descerrajado el armero de tío Martin y había hecho saltar, sirviéndose de un escoplo y de un martillo, el grueso candado de la cadena que pasaba por los gatillos de los fusiles de caza. Fue en vano porque después de aquellos trabajos descubrió que ninguno de ellos estaba provisto de cerrojo. En aquel momento oyó un sonido profundo y familiar por encima del tiroteo y del ladrido discontinuo de la ametralladora.

—¡El Stuka! —gritó, comprendiendo de pronto el objeto de aquel ataque—. ¡Quieren robar el avión!

Corrió a su habitación, destripó la maleta sobre la cama revuelta, extrajo la pistola Luger que guardaba en el fondo del equipaje, la montó y comprobó la munición. Carmen intentó abrazarlo, evitar que saliera, pero él se desasíó bruscamente de sus brazos, cruzó el vestíbulo tan enajenado que no percibió las súplicas que su enamorada le dirigía desde la balaustrada.

Fuera de la casa rondaba la muerte. Ignorando las balas, Rudolf atravesó corriendo la explanada en dirección al cobertizo del avión. El motor ronroneaba a pocas revoluciones todavía. Quizá podría evitar su robo. Se internó en los primeros árboles, a resguardo del tiroteo, y continuó corriendo por el lindero del bosque.

Volvía a resonar la ametralladora en ráfagas cortas, aunque las balas silbaban lejos.

Jadeando llegó a la zona talada y saltó los troncos dispersos, como un atleta en una carrera de obstáculos. El avión estaba girando lentamente para encarar la pista de despegue. Rudolf pasó sobre el cadáver del miliciano Proculo, al que la hélice del aparato había abierto la cabeza como una sandía, y recogió del suelo un trozo de rama, grueso como la muñeca.

El Stuka, podía oírlo, había alcanzado los niveles óptimos de aceite y revoluciones. Vio cómo sus gruesas ruedas se ponían en movimiento para encarar la pista. Un minuto más y estaría en el aire.

Rudolf corrió detrás del aparato que comenzaba a ganar velocidad, lo alcanzó a duras penas y con el último impulso de su extenuante carrera logró encajarle el palo en la bisagra del alerón derecho. El hombre de la cabina se maldijo al notar que el mecanismo había quedado bloqueado. Ahora no podría despegar. Antes tendría que eliminar a su enemigo y desatascar el alerón. Redujo las revoluciones del motor, cortó gas, se soltó de las correas que lo ataban al asiento y descorrió la carlinga.

Rudolf se había situado frente al aparato, las piernas ligeramente abiertas y afirmadas en el suelo, y le apuntaba con la pistola al ladrón.

—¡Sal inmediatamente del aparato! —le gritó—. ¡Sal inmediatamente o disparo!

El hombre de la cabina tenía la cabeza cubierta con un gorro de cuero de piloto, del modelo ruso parecido a una cofia. Volvió la cabeza para mirarlo.

Rudolf se quedó petrificado por la sorpresa.

—¡Tú... tú eres Yuri Petrovich Antonov!

—Y tú eres Rudolf von Balke.

Yuri Antonov no tenía elección. Con el alerón derecho inmovilizado por una estaca, el aeroplano no podía despegar. Sólo tenía una opción: eliminar a Rudolf.

—Está bien —concedió—. ¡Tú ganas!

Y fingiendo que se soltaba de las correas que lo fijaban al asiento agarró su pistola. Cuando la extrajo de la funda notó al tacto que la bala del moro la había dejado inservible, torcida como una pipa. Abandonó la carlinga. Rudolf von Balke seguía encañonándolo con su arma. Estaba tan enfurecido que le temblaba la mano. La perspectiva de que el enemigo pudiera arrebatarse, ante sus propias narices, el proyecto secreto más celosamente guardado de Alemania, lo horrorizaba.

—¿Qué haces tú aquí?

Yuri Antonov sonrió con su ancha sonrisa rusa. Bajito, y con el gorro de vuelo abierto, parecía la caricatura de un esquimal.

—Intentaba probar tu Stuka —bromeó.

—¿Cómo sabíais que el avión estaba aquí?

El ruso acentuó la sonrisa pero se abstuvo de responder. La respuesta se abrió paso por sí misma, dolorosamente.

—¡Carmen...! —murmuró Rudolf.

Los dos antiguos amigos estaban a dos metros de distancia. El arma de Rudolf apuntaba a la cabeza del ruso. Se contemplaban desconocedores de cuál iba a ser el próximo paso. En aquel momento unas balas perdidas zumbaron cerca y Yuri aprovechó la momentánea distracción de su enemigo para huir. Rudolf disparó un par de veces. Una de las balas le abrió al ruso una brecha en el relleno de guata de la hombrera, sin mayores consecuencias. Un tercer disparo dio en un tronco. El fugitivo se perdió entre los árboles.

No volverían a encontrarse hasta nueve años más tarde, en el aire.

La ametralladora se había acallado. El ardiente cañón del arma humeaba apuntando al cielo. El miliciano Bartolomé Linares estaba abrazado a ella y tenía la espalda abierta de un bayonetazo. A través de la ancha herida le refulgía una costilla inverosímilmente blanca. La mano derecha del difunto sostenía todavía la navaja con la que había logrado degollar al legionario que lo mató. Yacía a su lado con la carótida abierta y sangrante, los ojos entreabiertos y una mirada de vidrio fija en el sol del mediodía. Zumbaban las moscas y renegreaban sobre las sangrantes heridas. Rudolf comprobó que todos estaban muertos y continuó su inspección. Más abajo, en la vaguada junto a la roca, encontró otros tres cadáveres y en el lindero del bosque un cuarto.

Regresó junto al Stuka, cuyo motor seguía funcionando. Yuri Antonov podía armarse o regresar con ayuda. Urgía salvar el avión.

Torres Cabrera estaba sentado en la cocina y Gregoria le vendaba la cabeza. La bala sólo le había rozado el temporal, pero había sangrado abundantemente y tenía el rostro y la camisa muy manchados.

—¡Dios mío! ¡Hay muertos por todas partes! —gimió el casero.

—Es lo natural —respondió Torres Cabrera secamente—. Estamos en guerra.

Un perro perdiguero penetró nervioso en la cocina y fue a olfatear al extraño.

—¡El amo! —exclamó el casero al ver el perro—. ¡Gracias a Dios que está aquí el amo!

En efecto, unos segundos más tarde entró Martin Bauer en traje de caza, con polainas, sombrero verde, canana y la escopeta doblada sobre el brazo.

—¿Qué ha pasado aquí? —interrogó al ver a Torres Cabrera perdido

de sangre—. ¿Dónde está mi sobrino? Gregoria se abrazó a su marido y rompió a llorar.

Torres Cabrera empujó violentamente la puerta del dormitorio hasta que saltó el pestillo. Carmen se había vestido y estaba echada en la cama con la cabeza hundida en la almohada. Cuando reconoció al capitán profirió un grito. Se abalanzó sobre ella enarbolando un puño amenazador, pero Carmen logró esquivarlo, alcanzó la puerta y huyó escaleras abajo. Torres Cabrera corrió tras ella.

—¡Ven acá, mala puta, que por tu culpa han muerto hombres cabales!

Carmen salió a la calle y se quedó momentáneamente deslumbrada por el sol que brillaba sobre el empedrado. Orientándose distinguió a Rudolf junto al aparato, fuera del cobertizo de los aviones, y corrió hacia él seguida por Torres Cabrera.

La fugitiva se refugió en brazos de su amante. Llegó su perseguidor jadeante y la fulminó con la mirada.

—¡He perdido tres buenos legionarios por culpa de esta puta! — declaró rechinando los dientes y señalándola con una mano teñida de sangre seca.

Llegaron tío Martin y los caseros. Gregoria se dirigió a la muchacha.

—¡Ay, qué desgracia tan grande, señorita! ¿Cómo está usted?

Carmen rompió a llorar en brazos de la anciana.

—¡La señorita es una puta espía roja y yo he venido a detenerla! — manifestó Torres Cabrera mirando retadoramente a Von Balke, y dirigiéndose a Carmen la agarró bruscamente por la muñeca—: Ven conmigo, que llorar no te va a servir de nada.

El puñetazo de Rudolf lo alcanzó en la cara y lo hizo trastabillar.

—Esta señorita está en mi casa y bajo mi protección —intervino Martin Bauer, que acababa de unirse al grupo.

Torres Cabrera le dirigió una sonrisa sardónica.

—¡Este pendón no es, ni ha sido nunca, una señorita! —escupió su desprecio y su resentimiento, mientras con el dorso de la mano se limpiaba la sangre que le manaba del labio reventado—. Es un putón de corrala trianera que se llama Carmen Albaida y ha sido toda la vida fregona de mi casa. A su padre y a su hermano los fusilamos hace dos meses por rojos y anarquistas y a ella nos la follamos entre cinco por roja y por puta. Y ahora me la voy a llevar y no va a haber Dios que lo impida. ¡Por cojones!

—La señorita se queda aquí —advirtió Rudolf.

—¡La puta se viene conmigo! —bramó Torres Cabrera—. Y a ti ya te ajustaré las cuentas, que eres un mierda y un cagao que te has dejado engañar por ella...

Rudolf levantó su Luger y apuntó a la cabeza del delegado gubernativo.

—Abandona El Espinar ahora mismo o te vuelo la tapa de los sesos.

Torres Cabrera encaró el fino cañón pavonado y sacó pecho, creciéndose. Había perdido bastante sangre y volvía a nublársele la vista.

—¡Fuera! —lo conminó Rudolf, señalándole el camino con el arma.

Torres Cabrera todavía le sostuvo la mirada durante unos instantes. Luego comprendió que no le quedaba otra alternativa que marcharse. Antes de alejarse se volvió y le advirtió a la muchacha:

—Carmelilla, no tengas cuidado que volveré por ti, que mis amigos y yo tenemos que tener otra conversación contigo como la de marras. —Sonrió cruelmente—. Ahora me voy a dar parte y volveré con una orden de Queipo. ¡De ésta no te libras!

El coche de Torres Cabrera se alejó levantando una nube de polvo.

—Estaremos en la casa —decidió tío Martin—. Hay que mandarle aviso al juez de La Cartuja.

Y tomando a sus caseros por los hombros se retiró con ellos, dejando solos a su sobrino y a la muchacha.

Se hizo un silencio incómodo.

Rudolf von Balke miró a Carmen. Ella se había sentado sobre un tronco y sollozaba quedamente ocultando el rostro entre las manos.

—¿Es cierto lo que ha dicho ese hombre? —preguntó el aviador con una voz que no delataba emoción alguna.

Ella asintió con la cabeza sin dejar de llorar.

—¿Mataron a tu familia y... todo lo demás?

Nuevo asentimiento.

—¿Y tú eres agente comunista?

Carmen pareció titubear. Se enjugó las lágrimas y lo miró directamente a los ojos con los suyos enrojecidos por el llanto.

—Sí —musitó con voz ronca—. Todo es verdad.

—¿Y tu amor? ¿Lo has fingido? ¿Me has engañado?

Había más desencanto que reproche en el tono de las palabras.

Ella sollozaba nuevamente con el rostro entre las manos.

Ronroneaba el motor del Stuka y sus planchas brillaban al sol haciendo más notorio el pespunte minucioso de los remaches.

Rudolf tomó una decisión. Se dirigió al aparato, quitó el palo que bloqueaba el alerón y retiró la funda que protegía la ametralladora, dejando al descubierto el negro tubo por el que el pájaro vomitaba la muerte. Con movimientos automáticos, el piloto subió al aparato, se instaló en su puesto y dio gas. El motor rugió potente. Le echó un vistazo a los niveles. Todos correctos. Aumentó la potencia y despegó.

Desde arriba, Rudolf describió un amplio giro para sobrevolar la casa y sus alrededores. Todo parecía calmado. No había rastro de Antonov ni de enemigo alguno. Ganó altura hasta que Carmen desapareció en la distancia. Luego enderezó el morro del aparato y enfiló en dirección a Sevilla, dejando atrás el caserío de La Cartuja y la mole gris de su iglesia. No le fue difícil seguir la línea clara de la carretera hasta que divisó el automóvil de Torres Cabrera, a pocos kilómetros. Remontó el vuelo, lo adelantó y lo aguardó en un tramo recto. Fue como en un ejercicio de Rechlin. Tomó de frente el objetivo, picó levemente hasta veinte metros del suelo y oprimió el botón rojo de la columna de mando. La ametralladora crepitó y una línea de pequeños surtidores de tierra y piedras recorrió la carretera hasta el Ford. Torres Cabrera intentó esquivar el ataque con una brusca maniobra del volante, pero estaba medio aturdido y sólo consiguió estrellar el vehículo contra un ribazo. El motor se caló. Intentaba ponerlo en marcha nuevamente cuando el Stuka efectuó su segunda pasada. Esta vez los proyectiles alcanzaron la capota y el parabrisas. Una bala se llevó por delante media mano del conductor y otra destrozó el depósito de combustible. Se incendió la gasolina vertida y un segundo después todo el coche ardía como una antorcha. Torres Cabrera, envuelto en el resplandor de su propia pira, aceptó la muerte con la contrariedad de haber perdido la partida precisamente cuando estaba a punto de recuperar a Carmelilla.

Sevilla. Noviembre de 1945

Diluvia sobre el Guadalquivir, el celaje del agua despliega velos grises sobre la Torre del Oro, sobre la catedral y sobre los barcos anclados en los muelles de El Arenal. En la barbería La Esmerada, número 22 de la calle Betis, un ex combatiente de la División Azul refiere sus hazañas entre el heroísmo y la picaresca.

—Rusia es como cien veces España —asegura—. Ya os podéis imaginar la cantidad de soldados que hacen falta para establecer un frente que la cruce, pero, con todo y con eso, para que se vea que el mundo es un pañuelo, de vez en cuando te encontrabas a gente que había estado en Sevilla.

—¡Cómo! —exclama el barbero—. ¿Y eso?

—¡Lo que te digo! Un día, por ejemplo, esto sería en febrero de 1942, estaba yo en Novgorod, en el frente de Leningrado, cuando derriban un aparato encima mismo de nuestras cabezas y el piloto ¡zas! se tiró en paracaídas y el viento lo fue arrastrando para las líneas rusas. Entonces el capitán de la compañía, que se llamaba Castillo Frailes, dice: «A ver: tú y tú, salir pitando y lo traéis aquí, que ése va atontolinado y lo mismo tira para donde los rusos.» Conque cogimos los fusiles ametralladores y fuimos a por él, con un nevazo que caía de aquí te espero, y el tío, cuando por fin lo encontramos, al ver el emblema que llevábamos en la manga, con la bandera de España, no te imaginas cómo se alegró y empezó a hablar en español, oye, como tú y como yo. Y que de dónde sois. Le digo: éste de Tafalla y yo de Sevilla. ¿De Sevilla? Yo he estado mucho tiempo en Sevilla, tengo un tío allí. ¿En Sevilla? ¿Pero tú no eres alemán? Sí lo soy, y me dijo el nombre, pero tengo un tío en Sevilla que es algo de barcos y comercio. Ya digo, hablando como nosotros y luego, ya en la

trinchera, nos resguardamos en el refugio y telefoneamos para que mandaran un coche a recogerlo y mientras venía estuvimos hablando de Sevilla y lo conocía todo a base de bien: el parque de María Luisa, la Giralda, las terrazas del Laredo, la calle Sierpes, y el Zapico y la calle Feria. Todo. El tío, teníais que ver cómo era, grande como de no haber por esa puerta, y rubio, fortachón. Conque llegó el coche, se lo llevó y ya no volvimos a saber de él.

Mediopeo, con su caja de limpia en la mano, aguarda a que escampe detrás de los cristales mientras apura la colilla de su cigarro liado.

—Ese sería de aquellos aviadores alemanes que vinieron cuando la guerra, los del hotel Cristina —comenta el barbero.

—De éstos debía de ser —corroboraba un cliente.

El que había estado en la División Azul paga su corte de pelo y se va. Mediopeo lo ve alejarse, envuelto en una gabardina astrosa que le viene grande y resguardado bajo un viejo paraguas al que le falta una varilla.

—Y éste, ¿quién es? —pregunta el que ocupa el sillón viéndolo alejarse a través del espejo.

—El menor de Lucio Martínez —responde el barbero—, el que trabajaba en el almacén de pinturas de la carretera de Carmona.

—¡Ah, ya sé! ¿Y cómo es que se metió en lo de Rusia?

—Ya lo ves, gilipolleces de juventud. Y ya puede estar contento de haber vuelto, aunque sea medio tísico. Otros se quedaron allí.

—¿Y ahora qué hace?

—Creo que trabaja en la droguería de la calle Trajano.

Diluvia sobre el Guadalquivir. Una draga oxidada hace sonar su sirena junto al embarcadero donde siglos atrás atracaban los galeones de Indias, la flota de la plata.

Mediopeo se queda pensando en la conveniencia de remover las viejas heridas.

Moscú. 1943

Había amainado el furioso chaparrón pero todavía lloviznaba sobre los brillantes adoquines de la plaza Roja. Yuri Petrovich Antonov, con el uniforme recién planchado y las cinco condecoraciones sobre el pecho, entre ellas la preciada medalla que lo acreditaba como Héroe de la Unión Soviética, contempló el Kremlin a través de la ventanilla del jeep. Hacía ya muchos meses que los bombarderos alemanes no visitaban Moscú, pero la muralla del palacio continuaba oculta tras un enorme trampantojo sostenido sobre andamiajes de madera que reproducía una hilera de casas con vistosas fachadas de distintas alturas y colores, con sus ventanas, sus tejados, sus claraboyas y sus cornisas. Por encima de los falsos tejados destacaban unas toscas construcciones que disimulaban las cebollas doradas de las cúpulas del antiguo palacio y catedral zarista.

Las entradas del Kremlin estaban protegidas por barricadas de sacos terreros. Delante de las puertas había vallas móviles de alambre de espino. Los centinelas vestían todavía el pesado tabardo de invierno, a pesar de los calores de la primavera anticipada.

El general Konstantin Vershinin era un antiguo conocido de Yuri Antonov. Lo recibió en una sala de reuniones y después de estrecharle la mano y felicitarlo por su último ascenso fue directamente al grano.

—El Politburó y el alto mando me han nombrado comandante de la fuerza aérea del frente sur.

—Enhorabuena, camarada general.

—No sé si me tiene que dar la enhorabuena, camarada coronel: mis tres predecesores en ese puesto han caído en desgracia. —Y sonrió amargamente—. Tengo aquí su hoja de servicios —señaló un sobre de papel grueso, verde, algo descolorido por los bordes—. Es notable,

verdaderamente notable.

Yuri notó que parte del contenido del sobre estaba sobre la mesa. El general pasó un par de hojas.

—Tiene usted la piel dura —sonrió—, al principio de la guerra lo derribaron seis veces... Incluso sobrevivió a un choque deliberado, a un *taran*, cuando después de quedarse sin munición consiguió dañar con su hélice la cola de la aeronave enemiga a la que perseguía. ¡Esto es muy heroico!

Yuri Antonov recordó perfectamente aquello. Un Heinkel 111. Al ametrallador de cola se le había encasquillado el arma. No fue tan difícil. No era un buen piloto entonces, pero después de operar durante dos años en una unidad de caza había aprendido a volar. Solamente él sabía a qué precio: docenas de ataques nocturnos contra posiciones alemanas, tripulando viejos biplanos de carlinga descubierta, vestido con un pesado mono acolchado para evitar la congelación. La táctica requería un valor suicida: subir tan alto como lo permitiera el frío, hasta la vecindad de las heladas estrellas, detener el motor, escuchar cómo el viento helado hace vibrar los montantes de los planos y las riostras, planear hasta la posición enemiga, lanzar la bomba, encender el motor, ganar altura y regresar... si no te derriban.

Yuri había visto morir a sus camaradas por docenas, pero la muerte, misteriosamente, lo había respetado a él. Con el tiempo había aprendido a situarse a la cola del enemigo y a disparar la ráfaga en el ángulo de deflexión preciso: se trata de apretar el gatillo una décima de segundo antes de que tu presa se coloque delante del chorro de tus proyectiles. Es casi un instinto.

—Usted es uno de los pocos pilotos de la primera hornada que ha sobrevivido. El fuselaje de su aparato luce cincuenta y tres estrellas. Figura en segundo lugar en la escala de honor de la caza soviética, sólo nueve estrellas por debajo del máximo as, el coronel Iván Kozhedub. Con una hoja de servicios tan estimable —observó el general Vershinin—,

nunca ha solicitado pasar a una *zaszada* o emboscada, un puesto más descansado y de mayor lucimiento. Usted ha combatido intensamente, sin un respiro, durante años.

Yuri sabía cómo se había esforzado. Sólo él conocía su dedicación a las tácticas de apoyo terrestre que convertían la maniobra en un azar peligroso y desgastaban a pilotos y máquinas hasta la extenuación. En los breves permisos, cuando regresaba a casa junto a la severa Olga Igorovna y las niñas, había noches en las que se despertaba sobresaltado, cubierto de sudor, después de soñar con los destellos de las trazadoras, el traqueteo de las ametralladoras, las explosiones de las granadas antiaéreas que sacuden el aire y estremecen los aparatos, la mordedura de la metralla sobre amigos y enemigos y la confusión de un enjambre de aviones maniobrando y entrecruzándose a distintas alturas. Estabas luchando con un enemigo y otras dos parejas enzarzadas en combate se interponían en la trayectoria de tus balas o tú en las de ellos. Ráfagas perdidas continuaban su trayectoria hasta que acribillaban un aparato. Nunca sabías si el que te derribaba era amigo o enemigo.

—Creo que todavía no estoy suficientemente cansado, camarada general.

Vershinin sonrió.

—Por eso lo he llamado. El mando está preocupado por la actividad de cierto cazador de tanques enemigo que se ha hecho muy popular. Le voy a mostrar un noticiario alemán que recibimos la semana pasada.

El general ordenó que pasaran la película. Inmediatamente se apagaron las lámparas y un haz de luz se proyectó sobre uno de los muros. En el rectángulo iluminado aparecieron, en rápida sucesión, una serie de letras y cifras, las siglas de la UFA y el anagrama del Ministerio de Propaganda alemán?

—Es el noticiario que los alemanes sirven a sus cines y a los países aliados —explicó Vershinin.

El reportaje versaba sobre una unidad de Stukas que actuaba en el

frente ruso. En los primeros planos los pilotos desayunaban en las bien provistas mesas del comedor de la base, bromeaban entre ellos y mostraban una excelente moral de combate. De pronto un altavoz avisaba para una nueva misión. Los pilotos apuraban sus cafés y corrían alegremente por la pista. El plano siguiente era una fila de Stukas a los que mecánicos de apariencia feliz cerraban los capós y quitaban los calzos de las ruedas. Los pilotos, todos guapos, como resaltaban los primeros planos, se acomodaban en sus puestos. Los sonrientes mecánicos cerraban las carlingas, las hélices comenzaban a girar, los aviones despegaban, volaban, avistaban los tanques soviéticos. El líder hacía una señal y todos descendían en picado tras él. La cámara de a bordo filmaba las balas trazadoras persiguiendo a un blindado que intentaba desesperadamente zafarse y luego el fogonazo del cañón y el estallido del vehículo, el avión recuperaba altura y desde arriba filmaba el tanque ardiendo. Un plano general mostraba una inmensa llanura nevada, rusa obviamente, en la que ardían seis, diez, quizá quince tanques. Los pilotos regresaban a la base conversando animadamente entre ellos. Al aterrizar, sus estupendos mecánicos y armeros los estaban esperando con botellas de champán. Uno de los pilotos era muy alto.

Yuri tragó saliva cuando reconoció a Rudolf von Balke. Su gesto altivo y profesional era el mismo de siempre, aunque se le veía ojeroso y más delgado. En el cuello lucía la Cruz de Caballero con hojas de roble y las insignias de comandante.

Así acababa la película. Cuando se volvió a encender la luz, Vershinin tenía las manos cruzadas y se examinaba los dedos cortos y pilosos.

—Ahí los tenemos. El Stuka que tantos quebraderos nos ha dado, y en especial a usted, se ha quedado anticuado, pero ahora se revela como un cazador de tanques endemoniadamente eficaz. Los alemanes han provisto sus aparatos con dos cañones de treinta y siete milímetros que disparan proyectiles de carga cóncava y núcleo de wolframio. El Estado

Mayor no deja de transmitir las quejas de los generales tanquistas. No pueden cumplir con su trabajo si nosotros no realizamos el nuestro. Hay que acabar con esa gente. Por otra parte... —sonrió el general—, usted tiene una vieja cuenta pendiente con ese Von Balke, ¿no es así?

—Lo conocí hace mucho tiempo, camarada general.

—Ahora tendrá ocasión de ajustarle las cuentas.

—¿Cómo sabemos dónde está?

Vershinin sonrió.

—Ha sido relativamente fácil. Hace trece días el propio Hitler lo condecoró con las Espadas en la Cancillería de Berlín. Por el protocolo de concesión hemos sabido que opera desde el aeródromo de Bagerowo, en la costa del mar Negro, en Novorossik. Hemos decidido atrapar a los primeros pilotos de Stukas en una *maskirova*.

Una trampa. Yuri Antonov se sorprendió de la indiferencia con que aceptaba la propuesta. Quizá odiaba a su antiguo amigo más de lo que creía. Quizá se encontraba tan agotado por la guerra que alegrarse o apenarse eran esfuerzos suplementarios que no estaba en condiciones de aceptar. Regresó a la base ensimismado y se detuvo distraídamente frente a la cantina de oficiales. En otro tiempo, él y Rudolf habían bebido como dos camaradas en cantinas como aquélla.

Rudolf. Ahora se iba a enfrentar a él. Sería, ciertamente, un duelo desigual, una trampa para eliminar al héroe de los noticieros alemanes.

Yuri miró al cielo. No había estrellas ni luna y una densa capa de nubes oscuras, cargadas de agua, descendía sobre los distantes bosques como un espeso cortinaje. El aire era húmedo y frío. Yuri cambió de idea en la puerta de la cantina. Se marchó a su barracón y se acostó sin cenar.

Sevilla.1945

—Aquel piloto alemán... ya sabes...

—Rudolf...

—¿Quién te dijo que murió?

Los ojos negros se velan de tristeza. Han transcurrido nueve años, nueve amargos años de guerra y de posguerra, de pobreza, de hambre y de desamparo. Los días pasados junto al ángel rubio fingiendo que era otra, la vida falsa de unos meses engañándolo y engañándose, se hizo más verdadera que la real y creció hasta ocupar el espacio de los sueños.

—Me lo dijo su tío.

—¿El de la casa grande?

—Sí. Unos meses después de todo aquello me encontró en el mercado y se quedó mirándome. Creí que me iba a denunciar a la policía y me escapé corriendo, pero su chófer me siguió. Por la tarde el señor Bauer se presentó en mi casa. Sabía que yo había colaborado con los comunistas, pero me dijo que no temiera nada de él, que me apreciaba.

Pasamos la tarde charlando. Yo al principio estaba asustada, pero después le abrí el corazón y le conté muchas cosas. Él también me las contó a mí, como algunas veces que hablamos en El Espinar aguardando a Rudolf. Quedamos como dos buenos amigos, y todavía conversamos en otras ocasiones, cuando nos encontrábamos y él me invitaba a café, pero ya hacía años desde la última vez. Era un hombre muy solitario. Ni alemán, ni español. Un hombre solo.

—¿Te dijo que su sobrino había muerto?

Carmen asiente, se levanta, alisa el mantel de encaje con un gesto automático, va a la ventana en la que vuelven a florecer los geranios, mira a Herminia con unos ojos negros que la pesadumbre ahonda.

—Cuando supieron lo que había hecho, lo de la muerte de Torres Cabrera, se lo llevaron a Alemania, lo juzgaron y lo condenaron a muerte.

—¿Qué te parecería si no hubiera muerto?

Carmen miró a su antigua maestra de hito en hito. Herminia sonreía enigmáticamente.

—¿Está vivo?

—No lo sé, pero pudiera estarlo. Será mejor que hables con Mediopeo.

Rusia. 1943

La luz del sol naciente producía caprichosas irisaciones en la carlinga. El parabrisas de plexiglás estaba tan gastado por los sucesivos pulimientos que parecía de pergamino y el cielo amarilleaba a través de él. El teniente coronel Yuri Antonov movió la palanca de mando hacia la izquierda tras calcular rumbo y velocidad. Después de más de mil doscientas horas de vuelo en cinco años, el avión se había convertido en una prolongación de su cuerpo, hasta el punto de que sus propios reflejos se adaptaban a las características y rendimiento del aparato como una mano se adapta a un guante. La máquina respondía dócilmente a las pulsiones sonámbulas del piloto en sus pedales y registros. Enfundado en el pesado mono de vuelo guateado y con pespuntos, Yuri colmaba el reducido espacio de la cabina, lo que reforzaba la sensación de constituir una pieza más del ingenio. Una leve presión en el palonier y la máquina bajó lentamente el morro. Se cercioró de que los otros cazas lo seguían. Varió el rumbo ciento cuarenta grados y aumentó la potencia.

La misión consistía en interceptar a un grupo de Stukas. Era preferible mantenerse a gran altura mientras buscaban el objetivo. Yuri observó por el retrovisor la blanca estela algodonosa que su aparato iba dejando en el aire ligero y húmedo. La aguja del altímetro marcaba ocho mil metros. Empujó la palanca hacia adelante y el aparato descendió suavemente. Miró nuevamente por el retrovisor; la estela blanca adelgazaba, se volvía discontinua, se disipaba.

Yuri levantó la mirada hacia el horizonte, quizá distante cuatrocientos kilómetros. En la inmensa llanura no iba a ser fácil localizar a los Stukas. Debían acercarse al cazadero de los monstruos. En la carretera que sobrevolaban había mucho tráfico de camiones y carros

de combate. Era el cebo ideal para los Stukas. Viró suavemente a la derecha y comprobó que los otros seis cazas lo seguían, ala con ala. Se desentendió de ellos y continuó estudiando la tierra allá abajo. Los Stukas estaban camuflados de gris y verde para que vistos desde arriba se confundieran con los tupidos bosques de la región, pero serían más visibles sobre el verde claro y el ocre de los cultivos.

Sevilla.1945

Martin Bauer está agonizando, y en contra del parecer de su médico, ha insistido en recibir a la humilde modista que preguntó por él en la oficina del puerto.

La ha citado a las once de la mañana. En la casa-palacio de la calle Abades sólo se escucha un jilguero, el resto es un luto anticipado. El ama de llaves, vestida de negro, con una medalla de oro de la Virgen del Carmen, corresponde secamente al saludo de la visitante y la acompaña sin decir palabra al dormitorio del enfermo, en la galería superior.

En el patio recién regado huele a albahaca, a vegetación y a vida. Por contra, en el enorme y desolado dormitorio huele a medicina y a reciente agua de rosas que apenas mitiga el aire denso y mineral de la muerte. Martin Bauer yace en una enorme cama dorada, sentado más que acostado sobre dos grandes almohadones. Está pálido y ojeroso y su piel antes rubicunda y brillante se ha vuelto aceitunada y mustia. De las mangas del pijama azul a rayas brotan dos manos sarmentosas que parecen pájaros posados sobre la blancura de la colcha. Sonríe débilmente al reconocer a Carmen y palmea ligeramente bajo su mano invitándola a sentarse en la cama cerca de él.

—¿Quieres tomar algo, Carmencita?

—No, muchas gracias.

Martin Bauer ignora la negativa.

—Felisa, traiga limonada a la señorita.

Cuando Felisa se ausenta para cumplir la orden, el enfermo le sonríe débilmente a Carmen y le dice:

—Me acuerdo muy bien de cuánto te gustaba la limonada.

Y posa su mano sarmentosa y helada sobre una de las manos de la muchacha.

— C mo est s?

Hay una especie de súplica en el tono y en la mirada del moribundo. Carmen baja la mirada.

—Estoy bien.

—Te encuentro... muy guapa —observa Martin Bauer. Tose prolongadamente, respira con dificultad un momento y luego se serena—. Ya s  lo que quieres preguntarme, Carmen — nade.

Ella lo interroga con la mirada.

—Quieres saber si Rudolf vive...

Suena un golpe quedo en la puerta y el ama de llaves entra llevando una bandeja de plata con una jarrita de limonada, un vaso y una servilleta de hilo.

—Por favor —murmura al dejarla sobre la mesita auxiliar—. No está mucho, que el médico le tiene prohibidas las visitas.

—El médico no sabe lo que me conviene —apostilla el enfermo con desmayo—. D janos solos, Felisa.

Felisa sale cerrando la puerta tras ella.

Se produce un breve silencio. Se oye la pedregosa respiración del anciano y nada más.

— Quieres a mi sobrino?  Todav a lo quieres?

Carmen baja la mirada y permanece en silencio.

— Est s enamorada de él?

Ella asiente con la cabeza. Luego musita:

—S .

Rusia ocupada. 1943

—¿Llevamos todo el equipo? —pregunta Von Balke mientras se ajusta las correas del paracaídas.

—Sí, comandante —responde el brigada Kolb mientras abarca de un vistazo la pistola de señales, las bengalas, el chaleco salvavidas y la bolsa de hule que contiene la navaja, el botiquín de mano, las raciones de hierro, las tabletas de Pervitina y la linterna.

—Pues vamos allá.

La formación de diez Stukas sobrevuela los campos de centeno granado y los oscuros pinares. Mantienen silencio radiofónico hasta que se encuentran a pocos kilómetros del objetivo.

—*Katze* Cinco —avisa Von Balke—. Rumbo cero, nueve, cero para ataque a tierra. Reunión a dos mil quinientos metros. Referencia *Rutger*, dos, azul.

—Recibido.

El avión penetra en un banco de nubes. Von Balke con los labios apretados se concentra en la blanda neblina que abraza su avión, intenta taladrarla con la mirada. El motor tose y ratea más de la cuenta. Kolb ruega a Dios que aquellas nubes no contengan hielo. Vuelan a ciegas durante cinco minutos y salen a la luz justamente encima del objetivo.

—Allí los tenemos.

Kolb vuelve la cabeza y mira a tierra. Un rebaño de carros soviéticos está bordeando el río en busca de un vado. Von Balke se concentra en la maniobra, una lotería de la muerte que ya se ha convertido en una rutina: picar desde ochocientos metros, salir al encuentro de una granizada de balas trazadoras, nivelar el aparato sobre el espantado rebaño de los mastodontes de acero, escoger a la víctima, encuadrarla en la mira,

oprimir el disparador... Un ligero temblor sacude el aparato; el trazo luminoso alcanza la voluminosa trasera del blindado. Von Balke lo sobrevuela. Kolb ve inflamarse la carcasa del monstruo. Llamas fosforescentes, azules, brotan de los respiraderos del motor. Lo ha tocado en el depósito de municiones. El Stuka remonta y se aleja rápidamente para escapar del infierno de planchas incandescentes y pernos como balas que un instante después se desencadena en tierra.

Los cazas de escolta que prometió el mando tardan en aparecer. Después de tres picados, los Stukas se reagrupan a media altura y escudriñan el cielo que se está aclarando por momentos. A lo lejos, arriba, se divisan unos puntos negros.

—Llegan los cazas, comandante —anuncia Kolb, cuya vista no es ya tan buena como antes.

Son cazas soviéticos que de pronto rompen la formación y realizando un amplia curva se nivelan y se sitúan a la cola de los Stukas. Pronto Kolb distingue las formas definidas de un Lagg-3 con el morro pintado de rojo, la insignia de los *stalinfalken*, los temibles «halcones de Stalin».

Yuri Antonov recuerda las pautas de vuelo de Von Balke en Lipetsk. Atacar de sur a norte; romper y alejarse girando hacia la izquierda. El Stuka se mueve hacia la izquierda, y realiza las maniobras evasivas que la situación aconseja: frena haciendo descender los alerones y se mece en zig-zag. Todo previsible. El caza del morro rojo lo acosa y se recrea en la maniobra, como si estuviera unido a su enemigo por un invisible cable. A doscientos metros del blanco se empareja en velocidad. El caza se agita suavemente cuando entra en la turbulencia del rotor de su presa. Un leve viraje inclina el ala derecha y debajo de ella aparecen, como si ascendieran en suave oleaje, los verdes bosques cruzados de pistas forestales con algunos claros de tierno pastizal y sementeras rectangulares.

Yuri Antonov podía haber sido, si el destino hubiera resultado más

misericordioso, uno de esos labriegos que desde tierra asistían estupefactos a la batalla de las máquinas celestes.

Comienza el baile mortal. El pesado Stuka oscilando acompasadamente en el aire para esquivar los disparos de su perseguidor; Kolb respondiendo frenéticamente con la ametralladora de cola, las trazadoras respunteando el espacio en torno al aparato, el punzante olor de la cordita quemada irritando narices y ojos en el angosto ataúd de la carlinga. A la derecha, un Stuka del grupo se precipita a tierra envuelto en llamas. La fugaz visión de la caída deja una traza de cambiantes luces en el subconsciente de los que asisten al espectáculo: un horno te escupe encima un aliento de fuego y en un segundo el roce con el viento lo aviva y lo convierte en una antorcha. Cuando el depósito estalla y arde la gasolina, el Stuka se convierte en una bola de fuego roja que va virando al rosa intenso cuando se agregan a la combustión el fluido hidráulico y la grasa humana, así como los componentes químicos del manganeso, del vanadio y del cobre. Finalmente, cuando se incendian los componentes de la aleación de magnesio, la bola de fuego adquiere una coloración azulada intensa y cae lentamente, o así parece en la distancia, y al chocar contra el suelo levanta una nube de chispas parecidas a un castillo de fuegos artificiales.

La primera embestida no ha dado resultado. A través del reflejo luminoso de su hélice, Yuri ve que el Stuka vuelve a girar, esta vez hacia la derecha. Titubea un momento antes de seguirlo y en la breve vacilación, al sacar su avión de la enfilada del timón enemigo, percibe el destello de la ametralladora de cola del Stuka. Recuerda que allá delante hay un hombre asustado con el dedo sobre el gatillo de un arma letal. Acciona la columna de control, posa levemente el pie en el palonier de la izquierda, corrige el rumbo y desciende un poco, lo suficiente para resguardarse de las balas.

Sevilla.1945

Don Félix Romero del Perchel, miembro del Ilustre Colegio de Notarios de Sevilla, se levanta de su mesa estilo renacimiento y acude solícito a saludar a la señora que el pasante acaba de introducir en el despacho.

—¿Doña Carmen Albaida Castro?

—Sí, señor.

—Siéntese, por favor, señora.

Le acerca uno de los sillones que tiene delante del escritorio, despide con una mirada al pasante que seguía junto a la puerta y regresa a su asiento. A su espalda, la sólida y profusamente tallada estantería de nogal está abarrotada de textos legales lujosamente encuadernados, pero deja un espacio en el centro para albergar un crucifijo de marfil sobre fondo de terciopelo rojo y dos fotografías enmarcadas en cuero repujado: el Caudillo y José Antonio Primo de Rivera. Don Félix es un notario de derechas, circunstancia nada infrecuente en la profesión.

—La he hecho venir por un asunto de gran importancia —le explica don Félix regresando a su enorme sillón detrás de la mesa—. ¿Usted conocía a don Martin Bauer?

—Sí, señor.

El notario asiente casi distraído. Está pensando si será oportuno inquirir sobre la naturaleza de aquel conocimiento. La mujer, además de asustada, también parece despabilada y de carácter firme. Desiste de su propósito.

—Este señor ha fallecido recientemente.

—Lo sé —murmura ella bajando la mirada.

—Usted lo apreciaba.

El notario espera alguna confirmación, pero como Carmen no responde, prosigue después de una breve pausa.

—Yo soy el albacea de don Martin Bauer, que ha muerto sin descendencia y, a lo que sabemos, sin parientes cercanos. Hace quince días dictó testamento y usted es una de sus herederas.

A Carmen le resulta difícil de creer.

—¿Yo?

—Sí, señora: usted. Es más, usted es la principal heredera de un capital considerable. Usted es, o será, cuando terminemos con las formalidades, una de las mujeres más ricas de Sevilla.

Rusia. 1943

El caza del morro rojo se adhiere a la cola del Stuka, baja ligeramente los alerones y disminuye la velocidad hasta el mínimo para mantenerse detrás de su lento enemigo. Von Balke ve pasar las trazadoras de una ráfaga corta a pocos centímetros del fuselaje y hace lo único que le queda por hacer: pica ligeramente, buscando la proximidad de la tierra, y nivela el aparato a diez metros del suelo. Volar cerca del suelo es más peligroso en un caza rápido. El lento Stuka puede amoldarse al relieve, descender a las vaguadas, brincar colinas, mientras el enemigo, como es más rápido, si pierde gas, entra en pérdida y le sobreviene el hachazo, como los pilotos llaman a esa caída súbita cuando el aparato no se sustenta en el aire y se precipita contra el suelo.

El caza del morro rojo se ve obligado a rebasar al enemigo antes de volver a la carga. En el momento en que los aparatos están emparejados a quince metros de distancia, los pilotos se miran.

—¡Yuri!

Von Balke ha reconocido a su perseguidor, ha visto brillar el odio en sus pupilas. Comprende que ese halcón de Stalin va a volver una y otra vez hasta que acabe con su presa, es una cuestión personal.

Salen del barranco y el caza ruso completa el giro y se sitúa nuevamente a la cola del adversario.

—Disparaba con ráfagas cortas, dos o tres disparos —recordaría Kolb—, como el boxeador que hace juego de piernas en espera de colocar el gancho a la mandíbula. Se nos acabó el barranco y a él no se le acabó la munición. Salimos a una llanura en la que nuestra apurada situación podía agravarse. Entonces el comandante cambió de táctica y comenzó a describir círculos cada vez más cerrados. Yo de vez en cuando intentaba acertarle al ruso con la ametralladora, pero el condenado también sabía interpretar mi pensamiento y medio segundo antes de que apretara el gatillo bajaba el morro y desaparecía debajo de mi cola. Después volvía a emerger y me disparaba otra ráfaga corta. Una de ellas se llevó parte del timón y nos hizo algunos destrozos en el fuselaje, nada grave. Yo le gritaba al comandante que cerrara aún más los virajes. «No puedo —respondía—, tengo la palanca pegada al asiento.» Así estábamos cuando, de pronto, el ruso desapareció de mi vista y al girar vi que se había estampado contra el suelo y ardía en medio de una espesa nube de humo negro: el hachazo. Aquel día grité «¡*Pauka, pauka!*» hasta quedarme ronco.

Carmen pone cara de no entender.

—¡*Pauka*, mujer, el grito de guerra de los aviadores!

El cielo está turbio de humo. Regresan volando bajo, ascendiendo solamente para internarse en alguna nube protectora. Von Balke empapado de sudor piensa en Yuri, su antiguo amigo, que ha muerto conteniendo como un caballero o quizá obsesionado por la oscura venganza.

En el aeródromo encuentran dos Stukas ardiendo después de realizar sendos aterrizajes de emergencia. Otros no regresarán nunca. Von Balke corta gas. El aparato se desliza desde la cabecera de la pista, rueda otros doscientos metros, saltando entre baches y protuberancias, y se detiene con un medio giro. Un grupo de aviadores viene a su encuentro con coñac

y vasos. Hay que brindar por la victoria.

Francia.1945

Hacía un día gris, neblinoso y desapacible. Llovía mansamente sobre las suaves colinas del Languedoc mientras el tren abarrotado de viajeros se abría camino hacia Toulouse.

Sentada junto a la ventanilla, Carmen veía pasar pastizales con vacas, sembradíos, viñedos, arboledas, casitas de campo blancas con los tejados y las contraventanas rojas y estrechas, carreteras mal asfaltadas... Era todavía un mundo amable; la Europa destruida por la guerra quedaba más al norte.

Mediopeo había tratado de disuadirla: «Es una locura meterte ahora en Alemania, sin saber alemán, para buscar a ese fascista que ya te habrá olvidado. Y si te recuerda sólo será porque lo engañaste. Eso un hombre, si es hombre, no lo perdona.»

Mediopeo casi siempre tenía razón, con aquella sabiduría oculta y seria que guardaba para los suyos, pero Carmen había preferido obedecer los impulsos de sus sentimientos y quizá también el consejo de doña Herminia. La vida es corta, niña, y hasta ahora sólo te ha dado penas y fatigas. Ahora eres rica y puedes hacer lo que te venga en gana. Si quieres a ese hombre y no puedes olvidarlo, vete a buscarlo donde quiera que esté y díselo.

—Pero es que lo engañé de aquella manera...

—Si él te quiere, sabrá entenderlo.

No le fue difícil conseguir el pasaporte, a pesar de los pésimos antecedentes familiares. Un beneficiado de la catedral, gran amigo del difunto Martin Bauer y cazador en El Espinar, no tuvo inconveniente en firmarle un aval de buena conducta, y el notario don Félix Romero del Perchel certificó que, como heredera universal de don Martin Bauer,

poseía ciertas propiedades en Alemania. Nada más justificado que un viaje para reclamarlas.

El tren se detuvo en el apeadero de Castelnaudary. Dos jóvenes peones ferroviarios conversaban animadamente en el andén. Uno de ellos, rubio y alto, podría haber sido Rudolf unos años más joven. Miró a Carmen e hizo algún comentario. Su compañero, que era moreno y bajo, se volvió a contemplar a la mujer y le envió un beso con la mano. Sonó el silbato y el tren reanudó la marcha lentamente, después de un brusco tirón. Más campos. Más alquerías. Más prados brillantes bajo la lluvia.

Carmen miraba sin ver. Se preguntaba qué aspecto tendría Rudolf, qué huella habrían dejado en él los cinco años de guerra.

En la estación de Toulouse la esperaba un amigo de Mediopeo llamado Ambrosio, militante activo del Partido Comunista de España en el exilio. Era delgado, por hambre más que por constitución, o quizá fuera que el traje le venía ancho y la menestral gorra de visera le descendía por los lados de la cabeza intentando taparle las orejas. Saludó a Carmen cortésmente, se interesó por el viaje y se hizo cargo de su maleta. Al salir de la estación pasaron junto a un grupo de hombres que discutía animadamente en español.

—Toulouse está lleno de españoles —aclaró Ambrosio—; aquí nos hemos refugiado muchos republicanos. Hoy se reúne el pleno del Comité Central. —Miró el efecto que sus palabras causaban en Carmen y la encontró indiferente—. Ya sabes, el Comité Central del Partido Comunista de España —explicó solemnemente—. A lo mejor hasta encuentras gente de Sevilla. De Sevilla hay una jartá. A Toulouse la llaman los franceses «la ciudad roja». Se vive sólo regular —añadió—, pero ¿dónde se vive bien hoy día?

Habían cubierto la pantalla con una gran cortina roja en cuyo centro destacaban la hoz y el martillo y a uno y otro lado habían colocado los

retratos de Dolores Ibárruri *la Pasionaria* de José Díaz. En el escenario había una mesa rectangular con un tapete rojo en cuya falda, orlando el símbolo de la hoz y el martillo, se leía la inscripción «Partido Comunista de España». A la mesa estaban sentados Enrique Líster, Francisco Antón, Santiago Carrillo, la Pasionaria y Comorera. La Pasionaria iba de negro riguroso; los otros, con traje y corbata. En aquel momento Santiago Carrillo, regordete, con gafas de concha, estaba dirigiéndose a la asamblea: «... toda solución que no sea la República; todo lo que no sea el restablecimiento de la Constitución del 31, será una estafa para salvar la reacción y el fascismo, será un intento para engañar de nuevo al pueblo español.» Mientras su correligionario disertaba, la Pasionaria repasaba distraídamente sus propias notas.

En un descanso de la sesión, Ambrosio se empeñó en que Carmen saludara a los dirigentes comunistas. La presentó como una militante española, hija de dos mártires sevillanos, que había prestado inestimables servicios a la causa durante la guerra. La Pasionaria le apretó las manos, la besó en las dos mejillas y le dijo: «Hay que tener fuerza para seguir», y luego se apartó para hablar con Santiago Carrillo. Líster, el antiguo cantero recientemente promovido a general del ejército soviético, estrechó la mano de Carmen entre las suyas y le dedicó una sonrisa ancha y amarilla y un piropo: «Con unas camaradas tan guapas como tú, ya tenemos la cosa medio hecha.»

Carmen murmuró unas palabras de agradecimiento.

El ambiente era eufórico y en los corrillos se especulaba sobre la inminente caída del régimen de Franco. Después de los resonantes éxitos de la incursión guerrillera en el Valle de Aran, aseveraban los más entendidos, el fascismo español tenía los días contados. «Es cosa de meses —profetizaban—. El próximo congreso lo celebraremos en Madrid.»

Carmen se dejaba conducir por Ambrosio de corro en corro, aunque deseaba que todo aquello acabara cuanto antes.

—¿Cómo está la mujer más guapa de España y del mundo?

La voz festiva y familiar había resonado a su espalda. Carmen se volvió: era Alfredo Codevilla-Medina, el galán argentino, algo más grueso y más calvo que nueve años antes en Lisboa, pero todavía atractivo, perfumado y doñeador. El argentino la abrazó y le estampó dos efusivos besos en las mejillas.

—¿Qué haces aquí? —inquirió—. ¿Has venido en representación de Sevilla?

—No exactamente —respondió Carmen—. Estoy de paso para Berlín.

—¿Para Berlín? —se extrañó—. ¿Sigues entonces trabajando para...? Ya sabes...

La había tomado por una espía del Komintern. A Carmen le hizo gracia la idea.

—No, en realidad el motivo es personal. Voy a interesarme por una herencia.

Naturalmente, no la creyó.

—¿Cuándo sales para Alemania?

—Creo que mañana.

—Entonces te invitaré a cenar esta noche. ¿Dónde paras?

—En casa de este amigo.

Le presentó a Ambrosio, que asistía al encuentro con una media sonrisa educada y suspicaz. Quedaron en que la recogería a eso de las ocho.

Ambrosio vivía en un modesto ático con olor a col hervida y vistas al mercado central. Su compañera, bajita y rubia, no despegaba los labios, pero sonreía continuamente. Ambrosio la llamaba Eulogia, aunque era polaca y sólo sabía decir en español «mucho bueno».

Ambrosio abrió el cajón del modesto aparador que contenía su oficina y entregó a Carmen un carnet del Partido Comunista de España y algunas cartas de presentación para dirigentes del partido establecidos en

Rusia. Todos los documentos iban sellados y contrasellados con profusión de hoces y martillos.

—El hombre que busco no está en Rusia sino en Prusia —indicó Carmen creyendo que se trataba de un error.

Ambrosio la miró con severidad condescendiente. No le agradaba hacer de celestina entre la compatriota y un fascista, pero sabía de quién era hija y lo que había pasado durante la guerra, además de los servicios que había prestado a la causa.

—Mira, Carmen, la parte esa de Prusia la tienen ahora los camaradas soviéticos, y aparte de eso, si el hombre que buscas era piloto, es fácil que esté en un campo de concentración soviético. De todas formas te doy todo lo que puedo darte, te sirva o no.

A la hora convenida se presentó Codevilla con unas flores medio mustias y un traje oscuro algo brillante por los codos. Cenaron en un bistro de mucha confianza, es decir, barato, con un pianista al fondo, sobre una plataforma, mantel a cuadros y en el centro de la mesa una velita dentro de un tarro de cristal. Hablaron de los viejos tiempos. Supo Carmen que después de lo de Lisboa, Codevilla y Eveline Beuseroi habían continuado juntos cuatro años, pero finalmente ella lo abandonó para unirse a un estraperlista parisino que le regalaba pieles y alhajas. También había abandonado el Partido Comunista. Codevilla no le guardaba rencor. Quizá la amaba todavía.

—Mujeres hay de sobra en este mundo. —Sonrió tristemente y añadió—: Aunque, ciertamente, haya pocas como tú, Carmen, o como Eveline.

Carmen le apretó la mano con un gesto amistoso.

Al día siguiente, temprano, Ambrosio acompañó a Carmen a la estación y la dejó en el tren de París. La señora Eulogia le había preparado una bolsita de viaje con una tortilla de patatas y un bocadillo de mortadela.

La asmática locomotora apenas podía arrastrar la docena de vagones

que le habían enganchado. El paisaje de la campiña francesa mostraba su monótona belleza: ¿había pasado por aquí la guerra? Carmen nunca había salido del sur. Sus ojos se abrían a la continua hermosura que parecía conducirla hacia los brazos del hombre que amaba. Le parecía que el cielo encapotado y sin sol era preferible, a cambio de aquel paisaje verde y fértil. Dejaba atrás el sol terrible que calcina los encinares, retuerce los olivos, incendia los espartos y agosta las hierbas, el yermo reseco y pedregoso habitado de lagartos, la angosta, hambrienta y depauperada España. Le llamó la atención la abundancia de árboles en los linderos de los campos, en las riberas de los ríos, sombreando las carreteras o las calles de los pueblecitos por los que pasaban, en los parques y en los numerosos jardines públicos o privados. En medio del verdor dominante, las casitas ponían un contrapunto de color blanco, rojo, azul, verde o en todos los tonos del ocre, siempre con las contraventanas de distinto color y los tejados de pizarra. Un mundo de ventanas sin rejas, notó Carmen, aunque Ambrosio la había prevenido contra los ladrones, «el tren está lleno de ellos y en las estaciones pululan como las chinches».

Cerca de París el paisaje cambió y fue dando paso a las señales de la guerra: fábricas abandonadas, edificios sin techo, chimeneas quebradas, trenes oxidados entre herrumbre y malas hierbas en los desmontes del ferrocarril, tizonazos de incendios y postes desprovistos de hilos. Como si pretendiera huir de aquel mundo inhóspito, el tren se hundía en las entrañas de la tierra internándose por un laberinto de trincheras y túneles en los que olía a grasa rancia, a tierra contaminada y a vegetación podrida.

Tuvieron que esperar pacientemente en un apeadero a que pasaran dos mercancías en dirección contraria. Luego prosiguieron el camino semisubterráneo, entre feos muros de casas abandonadas. Las ventanas de los edificios hundidos dejaban ver al otro lado un cielo encapotado y hostil.

Sonó un estridente silbato de aviso, y el tren rindió viaje con una

profunda exhalación de vapor en la estación del Quay d'Orsay. Una nube de mozos de estación con deslucidos uniformes azul marino, se agolparon junto a las portezuelas de los vagones de primera y pugnaron por hacerse cargo de los equipajes.

El camarada que la estaba esperando era un hombre de mediana edad, elegantemente vestido, al que Carmen reconoció por el ejemplar de *L'Humanité* que llevaba en la mano. Tenía un bigotito recortado y hacía cuanto estaba en su mano por parecerse a Clark Gable, incluso en la manera de saludar a la bella española, besándole la mano con una elegante inclinación como si estuvieran en Atlanta antes de la guerra de Secesión. Se hizo cargo de la maleta, ascendieron la escalinata de la estación y subieron al taxi que aguardaba. El taxista era otro camarada, gallego, de Lugo, un hombre gordo y sonriente que contempló apreciativamente a Carmen mientras se acercaba. Una ancha cicatriz le cruzaba la frente y en la solapa lucía una insignia republicana. Clark Gable hizo las presentaciones.

—Por lo que veo, en Francia sólo hay españoles —bromeó Carmen cuando se hubo acomodado en el asiento trasero—. ¿Dónde están los franceses?

El taxista hizo un gesto muy francés con las manos.

—¡Uy, señorita, los franceses...! ¡Hay demasiados!

El hotel había venido a menos, pero el personal suplía con reverencias el deterioro de las alfombras raídas, las lámparas *art nouveau* desportilladas y la escasez de bujías de las bombillas. Clark Gable acompañó a Carmen al comedor y la ayudó a descifrar el menú, aunque no se quedó a cenar porque hubiera desequilibrado el presupuesto del partido.

—Le deseo que duerma bien. Recuerde que su tren saldrá mañana a las siete. Vendremos a buscarla a las seis.

El coronel Yuri Antonov sobrevivió al derribo de su aparato y obtuvo nuevas victorias e incluso una segunda condecoración como Héroe de la Unión Soviética.

El 30 de abril de 1945 dos cazas Yak-3 pilotados por el coronel Yuri Antonov y el comandante I. A. Malinovski sobrevolaron el río Spree que divide Berlín y viraron sobre las ruinas de la ciudad. Al pasar sobre el destruido y humeante parlamento alemán, el Reichstag, pulsaron los lanzadores de bombas y dejaron caer seis cilindros de los que se desplegaron otras tantas enormes banderas soviéticas que descendieron lentamente sobre la ciudad conquistada. En el fondo rojo de las banderas, escrita en letras doradas, había una sola palabra: «*Pobyeda!*» (¡Victoria!).

Aquel mismo día el coronel Von Balke burló a las patrullas soviéticas volando a baja altura, recorrió trescientos kilómetros sobre suelo ocupado y sembró la alarma en el aeródromo de Frelau, no lejos del castillo de Starken. Cuando los antiaéreos de Frelau intentaron reaccionar, el solitario Stuka había aterrizado ya delante de sus narices. El coronel Von Balke realizó el peor aterrizaje de su carrera. Prefería destruir su aparato antes que entregárselo al enemigo: al tocar el suelo frenó en seco de un lado y accionó simultáneamente el timón de dirección, al hincar el morro sobre el cemento se destrozó el motor y una de las ruedas se partió, consiguiendo que el ala correspondiente se hiciera trizas contra la pista. Todavía el avión se arrastró varias decenas de metros dejando tras de sí un reguero de aceite y de piezas sueltas, hasta que se desplomó pesadamente, y el piloto emergió de sus restos con el semblante grave, sin levantar las manos, ajeno a las amenazas de un oficial soviético que había acudido a hacerlo prisionero y lo encañonaba con su enorme pistola.

El campo estaba verde y los agricultores salían a sus faenas, pero a uno y otro lado del ferrocarril se veían trenes calcinados, algunos de ellos cargados de camiones, de coches, de carros de combate y de otros ingenios mecánicos que habían ardido sobre las plataformas de transporte.

El compañero de vagón, el señor pelirrojo que había tomado bajo su custodia a Carmen, le señalaba los destrozos de la guerra.

—*Les avions...! ¿Vous comprende?* —Y planeaba con la mano mientras imitaba el sonido de la ametralladora—. Ra-ta-ta-ta-ta. *Les boches.*

Ella pensaba en Rudolf. Se imaginaba que él podría haber causado aquel estropicio con el avión en el que una vez volaron juntos.

Más adelante el pelirrojo le señaló los restos de un bimotor alemán, en el que apenas se reconocía la cola, con la esvástica del timón muy abollada de las pedradas infantiles. Quizá el Stuka de Rudolf había seguido una suerte parecida. Los terribles estragos de la guerra le salían al paso a medida que se aproximaba a Alemania, y no podía evitar el pensamiento de que Rudolf podría no haber sobrevivido a tanta devastación. El voluntario de la División Azul lo había visto en 1942. En los tres años restantes de guerra podían haber ocurrido muchas cosas.

En el amplio despacho moscovita el comandante asistente anunció:

—General, lo llama un tal Codevilla-Medina, que dice pertenecer a la oficina central del Komintern. Insiste en que a usted puede interesarle recibir noticias de una mujer española llamada... —titubeó—. Creo que ha dicho Kaaren o algo así.

Los suaves rasgos de Yuri Petrovich Antonov se iluminaron.

—¡Carmen...! ¡Debe de tratarse de Carmen! ¡Déme ese teléfono!

Recién acabada la contienda, Yuri Petrovich Antonov tenía mucho trabajo en la reorganización de la región aérea de Moscú-Sur. No obstante llevaba dos meses en el cargo y no se había tomado ningún día

de asueto, ni siquiera en las festividades ni en las conmemoraciones oficiales por el triunfo del Soviet en la Gran Guerra Patriótica. Aquel día, después de escuchar las noticias de Carmen que le transmitió Codevilla, decidió que ya iba siendo hora de descansar, alcanzó del perchero la gorra con las relucientes insignias de general y le advirtió a su asistente:

—Si alguien llama, sea quien sea, he salido a inspeccionar el campo.

El comandante asistente se permitió una sonrisa cómplice.

—Entendido, camarada general. Está inspeccionando el campo.

Detrás de las antiguas barracas de los suboficiales, ya obsoletas, había un trozo de terreno llano y despejado donde Yuri Antonov cultivaba hortalizas. Todavía estaba por dar la primera cosecha, pero había que escardillarla con frecuencia para evitar las malas hierbas.

Aquella mañana Antonov anduvo distraído en medio de su sembrado, con la imaginación a miles de kilómetros de distancia.

Así que Carmen regresaba, en medio de una Europa en ruinas, a buscar a Rudolf.

Como él había regresado, en el epicentro del horror, para buscar a Maika, a su amada Maika.

El general tomó asiento a la sombra de uno de los castaños que ribeteaban el campo y recordó.

Una estación límite marcada con las diferentes banderas aliadas marcaba la frontera alemana. Pasaron de noche, después de una retención de dos horas. Cuando amaneció, Carmen descubrió una Alemania miserable y precaria habitada por gente mohína y abatida: en las carreteras escasos coches y algunos carros tirados por caballos matalones, con ruedas de goma procedentes de los vehículos militares despanzurrados que se veían por todas partes; gente harapienta en bicicleta recortando su esfuerzo contra un paisaje gris de voladuras, huellas de incendios, puentes dinamitados, restos de vehículos calcinados en los arcenes de las carreteras... Las casitas de campo parecían indemnes, pero las grandes ciudades eran extensiones de ruinas calcinadas, que elevaban al cielo gris los muñones renegridos de los edificios. Llovía piadosamente sobre las abiertas heridas y el agua de arroyos y ríos bajaba negra de hollín y cenizas.

A veces se veían improvisadas industrias de recuperación. Grandes montones de chatarra, de ladrillos, de aperos, de miseria. Al llegar a Colonia, Carmen vio despuntar las agujas de la catedral gótica como afilados fantasmas entre las ruinas. El tren aminoró la marcha para cruzar el Rin sobre un puente provisional tendido junto al esqueleto retorcido del antiguo. La gente se agolpaba en las ventanillas. Dejaron atrás una enorme gabarra varada junto al embarcadero, medio hundida en el fango fluvial, oxidada y llena de pájaros que la iban blanqueando con sus excrementos. Un grupo de mujeres se lavaban medio desnudas debajo de un depósito, en un andén. Al pasar junto a ellas algunos viajeros les manifestaron entusiasmos garañones.

La cuenca del Ruhr era un paisaje desolado: caminos embarrados y zonas industriales devastadas. De la tierra removida una y otra vez brotaban espectrales máquinas, vigas, chatarra oxidada... Había

explanadas de agrietado cemento por las que discurrían destartalladas vagonetas. En torno a las fábricas se apreciaban las mayores devastaciones, aunque de algunas chimeneas volvía a brotar humo industrial.

El ferrocarril discurría paralelo al Rin por un cuadriculado paisaje de pinabetes, claros de prados y macizos de bosque. Los campos volvían a cultivarse cubriendo piadosamente las cicatrices de la guerra, pero en las proximidades de las ciudades se intensificaban las destrucciones causadas por los bombardeos. Los parques públicos, los jardines domésticos, incluso los parterres de las estaciones, estaban plantados de espinacas, de berzas, de patatas, de lechugas.

Carmen contemplaba la lluvia, el agua chorreando de los empinados tejados. Las casas altas y estrechas, blancas y con vigas vistas pintadas de negro, como fichas de dominó. En la estación de Dusseldorf, el tren contiguo estaba decorado con las banderas americanas del ejército ocupante. En algunos vagones, jóvenes soldados de Oregón, de Texas, de Boston, armaban jaleo y gritaban piropos a las chicas del andén. A través de las ventanillas de la primera clase, reservada a los oficiales, se veían limpiadoras rubias con pañuelos en la cabeza. Era la hora del desayuno y los famélicos pasajeros del tren alemán miraban las manos blancas y rosadas de camareras rubias y atractivas que servían el aromático café, la compota de cereza, la mantequilla con suero, las rebanadas de pan moreno y los tarritos de mermelada.

Bajaron unos pasajeros, subieron otros, descargaron bultos los mozos de estación, resopló la locomotora, sonó el silbato y el convoy prosiguió su viaje. Las fábricas sólo eran ruinas llenas de chatarras retorcidas; los cráteres de las bombas, llenos de agua sucia, reproducían un paisaje lunar en los alrededores de las estaciones y de las fábricas.

En Essen, esperaron tres horas y media; y un poco más adelante, en Ammendorf, tuvieron que aguardar otra hora. En Wittenberg los retuvieron toda una noche y a la mañana siguiente los hicieron cambiar

de tren.

A las afueras de Berlín tienen que aguardar durante una hora para dejar paso a un tren de la Cruz Roja, un convoy de niños repatriados que regresan a unos hogares inexistentes.

El tren se pone en marcha y avanza muy despacio, casi pegado a las casas. Carmen ve, a dos metros de distancia, a una señora que lava unas berzas, a un señor que repara una radio, a un niño que juega con cajitas de cartón. Luego el panorama se ensancha en bosques y parques señoriales plantados de patatas y excavados de trincheras, fosos de agua sucia, hiedra seca. Piquetes de mujeres con pañuelos en la cabeza desescombran las ruinas, amontonan en pilas regulares los ladrillos reutilizables, rescatan el plomo de las cañerías, separan los marcos de madera y los muebles en buen uso de la madera destinada a la calefacción. Improvisadas farolas sobre pértigas suplen el alumbrado público.

El tren rinde su viaje. Las ruinas de la estación central se yerguen entre montañas de escombros como el esqueleto de un animal prehistórico varado a la orilla del tiempo, ínfimas criaturas infelices, hambrientas y abatidas, merodean en busca de un mendrugo, y con la esperanza de encontrar un buen samaritano, escrutan los rostros que van apareciendo en las ventanillas.

Carmen hace cola delante de una de las cabinas telefónicas del vestíbulo de la estación. Cuando le llega el turno, introduce una moneda y marca el número que el gerente de Martin Bauer le anotó en una tarjeta. Al otro lado del hilo suena una voz alemana.

—Soy Carmen Albaida.

—¡Ah, Fräulein Carmen! ¿Está usted en Berlín? —pregunta la voz en pedregoso español.

—Sí, señor.

—¿En la estación de ferrocarril?

—Sí.

—¡Oh, *kolossal!*, en ese caso iré a buscarla. Espérreme, por favor, bajo el reloj que hay en el hall. Yo la reconoceré.

Media hora después un hombre rubio y delgado se sitúa delante de Carmen y saluda con un débil taconazo.

—¿Fräulein Carmen?

—Sí.

Le besa la mano.

—Soy Franz Müller. —Sonríe oficiosamente—. Encantado de recibirla. Espero que haya tenido un agradable viaje, a pesar de las penosas circunstancias.

Franz se hace cargo de la maleta e indica que tiene un coche esperando afuera. Hacen el viaje en silencio, Carmen absorta en la comprobación de lo que el alemán había denominado penosas circunstancias: una bella ciudad, principalmente constituida por edificios señoriales de piedra y ladrillo erigidos a finales del siglo pasado, sistemáticamente bombardeada con proyectiles de gran poder explosivo y bombas incendiarias; los centros oficiales, los museos, los ministerios, las residencias de lujo yacen en ruinas con sus ventanas enmarcando el cielo. Berlín parece una ciudad encantada, escaleras que se interrumpen en el aire, balcones abiertos al vacío, bañeras colgando sobre el abismo. Y a Hitler, con aquella clarividencia que tanto admiraban sus seguidores, lo había advertido: «Os voy a poner Alemania que dentro de diez años no la vais a conocer.»

Carmen contempla con aprensión las cornisas segadas, los fragmentos de muros que se elevan hasta una altura de dos o tres pisos, piezas de mobiliario asomando en medio de las ingentes pilas de ladrillos. Y en medio de aquel caos alberga la esperanza de encontrar a un hombre, aunque a veces la asalta el pensamiento de que si Rudolf vive, lo último que puede estar haciendo es pensar en ella. Aparte de que quizá la odie por haberlo traicionado. Quizá solamente la salvó por ese impulso

de absurda caballerosidad al que parecen propensos los hombres educados en la disciplina. En el fondo era un desconocido, ella lo sabe, pero el impulso de sus sentimientos rechaza cualquier análisis racional. Por otra parte, su instinto le dice que es más fácil seguir adelante que abandonar. O eso cree.

Los escombros están amontonados sobre las aceras para desembarazar el centro de la calle, y la gente se esfuerza por recuperar una apariencia de normalidad, a pesar de la ropa demasiado holgada y astrosa, de los rostros ojerosos, de los cuerpos desnutridos, humillados por el hambre, el sufrimiento y la derrota.

El 12 de enero de 1945, cuando el termómetro marcaba doce grados bajo cero, el mariscal Chernyakovski asaltó los territorios alemanes de Prusia Oriental con treinta divisiones de infantería y cuantiosos medios mecanizados. Pocos días después, el ala de caza al mando del coronel Yuri Antonov fue destinada al aeródromo de Hassel, recientemente conquistado.

Cuando le comunicaron la noticia de su nombramiento, Yuri Antonov buscó Hassel en un mapa de Prusia. Distaba apenas treinta kilómetros del castillo de Starken, el solar de los Von Balke, el hogar de Maika.

Yuri y su escuadrilla se trasladaron al nuevo destino al día siguiente. Yuri hizo el viaje en abstraído silencio.

El joven coronel pensaba en Maika y rememoraba su risa y aquel gesto suyo con el que le quitaba importancia a las cosas que no la tenían, es decir, a cualquier cosa ajena a ellos. Yuri no la había olvidado. Desde que se casó, jamás había estado con una mujer que no fuera su esposa, la gruñona Olga Igorovna, pero había pensado en Maika casi a diario.

Se preguntaba si hubiera sido feliz al lado de ella de haber ocurrido las cosas de modo distinto. Hacía años que se lo preguntaba a menudo, pero este pensamiento era más frecuente desde que su esposa Olga Igorovna y sus dos hijas, Lena y Tatiana, habían perecido en un accidente cuando huían de un Moscú amenazado por las tropas alemanas. Si pudiera encontrar a Maika, se decía, no volvería a separarse de ella. Después de todas las calamidades sufridas en los últimos años nadie les podría disputar esa tardía parcela de felicidad a la que tenían derecho.

La misma tarde del día en que se hizo cargo del aeródromo de Hassel, Yuri Antonov realizó una visita de inspección por los pueblos de la comarca. No tardó mucho en percatarse del horror que se abatía sobre

Alemania.

La infantería rusa que conquistó Prusia estaba integrada por un conglomerado de calmuco, tártaros, caucásicos, siberianos y otras etnias procedentes de las estepas. Eran, en su mayoría, pastores sacados de chozas o de tiendas de campaña, hombres primitivos y sencillos que nunca habían visto una carretera, una casa de dos pisos o una bicicleta. Los habían alistado, los habían metido en camiones y en trenes, los habían llevado a un campo de entrenamiento y les habían enseñado a manejar un fusil ametrallador y a contar hasta cinco para arrojar la granada de mano. Antes de trasladarlos al frente les habían mostrado filmaciones de aldeas soviéticas tomadas por los alemanes en las grandes ofensivas de 1942: aldeas incendiadas, cadáveres mutilados de mujeres y niños, ancianos fusilados, hombres colgados de los árboles en racimos... Ilya Ehrenburg los había exhortado: «Esto que acabáis de ver es lo que los alemanes perpetraron con el pueblo soviético. Ahora les devolvemos la visita: no tengáis piedad de ellos ni de sus mujeres, ni de sus hijos: ¡todos son fascistas y todos los fascistas son alimañas que sólo merecen la muerte! ¡No tengáis piedad de ellos como ellos no la tuvieron de las mujeres ni de los niños rusos! ¡Coged lo que os apetezca y destruid el resto! Tomad a sus mujeres y a sus muchachas: la recompensa del soldado soviético es Alemania y Alemania os espera llena de mujeres rubias y hermosas, de muchachas de busto opulento y gordas trenzas que os harán olvidar las fatigas del combate. ¡Ese es el botín de guerra del soldado soviético!»

Yuri Antonov viajó a través de la geografía del horror: poblaciones desiertas, las puertas reventadas y las ventanas abiertas, los jardines arrasados, casas saqueadas en las que los perros asilvestrados se alimentaban de los cadáveres de sus dueños, los hombres fusilados contra la chimenea del salón, las mujeres arriba, en los dormitorios, en camas ensangrentadas, lívidos cadáveres en la postura en que los dejó el último violador, cuerpos adolescentes colgados de los árboles, grotescamente

hinchados por la putrefacción, hasta que reventaban y dejaban en el suelo una mancha nauseabunda de materia orgánica; prisioneros empalados en los postes indicadores, o colgados por las manos con alambre de espino en los dinteles de las puertas hasta que morían. Yuri Antonov cruzó, sin mirar, muchas aldeas en las que su chófer aceleraba esquivando carcacas de coches incendiados y maletas abandonadas. El olor a cadáver era insoportable.

A veces, en los ribazos de los campos, se veían montones de cuerpos desmembrados por la dinamita: eran de prisioneros comunes a los que las patrullas rusas obligaban a precederlas a través de las zonas minadas. Yuri Antonov vio mujeres gestantes abiertas en canal con la bayoneta, con el feto muerto al lado. Ilya Ehrenburg había dicho: «¡Matad, milicianos rojos, matad: no hay ningún fascista que sea inocente, ni vivo ni por nacer!» Por eso los sencillos hombres de la estepa desventraban a las gestantes.

Por la tarde, algunos oficiales procedentes de la primera línea llegaron a Hassel. Mientras esperaban el avión que había de llevarlos a Moscú, uno de ellos confesó a Yuri Antonov el motivo de su abatimiento: estamos asistiendo al horror y no podemos hacer nada por evitarlo. El Ejército Rojo se ha convertido en una horda sedienta de sangre: los regimientos de choque actúan como salvajes, violan a las mujeres delante de sus maridos, a las hijas delante de sus padres y de sus hermanos y cuando un hombre intenta evitarlo le rompen los huesos a culatazos o le disparan en las piernas para que mientras se desangra continúe presenciando la violación. A veces se ensañan con las mujeres que al verlos aparecer muestran alguna entereza. A éstas las violan varias docenas de veces, en una fila interminable, aunque tengan al lado otras prisioneras con las que satisfacerse. Cuando han calmado la lujuria torturan a algún infeliz para que revele el escondite de supuestas joyas. Creen que todos los alemanes poseen alhajas. La codicia del botín los enloquece. Hacen acopio de relojes y anillos; de zapatos y botas para toda

la familia que quedó en la aldea. Profanan los cadáveres para arrancarles los dientes de oro...

Aquella tarde Yuri Antonov sobrevoló el territorio enemigo, un dilatado paisaje boscoso que parecía más gris que verde bajo el cielo lluvioso. La aviación alemana había desaparecido. Los cazas soviéticos ametrallaban y bombardeaban los caminos atestados de fugitivos hambrientos y exhaustos.

Un comandante del NKVD de paso por Hassel comentó:

—Los alemanes no podrán replegarse mucho más. Les estamos cortando la retirada por el oeste. Vamos a aislar a toda la Prusia Oriental en una bolsa.

Yuri pensó, una vez más, en Maika.

Maika.

—¿Dónde estás, dulce amor mío? ¿Estarás todavía en Starken, en tu cárcel dorada...?

«En tal caso está en peligro —razonó con lucidez dolorosa regresando bruscamente del mundo de sus ensueños—. Tengo que hacer algo por salvarla.»

El hotel Tiergarten solía ser un establecimiento famoso antes de la contienda. Durante un lustro se había salvado milagrosamente de las bombas, pero al llegar la paz los ocupantes lo habían saqueado a conciencia y lo habían despojado no sólo de su escalinata de mármol sino incluso de los sanitarios de las habitaciones. Una cooperativa de antiguos empleados lo había reacondicionado con muebles y sanitarios rescatados de otras ruinas.

—Dejaré que se instale y vendré a recogerla mañana por la mañana —propuso Herr Müller—. A las nueve, si le parece bien.

Carmen, desde su habitación del cuarto piso sin ascensor, contempló la arboleda de Tiergarten, cruzada de grises avenidas por las que apenas circulaban vehículos. Un cielo plomizo agrisaba aún más la ciudad quemada. Se retiró temprano a dormir. Estaba mortalmente cansada y deseaba que amaneciera lo antes posible.

Como a tantas mujeres alemanas, la guerra le había exigido a Maika un considerable esfuerzo. Con todos los hombres disponibles en el frente, las mujeres habían tenido que hacerse cargo de los servicios en la retaguardia e incluso habían mantenido en marcha la industria de la guerra. Aquella situación excepcional, que duraba ya cinco años, había convertido a Maika primero en secretaria mecanógrafa del Ministerio del Aire, después en conductora del Cuerpo Auxiliar de la Defensa Antiaérea y, finalmente, en enfermera. Eso era cuando regresó a Prusia, para estar cerca de tía Ursula, afligida por problemas de salud. Rudolf, en uno de sus cada vez más escasos permisos, había desaprobado su decisión de hacerse enfermera: «Es preferible que te alistes en el Servicio de Trabajo. De este modo estarás más libre para venir de vez en cuando a Starken y no tendrás que bregar con personas repugnantes, tú que tan delicada eres

de estómago.»

Las muchachas del Servicio de Trabajo cuidaban enfermos en las casas o ayudaban a personas impedidas. También educaban a niños cuyos padres servían en el ejército.

Naturalmente, Maika insistió en hacerse enfermera, especialmente cuando comprobó que su hermano se oponía.

—Yo también quiero hacer cosas heroicas por Alemania —le contestó burlonamente.

Para entonces él había recibido las más altas condecoraciones y el Führer en persona lo había recibido tres veces. Se había convertido en un héroe nacional que aparecía en las revistas y en los noticiarios cinematográficos.

A Maika le dieron a escoger entre ser enfermera de la Cruz Roja, de las hermanas Brown, de las hermanas Frei o de las Samaritanas. Se había decidido por estas últimas porque le parecían las más esforzadas. Y realmente lo eran: con apenas dos semanas de entrenamiento en un hospital de sangre, Maika comenzó a trabajar entre catorce y dieciséis horas diarias, atendiendo a los heridos hasta caer extenuada. Las Samaritanas se iniciaban en un hospital convencional y cuando estaban más endurecidas las transferían a las unidades de quemados y a las de amputados. En ocho meses de trabajo Maika había presenciado muchos horrores. Cada movimiento del frente, cada ataque ruso o alemán, cada bombardeo angloamericano o soviético, provocaba un reflujo de nuevos heridos, que las ambulancias no daban abasto a traer, y de muertos, que las funerarias no daban abasto a retirar. El hospital quedaba desbordado: había que habilitar pasillos, descansillos de escaleras, salas de ocio, y hasta los vestíbulos de las cocinas.

Goethe escribió que la inminencia de la muerte nos aproxima a la vida. A veces nacía el amor entre una enfermera y un herido, uniones por lo general efímeras, aunque algunas de ellas acabaran en boda. Todo se hacía más a la ligera en tiempo de guerra, los sentimientos profundizaban

en cuestión de horas, la entrega era cosa de días o en cualquier caso sucedía tan pronto como el herido pudiera valerse. Algunas enfermeras se ofrecían sucesivamente a distintos hombres. No por frivolidad, sino por una especie de abnegación, especialmente cuando se trataba de mutilados o de quemados, hombres jóvenes que, de pronto, se veían privados de su atractivo, algunos desfigurados por horribles heridas o por extensas quemaduras. Los enamorados, a veces, gastaban sus parvos ahorros en obsequiar a la chica con alguna prenda de seda o las nuevas medias de nylon. Maika fue novia provisional de media docena de aquellos muchachos. Anteriormente había mantenido relaciones con otros tres hombres, pero todos habían muerto en el frente. Después había decidido no comprometerse con nadie, blindar su corazón al amor, dejarlo sólo para la piedad. Por otra parte el amor... nunca había conseguido olvidar del todo a Yuri. A menudo se había preguntado qué había sido de él. En la guerra habían perecido centenares de miles de rusos. ¿Había muerto Yuri? ¿Vivía? ¿La recordaba todavía?

En la última semana de enero de 1945, cuando el frente alemán se desplomó y los soviéticos avanzaron hacia el Báltico con la intención de aislar toda la región, Maika obtuvo permiso para recoger a su tía y trasladarla a Berlín. Un automóvil del ejército cedido por el coronel médico la trasladó a Starken en medio de un furioso aguacero.

Habían transcurrido dos meses desde la última estancia de Maika en el castillo. Se quedó dormida en el asiento trasero y cuando despertó faltaban pocos kilómetros para llegar. Contempló el campo, los ribazos donde en primavera florecían las campanillas blancas y los claveles, los cerros donde antes reverdecían los arbustos y el sol caldeaba la hierba mullida y fresca, eran ahora una acumulación de barro, hierro retorcido y muerte. Vio casas reducidas a escombros, carreteras reventadas por el paso de los tanques, coches quemados o abandonados a uno y otro lado en las cunetas.

A casi todos los criados de Starken los habían movilizado durante la

guerra, de manera que el castillo estaba bastante descuidado. Ahora ante la amenaza de la artillería y de los cazas soviéticos se habían adoptado medidas especiales y el edificio ofrecía un aspecto deprimente: los muebles amontonados en unas cuantas salas y cubiertos de lienzos blancos; los bustos, las banderas y los recuerdos familiares evacuados al pabellón de caza, en el bosque. Incluso se habían enterrado las piezas más valiosas para librarlas de eventuales saqueadores.

Sólo quedaban una criada y el viejo mayordomo, que no estaban dispuestos a abandonar Starken si el ama no los acompañaba. Toda la región había sido ya evacuada. Maika intentó persuadir a su anciana tía.

—Tía, los rusos llegarán de un momento a otro: están a menos de treinta kilómetros y no hay tropas para detenerlos. Tenemos que irnos, tía. Recuerda lo que pasó en Nemmersdorf y Goldap el otoño pasado.

Nemmersdorf y Goldap eran dos aldeas que cayeron en manos soviéticas durante unas horas en noviembre de 1944. Cuando los alemanes las reconquistaron encontraron a toda la población civil asesinada: mujeres y muchachas ultrajadas, hombres y ancianos torturados, algunos clavados en las puertas de sus granjas...

—¡De Nemmersdorf no me acuerdo! —replicó tía Ursula zafándose violentamente de los brazos de su sobrina—. De lo que me acuerdo es de que en 1241 los habitantes de Silesia levantados en armas salvaron a Alemania de los mongoles, derrotando a sus hordas en el Wahlstatt. También me acuerdo, mejor aún, porque tenía cuarenta años cuando ocurrió, de que en 1914 los ejércitos rusos invadieron el sagrado suelo de Prusia y sin embargo los derrotamos. Les tomamos cien mil prisioneros y el general que los mandaba se pegó un tiro. ¡De eso es de lo que me acuerdo! Y me acuerdo de que nuestra familia ha vivido aquí —golpeó el parquet con la contera del bastón— durante ochocientos años, y también en los tiempos de Federico el Grande tuvimos que pasar penurias y peligros, pero nunca hemos desamparado el castillo. ¡Pase lo que pase permaneceré entre estos muros y nadie me arrancará de ellos! Por una

vez confío en Hitler. Anoche aseguró por la radio que ningún soldado alemán cederá un palmo de tierra patria.

—¡Por favor, tía, Hitler nos ha estado engañando desde el comienzo de la guerra! Recuerda cómo despreciaba a los rusos, recuerda cuando los llamaba batallones de despojos y divisiones de basura. ¡Ahora están a nuestras puertas y nada consigue frenarlos! No depende de lo que Hitler quiera, sino de lo que pueda. Alemania se ha equivocado una vez más.

La anciana señora lanzó una mirada iracunda a su sobrina.

—¡Sigues siendo comunista! —le espetó—. ¡Te prohíbo que hables así en Starken! ¡Eres una derrotista! ¡Sal de mi casa! ¡Eres una comunista que sólo busca el aniquilamiento de Alemania!

—¿Y qué otra cosa se merece Alemania? —replicó Maika—. Los prusianos estirados, mi hermano y tú, os prendasteis de Hitler porque os ofrecía una preciosa guerra con la que reverdecer los laureles de la familia; los burgueses y los comerciantes tomaron del programa nazi lo que les convenía. Nadie vio las otras cosas, entre todos lo encumbramos y ahora que nos lleva a la peor ruina no queremos reconocer nuestra culpa. ¡Codicia y crueldad! Hemos tratado como a bestias a los demás pueblos y ellos ahora se abaten sobre Alemania y se comportan como bestias también. Hemos creído que los demás pueblos son inferiores y nuevamente nos derrotan por nuestra vanidad y nuestro orgullo.

—Schulz, acompaña a la señorita Maika hasta la calle —ordenó secamente tía Ursula—. Debe salir al encuentro de sus amigos los comunistas.

El viejo mayordomo se inclinó y se dirigió hacia la puerta seguido de Maika.

El coche esperaba fuera, con el conductor visiblemente nervioso encogiendo la cabeza instintivamente cada vez que estallaba un obús en la distancia.

—Fräulein, le deseo mucha suerte —murmuró Schulz.

—Por lo menos, vosotros podíais ponerlos a salvo —lo exhortó

Maika.

—No, Fräulein, como la señora, somos demasiado viejos —respondió el anciano—. Ya hemos vivido bastante. Ahora es mejor morir.

El viejo mayordomo estaba llorando e intentaba disimularlo volviendo la cabeza. Maika le tomó las manos y se las besó.

El coche que ocupaban Carmen y Franz Müller recorrió las anchas avenidas delimitadas por montones de escombros antes de internarse por un bosquecillo arrasado cuyos muñones talados comenzaban a rebrotar. Tras media hora de viaje llegaron al oeste de Clayallee, al borde del Grünewald, y el coche se detuvo en una callecita denominada Wasserkäfersteig.

—Hemos llegado —dijo Müller.

Al otro lado de la calle había un chalecito de tejados de pizarra muy empinados cercado por una valla de alambre espinoso. Un centinela americano custodiaba la entrada. En la placa metálica se leía «*Berlin Document Center*».

Herr Müller entregó un permiso al centinela junto con una carta del Departamento de Justicia. El soldado descolgó el teléfono de la garita y consultó el caso. Un minuto después otro soldado escoltaba a los visitantes hasta una minúscula salita amueblada con dos viejos sillones. Aguardaron.

—Este edificio es engañoso —explicó Herr Müller—. En realidad es la entrada disimulada de un gran bunker que tiene cuatro extensos niveles subterráneos. Los nazis lo construyeron para archivo de grabaciones telefónicas y ahora los americanos lo utilizan como depósito central. Aquí traen todos los documentos y archivos que van encontrando en cualquier parte de Alemania. El sobrino de Herr Bauer que usted busca procedía de Prusia Oriental, una región ocupada ahora por los rusos. No obstante, en este archivo hay mucha documentación del Ministerio del Aire. Confío en que localicemos su paradero a través de ella.

Alfred Wallhead, el oficial americano con el que Herr Müller había concertado la cita, era un ayudante de la oficina del fiscal para delitos de guerra. Wallhead conocía a Müller desde antes de la guerra y ahora

aprovechaba su forzada estancia en Alemania para hacer algunos negocios con su antiguo socio.

Carmen le facilitó la escasa información que había podido reunir sobre el piloto Rudolf von Balke. Wallhead tomó nota y les rogó que aguardaran.

¡Llegan los rusos!

Ha cundido el pánico en la población. La gran migración abarca desde Koenigsberg y Samland y desde Ermland hacia Pillau y Neutief por los pantanos de Frishia, a través del valle del Vístula y de Prusia Occidental y Pomerania, hacia el Oder. Muchos fugitivos se encaraman a los techos de los últimos trenes-hospital, repletos de heridos. La gente abandona sus casas en pleno invierno y huye por las carreteras heladas y resbaladizas. Unos arrastran sus míseros equipajes en trineos; otros, en cochecitos de niños o incluso en mesas vueltas del revés. El terror los hermana a todos: alemanes, polacos, besarabianos, galizianos y bálticos. Hay niños de pecho muertos, gente tan agotada que se echa a descansar en la nieve con la esperanza de no despertar, hay cadáveres anónimos, hay vagabundos sin rostro, enloquecidos por el dolor y el sufrimiento. Al reguero de precarias sepulturas que festonean la carretera, se suman los cadáveres abandonados en las cunetas, apenas cubiertos con una pobre manta o disimulados tras un arbusto. Muchos fugitivos destruyen sus carnets del Partido y se desprenden de las esvásticas que durante años lucieron orgullosamente en la solapa. Ninguno quiere responsabilizarse de los crímenes y de los errores de Hitler; cada cual imagina una coartada verosímil y ruega a Dios que no lo haga coincidir con algún conocido que pueda probar que es falsa.

El termómetro sigue bajando. Un viento helado recorre la llanura y cuaja grandes carámbanos de hielo. Los ríos se hielan, los caminos se tornan resbaladizos, la fuga se vuelve más penosa. Las avanzadas motorizadas soviéticas alcanzan fácilmente las columnas de fugitivos, las

rodean y se entregan a la orgía de sangre.

Maika, en una helada cabaña que fue embarcadero en la laguna Frishia, intenta tapar con un pedazo de tela la ventana rota por la que se cuele el frío. Con las rachas del viento helado llegan los mugidos de un becerro que vaga hambriento por la ribera. Unas sombras ateridas amontonan paja y hierbas para calentarse, se apretujan debajo de las mantas en la oscuridad, sin conocerse, la noche se llena de sonidos lastimeros, de gritos de fugitivos enloquecidos.

Casi nadie logra conciliar el sueño. Muchos reanudan el camino antes de que amanezca, espoleados por el miedo. En la negrura pantanosa y hostil de la tierra agonizan las últimas linternas y se restituye el silencio. Al alba, un vaho verdigris que sube del pantano como una baba venenosa reaviva el horror de un nuevo día con su carga de miseria y muerte, un día que para muchos será el último. A la incierta luz del cielo encapotado regresan los cazas de la estrella roja, veloces, rasantes, y el aire helado se puebla de estampidos y motores, del tableteo de ametralladoras. El horizonte se anima con los resplandores intermitentes de la remota artillería, primero la luz, luego el sonido opaco, apagado, de los obuses.

Maika sale a la calle con otras dos enfermeras fugitivas y descubre que el hospital de campaña se ha disuelto. Los mandos han huido en el único camión disponible. Han extraído la gasolina de los otros tres vehículos y los han dejado correctamente aparcados delante de las tiendas en las que gimen y mueren los heridos. Algunos médicos medio enloquecidos por la falta de sueño vagan de un lado a otro incapaces de comprender lo que ocurre. Se han acabado las vendas, tapan las heridas con papel higiénico.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta uno.

—Ya nada importa, los rusos están ahí enfrente.

El que ha hablado señala al otro lado del campo, por donde acaba de aparecer una columna de tanques grises. Detrás de esos tanques vienen

más blindados con las torretas coronadas de hombres con el uniforme pardo y gualdrapeado del Ejército Rojo.

Maika no intenta huir. ¿Para qué? Penetra en una tienda y distribuye entre los heridos las últimas reservas de leche cortada y aguada. Suenan los motores de los blindados aproximándose, se percibe el chirriar de sus cadenas cada vez que modifican la dirección. Uno de los primeros aplasta con gran estrépito un automóvil que encuentra a su paso. Del amasijo de hierros humeantes brota el gañido estremecedor de dos mujeres que se habían ocultado en su interior confiando en pasar desapercibidas.

Maika, en un extremo de la tienda-hospital, se da la vuelta y ve que por el extremo opuesto han entrado dos soldados de cara aplastada y ojos oblicuos, patizambos, de andares simiescos, los gorros de piel calados hasta las orejas y los fusiles ametralladores pendiendo del hombro. Sonríen ante la mujer, sacan las bayonetas y se ponen a rematar a los heridos. El griterío es ensordecedor. Algunos heridos se tiran al suelo y se arrastran. Maika va a intervenir cuando una mano firme la sujeta por la muñeca. Se vuelve y se encuentra la sonrisa amarilla, cruel, de un mongol, una cara grasienta con las arrugas marcadas por la suciedad incrustada, con los ojillos rasgados y brillantes, con la estrella roja, el símbolo que ella tanto amó un tiempo, en el gorro de piel. El soldado grita en un dialecto gutural e indescifrable para anunciar el hallazgo de una mujer joven y rubia. Al instante acuden más mongoles. La tienda se llena de uniformes acolchados, de rostros asiáticos de color terroso, tan achatados que parecen haber sido prensados, de ojos rasgados e inexpresivos y pómulos prominentes. Avasallan a Maika las bocas brutales, las manos brutales, las lenguas brutales. Cierra los ojos. Empellones brutales, hedor a manteca rancia y a guano, alientos pestilentes. Los gritos de los heridos acuchillados que llegan de las otras tiendas se mezclan con los alaridos de las enfermeras asaltadas por la tropa.

La visita al centro de documentación americano no fue tan satisfactoria como Müller esperaba. El expediente del barón Rudolf von Balke señalaba que había participado en algunas acciones de guerra en España, especialmente en el bombardeo de un acorazado enemigo. Después había incurrido en una falta grave y un consejo de guerra lo había degradado. El expediente mencionaba su paso por el centro de reconocimiento aéreo de Hidesheim, en Graz, la capital de Estiria, y por la 121 escuadrilla de reconocimiento de Penzlau, cerca de Brandeburgo. En vísperas de la guerra lo rehabilitaron y se incorporó a un ala de bombarderos en Scheidemühl, cerca de la frontera polaca. Durante las campañas de Francia y Polonia lo mencionaron veintitrés veces en el orden del día y lo derribaron una vez sobre el canal de la Mancha. Tras las campañas de los Balcanes y Grecia ascendió a capitán y obtuvo la Cruz de Hierro por su valerosa actuación contra los navíos ingleses en Creta. El resto de la guerra lo hizo en el temible frente ruso. El expediente consignaba nuevas menciones especiales por sus éxitos sobre Grazno y Wolkowysk cazando tanques y vehículos acorazados. El coronel Von Balke se había hecho acreedor de todas las condecoraciones posibles: primero la Cruz de Caballero; después las Hojas de Roble; seguidas de las Espadas; finalmente los Diamantes.

El expediente recogía también reportajes recortados de revistas de aviación alemanas, *Luftwelt*, *DerAdlery Signal*, en las que Rudolf y sus compañeros aparecían sonrientes, triunfantes...

El último documento era el más reciente. Un artículo propagandístico sobre los ases cazadores de tanques fechado en enero, tres meses antes del fin de la guerra. El máximo as era Hans Rudel, con 1 230 servicios; el segundo, Schiwirblatt, con 900 servicios; el tercero, Von Balke, con 820 servicios.

—Normalmente los alemanes retiraban de la lucha a sus pilotos después de alcanzar los Diamantes —apuntó Wallhead—. Una sabia medida para preservar de la muerte a los héroes nacionales, pero dos pilotos de Stuka, Rudel y Von Balke, consiguieron un permiso especial del Führer para seguir volando. ¡Menudo par de fanáticos! Si lo tienen los rusos lo estará pasando mal —dedujo Wallhead.

—¿Por qué?

—Según la propaganda alemana, este hombre destruyó trescientos cincuenta tanques en los dos últimos años de la guerra. Eso no le hará gracia a Iván.

También figuraba en el expediente una carta en la que un criado le daba cuenta a Von Balke de los últimos momentos de su tía, Frau Ursula, a la que habían asesinado los rusos cuando trató de impedir que saquearan Starken.

Interceptada por la Inteligencia americana, la carta nunca llegó a su destinatario.

—¿Dice algo de su hermana, de Maika?

Wallhead tornó a leer la carta, por encima.

—No, no dice nada —declaró—. Bien; esto es todo lo que aparece en el informe. Si Von Balke estuviera prisionero en un campo aliado constaría aquí. Es evidente que lo apresaron los rusos, o que murió en los últimos meses de la guerra.

Después de dar las gracias, se despidieron y marcharon. Wallhead los alcanzó a los pocos pasos.

—Se me olvidaba un dato que pudiera servirles. En la ficha inicial figura el nombre de su ametrallador, el sargento Hans Kolb. ¿Les sirve?

Carmen no había entendido el nombre, pero cuando lo vio escrito exclamó:

—¡Es el mismo sargento que lo acompañaba en España!

—¿Es posible? —comentó Wallhead escéptico.

—Al menos se llama igual.

—Pues podríamos visitarlo —sugirió Herr Müller.

Un tanque había derribado la verja de la entrada junto con dos o tres abetos del sendero, pero el castillo de Starken parecía intacto en la distancia. Un minuto después el vehículo ocupado por el coronel Antonov y su escolta se detuvo junto al enorme edificio. Los saqueadores habían dejado en el patio un cúmulo de muebles rotos, enseres desportillados, libros y papeles. Las hojas de la puerta de la entrada principal yacían sobre la escalinata. El viento golpeaba las ventanas abiertas produciendo un sonido lúgubre.

El coronel Antonov se apeó del vehículo y penetró en el edificio. El cadáver de un anciano de librea parecía guardar todavía la entrada. Desde el techo las palabras de Federico Guillermo I, «Todos los habitantes del país han nacido para las armas», seguían emitiendo su complejo mensaje.

El coronel Antonov cruzó el vestíbulo y penetró en el salón. En el interior del castillo el desorden era aún mayor. Atravesó las estancias vacías y desamuebladas con los suelos alfombrados de papeles dispersos, tiestos y vidrios rotos. En algunos puntos los saqueadores habían levantado la tablazón de los pisos en busca de escondrijos.

En el segundo descansillo encontraron otros dos cadáveres, el de una anciana y el de una criada vestida de uniforme y cofia. Les habían disparado a quemarropa.

Yuri Antonov recorrió toda la casa mientras sus hombres la registraban por si había algún superviviente. «Estoy buscando a una mujer joven —les había advertido—. Y mataré con mis propias manos al que la toque.»

En un dormitorio del piso superior encontró un montón de fotografías esparcidas por el suelo, entre el plumón de las almohadas y el relleno del colchón abierto a bayonetazos.

Yuri Antonov recogió unas cuantas fotografías y las miró junto a la

ventana emplomada. En algunas aparecía Rudolf uniformado; en otras posaba junto al Stuka con el mono de vuelo. Todos los momentos importantes de la vida de su antiguo amigo aparecían allí reflejados: cuando recibió la Cruz de Hierro, cuando le dieron las Espadas, cuando le otorgaron los Diamantes.

Se detuvo ante el testimonio gráfico de una audiencia con el Führer, el barón Rudolf von Balke en todo su esplendor, el cogote liso pelado al cero, la mandíbula marcialmente apretada, el pecho abombado, un militar prusiano descendiente de antiguos héroes, héroe él mismo, saludando con un taconazo a la distancia reglamentaria, ni un milímetro menos, estrechando con mecánica efusividad la mano de aquel demonio al que contemplaba con mirada admirativa.

En otra foto Von Balke sonreía desde la carlinga abierta de su avión, con una botella de champán en la mano y una corona de laurel alrededor del cuello, con unas orlas en las que se leían las cifras «500»: quinientas misiones de guerra, y «136»: ciento treinta y seis carros soviéticos destruidos.

Yuri Antonov regresó al montón de fotografías y hurgó más abajo. Allí estaba Maika. Maika adolescente, montada en una bicicleta, con el pelo suelto, sonriente; Maika con uniforme de auxiliar de la Luftwaffe; Maika más envejecida, ligeramente más delgada, con uniforme de enfermera. Cada foto estaba fechada en el reverso: 1945. «Esta es muy reciente —pensó—. Es enfermera.» Siguió buscando y halló fotos más antiguas: Maika estudiante, con los muros góticos y las hiedras de Oxford al fondo; Maika en el parque de Leningrado: la fotografía que él le había tomado el día que se enamoraron. Le dio la vuelta. Pegada en el reverso había una florecilla. Yuri Antonov la reconoció: era la misma que él cortó para ella en los jardines de Navereznaja cuando se despidieron.

El coronel se incorporó mirando su pequeño tesoro y sintió que un cálido licor le anegaba el pecho.

—Maika, mi amor, ¿dónde estás? —murmuró.

En aquel momento llegó un soldado.

—Camarada coronel: hemos encontrado a un hombre merodeando por el bosque.

El sargento Hans Kolb había creado, con otros dos socios, una empresa de recuperación de chatarra, la actividad económica más próspera en la Alemania de posguerra. La empresa tenía sus instalaciones en las afueras de Weissensee, un sector de Berlín que Franz Müller conocía bien.

Salieron de la Prenzlauer Allee por Jacobsohnstrasse y dejaron atrás el cementerio de St. Georgen con sus panteones rematados en tejaditos góticos. A Carmen le llamaron la atención unas techumbres casi intactas que yacían esparcidas por el parque colindante.

—Es que las bombas incendiarias, cuando se lanzan en bombardeo intensivo, producen un huracán artificial que arranca literalmente los techos por efecto de la presión —explicó Herr Müller—. Yo he visto lanzar hacia las nubes vagones enteros de tren, con la carga... Esa tormenta de fuego genera temperaturas de fundición, derrite los cristales y volatiliza literalmente cualquier materia orgánica: personas, animales, árboles... Hay miles de desaparecidos que jamás se encontrarán.

Hicieron el resto del viaje en silencio. Carmen mirando por la ventanilla y fingiendo que contemplaba el desolador paisaje urbano. En realidad intentaba escapar del horror rememorando algunos momentos felices pasados en El Espinar cuando al caer la noche sacaban hamacas y tomaban el fresco bajo las estrellas aspirando el aire serrano perfumado por la dama de noche. A veces les divertía el sargento Kolb, que había desarrollado una personal versión de flamenco bávaro.

Mi jaca, galopa y corta el viento
cuando pasa por El Puerto
caminito de Jerez.

Iba al encuentro del sargento Kolb y sabía que aquel hombre expansivo y cordial la acercaría a Rudolf o quizá le revelaría alguna amarga verdad que se estaba esforzando en rechazar desde que llegó a Alemania. Codevilla-Medina le había advertido en Toulouse que muchos pilotos habían muerto.

—¿Sabes, al menos, si sobrevivió a la guerra?

No, no lo sabía.

Habían sorprendido a uno de los criados de la casa, un desertor del ejército popular que merodeaba por los alrededores del castillo buscando comida. Yuri Antonov le mostró una fotografía reciente de Maika.

—Estoy buscando a esta mujer —le dijo—. ¿La conoces?

El hombre asintió aterrado.

—Es Fräulein Maika von Balke.

—¿Dónde está?

—Es enfermera. Hace dos días estuvo aquí. La habían trasladado al hospital de campaña de Peefingen.

Antonov consultó su mapa. Peefingen distaba pocos kilómetros de allí.

—¡Reúna a sus hombres, sargento! —ordenó—. Proseguimos el viaje hasta Peefingen.

Una valla formada por viejos somieres y trozos de alambre de espino, rescatados del frente de batalla, acotaba un amplio espacio en cuyo centro varios vagones de ferrocarril servían de oficina y de vivienda a los propietarios herrumbrosos de la sociedad Aceros y Desguaces del Rin. La puerta de entrada, fabricada con varias barras mal soldadas, en forma de parrilla, permanecía abierta. El automóvil penetró en la ancha avenida central que discurría entre pequeños montones de chatarra clasificados y otros más grandes sin clasificar.

Un obrero martilleaba un enorme motor de auto blindado tratando de extraer el cobre de las bobinas.

—Queríamos ver a Herr Kolb.

Dejó de golpear y lanzó una mirada suspicaz a los visitantes. Le pareció que la mujer era extranjera, quizá una de esas judías americanas podridas de dólares que ahora merodean por Alemania buscando a sus

parientes pobres, de los que jamás se hubieran acordado si no estuvieran ya muertos y convertidos en jabón.

—¿Quién pregunta por él?

—Esta señora es amiga suya —informó Müller—. Viene de España.

Intenta localizar al piloto de Stukas con el que Herr Kolb sirvió.

El hombre asintió.

—Herr Kolb no está. Salió esta mañana a comprar chatarra.

—¿Sabe cuándo regresará?

—No lo sé. Tiene que ir a cuatro o cinco sitios y luego se quería pasar por la oficina de permisos industriales, en el sector francés.

Müller hizo un gesto de desaliento y tradujo.

—¿Le podemos dejar una nota? —sugirió Carmen.

No existía ya hospital de campaña en Peefingen, pero Antonov averiguó que lo habían evacuado la víspera hacia el lago Lótzen.

Las riberas del lago eran un caos. Entre coches abandonados y carros inservibles merodeaban pobres gentes en busca de algo que llevarse a la boca. Los soviéticos pasaban sin prestarles atención. Ya no quedaba nada que robar y las mujeres jóvenes habían muerto o se las habían llevado los soldados. Los pálidos espectros que vagaban entre la devastación no valían las balas que se gastaría en eliminarlos. Antonov se internó dos o tres kilómetros entre el desastre, bordeando el lago. De vez en cuando ordenaba detener el vehículo y descendía para examinar un cadáver, para mirar en el interior de una tienda-hospital o en una ambulancia abandonada.

Por fin la encontró.

Yacía en un seto de juncos, con el cabello desordenado, la falda desgarrada y el brazalete de enfermera manchado de barro. Estaba de espaldas, pero supo inmediatamente que era ella. Se inclinó y le dio la vuelta con sumo cuidado, como si temiera despertarla. Era Maika, diez años después, bella en la muerte, quien lo contemplaba con la mirada vidriosa de sus ojos entrecerrados. Tenía los labios reventados y cárdenos, y algunas manchas de barro en la cara. El coronel sacó su pañuelo, lo humedeció con saliva y limpió el rostro de la muerta. Después le arregló el cabello.

Sus hombres, alrededor, guardaban respetuoso silencio. Cuando adecentó el cadáver, Yuri Antonov lo tomó en brazos y lo llevó al coche. Sepultó a Maika en el parque de Starken, en una fosa que él mismo ayudó a cavar. Antes de envolverla en la colcha que le serviría de ataúd y mortaja, la besó en la frente y en los labios.

Mientras sus hombres arrojaban paletadas de tierra, Antonov se

apartó a orinar entre los tilos. Nadie vio llorar al coronel Yuri Petrovich Antonov, halcón de Stalin, dos veces Héroe de la Unión Soviética.

La nota decía:

Querido amigo Kolb:

Soy Carmen. ¿Me recuerda? Yo lo recuerdo a usted con mucho cariño de los días de El Espinar, que a pesar de todo fueron felices. He venido a Berlín para buscar a Rudolf von Balke. ¿Podría ayudarme? De todos modos me encantaría saludarlo y hablar con usted. Espero que todo lo malo esté olvidado y que sigamos manteniendo un amistoso recuerdo.

Carmen

La mano nerviosa de Herr Müller había traducido el texto con escritura gótica y picuda en el mismo folio de papel barato.

Hans Kolb sacó la nota del bolsillo y la releyó mientras aguardaba a Carmen en el vestíbulo del hotel. Había recibido el mensaje a las siete, al acabar la jornada, y sólo había tardado media hora en ducharse y ponerse un traje decente.

Cuando vio salir a Carmen del ascensor, el antiguo sargento se adelantó a saludarla con la mano extendida. Cojeaba ostensiblemente. Carmen ignoró la mano y lo abrazó, estampándole dos besos en las mejillas. Se apartó para contemplarlo y lo abrazó nuevamente con lágrimas de alegría. Tampoco el curtido sargento pudo evitar que se le humedecieran los ojos.

—Busquemos un lugar tranquilo donde podamos hablar —propuso Carmen.

Se dirigieron al fondo del salón. Kolb notó que su acompañante acomodaba la marcha a su paso cojitranco.

—Ya ves que no he salido entero de esta guerra —se justificó como avergonzado—. Perdí la pierna hace un año, volando con Von Balke. —

Sonrió al notar la contracción alarmada del brazo de Carmen y añadió—: Pero el coronel salió indemne. A mí me pusieron una pierna de madera. Ahora me están haciendo una mejor y creo que cuando me acomode a ella casi no se notará que cojeo.

Se sentaron en un sofá. Un pianista anciano interpretaba ensimismadamente a Debussy mientras media docena de clientes, casi todos extranjeros, charlaban o dormitaban en los sillones. Kolb observó que allí dentro nadie obedecía las normas contra la confraternización con alemanes. «Los pudientes no tienen nacionalidad —pensó—, todos pertenecen a la misma nación.»

Había mucha pesadumbre en los ojos de Kolb, pero estaba más delgado y eso lo rejuvenecía. El pelo se le había vuelto gris. Como tantos antiguos soldados alemanes, se lo había dejado crecer más largo de lo usual después de tantos años de rapados cuarteleros.

—Te encuentro muy bien —dijo Carmen.

—Estoy todo lo bien que podemos estar después de lo que se nos ha venido encima.

—Saldréis adelante.

—No va a ser tan fácil —suspiró Kolb, pensativo—. La victoria une, todos pertenecen a la victoria; la derrota, por el contrario, dispersa, nos vuelve irreconocibles, nos encierra en nuestros cuerpos como en cárceles, nos seca.

Carmen asintió.

—He venido a buscar a Rudolf.

—¿Después de todo lo que ocurrió en España?

No había acritud en las palabras del sargento.

—Porque lo amo —confesó Carmen desviando la mirada—. Simplemente porque quiero estar con él y quiero que sepa que siempre lo he esperado en el fondo de mi corazón, aunque lo creyera muerto, porque pienso que tenemos que hablar algunas cosas que no nos dijimos después de aquella despedida tan... —titubeó buscando la palabra— tan

inesperada.

—Creo que sigue vivo —informó Kolb. Miró el salón a su alrededor como si abarcara el mundo y añadió—: La muerte rechazaba al coronel Von Balke.

—¿Por qué dices eso?

—Es difícil explicarlo. Es sólo una sospecha irracional, pero también una conclusión basada en la estadística. Casi todos los pilotos mueren en sus primeras cinco misiones de guerra, cuando son demasiado inexpertos. Los que sobreviven pasan al segundo grupo, al de aquellos que en los primeros treinta vuelos sufren un cincuenta por ciento de bajas. Después de cien vuelos, según este cálculo de probabilidades, el piloto de Stukas debe de estar sobradamente muerto y enterrado. Si no lo está, es porque ha escapado de la norma y tiene ciertas posibilidades de llegar a ciento veinticinco misiones: aquí perecen el sesenta por ciento de los supervivientes excepcionales, pero todavía queda un veinte por ciento que consigue alcanzar las ciento cincuenta misiones de guerra. El porcentaje se reduce a cinco en las ciento setenta y cinco misiones y a cero en las doscientas. Sin embargo hubo cuatro pilotos de Stukas que burlaron ese porcentaje cero, Von Balke entre ellos, quizá por una extraña determinación de seguir luchando. O quizá simplemente por suerte: la verdad es que nos derribaron trece veces, pero siempre conseguimos salir indemnes. O casi. —Miró su pierna y sacudió la cabeza—. Cuando perdí la pierna ni siquiera nos habían derribado. El sargento quedó pensativo.

—Von Balke está hecho de una pasta especial —continuó—. Es como esos antiguos caballeros de los que desciende. Ama la guerra, la amaba entonces al menos, y quería volver una y otra vez a ella como si una extraña fiebre lo impulsara a zambullirse en aquel infierno. Era, al propio tiempo, un hombre sin alegría porque desde el principio supo que nos iban a derrotar. Alemania pierde siempre.

—¿Por qué continuaba, entonces?

—¿Por qué continuaba Alemania? Es una perversa desviación de

nuestro carácter. Fausto triunfa porque le vende el alma al diablo y de este modo se asegura la derrota. Von Balke sabía que la guerra estaba perdida, pero él tenía que demostrar al mundo que el Stuka era la máquina revolucionaria de la guerra moderna. El llegaba con el corazón a donde el avión, ya superado, no podía llegar. Algunas veces picaba sin accionar el dispositivo de frenos, a tumba abierta, para alcanzar mayor velocidad. Mira mi pierna. —Levantó disimuladamente el pantalón y mostró la pierna sana, más blanca, surcada de varices oscuras—. Esto es de los cambios bruscos de presión sanguínea después de haber picado durante cinco años. La guerra ha sido muy larga para nosotros.

—¿Cómo os separasteis?

—Un mes antes del final de la guerra, bombardeando sobre el Oder, una ráfaga de antiaéreo casi partió nuestro avión. Una de las balas me alcanzó en la pierna. Cuando aterrizamos había perdido el conocimiento y desperté en un tren-hospital camino de Silesia. Dos días después recibí una llamada telefónica del coronel. Estaba bien y quería que regresara lo antes posible. Pero las cosas se precipitaron. Al día siguiente me trasladaron al nuevo hospital de la Waffen SS en Selow y no volví a saber de él. Estaba todavía convaleciente cuando finalizó la guerra. Los americanos me internaron en un campo de prisioneros cercano a Dresde. Luego me trasladaron a otro en la frontera bávara, donde agrupaban a los pilotos y auxiliares con mucha experiencia. Me interrogaron a conciencia oficiales ingleses, americanos y rusos. Casi todas las preguntas versaban sobre el coronel. Luego me soltaron.

—¿No volvió a saber de Rudolf?

—No, *señorita*. Ya no volví a saber de él. Pero sé que donde quiera que esté pensará en usted.

Ella lo miró a los ojos.

—¿No me guardaba rencor por... todo?

Sonrió el sargento Kolb con su cara redonda de industrial próspero en ciernes.

—No, no creo que le guarde rencor. Una vez, en Rusia, entré en su cuarto para darle un recado. No estaba y me acerqué a la ventana por si lo veía afuera. Por casualidad mi aliento empañó el cristal e hizo aparecer una palabra que Von Balke había escrito distraídamente con la punta del dedo.

—¿Qué palabra?

—Había escrito *señorita*.

La Evangelische Hifswerk für Kriegsgefangener uns Internieren, institución alemana de ayuda a los prisioneros de guerra, tenía sus archivos en un chalecito de la Beuselstrasse, no lejos del canal de Spandau. El cartel ocupaba media ventana del salón. Lo habían rotulado en letra cursiva internacional; no en la picuda gótica alemana tan usada por el régimen anterior.

Carmen cruzó el jardincito sembrado de patatas y zanahorias y pulsó el timbre. Le abrió la sonrisa dental y cadavérica de una muchacha extremadamente delgada de pelo lacio, una monja protestante. Carmen le entregó la carta de presentación de Franz Müller.

El reverendo Otto Lippert estuvo de misionero en Colombia durante nueve años y chapurreaba una especie de aproximación fonética del español, mezclado con voces indígenas. Recibió a Carmen en un enorme despacho, tan abarrotado de archivadores que apenas quedaba espacio para una mesita, un sillón destartado y una silla en la que el pastor le ofreció asiento a su visitante. La escuchó amablemente, tomó nota de un par de nombres y durante un buen rato estuvo consultando cajas, carpetas y fichas. No encontró nada.

—Lo siento, señora. No tenemos noticias del coronel Von Balke. Al menos no por ahora.

El reverendo Lippert se acomodó en su sillón, al otro lado de la mesa, bajo el enorme crucifijo que pendía de la pared desconchada, y meditó un momento, las manos unidas como en oración, los índices pellizcando levemente el labio superior.

—Señora —dijo, al fin—, no resulta nada fácil encontrar a un piloto en Rusia. Los soviéticos han burlado las disposiciones de la Convención de Ginebra y han reclasificado a los prisioneros de guerra como delincuentes comunes. Consideran las acciones de guerra como un grave

atentado contra propiedades soviéticas. Los pilotos llevan la peor parte: son los que más propiedades del Estado soviético han destruido. Conocemos algunos casos particulares de pilotos condenados a penas que oscilan entre veinticinco y cincuenta años de prisión y trabajos forzados. —Se quedó meditando un momento y prosiguió—: Si le soy sincero, creo que le será más fácil hacer las indagaciones en Moscú.

Una de las cartas de presentación de Ambrosio, el militante comunista que Carmen conoció en Toulouse, iba dirigida a Miguel Martínez, comandante del ejército soviético adscrito al III Cuerpo de Recuperación, cuya sede estaba en el número 345 de la Friedenstrasse, en Berlín. Carmen telefoneó desde el hotel y él envió un coche a recogerla.

El comandante era un levantino vivaz y enjuto, antiguo marino de la República. En su despacho con vistas al devastado parque Friedischhain, Miguel Martínez extremó su galantería con la compatriota, aunque no pudo disimular su desencanto cuando supo que aquella bellísima mujer estaba moviendo Roma con Santiago para encontrar a un piloto alemán. No obstante se mostró dispuesto a colaborar con ella, aunque estuviese equivocada. «¡Un alemán, con la de españoles apostados que hay por el mundo!», lo oyó murmurar mientras recogía la gorra del perchero y se disponía a salir.

El archivo militar estaba en el antiguo edificio de correos de Bouchestrasse, en el barrio de Treptow. Miguel Martínez consiguió el permiso necesario para consultar el expediente del prisionero Von Balke y acompañó a Carmen en sus pesquisas. Después de rellenar sendas fichas de visitante, los introdujeron en una pequeña sala de consulta separada por un mostrador de lo que parecía un almacén de papel. En enormes estanterías de hasta tres alturas, con angostos pasillos intermedios, se apilaban los archivos del Reich intervenidos por los soviéticos. La parte referente a los oficiales ya estaba ordenada. No fue difícil dar con el expediente del barón Von Balke. Martínez se fue

directamente a los documentos finales. En la última hoja estaba lo que buscaban: una orden de traslado del prisionero desde el centro de interrogatorios de Schöneberg a la prisión No vordki, en Moscú. La estampilla era del 12 de mayo.

—Si de veras crees que vale la pena, debes proseguir la búsqueda en Rusia —sugirió Martínez cerrando la carpeta.

Carmen asintió.

Al despedirse le estrechó la mano entre las suyas y le dijo:

—¡Eres valiente, española!

El pasaporte para Moscú fue más fácil de obtener de lo que Carmen esperaba. La expedición del Partido Comunista de España que regresaba del Congreso de Toulouse había recalado en Berlín, para asistir al homenaje más o menos espontáneo que la depauperada ciudad dedicaba al ejército soviético, y partiría para Moscú dos días más tarde. El camarada Codevilla-Medina y otro militante sevillano avalaron a Carmen como destacada militante del Partido Comunista de España y activista que había realizado notables y peligrosas misiones en la lucha antifascista, además de ser hija y hermana de dos mártires de la causa. Esto bastó para que mereciera todas las bendiciones del Ministerio de Exteriores soviético, así como una plaza de coche-cama en el tren que partía hacia Moscú.

Era un convoy mixto compuesto de tres lujosos vagones de primera y una ristra de cochambrosos vagones de tercera, cuyo número menguaba o crecía cada vez que el tren recalaba en una estación. Los vagones de lujo estaban reservados para los oficiales soviéticos y el personal diplomático, categoría que abarcaba a la delegación española; los de tercera iban abarrotados de ruidosos suboficiales, soldados rusos y taciturnos civiles alemanes o polacos con los papeles en regla. El viaje duró seis días, con innumerables paradas en apeaderos intermedios. A Carmen no se le hizo nada aburrido gracias a la constante compañía de Codevilla-Medina, que se había instituido en protector y mentor de su antigua amiga. Podría decirse que Codevilla-Medina había madurado, aunque tampoco mucho, después de su desengaño amoroso con la camarada Beuseroi. Al menos había renunciado a sus aspiraciones donjuanescas que tan molesto hacían su trato en otro tiempo. Por otra parte la guerra lo había envejecido, la dentadura se le desajustaba al hablar y se le notaba bastante la miopía, aunque por coquetería se

resistiera a usar gafas. A pesar de todo, él procuraba acentuar su porte aristocrático y se perfumaba más que antaño.

Había mejorado el tiempo y un tibio sol de otoño lucía sobre las llanuras pantanosas de Polonia, aunque las noches seguían siendo heladas y desapacibles. Desde el tren, Carmen contemplaba dilatadas sementeras medio anegadas por las últimas lluvias, caminos estrechos y embarrados, un campo paupérrimo, casas de madera, míseras aldeas despiertas antes de que amaneciera, iglesias con picudos campanarios, muchas iglesias. A veces cruzaban enormes cementerios donde mujeres tocadas con pañuelos de colores se arrodillaban ante cruces de madera nueva. En las frecuentes paradas, en míseros apeaderos, grupos de campesinos andrajosos calzados con zuecos se agolpaban en el andén para ofrecer a los viajeros gruesos cigarrillos de un tabaco pestilente, té, tostadas, café, fruta... Carmen, detrás del cristal empañado de su compartimento de primera, instalada entre los sólidos vestigios de un lujo venido a menos, observaba el triste y mísero mundo nacido de la guerra.

Cruzaron los bosques de Müncheberg y atravesaron puentes provisionales tendidos sobre caudalosos ríos. En Negoreloye, antigua frontera ruso-polaca, todavía marcada por un impenetrable laberinto de alambradas, el tren pasó bajo una monumental estructura de madera, a manera de arco triunfal, en la que se leía en varios idiomas: «Proletarios de todos los países, unios.» Los representantes de los proletarios españoles protestaron, unos porque no lo habían escrito en español, otros porque se habían olvidado del catalán, un grupito porque se perpetraba una injuria intolerable contra la lengua vascuence y algunos más porque les parecía que los camaradas soviéticos discriminaban al gallego y al bable.

Tres días más tarde, el tren había recorrido cientos de kilómetros por las provincias septentrionales de Rusia. A las incómodas noches, en las que los aullidos de la locomotora al entrar en ignotos apeaderos desvelaban a Carmen, sucedían destempladas mañanas sobre campos

yertos, con la hierba agostada por las heladas. Carmen miraba pasar las poblaciones arrasadas por la guerra, los yermos y barrizales en los que de tarde en tarde se veían algunos árboles raquíticos; los caseríos terrosos disueltos en su propia indigencia; miraba los caminos enfangados, las chozas miserables, los estériles campos labrados por sombríos y parsimoniosos campesinos. A veces el helado cierzo se colaba por las rendijas del vagón y se instalaba en los huesos de los viajeros, y ni siquiera la calefacción lograba ahuyentarlo.

Después del tercer día, el sol lució a ratos alumbrando tupidos bosques y llanuras pantanosas en las que se veían vacas y pastores arrebujados en mantas de piel, pueblos con casas de madera, y en las afueras chozas construidas en medio del barrizal, manadas de gansos conducidos por niños, extensos cementerios, latifundios de muertos dejados por la Gran Guerra Patriótica.

En los alrededores de Moscú el paisaje cambió paulatinamente hasta hacerse urbano: pueblos de nueva colonización, feos desmontes, extensos vertederos donde camiones y camionetas manejados por prisioneros apilaban los escombros de la guerra, pequeñas ciudades residenciales para obreros en torno a fábricas grises, carreteras, nuevos desmontes, nuevas escombreras, nuevas fábricas, algunas de ellas traídas desde los Urales al terminar la guerra.

El tren rindió viaje en el laberinto de líneas férreas de la estación Kievskij. La oficina turística soviética había previsto que Carmen se albergara en la Planiernaya, una residencia oficial que servía de alojamiento para simpatizantes comunistas llegados de Europa. No obstante Codevilla-Medina hizo un par de llamadas telefónicas desde la estación y consiguió que el Secretariado de Turismo la alojara en el hotel Metropol, uno de los más lujosos de la ciudad. Codevilla la acompañó hasta el hotel.

Al pasar por la plaza Roja le señaló el Kremlin.

—¿Ves aquellos faroles en forma de estrella soviética? —Señalaba

los que rematan las cúpulas en forma de cebolla—. Pues la hoz y el martillo que lucen están engastados con veintidós mil piedras preciosas. Son las joyas del pueblo soviético.

El hotel Metropol databa de antes de la guerra, cuando el lujo todavía tenía sentido en Europa. Disponía de un amplio vestíbulo de mármol con una fuente en el centro. Las gruesas alfombras, los espejos, los muebles de época, las arañas de cristal veneciano iluminadas contribuían a crear la ilusión de un ambiente selecto. El impecable personal de servicio se detenía y hacía una reverencia al cruzarse con los clientes.

Codevilla-Medina acompañó a Carmen hasta la puerta de la habitación y se despidió galantemente besándole la mano.

—Mañana te acompañaré a la Dirección General de Prisioneros e Internados. Esta tarde —hizo un guiño picaro— no tengo más remedio que comparecer ante Annina. Se trata de una novia rusa, una mujer tremendamente celosa, por eso no podré presentártela.

Carmen le besó la rasurada mejilla al despedirse.

En realidad Codevilla prefería que Carmen no conociera a Annina porque la rusa era talluda y poco agraciada. La fotografía que enseñaba a veces databa de los años veinte, además de que estaba muy retocada de nariz y mandíbula.

La habitación de Carmen era amplia y estaba ricamente amueblada, con una cama enorme con colchón y almohada de plumas. Carmen se concedió la recompensa de un baño largo y placentero, y bajó a cenar ataviada con su mejor conjunto, en consonancia con la categoría del hotel. Más tarde, desnuda en el centro de la inmensa cama, con los brazos en cruz, sintiendo sobre su piel el fino tacto de las perfumadas sábanas mientras contemplaba los elaborados adornos del techo, recordó sus largas tardes de amor y silencios con Rudolf en la torre de El Espinar. ¿Revivirían alguna vez aquella dulce locura, lejos de la desolación de la guerra? Pensando en él se persuadió de que todo comenzaba a mejorar, y

con esa piadosa conformidad se quedó dormida.

La Dirección General de Prisioneros e Internados, organismo dependiente del Ministerio del Interior, estaba instalada en un antiguo palacete zarista con vistas al parque Sokolniki. Hicieron el viaje en balde porque una vez allí un escribiente les aclaró que su asunto dependía de la Jefatura Superior de los Campos de Concentración (*Glavnoie Uprablenie Lagerov*, abreviado Gulag), instalada en el edificio Verna, en Ramenki, al otro lado de la ciudad.

Allí, un centinela del Cuerpo de Milicias, con tabardo azul, gorro de piel y fusil de larga bayoneta, examinó sus credenciales y llamó a un cabo del cuerpo de guardia, quien los acompañó a lo largo de un lóbrego pasillo hasta una espaciosa sala iluminada por un par de ventanucos altos y dos o tres mortecinas bombillas. El único adorno de la habitación era un retrato enorme de Stalin estornudando, igual a los que se veían en las estaciones.

Un comandante del cuerpo jurídico comenzó a examinar morosamente la documentación de los visitantes, pero su displicencia inicial desapareció en cuanto Codevilla-Medina mencionó el nombre del general Petroff.

—Pero hombre, haber comenzado por ahí.

Inmediatamente encomendó a un sargento archivero la búsqueda del expediente del prisionero Rudolf von Balke. Mientras el sargento regresaba con el mandado el comandante ofreció cigarrillos y té a sus visitantes. Codevilla-Medina aceptó el cigarrillo murmurando en español:

—Es una mierda de tabaco pero nos sacrificaremos por la hermandad de los pueblos y para que tú recuperes al novio. ¡Quién me iba a decir a mí, con lo que he sido, que me vería en éstas, ejerciendo de celestina, como quien dice!

Carmen contuvo la risa y le apretó afectuosamente la mano al argentino.

El informe del prisionero Von Balke no era favorable, como el comandante observó mientras lo hojeaba y Codevilla-Medina tradujo.

El prisionero se había negado a colaborar con los interrogadores. El comandante mostró como prueba la ficha con los datos personales del prisionero, escrita en ruso por un secretario del juzgado, porque el acusado había rehusado rellenarla y firmarla. En la parte inferior de la cartulina figuraban las huellas dactilares. Carmen sintió un cálido ahogo al percibir el primer testimonio directo de Rudolf después de tanto tiempo. También había dos fotografías, una de perfil y otra de frente, en las que sólo pudo identificar la nariz prominente, porque el funcionario pasó de página rápidamente. El prisionero se había negado a reconstruir su hoja de servicios, pero el sumario enumeraba exhaustivamente los considerables perjuicios que había infligido al Estado soviético durante su «actividad de bandidaje».

Codevilla-Medina prefirió suavizar la traducción.

—Y lo peor de todo —dijo el ruso golpeando con la uña del índice el siguiente papel— es que ha protagonizado intentos de sedición, resistiéndose a colaborar con la autoridad soviética.

En la última hoja figuraba la sentencia: condena de por vida a trabajos forzados.

—¿Cómo de por vida? —saltó el argentino resistiéndose a admitirlo.

—En realidad a veinticinco años, que es el máximo —aclaró el comandante—, pero eso se considera de por vida. Nadie sobrevive.

Codevilla tradujo y añadió:

—Lo siento.

Carmen permaneció con la mirada en el suelo, abatida. Las losas rezumaban humedad y formaban charquitos. Había un ligero olor a alcantarilla que solamente el tabaco contribuía a disimular.

Carmen exhaló un profundo suspiro. El mundo era demasiado

sórdido. No podía admitirlo.

—¿Dónde está ahora?

El comandante consultó nuevamente los papeles. Pasó un par de hojas.

—Me temo que no lo sé. Hace un par de meses estaba en Susdal, pero deben de haberlo trasladado. Quizá les puedan informar en el Tribunal Jurídico.

Al día siguiente visitaron la oficina del Tribunal Jurídico en la Smolenskaya Ulitsa, frente al gran meandro del Moscova. Pasaron toda la mañana de despacho en despacho intentando averiguar cuáles eran las diligencias necesarias para una revisión del proceso contra Rudolf von Balke. El desorden burocrático era tal que los responsables ni siquiera conseguían ponerse de acuerdo sobre el paradero del prisionero en aquel momento. Un oficial condujo a los visitantes a través de un dédalo de corredores atestados de archivadores hasta el despacho de un juez del Cuerpo Jurídico Militar soviético. Nuevas consultas y parlamentos entre Codevilla y el juez dieron como fruto la siguiente declaración del argentino:

—La revisión de un proceso por bandidaje es jurídicamente imposible. Existe un fiscal jurídico militar de la *Uprablenia*, que sigue el curso de la instrucción de los sumarios. Están tan sobrecargados de trabajo que jamás revisan un caso.

Carmen asintió ausente.

—*Spasiva*, camarada comandante.

—Siento no haberles sido de más utilidad —se excusó el ruso.

Regresaron al hotel en silencio.

Codevilla había conseguido unas localidades para el Gran Teatro aquella noche.

—Es una ópera sobre la Revolución francesa. Creo que nos vendrá bien distraernos un poco. Mañana volveremos a la carga. Créeme: yo conozco a los rusos. Si uno insiste, acaban cediendo. Son algo

elementales.

Fueron a la ópera, que además incluía lo que en España se llamaba variedades. Fiel a su vocación internacionalista, la Compañía Nacional Soviética llevaba en su repertorio un número español, una jota baturra interpretada con mucho sentimiento, aunque con un detestable acento ruso, por una bailaora vestida de faralaes.

A la salida, Codevilla-Medina acompañó a Carmen al hotel. Como hacía buen tiempo fueron a pie por la calle de Máximo Gorki cuyos lujosos escaparates, a falta de mercancías, albergaban las maquetas y planos de los magnos proyectos estatales.

Era hermosa Moscú. Desde la ventanilla, Carmen contemplaba el desfile de enormes edificios, anchas avenidas, frondosas arboledas, monumentos impresionantes, un mundo lujoso que los comunistas habían heredado de los zares y acrecentaban por amor a la *Rodina*, a la «madre patria». Sin embargo, Carmen se sentía como una partícula de aquella humanidad doliente, derrotada y harapienta que deambulaba entre el lujo oficial y los enormes retratos de los líderes, de la gente común que pasaba a su lado con la mirada fija en el suelo. Por todas partes encontraba buenas palabras, pero ninguna puerta se abría a la esperanza y ella era consciente de que ya no podría concebir la vida lejos del hombre al que amaba.

El argentino disertaba sobre la arquitectura de los nuevos ensanches, pero Carmen, aunque observaba mecánicamente los edificios que le iba señalando, estaba inmersa en otros pensamientos.

De pronto, una idea cegadora se abrió paso.

—¡Yuri!

Codevilla-Medina puso cara de extrañeza.

—¿Cómo dices?

—¡Yuri Antonov! ¿No lo recuerdas?

—¡Claro que lo recuerdo! Ahora es general.

—¡Él liberará a Rudolf!

El vehículo enfiló el Rjazanskij Prospect atravesando las casitas humildes del distrito de Karacarovo, dejó atrás las fábricas de baterías y componentes eléctricos Primero de Octubre y recorrió doce kilómetros de feo descampado urbano antes de adentrarse por una pista castrense bien asfaltada que conducía al aeródromo militar de Perov. Carmen admiró la explanada de cemento, que parecía perderse en el infinito, bordeada de

enormes hangares frente a los cuales se alineaban hasta quinientos aparatos de caza. La base era como una ciudad de hombres y mujeres uniformados que iban y venían a sus quehaceres. Frente al edificio central había un amplio aparcamiento. El conductor estacionó su vehículo en el lugar reservado al general. Dos soldados, chico y chica, estaban besándose apasionadamente entre dos camiones. A Carmen le pareció un buen augurio. La guerra quedaba ya atrás y los vencedores disfrutaban de su victoria.

Penetraron en un espacioso vestíbulo decorado con enormes óleos y carteles alusivos a la victoria de los aviadores soviéticos. Ascendieron por una ancha escalinata en cuyo hueco colgaba, sostenida por dos cables de acero, la enorme cola abollada de un aparato alemán, con su esvástica.

La noche anterior, después de conversar telefónicamente con Yuri Antonov, Carmen había bajado a la sala de lectura del hotel para consultar el anuario de la Gran Guerra Patriótica, un grueso volumen donde figuraban, ordenados alfabéticamente, los héroes oficiales de la Unión Soviética. Allí estaba la fotografía de Yuri Antonov y una breve biografía que la agente de Inturist le tradujo: el general Yuri Petrovich Antonov era uno de los pilotos más destacados de la Unión Soviética; había destruido cincuenta y dos aparatos alemanes y había participado en casi tres mil misiones de guerra. Como premio a su valor le habían concedido dos veces el título de Héroe de la Unión Soviética, el 9-11-1943 y el 22-2-1945. Último ascenso: general de división, el 4-8-1945.

El soldado llamó vigorosamente a la maciza puerta de roble sobre la que figuraba un rótulo con el nombre del general.

Del interior se escuchó:

—*¡Da!*

El soldado abrió la puerta y se apartó para que pasara Carmen.

Era una sala espaciosa presidida por un par de retratos de Lenin y Stalin y una bandera roja. La ventana, en la pared opuesta, era como un escaparate abierto a la pista de vuelos. Desde su mesa, el general podía

contemplar las evoluciones de los cazas, los despegues y los aterrizajes.

Yuri, diez años más viejo, la cabeza prematuramente cana y algo más gordo, por los homenajes y banquetes oficiales de los últimos meses, salió de detrás de una amplia mesa de despacho y fue al encuentro de Carmen con una cálida sonrisa. Se abrazaron, Yuri depositó dos sonoros besos en las mejillas de Carmen y asiéndola por los hombros se apartó para contemplarla.

—¡Estás más guapa que nunca, Carmen!

—¡Y tú sigues siendo un zalamero!

Tomaron asiento en un voluminoso sofá de cuero y el general pulsó un timbre. Al instante se personó una ordenanza.

—Katia, sírvenos.

Frente al magnífico servicio de té, cincelado por un famoso platero de Hamburgo, Carmen y Yuri conversaron de los viejos tiempos como dos antiguos camaradas. Carmen apretó las manos de su amigo cuando supo que su esposa y sus dos hijas habían muerto durante la guerra.

—Después de todo, la guerra nos ha tratado bien —suspiró el general esbozando una mustia sonrisa—. Nos lo ha arrebatado todo, pero aún nos queda la preciosa vida.

—Nos ha dejado lo que más importa: la esperanza —añadió Carmen.

Una sombra de tristeza recorrió el rostro del general. Había recordado a Maika. No, a él la guerra le había arrebatado también la esperanza. De repente se quedó serio y dijo:

—Sé a qué has venido, y lo lamento, Carmencita. El uso del diminutivo apenas restó dureza al tono de las palabras.

—¿Sabes que quiero recuperar a aquel piloto alemán?

—Von Balke —asintió el general—. Sí, estoy enterado.

—Estoy enamorada de él y me arrepiento de haberlo traicionado. Se sacrificó por mí.

La mirada del general se había vuelto tan dura e intensa que Carmen, incapaz de sostenerla, tuvo que bajar la suya.

—Estoy enamorada de él —murmure—. El es lo único que tengo y lo único que deseo en el mundo.

Yuri Antonov apuró su té, depositó la taza sobre la bandeja y se repantigó en el asiento. Extrajo una pitillera del bolsillo de la guerrera y encendió un cigarrillo americano. Con la primera bocanada emitió un prolongado suspiro.

—Al coronel Von Balke lo ha juzgado un tribunal militar soviético —informó en tono indiferente—. Lo han condenado a un largo período de trabajos forzados. Está recluido en el campo número cuatro de Sverdlovsk, al otro lado de los Urales. Es un campo especial para *Isminiki Rodina*. —Carmen hizo un gesto de perplejidad—. Para traidores a la patria —aclaró el general— y para extranjeros difíciles.

Carmen permaneció en silencio. El general estaba furioso, había cerrado los puños y le blanqueaban los nudillos. Odiaba al prusiano con un odio elemental y profundo, como si él solo hubiera sido el responsable de toda la guerra, no sólo de los veinte millones de muertos rusos, sino también de todas sus desgracias personales. Carmen lo intuía, pero pese a ello insistió en su súplica. Yuri era la única persona que podía ayudarla. Intentó serenarse y que esa serenidad se transmitiera a sus palabras.

—Sé que es casi imposible conseguir una revisión de la causa. Por eso he venido a verte.

Se le había quebrado la voz y la última frase se había mezclado con un sollozo. El general la contempló con asombro. Nunca la había visto llorar ni suplicar, y ahora la tenía allí, repentinamente deshecha en lágrimas, el rostro hundido entre las manos, con la espalda agitándose convulsivamente. Alargó la mano para posarla en el hombro de la mujer, pero antes de llegar a tocarlo la retrajo nuevamente y la dejó caer sobre el asiento. No iba a permitir que una flaqueza momentánea lo apartara de su propósito.

—Lo siento —repuso con voz firme—. Es un criminal de guerra y tiene que purgar sus delitos. Siento no poder hacer nada por él.

Carmen intentó serenarse.

—No te pido que lo hagas por él —replicó aceptando el pañuelo que Antonov le tendía. Se enjugó las lágrimas y añadió—: Te pido que lo hagas por mí, te lo pido en nombre de nuestra antigua amistad, en nombre de todo lo que compartimos en Lisboa y en nombre de mis propios sufrimientos que ya no pueden acrecentarse. ¡Ese hombre es todo lo que tengo en el mundo!

Yuri Antonov se levantó y cruzó el salón para detenerse ante el gran ventanal que daba a las pistas. Pensativo, con las piernas ligeramente separadas y las manos cogidas tras la espalda, contempló las evoluciones de los cazas encima del aeródromo.

—Ese hombre —expuso con voz calma— pertenece a una antigua especie, una especie que habría que exterminar de la faz de la Tierra, la especie que cree que el único aliciente de la vida es la guerra. Para la gente como él, la guerra es un juego sin el cual no podrían vivir. Se ponen al servicio de los privilegios de unos pocos, se inventan patrias, trazan fronteras, provocan conflictos, y su único fin es la guerra. ¡Ellos te han arrebatado tu vida y me han arrebatado la mía! Yo tenía una familia y la he perdido; yo tenía dos manos honradas para cultivar la tierra y ahora tengo dos garras manchadas de sangre. ¡Me han obligado a guerrear y a matar! ¡Los hombres como tu oficial prusiano son la escoria de la Tierra! Por lo que a mí respecta dejaré que se pudra donde está. Lamento no poder ayudarte.

Se volvió, descolgó el teléfono y accionó la primera celdilla del dial. El comandante secretario compareció al instante.

—La señora se marcha ya. Acompáñela y ponga un automóvil a su disposición.

No se volvió a despedirla. Permaneció junto a la ventana mirando los aviones que seguían despegando y aterrizando bajo un cielo plomizo y hostil. Iba a llover. Malo para los aviones, pero bueno para el huerto. Había que escardillar las patatas antes de que llegaran los fríos.

La guía de Inturist en el Metropol proporcionó a Carmen toda la información disponible sobre Sverdlovsk, la ciudad más remota de la Unión Soviética, fundada por Pedro el Grande en 1721 con el nombre de Yekaterinburg, en honor de su esposa Catalina. Le advirtió que el viaje era penoso y quizá no compensara. Allí sólo había dos catedrales del siglo xviii, Santa Catalina y la Epifanía, completamente ahogadas por los humos del medio centenar de fábricas que componían el Uralo-Kusnietskii Kombinat.

Si la señora lo desea, puede visitar hasta una docena de ciudades rusas mucho más cercanas que superan a Sverdlovsk en monumentos y belleza.

Ante la insistencia de Carmen, la guía acabó cediendo y le tramitó el permiso necesario para visitar la ciudad de los Urales.

Codevilla-Medina reunió la información que Carmen necesitaba antes de despedirse para Kíev. El conjunto penitenciario de Sverdlovsk constaba de siete campos de concentración: el primero y el segundo en Sverdlovsk; el tercero en Piervi Uralsk; el cuarto, en Revda; el quinto, en Diektiarka; el sexto, en Asbest; el séptimo, en Piervi Maika, donde está el hospital central también. El interno Rudolf von Balke estaba en Diektiarka, en la unidad de castigos, la *Stravnaya sboda*.

La primera parte del viaje la realizó con un grupo de sindicalistas europeos que Inturist llevaba a visitar el *kombinatáe* Cherepovietz, la ciudad del aluminio.

A partir de aquel punto, Carmen tuvo que arreglárselas sola. Fueron varios días de penoso viaje con largas detenciones en estaciones intermedias y sucesivos transbordos a trenes cada vez más deteriorados que los viajeros tomaban por asalto después de interminables esperas. A

medida que se alejaban de Moscú la pobreza aumentaba, el paisaje se volvía más árido, la vida más triste, las estaciones más míseras. Mecida por el traqueteo del vagón, en perpetua duermevela, Carmen soñaba que se dirigía al fin del mundo, a la última ciudad del planeta, para reunirse con su amado, e imaginaba desenlaces alegres. Se acostumbró a cerrar los ojos, fingiéndose dormida, para ganar una intimidad imposible. Pero cuando los abría, tenía que afrontar fatalmente la cruda realidad. La gente que subía al tren era cada vez más pobre y menos aseada; las comidas de las cantinas ferroviarias, cada vez más nauseabundas; el té, más amargo; el guisote de pescado, más insípido; el pan, más negro y correoso. Tuvo que soportar las miradas lascivas y los comentarios groseros de zafios compañeros de vagón, y las ojeadas suspicaces de revisoras que avisaban a la policía ferroviaria para que examinara la documentación y el pasaporte de la extranjera en el que constaba su permiso para visitar a un prisionero en Diektiarka. La mención del campo de los traidores provocaba toda clase de recelos. Algunos funcionarios le devolvían displicentemente los papeles murmurando algún insulto, pero otros le dirigían palabras compasivas y se encogían de hombros como dando a entender que contaba con todas sus simpatías. A veces, cuando veían piquetes de prisioneros vestidos de gris en las carreteras o cultivando los campos, sus compañeros de vagón se los señalaban y le decían: «*Boyenni plení!*», es decir, prisioneros de guerra. Otros intentaban iniciar una conversación: «*Skolka tibia listf*», pero ella se excusaba con una sonrisa: «*Izviníte. Ya nye govoryú po-rússki.*» La segunda pregunta casi la adivinaba: «*Otkúda ti?*», a la que contestaba: «*Ya ispánka.*» El interlocutor alzaba las manos y exclamaba: «Ah. España.»

Aunque era día festivo, el general Antonov madrugó para trabajar. En mangas de camisa, enfundado en unos viejos pantalones de coronel con la lista roja del costado y calzado con unas botas de piloto que parecían rescatadas de la basura, se puso a cavar una cuerda de patatas.

Mientras su chófer aguardaba en la linde, con el coche oficial estacionado debajo de un tilo, repasando pasatiempos de una revista atrasada, bostezando y escamondándose las uñas, el general Antonov cavó y cavó hasta completar una extensa parcela. Después estercoló con ayuda de una carretilla.

El asistente del general había entregado al chófer una cesta de mimbre con un almuerzo frío, pero Yuri Antonov estaba tan entregado a su trabajo que se le pasó la hora de comer. Sólo cuando el sol comenzaba a declinar se sintió extenuado por el esfuerzo e hizo un alto. Con las manos en los doloridos riñones contempló su obra. Había trabajado como una bestia, como un viejo campesino zarista. «Eso es lo que eres, Yuri Petrovich Antonov —se dijo—: un esclavo como tu padre y como tu abuelo y como el abuelo de tu abuelo. ¡Héroe de la Unión Soviética! Eres un esclavo; eres una mierda en medio de la mierda del mundo, pero yo voy a redimirte!»

Consultó el reloj. Las siete y media. A esa hora el general Petroff andaría por su tercer vodka en el club de oficiales. Dando unas zancadas todo lo grandes que sus piernas torcidas y cortas le permitían, se dirigió a las duchas. Allí empapó en agua una toalla y se frotó vigorosamente el rostro y el cuerpo sudorosos. Yuri Petrovich Antonov regresó a su jeep y se embutió en el uniforme de general, de cuyo pecho pendían cuatro hileras de condecoraciones comenzando por las dos estrellas que lo acreditaban como Héroe de la Unión Soviética por partida doble.

Por el camino, el chófer notó que el general, ordinariamente serio y

seco, estaba de excelente humor, parlanchín y ocurrente. Parecía otra persona. Cuando llegaron al 22 de la calle de Kujbyseva, sede del club de oficiales, Antonov le preguntó:

—¿Tienes novia?

—Sí, camarada general.

—¿Es bonita?

El cabo titubeó.

—A mí me lo parece, camarada general.

—Bien. En ese caso no me esperes —decidió el general—. Tómate el resto del día libre y llévala al cine.

El cabo no salía de su asombro. No era frecuente ver al general Antonov de tan buen humor.

—Pero camarada general, ¿cómo volverá a Krasna?

Krasna, la dacha del general, estaba diez kilómetros de Moscú, sobre el río Moscova.

—No te preocupes, nadie me espera —respondió Antonov subiendo la escalinata—. Esta noche dormiré en la residencia de oficiales.

El tren dejó atrás los bosques de coníferas y helechos y se internó entre los grises roquedos de los Urales con el levantado horizonte de la cordillera al fondo. El convoy ascendía fatigosamente las cuestas empujado por una locomotora auxiliar y se cruzaba con interminables trenes de mercancías cargados de mineral, de troncos o de maquinaria agrícola y camiones SIS procedentes de la fábrica Molotov.

Hubo una larga parada en Perm. Desde la sucia ventanilla, Carmen observó un breve andén abarrotado de viajeros, en su mayoría con el rostro ancho y redondo y las piernas cortas, ataviados con gorros de piel, inmensos tabardos de paño y embarradas botas. Algunos asían de la mano a sus mujeres y a sus hijos de corta edad. Parecían obesos debido a la gran cantidad de ropa barata con la que se abrigan. Cuando se levantó la barrera los viajeros corrieron en estampida hacia los últimos vagones. Uno de ellos rodó por el suelo y los otros le pasaron por encima.

El general Petroff era un hombre de cincuenta años, corpulento, con el rostro lleno y el pelo de color zanahoria cortado a cepillo. Estaba enfrascado en las páginas culturales del *Pravda*, donde buscaba noticias sobre el ballet nacional. Hizo un gesto de fastidio. La Compañía Nacional proseguía su gira triunfal por las repúblicas septentrionales.

No es que al general le interesara el ballet: de hecho le parecía una tontería propia de damiselas y gentes delicadas. El general se interesaba por la compañía de ballet porque tenía una amiguita entre las bailarinas del reparto y ardía en deseos de verla.

—¿Buenas noticias? —lo saludó Yuri Antonov dejándose caer en el sillón contiguo.

Traía un vaso de vodka en cada mano, entregó uno a Petroff y bebió un generoso trago del suyo.

—Las noticias son una mierda —gruñó Petroff malhumorado.

Eran amigos desde hacía años y no tenían que andarse con disimulos.

—Pues yo tengo buenas noticias para ti —informó Antonov con su semblante más risueño.

Petroff enarcó una ceja.

—¿Buenas noticias? —repitió. E inclinándose hacia el oído de su amigo añadió confidencialmente—: ¿La ha palmado alguien de cuya defunción tengamos que alegrarnos?

—No seas animal, Piotr Alexandrevich —le reprochó Antonov—. Las buenas noticias que te traigo están relacionadas con tu trabajo.

—¿Con mi trabajo, dices? —se extrañó el general—. ¿Qué trabajo? Hoy es domingo. Hoy no hay trabajo, ni yo sé quién soy.

—¿No andas siempre quejándote de que no tienes dónde meter tanto prisionero?

Petroff era el responsable máximo de los campos de concentración en la Unión Soviética.

—Sí. Y es la jodida verdad.

—Pues ya puedes borrar de la lista a uno de tus huéspedes.

Petroff se hundió en su sillón y bebió un largo trago. Emparejó las botas de cabritilla perfectamente lustradas que calzaba, y las contempló reflexivamente, como si pudiera leer el futuro en las refulgentes punteras.

—¿De quién se trata?

—Aquel coronel de Stukas... —Yuri Antonov fingió hacer memoria—. Aquel Rudolf von Balke. ¿Lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. Un verdadero pájaro de cuenta con un expediente de fechorías que ocupa varios archivos.

—Pues ha habido un error —repuso Yuri Antonov.

—Un error, ¿eh? —preguntó Petroff cínicamente.

—Sí —suspiró el otro—. Acabo de averiguar que el auténtico Rudolf von Balke, el de las revistas y los noticiarios cinematográficos,

cayó en la batalla de Berlín. Está muerto, completamente muerto. *Kaputt!*

Petroff asintió gravemente, meditativo, casi filosófico, como si aquella situación le revelara los insondables abismos de la naturaleza humana. Bebió otro largo trago antes de preguntar, con el mismo candor de antes:

—Entonces, ¿a quién tenemos en Sverdlovsk?

—A un inocente. A un individuo que se parece a Von Balke y que seguramente se hace pasar por él. Ya sabes, los trastornos psicológicos de la guerra, la fatiga del combate y todo eso... —aseveró Yuri Antonov con la mayor seriedad.

—Ya sé.

Petroff tomó otro trago.

Permanecieron en silencio durante unos segundos. Luego Petroff inquirió, siempre con expresión inocente:

—Digo yo, ¿qué te parece que debemos hacer con él?

—¿Con el prisionero? —preguntó Antonov saliendo de su aparente ensimismamiento—. Yo creo que deberías dejarlo en libertad. Si acaso, para evitar que ande vagabundeando por la *Rodina*, le puedes ordenar al comandante del campo que lo retenga hasta que una mujer española que se llama Carmen vaya a visitarlo. Luego que lo ponga en libertad.

Antonov apuró su vodka, tomó de la mesita auxiliar un ejemplar atrasado del *Kraznaya Zvesda* y se enfrascó en las páginas agrícolas. Petroff retornó a su periódico.

Pasaron un buen rato en silencio. Luego Petroff avisó:

—Me debes una, entonces.

—Bien, te la debo —reconoció Antonov sin dejar de informarse sobre los nuevos abonos nitrogenados que recomendaba para las patatas el Ministerio de Agricultura.

Después de otro rato en silencio, Antonov añadió:

—¡Ah!, y ordena que lo despiojen y que lo afeiten. Y que le suministren un peine. Es muy presumido y le molestaría que esa dama lo

sorprendiera sin arreglar.

—¿Qué es, una especie de figurín?

—Algo peor —sonrió Antonov con su ancha sonrisa rusa—: ¡un aristócrata prusiano!

La mañana estaba helada. El tren se detuvo entre nubes de vapor y Carmen despertó bruscamente al sentir una mano pesada sobre su brazo. Pertenecía a una rolliza campesina que desde dos días antes ocupaba el asiento contiguo y parte del suyo.

—Diektiarka —le dijo sonriente, mientras señalaba el andén con un índice grueso como una salchicha.

En un letrero enorme se leía «Sverdlovsk».

Era una estación bastante ajetreada, con media docena de embarcaderos para las distintas fábricas del complejo y unos enormes almacenes donde se concentraba la maquinaria para Cheliabinsk, en la vertiente oriental de los Urales, emplazamiento de otras plantas industriales. Humeaban los tenderetes de castañeras y los puestos en los que podía adquirirse té, puré de patatas, sopa, gallinas guisadas, pan negro y vodka.

Carmen se apeó con su maleta y se abrió camino entre la muchedumbre de pasajeros agolpada tras la barrera. El edificio principal era de hierro y ladrillo. Un cartel gigantesco que reproducía los rasgos de Lenin en actitud dudosa entre la imprecación y la tos, el dedo admonitorio levantado, tapaba parcialmente la fachada.

Carmen, tras depositar la maleta en consigna, consultó el horario de ruta. El último tren para regresar al mundo saldría a las once de la noche. Disponía de diez horas.

Se dirigió a un empleado ferroviario cuyas facciones le inspiraron confianza y le mostró el papel. El hombre lo leyó atentamente y luego la miró con cierta alarma. Era bastante infrecuente que los familiares de los prisioneros obtuvieran permiso para visitarlos y más infrecuente todavía que hicieran un viaje tan largo sólo para una entrevista de diez minutos en presencia de un guardia. Quizá por eso se mostró particularmente

amable con aquella hermosa mujer, a la que consideraba ya como una viuda. Le dio en ruso una prolija explicación, enteramente inútil, tras la cual, tomando el papel y el lápiz que Carmen le mostraba, le dibujó una especie de autobús.

—¿Hay un autobús para Diektiarka?

El ferroviario pareció entender. Sonrió mientras asentía teatralmente y por señas indicó a Carmen que lo siguiera hasta la calle. En una plaza polvorienta, rodeada de edificios deshabitados, tres destartados autobuses aguardaban. En la placa de uno de ellos, escrito en caracteres cirílicos, Carmen descifró su destino: Diektiarka.

Todos los pasajeros eran vigilantes o empleados del campo de prisioneros. Los conocidos se saludaban brevemente, se sentaban juntos y conversaban en voz baja. Algunas miradas se volvieron hacia Carmen cuando ocupó un asiento libre cerca del conductor. Un comentario zafio, a media voz, fue coreado por tres o cuatro risas. Carmen se sonrojó adivinando que hablaban de ella. Temía que pudieran interpretar su indiferencia como un reto si pensaban que conocía el idioma. Tan cerca de Rudolf comenzaba a sentirse desamparada y sola. Quizá su instinto buscaba refugio en la proximidad del hombre al que amaba, como si la magia del amor pudiera abolir la cárcel y el destino.

Un mongol enorme, con la melena grasienta y lacia escapándosele de la gorra con visera de hule, ayudó a subir a dos mujerucas vestidas de negro, se situó al volante, le gritó algo al pasaje, que respondió con una risotada, y arrancó el vehículo.

Salieron de la ciudad y se internaron por el desierto helado y pedregoso. Grandes carteles recordaban a cada paso que aquel infame carril plagado de baches era propiedad del ministerio o *Sagatitska Ministerium*, como si hubiese motivo para enorgullecerse de ello.

Después de veinte kilómetros de tundra, en el más desolado paisaje del mundo, la carretera desembocó en unas navas que permitían ver a lo lejos, entre los celajes de una inconsistente bruma, un piedemonte

arbolado. Rodearon una curva y ante ellos brotó, como una aparición, un valle festoneado de pinares. A lo lejos, entre la niebla, se apuntaban las torres de las minas de cobre. Apareció un poblado compuesto por docenas de naves de chapa corrugada. Las que parecían más antiguas se alineaban a los lados de un sólido edificio de piedra y ladrillo.

El pasajero que ocupaba el asiento contiguo hizo una señal a Carmen y señalando las edificaciones dijo:

—Diektiarka.

Dos soldados con subfusiles colgando del hombro abrieron un portón de madera y alambre de espino. El autobús se detuvo junto al barracón del cuerpo de guardia, ante la segunda alambrada. Los pasajeros descendieron bromeando con los guardianes. Carmen bajó la última, auxiliada por un sargento de poblados mostachos que había acudido a ofrecerle la mano. Luego le indicó que lo siguiera hasta el cuerpo de guardia. La costra de hielo crujía bajo las pisadas y el aire estaba tan helado que penetraba en los pulmones como una miríada de minúsculas cuchillas.

Carmen tendió su pasaporte y su autorización de visita al bigotudo sargento.

—*Kak tibia sabút?*

Carmen señaló el pasaporte.

El sargento asintió.

—*Podozhdí minútu.*

El guardia descolgó un enorme teléfono de pared y accionó enérgicamente la manivela. Siguió un breve parlamento que incluyó la lectura del permiso de visita de Carmen. Al cabo de unos segundos el sargento regresó junto a ella, sonriente, le devolvió la documentación y ordenó a un soldado que la acompañara.

La segunda alambrada estaba abierta. El soldado condujo a Carmen a través de las desiertas calles del campo. Algunos espectros vestidos con raídas chaquetas grises se encaramaban a las ventanas altas para observar

a la mujer. El soldado era estudiante de comercio en Kíev. Intentó explicar en francés que aquéllos eran los enfermos que habían obtenido rebaje. El resto estaba trabajando en la cantera o al otro lado del poblado, en los talleres.

Carmen comprendía a medias y asentía. El corazón le palpitaba fuertemente. En alguna parte de aquel lugar desolado estaba Rudolf. Iba a encontrarse con él después de tantos años. Sin dejar de caminar, se retocó el cabello con los dedos.

Las ramas de los escasos árboles goteaban, formando regueros de barro sobre la tierra helada.

Llegaron al edificio central, cuyo interior estaba tan caldeado que hacía calor. Un teniente coronel examinó la documentación de Carmen.

—¿Ha tenido usted un buen viaje? —le preguntó en sibilante español. Ante la expresión de sorpresa de la mujer, añadió sonriendo—: Estuve dos años en España, cuando la guerra, en calidad de agregado militar. Es un bello país. Me gustan las naranjas y la gazpacha. También los toros y el Greco. Bueno. Sígame, por favor.

El teniente coronel despidió al soldado. Salieron nuevamente al exterior y rodearon el edificio.

Allí estaba.

Sentado al resguardo de la pared de troncos de una cabaña, tomando el sol había un hombre alto y excesivamente delgado, vestido con el gris uniforme carcelario, algo encorvado por el sufrimiento y la derrota, la cabeza rubia pelada al cero.

Estaba tan abstraído en sus pensamientos que no los oyó llegar.

El oficial se detuvo y dejó que Carmen continuara sola.

—¡Lufty!

No escuchó su nombre familiar pronunciado por los añorados labios, o pensó que se trataba de una dolorosa alucinación, pero cuando la sombra femenina avanzó hasta su regazo, el hombre alzó la mirada febril y ausente. ¿Vivo todavía? ¿Pueden el amor y la añoranza provocar

espejismos? Comenzó a incorporarse con onírica lentitud, la fatigada espalda deslizándose por la pared de madera, temiendo despertar.

Ella estaba allí, su densa hermosura acrecentada en la ausencia, sonriendo y llorando.

—¡Señorita!

— oOo —